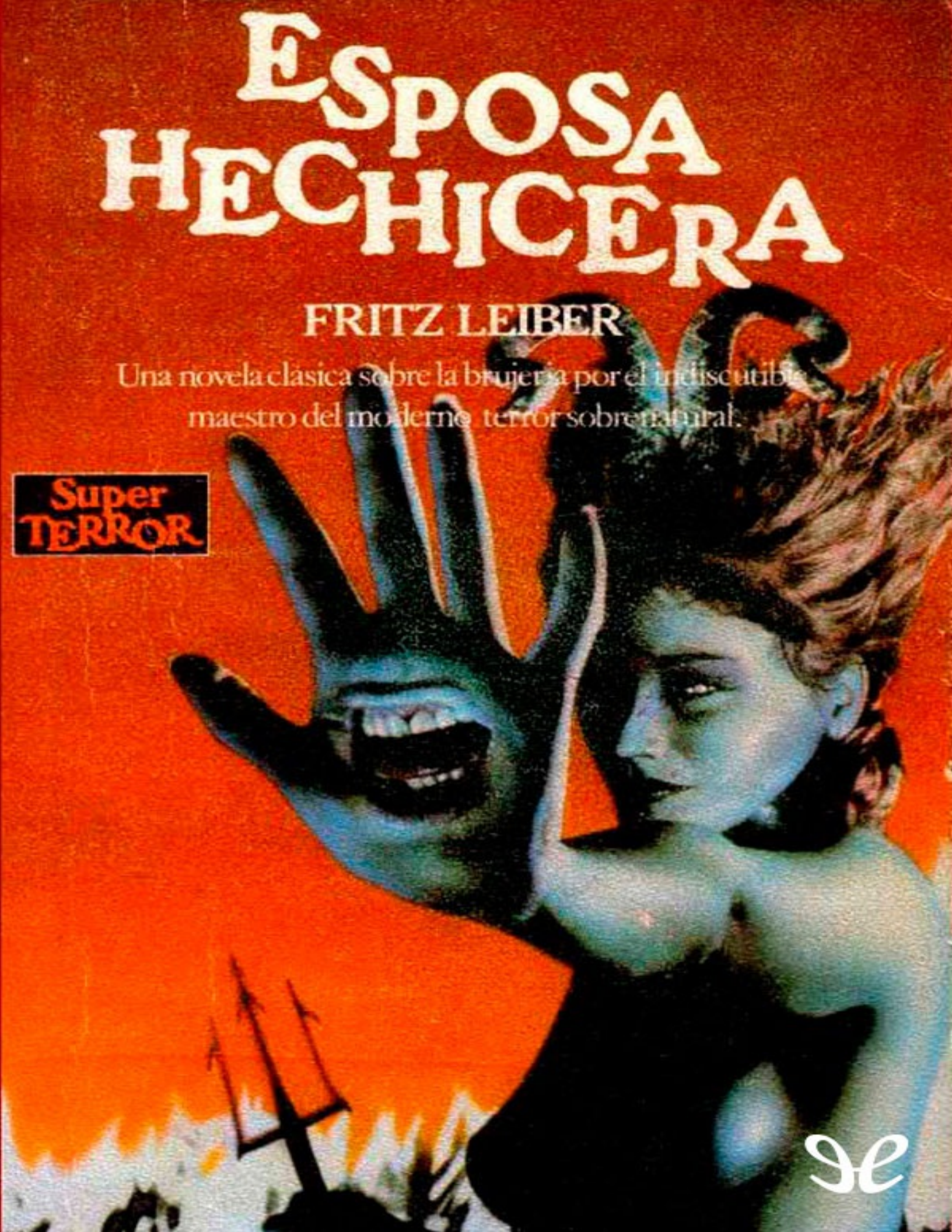
# Esposa hechicera

FRITZ LEIBER

Una novela clásica sobre la brujería por el indiscutible maestro del moderno terror sobrenatural.

Super TERROR



Mire a su esposa. O, si no está casado, mire a la esposa de cualquier otro hombre. Ahora imagine que es una bruja. Imagine que todas las mujeres son brujas… y que todo lo que los hombres creemos hacer por nuestra propia voluntad es lo que ellas nos obligan a hacer con sus hechizos. ¿La idea le parece ridícula? Eso mismo pensaba Norman Saylor. Así que cuando encontró a su esposa practicando la brujería, la hizo desistir de sus sortilegios y destruir sus amuletos. A partir de entonces, aquello fue un infierno. Literalmente, un INFIERNO.

Fritz Leiber

# Esposa hechicera

## Super Terror 30

**ePub r1.1**
**Banshee & chungalitos** 12.10.13

Título original: *Conjure Wife*
Fritz Leiber, 1953
Traducción: José Antonio Bravo
Diseño de portada: Llorenç Martí

Editor digital: Banshee
Editor original: chungalitos
Corrección de erratas: saramon401
ePub base r1.0



# 1

Norman Saylor no era de esos hombres que escudriñan en el tocador de su mujer. En parte lo hizo por eso. Estaba seguro de que nada podía afectar la seguridad de su relación con Tansy.

Desde luego no ignoraba lo que ocurrió con la entrometida esposa de Barba Azul. En otros tiempos incluso había profundizado bastante en los sobreentendidos psicoanalíticos de aquella extraña leyenda de señoras colgadas. Pero nunca se le ocurrió que una sorpresa semejante pudiese aguardarle a un marido, y menos a un marido moderno. ¿Media docena de guapos donjuanes colgados de ganchos detrás de aquella puerta tan cremosamente barnizada? La idea le habría dado risa, a pesar de sus profundizaciones eruditas en la psicología femenina, y después de aquellos brillantes trabajos sobre el paralelismo entre supersticiones antiguas y neurosis modernas, que le habían valido ya cierta fama profesional.

Y eso que no parecía un etnólogo notable (para empezar, era demasiado joven) y desde luego tampoco un profesor de sociología del Hempnell College. No poseía el rictus desdeñoso, la mirada esquiva y la mandíbula tiránica de los típicos representantes del claustro en aquel colegio tan selecto.

Tampoco se sentía como un típico hempnelliano en aquellos momentos, y lo celebraba.

El sol de primavera entraba suavemente, y una leve brisa perfumada se colaba por la ventana, junto a su codo. Descargó una última ráfaga de máquina de escribir sobre su ya muy atrasado artículo *El trasfondo social del moderno culto vudú*, y se echó hacia atrás con su sillón, alejándose del escritorio con un suspiro de alivio, súbitamente consciente de haber alcanzado, en el continuo altibajo de felicidad e infelicidad, una de aquellas crestas en que la conciencia se adormece por fin y todo se presenta bajo una luz más agradable. Para un neurótico o un adolescente, momentos

así suelen marcar el inicio de una rápida caída en los abismos de la melancolía; pero hacía mucho tiempo que Norman había aprendido a superarlos por el procedimiento de iniciar una actividad nueva, justo a tiempo para amortiguar la inevitable depresión. Lo cual no significaba que no disfrutase plenamente el efímero instante, con el fin de extraerle hasta la última gota de perezoso placer.

Salió de su estudio y se puso a hojear una novela con tapas de brillantes colorines, pero la abandonó en seguida mientras sus ojos vagaban por la estancia, mirando sin ver las dos máscaras chinas de demonios colgadas de la pared y la puerta de la habitación. Sonrió al reparar en el armario donde se guardaban los licores «en la trastienda», muy al estilo de Hempnell (aunque no deseaba tomar ningún trago) y volvió a fijarse en la puerta de la habitación.

En la casa había un gran silencio aquella tarde. Parecía especialmente acogedora, con sus dimensiones nada pretenciosas, el cobijo de sus múltiples divisiones e incluso su incipiente vetustez. Se diría que soportaba bravamente los adminículos de la clase media intelectual, las estanterías con libros, los cuadros con grabados artísticos y los álbumes de discos. La moderna pintura lavable recubría los estucos de otras épocas. Los matices de libertad intelectual y de vitalidad servían de contrapeso a otros detalles más severos de pompa profesoral.

Por la ventana del dormitorio vio al chico del vecino, que tiraba de un carrito cargado de periódicos. Al otro lado de la calle, un anciano podaba los setos pisando con precaución el césped fresco. Un desvencijado camión de lavandería pasó rumbo al colegio. En dirección opuesta se acercaban dos muchachas que vestían pantalones y con los faldones de la camisa por fuera, atuendo estrictamente prohibido en las aulas. Norman sonrió. Su estado de ánimo beatífico le permitía apreciar plenamente la pequeña y distante cultura que representaba aquel pedazo de calle, aquella cultura fría y mezquina cargada de tabúes que prohibían llamar a las cosas por su nombre, de complicados mecanismos destinados a silenciar la sexualidad, de ritos sociales encaminados a hacer soportable la monótona rutina de los quehaceres y los pesares cotidianos… y, en medio de todo, encargada de los rituales no menos necesarios para preservar la vida de las ideas, la asamblea de los brujos en sus severas cabañas de piedra: el poderoso y acaudalado colegio Hempnell.

Era curioso pensar que él y Tansy hubieran sido capaces de aguantar allí tanto tiempo y, en el fondo, con tanto éxito. Sinceramente no se podía decir que ninguno de los dos encajase en el prototipo de miembros de un colegio universitario de

provincias. Estaba seguro de que a Tansy, sobre todo al principio, el ambiente le había resultado bastante duro de soportar: las enconadas rivalidades internas del claustro, el acatamiento fingido a toda clase de normas de respetabilidad, la imposición tácita (que habría hecho rechinar los dientes a una persona más simple) de que las esposas de los profesores debían trabajar para el colegio por puro altruismo, las complicadas responsabilidades sociales y la obligación de hacer de carabina para un puñado de jóvenes rencorosamente recalcitrantes (porque Hempnell era uno de esos colegios que se ofrecen como último recurso a los padres temerosos de la libertad sin cortapisas que reinaba en «esas incubadoras del comunismo y del amor libre» que, como Norman recordaba haberle oído decir a un político local, eran las grandes universidades metropolitanas).

Habría sido más lógico que Tansy y él hubieran huido a una de esas incubadoras, o que hubieran iniciado una trayectoria de vagabundeo incesante (una discusión sobre la libertad académica aquí, una petición de aumento de sueldo rechazada allá), o que hubieran tratado de hacerse escritores o algo así de individualista. Pero, no se sabía cómo, sacando fuerzas de alguna fuente interior, Tansy supo luchar contra Hempnell en su propio terreno, se conformó con perder estatura, asumió una parte más que proporcional de sus cargas sociales y, de esta manera, trazó alrededor de Norman un circulo mágico, dentro del cual él pudo dedicarse a su verdadero trabajo, a las investigaciones y artículos que finalmente les permitirían independizarse de Hempnell y de lo que a Hempnell le pareciese bien o mal. O, mejor dicho, no finalmente, sino muy pronto, porque con la jubilación de Redding tenía segura la cátedra de sociología, y con ella sólo seria cuestión de meses que alguna de las grandes universidades le hiciese una oferta interesante.

Durante unos momentos Norman se distrajo considerando vivamente las admirables cualidades de su mujer, como si las distinguiera por primera vez en su vida. ¡Qué caramba!, había hecho mucho por él, y de manera muy discreta. Incluso servirle de secretaria eficaz e infatigable durante sus investigaciones, sin hacerle sentir excesivamente la obligación del agradecimiento. Y eso que al principio él no parecía demasiado prometedor: un profesor perezoso, brillante a ratos pero peligrosamente desdeñoso de las solemnidades académicas y dotado de una propensión infantil a escandalizar a sus colegas más serios, así como de una tendencia suicida a pelearse con decanos y jefes de estudios. Durante los primeros años estuvo a punto de ser expedientado docenas de veces, bajo la amenaza de una u otra ruptura irreparable con

la autoridad, pero se las había arreglado para salvarse del apuro, y casi siempre, ahora lo veía bien claro, gracias a la hábil y oportuna ayuda de Tansy. ¡Desde que se casó con ella su vida había sido una continua racha de buena suerte!

¿Cómo diablos lo había conseguido? Ella, que era tan perezosa y caprichosamente rebelde como él mismo, una muchacha lunática e irresponsable, hija de un vicario rural sin fieles, que había tenido una infancia solitaria e indisciplinada con el único consuelo de una imaginación sin frenos, y que carecía del menor asomo de aquella estolidez remilgada de clase media que tan bien sentaba a las señoras en Hempnell.

El caso era que lo había conseguido. De modo que ahora, ¡oh paradoja!, él estaba considerado como uno «de los buenos de Hempnell», «una persona seria, una de nuestras mejores cabezas» de quien se esperaban «grandes cosas», íntimo del deán Gunnison (que tampoco era tan fiero cuando se le conocía bien) y «mano derecha» del insípido presidente Pollard: un hombre como un castillo, en comparación con su colega de departamento Hervey Sawtelle, histérico y cabeza de chorlito. Tras haber sido uno de los iconoclastas se veía convertido a su vez en santo de escayola, y sin embargo (y esto era lo verdaderamente asombroso) sin haber claudicado ni una sola vez de sus ideales, sin haberse plegado ni una sola vez a las normas reaccionarias.

En aquellos momentos, su humor animado por el calorcillo del sol le sugería a Norman que su buena suerte en Hempnell era algo increíble, algo mágico y atemorizador, como si él y Tansy fuesen un joven guerrero y su *squaw* que por equivocación se hubiesen aventurado en el territorio de los espíritus ancestrales, y hubieran logrado convencer a aquellos fantasmas temibles de que ellos tampoco eran sino unos ancianos de la tribu llegados allí después de un solemne funeral celebrado de acuerdo con todas las reglas y dispuestos, por tanto, a participar de los dominios de lo sobrenatural; y que hubieran logrado guardar el secreto de su verdadera naturaleza de carne y hueso pese a los mil y un riesgos de verse descubiertos, todo ello gracias a un conocimiento detallado de los encantamientos protectores por parte de Tansy. Desde luego, si se miraba bien, en realidad lo ocurrido era que ambos habían madurado y habían adquirido realismo. Todo el mundo tenía que pasar por esa tradicional encrucijada, en la que conviene despedirse para siempre del ego infantil, si no quiere uno echar a perder su propia vida. Sin embargo…

La luz vespertina se intensificó un poco, adquirió un matiz ligeramente más dorado, como si un electricista cósmico hubiese girado un punto más algún regulador. En el mismo instante, una de las dos estudiantes en camisa lanzó una alegre carcajada

antes de doblar la bocacalle siguiente y desaparecer. Norman se volvió y al mismo tiempo la gata *Totem* abandonó el almohadón caldeado por el sol e inició una serie de bostezos y desperezos, como si quisiera descoyuntar todas las articulaciones de su esbelto cuerpo. Norman agradeció el ejemplo y la imitó, aunque con más moderación. ¡Ah!, desde luego era un día maravilloso, uno de esos días en que la realidad se convierte en una sucesión de imágenes tan extraordinariamente nítidas y brillantes, que uno teme incluso alargar la mano, como si al hacerlo se rasgase la pantalla multicolor donde todo eso se proyecta, permitiendo ver la oscuridad ilimitada e insondable que hasta entonces había quedado velada; en que todo parece tan amable y tan en su punto, que uno teme la irrupción de cualquier cosa que le recuerde que el horror sin límites, el odio, la brutalidad y la ignorancia son las bases verdaderas de la vida.

Cuando terminó de bostezar, Norman se dio cuenta de que su humor placentero no andaba lejos de evaporarse.

Al mismo tiempo su mirada errante se fijaba de nuevo en la puerta del tocador de Tansy.

Estaba consciente de que todavía deseaba hacer algo más, antes de entregarse de nuevo al trabajo o al recreo, algo totalmente inútil y desprovisto de finalidad, o un poco excéntrico, o quizá una travesura censurable que pudiese recordar luego humorísticamente avergonzado.

Desde luego si Tansy hubiese estado allí… Pero como no era así, quizá su tocador serviría en representación de su amable presencia real.

La puerta estaba tentadoramente entreabierta y dejaba ver un ángulo de una frágil silla, de cuyo respaldo colgaba una combinación. Debajo, un par de felpudas babuchas. Más allá se adivinaba una mesita cubierta de botes y tarros en medio de una agradable penumbra, pues el tocador era un cuartito pequeño y sin ventanas, apenas más grande que un armario empotrado.

En toda la vida él no había espiado jamás a Tansy, ni se le había ocurrido hacerlo, como tampoco ella a él, que se supiera. Era una de esas cosas que ambos daban por supuestas, como fundamentales en un matrimonio.

Pero esta vez la tentación le incitaba a hacer lo que no se podía llamar propiamente espiar; era más bien un gesto de amor ilícito, una transgresión venial en cualquier caso.

Además, ningún ser humano tiene derecho a considerarse perfecto, ni siquiera

completamente adulto, para reprimir todas las ocurrencias traviesas.

Entre las cosas que le habían apartado de la ventana soleada estaba una cierta preocupación en cuanto al enigma de Tansy, el secreto de su capacidad para resistir y corregir la sofocante atmósfera de hipocresía que reinaba en Hempnell. Aunque, por supuesto, apenas era un enigma, ni seria el tocador el lugar donde se encontrase la solución. Sin embargo…

Titubeó.

La gata *Totem*, con sus patitas blancas recogidas bajo el cuerpo negro, le miraba.

Entró en el tocador de Tansy.

*Totem* saltó de la cama y le siguió con andar perezoso.

Encendió la lámpara de pantalla rosa y pasó revista al colgador de las prendas y a la estantería de los zapatos. Reinaba un ligero desorden muy normal y simpático. Un leve perfume conjuró recuerdos agradables.

Contempló las fotografías que enmarcaban el espejo de pared. Una de ellas, en la que Tansy y él mismo aparecían parcialmente disfrazados de indios, databa de tres veranos atrás, cuando él andaba ocupado en su estudio sobre los yuma. Ambos estaban muy serios, como si se hubieran propuesto parecer verdaderos indios. En otra, bastante borrosa, se les veía en trajes de baño de la moda de 1928, de pie en un viejo embarcadero y con el ceño fruncido porque les daba el sol en la cara. La fotografía le retrotrajo a sus tiempos en el este, en Bayport, un año antes de su matrimonio. En otra se veía un multitudinario bautismo de negros a orillas de un río. Aquello fue cuando él consiguió la beca Hazelton y andaba reuniendo materiales para su *Patrones sociales del negro sureño* y la posterior *El elemento femenino en las supersticiones*. Tansy había sido una extraordinaria ayuda para él durante aquel semestre de febril actividad, encaminada a labrarse los comienzos de una reputación. Le acompañaba en las salidas, le ayudaba a tomar nota de las torrenciales confidencias de aquellos ancianos, hombres y mujeres de ojos brillantes que evocaban los tiempos de la esclavitud, porque todavía ellos mismos habían sido esclavos. Recordaba que entonces, durante el último verano que pasaron en el colegio Gorham antes de mudarse al Hempnell, ella era delgada y desgarbada, incluso un poco torpe. Efectivamente había madurado mucho desde entonces.

En una cuarta foto se veía a un negro viejo, un devorador de almas, con la cara llena de arrugas y la frente alta, orgullosa, debajo del abollado sombrero, también viejo. Estaba de pie, muy erguido y con los ojos bien abiertos, como contemplando

aquella cultura de mentirijillas y rechazándola desde su propio conocimiento más profundo y superior. No habría resultado más impresionante aunque hubiese comparecido con la diadema de plumas de avestruz y la cara averrugada por las escarificaciones. Norman le recordaba muy bien: había sido uno de sus mejores informantes, aunque también uno de los más difíciles, pues fue necesario visitarle muchas veces antes de que se decidiese a suministrar material para el cuaderno de notas.

Contempló el tocador y la numerosa colección de cosméticos. Entre las esposas de miembros del claustro de Hempnell Tansy había sido la primera que usó pintalabios y laca para las uñas. Hubo algunas críticas veladas y algunos comentarios sobre «el ejemplo que damos a nuestras alumnas», pero ella resistió hasta que Hulda Gunnison se presentó en el baile anual de la Facultad luciendo lo que, mediante una observación astronómicamente minuciosa, podía interpretarse como un toque de pintura en los labios, mal aplicado pero inconfundible. Con lo que todo había acabado bien.

Entre dos botes de *cold cream* se veía una foto pequeña del propio Norman, y delante de ella un montón de calderilla, monedas antiguas de cuarto y de diez centavos.

Se llamó la atención a sí mismo. Aquello ya no era el vago chafardeo emprendido al principio. Tiró de un cajón al azar y rebuscó con precipitación en el montón de medias enrolladas que lo llenaban, lo cerró y aferró el marfileño tirador del siguiente.

Entonces se detuvo.

Pensó que estaba siendo un poco absurdo. Al mismo tiempo se daba cuenta de que su buen humor se había evaporado por completo, hasta la última gota. Lo mismo que cuando se apartó de la ventana, pero esta vez bajo un tono más ominoso, el instante pareció congelarse. Como si toda la realidad vivida, hasta llegar al último segundo anterior, hubiese quedado expuesta por el destello súbito de un relámpago que iba a apagarse inmediatamente sumiéndolo todo en la más negra oscuridad. Con el acostumbrado zumbido en los oídos y la sensación de que todo era demasiado real.

*Totem* le contemplaba desde el umbral.

Más absurdo era tratar de analizar un capricho, como si pudiese significar algo en ningún caso.

Para demostrarse a sí mismo que no significaba nada, abrió otro cajón.

El mueble se atascó y tuvo que darle un fuerte tirón para liberarlo.

Se fijó en una caja de cartón que estaba al fondo; al levantar la tapa vio gran

cantidad de botellines de vidrio y sacó uno de ellos. ¿Sería algún cosmético? Demasiado oscuros los polvos para servir de maquillaje. Parecía más bien una muestra de tierra como las que toman los geólogos. ¿Un ingrediente para una mascarilla? No parecía probable. Tansy cultivaba especias en el jardín. ¿Tendría algo que ver con eso?

Los gránulos secos, de color pardo oscuro, se deslizaban con facilidad dentro de la botella al darle vueltas, como un reloj de arena. Al hacerlo apareció la etiqueta, rotulada con la bien perfilada letra de Tansy. «Julia Trock, Roseland». No recordaba a ninguna Julia Trock. ¿Y qué tendría el nombre de Roseland que le parecía vagamente obsceno? Cuando fue a tomar otro frasquito, con la mano tiró al suelo involuntariamente la tapa de cartón. Era idéntico al anterior, excepto que su contenido tenía un matiz algo más rojizo y la etiqueta decía «Phillip Lassiter, Hill». Un tercero, de igual color que el primero, decía «J. P. Thorndyke, Roseland». Agarró un puñado de botellines y leyó las etiquetas: «Emelyn Scatterday, Roseland», «Mortimer Pope, Hill», «Reverendo Bufort Ames, Roseland»; eran, respectivamente, de colores pardo, rojizo y pardo.

El silencio que imperaba en la casa se le antojó estruendoso, e incluso el destello de sol que penetraba en la habitación pareció congelarse mientras su tenso cerebro se acercaba a la solución del acertijo. «Roseland y Hill, Roseland y Hill, ¡ah, fuimos a Roseland y Hill! —como una vieja melopea infantil que hubiese adquirido de súbito un sentido malicioso, mientras sus dedos rechazaban con repugnancia los cilindros de vidrio—… pero nunca volvimos de allí».

Tuvo una repentina revelación.

Eran los nombres de los dos cementerios de la localidad.

Tierra de cementerio.

Muestras de tierra, en efecto, pero sacadas de unas tumbas concretas. Un ingrediente clave de la magia negra.

*Totem* aterrizó con un suave choque sobre el tocador y empezó a olisquear las botellas, pero se alejó de un salto cuando Norman volvió a meter la mano en el cajón. Al tacto, advirtió que había otras cajas de cartón más pequeñas detrás de la primera. Con un movimiento brusco, tiró del cajón, que cayó al suelo. Una de las cajas contenía unos pedazos de hierro retorcidos, enmohecidos y desgastados: clavos de herradura. En la otra había sobres de tarjetas de visita, conteniendo rizos de cabello, y estaban rotulados como las botellas. Pero esta vez sí reconoció la mayoría de los

nombres («Hervey Sawtelle…, Gracine Pollard…, Huida Gunnison…»), y en uno que decía «Evelyn Sawtelle» encontró trocitos de uñas con residuos de laca roja.

El tercer cajón no encerraba ningún misterio especial, pero el cuarto sí proporcionó una cosecha de lo más variopinto. Paquetes de hojas secas y de materia vegetal en polvo… ¿Así que el jardín de Tansy producía otras cosas, además de hierbas para el estofado? Verbena, basilisco, hierba del diablo, decían las etiquetas. Trozos de piedra imán con limaduras de hierro adheridas. Plumas de ganso que goteaban mercurio al removerías. Pedacitos cuadrados de franela, del tipo que usan los doctores brujos negros para sus «bolsas del truco» o «faenas». Una caja llena de monedas antiguas de plata y limaduras de plata, poderosa magia defensiva que confería significado a las monedas de plata amontonadas delante de su fotografía.

Y eso que Tansy había sido siempre muy sensata, había expresado siempre un sano desdén hacia toda clase de quiromancias, astrologías, numerologías y demás manías supersticiosas. Una verdadera oriunda de Nueva Inglaterra, llena de sentido común y además buena conocedora, a través de su colaboración con él, de los trasfondos psicológicos de la superstición y de la magia primitiva. Tan buena conocedora…

Sin darse apenas cuenta, se encontró en las manos un ejemplar de su propio *Paralelismos entre supersticiones y neurosis*, con abundantes huellas de haber sido leído y consultado a menudo. Parecía el mismo que se le había perdido a él en la casa… ¿quizá ocho años atrás? Junto a la fórmula de un conjuro había una anotación al margen, de puño y letra de Tansy: «No funciona. Sustituir las limaduras de cobre por latón. Ensayar durante la luna nueva, no durante la llena».

—¿Norman?

Tansy estaba delante de la puerta.

# 2

Las personas a quienes conocemos mejor a veces pueden parecernos completamente irreales. Por un instante percibimos la cara conocida como una disposición arbitraria de superficies de distintos colores, desprovista incluso de la sombra de carácter que podríamos atribuir al rostro de un desconocido entrevisto en plena calle.

A Norman Saylor le pareció que no veía a su mujer, sino un retrato de ella. Era como si algún mágico Renoir o Toulouse-Lautrec hubiese pintado a Tansy en pose para un cuadro, trazando con atrevidos brochazos las tersas mejillas en tonos carne pálido con un levísimo matiz verdoso, para unir luego el óvalo en una barbilla pequeña pero enérgica; luego habría descrito con un trazo rojo de través la boca de expresión reservada, para delinear seguidamente en gris verdoso los ojos a veces rientes, y las cejas finas y oscuras con el pliegue vertical entre ambas. Una pincelada de negro le habría servido para el flequillo, infantilmente siniestro; luego daría un toque de sombra en ocre al blanco de la garganta y al vestido color púrpura. Y habría dibujado en escorzo el codo del brazo que llevaba un paquete de la modista, mientras la mano pequeña y fea se alzaba para destocar el sombrerito, que habría representado como otra mancha color vino, con una pincelada clara del espejuelo plateado que le servía de adorno.

Norman sintió que si alargaba la mano para tocarla, aquella pintura se desvanecería en el aire, como si fuese otro retrato ambulante de una hermana de Dorian Gray.

La miró con expresión aturdida, el libro abierto en las manos. No supo si él mismo había dicho algo, aunque sabía que, si en aquel momento las palabras hubiesen acudido a sus labios, su voz le habría sonado como si perteneciese a otra persona…, a alguna especie de profesor chiflado.

Entonces, sin decir nada tampoco y sin cambio alguno perceptible de expresión,

Tansy giró sobre sus talones y salió de la habitación rápidamente. El paquete de la modista cayó al suelo, y Norman tardó todavía un instante en rehacerse.

La alcanzó en la sala. Ella se encaminaba derecha a la puerta de salida, y cuando comprendió que no pensaba volverse ni detenerse, Norman la rodeó con ambos brazos. Entonces ella, por fin, reaccionó. Se debatía como una fiera, pero con la cara vuelta a un lado y los brazos pegados a los costados.

Con los dientes apretados y en voz muy baja, escupió:

—¡No me toques!

Norman separó los pies para afirmarse. Ella daba unos tirones horribles de un lado a otro, en el intento de romper su abrazo. Por la mente de Norman pasó la imagen de una mujer en camisa de fuerza.

Repetía: «¡No me toques!» una y otra vez, mientras él le imploraba:

—¡Pero Tansy…!

De súbito ella cesó de luchar. Él dejó caer los brazos y retrocedió un paso.

Pero la mujer no estaba relajada; se limitó a permanecer allí de pie, rígida, con la cara vuelta a un lado…, y por lo que veía de ella, Norman notó que tenía los ojos cerrados y los labios prietos. A su vez sintió una rigidez paralela que le atenazaba el corazón.

—¡Cariño! —exclamó—. Estoy avergonzado de lo que hice. No importan los motivos; ha sido una acción indigna, fea por mi parte, pero…

—¡No es eso!

Él titubeó un instante.

—¿Quieres decir que…, en fin, que estás avergonzada por lo que he descubierto?

Ella no respondió.

—¡Por favor, Tansy! Es preciso que hablemos.

Siguió en silencio. Él hizo un ademán de incertidumbre.

—Estoy seguro de que todo se arreglará. Si quisieras contármelo… Tansy, ¡por favor…!

Ella no cambió de postura, pero sus labios se abrieron y profirió con voz ahogada:

—¿Por qué no me atas y me clavas agujas, como hacían antiguamente?

—Yo nunca te haría daño, Tansy, pero es necesario que hablemos.

—¡No puedo! Si dices una palabra más me pondré a gritar.

—Si pudiera, me callaría, cariño. Pero esto no puede quedar así. Debes aclarármelo.

—Preferiría estar muerta.

—¡Pero es preciso que hablemos! ¡Tienes que contármelo!

Sin darse cuenta, había alzado el tono de voz.

Por un momento creyó que ella iba a desmayarse, y alargó los brazos para impedir la caída. Pero era sólo que sus miembros se habían relajado repentinamente. Se acercó al sillón más cercano, abandonó el sombrero sobre una de las mesitas y se dejó caer en el asiento.

—Bien, pues hablemos —dijo con aire fatigado.

*Las 6.37 de la tarde*: Los últimos rayos del sol partían en dos la librería y encendían los dientes rojos de la carátula diabólica colgada más a la izquierda. Tansy estaba sentada en un extremo del sofá y Norman en el otro, con una pierna recogida sobre el cojín, contemplándola a ella.

Tansy se volvió, meneando la cabeza con irritación, como si flotara en el aire un humo demasiado espeso de palabras.

—De acuerdo, ¡pues digámoslo a tu manera! He intentado muy en serio llevar a cabo un conjuro mágico. He hecho cosas indignas de una mujer civilizada. He pretendido echar el mal de ojo a ciertas personas y ciertas cosas, y cambiar el futuro. He… ¡bah!, ¡pero si tú ya sabes lo que es eso!

Norman asintió brevemente con la cabeza, como cuando, durante un coloquio con sus alumnos, y después de largas horas de discusión aparentemente inútil, por fin se alzaba hacia él un rostro juvenil e interrogador, dando muestras de que empezaba a captar por fin lo que realmente se trataba de explicar. Se inclinó hacia ella.

—Pero… ¿por qué?

—Para defenderte a ti y a tu carrera —contestó ella, sin apartar los ojos del regazo.

—Pero, con todo lo que sabes acerca de los orígenes de la superstición, ¿cómo pudiste creer…?

Ahora no gritaba, sino que hablaba con voz fría, casi como la de un fiscal.

Ella rebulló en el asiento.

—¡Y yo qué sé! Cuando lo explicas de esa manera, naturalmente… Pero cuando una desea con desesperación que suceda algo… o que no suceda… a una persona amada… No hice sino lo mismo que han hecho siempre millones de personas. Y además, ¿sabes, Norman?, las cosas que hice…; pues bien, a lo que parece, han servido… la mayoría de las veces, al menos.

—Pero ¿no comprendes que esas mismas excepciones que tú admites demuestran

que lo que hacías no servía, que los éxitos no eran sino coincidencias?

Ella alzó un poco la voz:

—De eso no sé nada. Seguramente hubo otras influencias adversas… —se volvió hacia él, impulsivamente—. No estoy segura, ¿entiendes? ¡Nunca tuve la seguridad de que mis conjuros funcionasen! No había modo de saberlo. Sólo que, una vez hube comenzado, no podía dejarlo, ¿comprendes?

—¿Y continuaste durante todos estos años?

Ella asintió de mala gana.

—Desde que llegamos a Hempnell.

Se quedó mirándola, tratando de comprender. Casi le resultaba imposible digerir de un solo trago la idea de que anidaba en la mente de aquella criatura delgada y moderna, a la que había conocido en la intimidad más completa, una extensa zona a la que él jamás había tenido acceso y cuya existencia nunca había sospechado, pese a ser parte y dominio de las prácticas extintas por él mismo analizadas en sus libros: una zona que pertenecía a la Edad de Piedra, llena de oscuros recovecos, estremecida de temores, sacudida por huracanes sin nombre. Trató de imaginar a Tansy murmurando imprecaciones, cosiendo saquitos mágicos a la luz de una vela y registrando tumbas y Dios sabía qué otros lugares en busca de ingredientes. Apenas lograba concebirlo, y sin embargo, todo ello había ocurrido ante sus propias narices.

El único asomo de sospecha que jamás hubiera concebido en cuanto a la conducta de Tansy fue por su manía de salir a dar breves «paseos» a solas. Si alguna vez se le había ocurrido acordarse de las supersticiones en relación con Tansy, había sido para felicitarse por hallarla tan lejos de toda irracionalidad, casi demasiado para ser mujer.

—¡Oh, Norman, me siento tan confusa y avergonzada! —interrumpió ella sus cogitaciones—. No sé que decir ni por dónde empezar.

También para eso tuvo una típica respuesta de profesor:

—Cuéntame cómo ocurrió todo, desde el principio.

*Las 7.54 de la tarde*: Seguían en el sofá. La habitación estaba casi a oscuras. Las máscaras diabólicas eran unos óvalos irregulares oscuros, y el rostro de Tansy una mancha pálida. Norman no podía ver con detalle su expresión, pero por su tono de voz parecía aliviada.

—Espera un momento —la interrumpió—. Aclaremos algunos detalles. Has dicho que tenías mucho miedo cuando vinimos por primera vez a Hempnell para tratar de mi plaza de número, antes de lo de la beca Hazelton y del viaje al sur.

—¡Ah, sí, Norm! Hempnell me aterrorizaba. Estuvieron todos tan hostiles y tan mortalmente respetables. Yo sabía que iba a ser un fracaso como esposa de un profesor…, prácticamente me lo dijeron en mi cara. No sé quién estuvo peor, si Hulda Gunnison, que cuando cometí la equivocación de franquearme con ella me miró de arriba abajo y me dijo con desdén «Supongo que servirás», o la vieja señora Carr cuando me tomaba del brazo y me decía «Sé que usted y su marido serán muy felices aquí en Hempnell. Son ustedes muy jóvenes, ¡pero en Hempnell gustan las personas jóvenes!». Frente a esas mujeres yo me sentía totalmente desamparada. Y también sabía que estaba en juego tu carrera.

—Justamente. Y así cuando te llevé al sur y te metí de lleno en la región más plagada de supersticiones de todo el país exponiéndote noche y día a aquellas historias, resulta que estabas madura para semejantes promesas de seguridad mágica.

Tansy rió sin ganas.

—No sé si estaría madura, pero desde luego me impresionaron. Absorbí cuanto pude. Supongo que, en el fondo, tenía la sensación de que algún día podría necesitarlo. Y cuando regresamos a Hempnell, en otoño, estaba más confiada.

Norman asintió. Todo encajaba. Pensándolo bien, ya entonces le había llamado la atención el entusiasmo anormal y callado con que ella se lanzó a las aburridas tareas de secretaria, tan poco tiempo después de su boda.

—Pero, en realidad, no empezaste con los conjuros mágicos hasta el invierno, cuando caí enfermo de pulmonía, ¿verdad?

—Cierto. Hasta entonces no había sido más que una nebulosa de ideas vagamente tranquilizantes…, retazos de fórmulas que me repetía a mi misma cuando despertaba a medianoche, acciones que evitaba inconscientemente porque sabía que traían mala suerte, como barrer la escalera después del anochecer o cruzar el tenedor con el cuchillo. Y luego, cuando enfermaste de pulmonía… Bien, cuando un ser querido está al borde de la muerte una no deja piedra por remover.

Por unos instantes la voz de Norman sonó comprensiva.

—Claro, claro. —Pero luego retornaba el tonillo profesoral—. Pero supongo que no fue hasta que tuve aquella discrepancia con Pollard sobre la educación sexual y salí bastante bien librado, y especialmente cuando salió mi libro en mil novecientos treinta y uno y obtuve tantas críticas, ¡hum!, digamos, favorables, cuando realmente comenzaste a creer que tu magia funcionaba.

—Así fue.

Norman se abandonó sobre el respaldo.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Qué importancia tiene, querido? ¿No pensarás que te rebajo el mérito de la buena acogida de tu libro?

Norman soltó una carcajada medio despectiva.

—¡No, por Dios! Pero… —se interrumpió—. Bien, esto nos retrotrae a mil novecientos treinta. Continúa.

*Las 8.58 de la noche:* Norman alargó la mano para encender la luz, frunciendo el ceño cuando ésta le hirió en los ojos. Tansy apartó la mirada.

Se puso en pie, frotándose la nuca.

—Lo que me saca de mis casillas es que esto haya invadido todos los rincones y todos los recovecos de tu vida, poco a poco, hasta que acabaste por ser incapaz de dar un paso, ni de permitir que lo diera yo, sin lanzar previamente algún hechizo protector. Es casi…

Estuvo a punto de decir «casi como una especie de paranoia».

Tansy murmuró con voz ronca:

—Incluso llevo corchetes en vez de cremallera en la ropa, porque dicen que los corchetes sirven para atrapar a los malos espíritus. Y los espejuelos en los sombreros, en los bolsos y en los vestidos…, ya lo habrás adivinado, es magia de origen tibetano que sirve para reflejar y desviar las desgracias.

Norman se plantó delante de ella.

—Oye, Tansy, ¿por qué lo hiciste?

—Acabo de contártelo.

—Ya lo sé, pero ¿por qué continuaste año tras año, cuando, tal como tú has confesado, nunca dejaste de sospechar que estabas engañándote a ti misma? Lo entendería si se tratase de otra mujer, pero tratándose de ti…

Tansy titubeó.

—Sé que pensarás que soy romántica y trivial, pero siempre he opinado que las mujeres somos más primitivas que los hombres, que vivimos más próximas a los sentimientos ancestrales. —Y no queriendo profundizar más en aquellas afirmaciones —: Además estaban los recuerdos de mi infancia, las ideas raras y extravagantes que sacaba de los sermones de mi padre cuando aún era demasiado pequeña para entenderlos bien. Consejos que contaban las ancianas, insinuaciones…

Norman pensó: «¡Parroquias de aldea! ¡Para que luego digan que el ambiente del

campo es más sano!».

—Y luego… hubo miles de cosas más. Intentare explicarlo.

—Bien —dijo él, rozándole el hombro con la mano—. Pero antes vamos a cenar un poco.

*Las 9.17 de la noche:* Estaban sentados el uno frente al otro en la alegre cocina roja y blanca. Sobre la mesa quedaban unos bocadillos apenas comenzados y dos tazas medio llenas de café. Evidentemente la situación entre ambos había cambiado. Ahora Norman mantenía una actitud reservada, mientras que Tansy estaba impaciente por desahogarse.

—Bien, Norman —se atrevió al fin ella— ¿crees que estoy loca, o que estoy volviéndome loca?

Era precisamente la pregunta que él esperaba.

—No lo creo —dijo en tono ecuánime—. Aunque sólo Dios sabe lo que pensaría un extraño si se enterase de lo que has estado haciendo. Estoy seguro de que no estás loca, pero sí neurótica…, como casi todos nosotros, dicho sea de paso…, y tu neurosis ha adoptado una forma condenadamente original.

Súbitamente hambriento, se hizo con uno de los bocadillos y empezó a mordisquearlo.

—Mira, todos tenemos nuestros rituales particulares, nuestras manías personales en el comer, el beber, el dormir y el acudir al baño. Rituales de los que apenas somos conscientes, pero que si se analizasen parecerían bien extraños. Ya sabes, cosas como lo de pisar o no pisar las grietas de la acera. Pues bien, yo diría que tus rituales privados, debido a las especiales circunstancias de tu vida, se han complicado con la magia conjuratoria, a tal punto que ya no se distingue lo uno de lo otro —hizo una pausa para añadir luego—. Pero ahora ha sucedido una cosa importante. Mientras eras tú la única que sabía lo que estabas haciendo, no podías criticar esa confusión con la magia, lo mismo que la persona corriente tampoco está en condiciones de criticar sus propios rituales al acostarse. No existía el conflicto social.

Empezó a caminar de arriba abajo, sin dejar de comerse el bocadillo.

—¡Santo Dios! ¿Acaso no he dedicado buena parte de mi vida a investigar cómo y por qué son supersticiosas las personas? ¿No debí darme cuenta de los efectos contagiosos que tales estudios podían causar sobre ti? ¿Y qué es la superstición, sino ciencia mal encaminada, no objetiva? Bien mirado, ¿qué tiene de extraño que la gente recurra a la superstición en este mundo de hoy tan corrompido, lleno de odio y casi

condenado? Sabe Dios que yo seria capaz de dar la bienvenida a la magia, por más negra que fuese, con tal de que sirviese para evitar la bomba atómica.

Tansy se puso en pie. Tenía un brillo anormal en los ojos muy abiertos.

—Entonces, ¿no me odias, ni crees que estoy loca? Dime la verdad, por favor.

—Claro que no —dijo él, rodeándola con los brazos.

*Las 9.33 de la noche:* Se habían sentado otra vez en el sofá. Norman habló en el tono condescendiente del médico que quiere convencer al enfermo de la necesidad de otra operación:

—Por supuesto, ahora tendrás que dejarlo.

Tansy se incorporó con presteza:

—¡No, no! Ahora no sería capaz, Norm.

—¿Por qué no? Has admitido que todo era absurdo, y me has agradecido que te abriese los ojos.

—Lo sé, pero… ¡no me obligues, Norm!

—Hay que ser razonable, Tansy —respondió él—. Te has portado muy bien hasta ahora. Estoy orgulloso de ti. Pero no puedes abandonar a medio camino ahora, ¿comprendes? Una vez empiezas a enfrentarte con lógica a esa flaqueza tuya, es preciso continuar. Hay que echar a la basura todas esas porquerías que tienes en el tocador, los amuletos escondidos, todo.

Ella meneó la cabeza.

—No me obligues, Norm —repitió—. Ahora no puedo. Me sentiría desvalida.

–Eso no. Te sentirás más fuerte. Porque descubrirás que lo que creíste que era magia a medias, en realidad no era sino habilidad tuya, sin ayudas de ninguna clase.

—No, Norm. ¿Por qué dejarlo ahora? ¿Qué más da? Como tú dijiste, no es más que un juego absurdo, un ritual privado.

—Pero ahora que yo lo he descubierto, deja de ser privado. Y en cualquier caso, es un ritual bastante poco común —agregó en tono casi de amenaza.

—¿No podríamos irlo dejando poco a poco? —suplicó ella casi como una criatura —. Quiero decir no formular hechizos nuevos, pero mantener los antiguos.

Él meneó la cabeza.

—No. Esto es como dejar el alcohol. Hay que cortar de una vez por todas.

—¡Pues no puedo, Norm! Es así de sencillo. ¡No puedo! —dijo ella, alzando la voz.

Esta vez sí tuvo la sensación de que se enfrentaba a una criatura.

—Es preciso, Tansy.

—¡Pero si nunca hice nada malo con mi magia! —la tozudez infantil empezaba a confundirse con un matiz de pánico—. Nunca la utilicé para hacer daño a nadie, ni para pedir cosas imposibles, como que te nombraran presidente de Hempnell de la noche a la mañana. Sólo procuraba protegerte.

—¿Acaso supone eso alguna diferencia?

Los pechos de ella subían y bajaban al compás de su agitada respiración.

—Te digo, Norman, que no voy a ser responsable de lo que pueda ocurrirte si me obligas a retirar esas protecciones.

—Sé razonable, Tansy. ¿Qué falta me hacen a mi tales protecciones, o lo que sean?

—¡Ah!, ¿así tú piensas que todo cuanto has conseguido en la vida se debe únicamente a tus méritos, sin otro género de ayudas? ¿No te das cuenta de la suerte que has tenido?

Norman recordó que aquella misma tarde se le había ocurrido algo similar, lo que le enfureció aún más.

—¡Vamos a ver, Tansy!

—¿Tú crees que todo el mundo te aprecia y que nadie te desea ningún mal? ¿Piensas que todas esas fieras de Hempnell son animalitos de compañía, de uñas recortadas? Tu prefieres ignorar todo ese despecho y esas envidias como si no tuvieran ninguna importancia. ¡Pues bien! Permíteme que te diga…

—¡No me grites, Tansy!

—Permíteme que te diga que en Hempnell a muchos les gustaría verte muerto… ¡Y seguro que lo habrían conseguido hace mucho tiempo, si les hubiera sido posible!

—¡Tansy!

—¿Acaso te figuras que Evelyn Sawtelle te aprecia por adelantarte al tonto de su marido en la candidatura para la cátedra de sociología? ¿Crees que te va a regalar un pastel por eso? ¿Uno de ésos de chocolate con guindas que ella hornea? ¿O que Hulda Gunnison tolera bien el ascendiente que has adquirido sobre su marido? ¿Por qué crees que ya no se deja caer nunca por la oficina del decano? Y en cuanto a esa vieja bruja libidinosa, la señora Carr, ¿imaginas que le cae bien esa política tuya de franqueza y libertad con el alumnado, tan contraria a la respetabilidad santurrona de ella y a todo eso de que «el sexo no es más que una palabra sucia»? ¡No tienes ni idea de lo que han sido capaces de hacer ellas por sus maridos!

—¡Por Dios, Tansy! ¿Qué necesidad hay de revolcarse otra vez en esas viejas

historias de rivalidades entre profesores?

—¿Crees que se conforman con protegerlos simplemente? ¿Te has figurado que mujeres así distinguen entre magia blanca y magia negra?

—¡Tansy! No sabes lo que dices. Si quieres insinuar que… Mira, Tansy, cuando hablas de esa manera pareces verdaderamente una bruja.

—¿De veras? —por unos instantes sus facciones se tensaron, a tal punto que su cara parecía la de una calavera—. Pues bien, quizá lo sea. Y quizá haya sido ésa tu suerte.

Él la tomó del brazo.

—Escúchame. He tenido mucha paciencia con tus ignorantes tonterías, pero ahora vas a entrar en razón, ¡y pronto!

Ella hizo una mueca siniestra.

—¡Ah!, comprendo. Hasta aquí hemos visto el guante de terciopelo, pero ahora entra en acción la mano de hierro. Si no hago lo que me ordenas, me encerrarás en un manicomio, ¿verdad?

—¡Desde luego que no! Pero va siendo hora de que te comportes con sensatez.

—Pues yo te digo que no pienso hacerlo.

—Mira, Tansy…

*Las 10.13 de la noche:* El edredón rebotó cuando Tansy se dejó caer sobre la cama. De nuevo habían corrido las lágrimas y tenía la cara congestionada.

—Muy bien —dijo con voz ahogada— haré lo que tú digas. Voy a quemar todas mis cosas.

Norman se sintió aliviado y se dijo para sus adentros: «¡Y pensar que me he atrevido a enfrentarme a semejante caso sin la ayuda de un psiquiatra!».

—Muchas veces he deseado dejarlo, como otras veces había deseado dejar de ser una mujer —agregó ella.

La escena que se produjo después suscitó en Norman la sensación del más vivo contraste. Primero, el saqueo del tocador de Tansy en busca de amuletos ocultos y demás parafernalia. Norman recordó aquellas películas cómicas en que una cantidad increíble de personas salen de un taxi… Parecía imposible que el contenido de un par de cajones de cómoda y de unas cuantas cajas de zapatos hubiese llenado tantas papeleras. En la última arrojó también el viejo ejemplar de *Paralelismos*, y luego se hizo con el diario de Tansy, un volumen encuadernado en piel. Ella asintió con la cabeza, pero él, tras un leve instante de vacilación, lo dejó de nuevo en su sitio sin

hojearlo siquiera.

Luego registraron el resto de la casa. Tansy se movía cada vez más de prisa, corriendo de una habitación a otra mientras recuperaba bolsitas de franela y otros «trucos» ocultos bajo la tapicería de los sofás, bajo los tableros de las mesas, dentro de los floreros, hasta que Norman, aturdido, acabó por maravillarse de haber vivido durante más de diez años en aquella casa sin tropezar nunca, ni por casualidad, con ninguno de aquellos objetos ocultos.

—Es como la caza del tesoro, ¿no? —dijo ella con una sonrisa tímida.

Quedaban más fetiches afuera: bajo las puertas principal y trasera, en el garaje, dentro del coche. Mientras los arrojaba a puñados en la crepitante chimenea del salón, Norman se sentía cada vez más aliviado. Por último Tansy descosió las almohadas y extrajo cuidadosamente dos pequeños envoltorios hechos de plumas atadas con hilo fino, que podían confundirse fácilmente con el relleno de aquéllas.

—Mira. Esto es un corazón, y esto un ancla. Para la seguridad —explicó—. Amuletos de plumas al estilo de Nueva Orleans. Hace años que no das un solo paso sin hallarte dentro del radio de protección de uno de mis sortilegios.

Las figurillas de plumas fueron a parar también al fuego.

—Ya está. ¿Notas alguna reacción? —preguntó ella.

—Ninguna. ¿Acaso debería por algún motivo?

Ella meneó la cabeza.

—No, excepto que éstos eran los últimos. De modo que, si existieran fuerzas hostiles hasta hoy frenadas por mis conjuros…

Él rió con aire tolerante. Luego endureció la voz por un momento y dijo:

—¿Estás segura de haber acabado con todos? ¿No te dejas ninguno en algún rincón?

—Segurísima, Norman. No queda ninguno en casa ni en las proximidades, y nunca me atreví a ir más allá, porque temía…, en fin, que hubiese alguna interferencia. Los he recontado mentalmente docenas de veces, y sé que no queda ninguno.

Contempló la chimenea.

—¡Uf! —exclamó, para agregar luego—. Estoy cansada, muy cansada. Voy a acostarme.

Luego soltó una carcajada.

—¡Pero antes habrá que coser otra vez las almohadas, o vamos a esparcir las

plumas por toda la habitación!

Él la ciñó con los brazos.

—¿Mejor ahora?

—Sí, cariño. Sólo quiero pedirte una cosa. Que no hablemos de esto durante un par de días, no podría soportarlo… ¿Me lo prometes, Norm?

Él la abrazó con más fuerza.

—Naturalmente, querida. Naturalmente.

# 3

Inclinándose hacia adelante desde el desgastado borde del viejo sofá de piel, Norman jugueteó con los rescoldos de la chimenea y trituró un tizón con el extremo del atizador hasta deshacerlo en un torrente de chispas, del que se alzaron algunas llamas azuladas casi imperceptibles.

En el suelo, a su espalda, *Totem* contemplaba las llamas con la cabeza entre las patas delanteras.

Norman estaba fatigado. Pensó que debía haberse acostado cuando lo hizo Tansy horas antes, pero necesitaba tiempo para despejar la confusión de sus pensamientos. No dejaba de ser molesta aquella manía profesional de asimilar todas las situaciones nuevas, de catalogar mentalmente todos los detalles y examinar todos sus aspectos hasta dejarlos gastados. Tansy, en cambio, había prescindido de sus preocupaciones como quien apaga la luz y se había ido a dormir. ¡Muy propio de ella! O quizá era lo propio de la fisiología femenina, hipertiroidea y mejor equilibrada.

En todo caso, ella había hecho lo más práctico y sensato. Y eso también era muy propio de ella. Siempre ecuánime. Siempre dispuesta a hacer caso de la lógica. A fin de cuentas, con otra mujer, y en una situación semejante, ¿se habría atrevido él a tratar de razonar? Siempre tan… empírica. Excepto que en aquella ocasión había enfilado un callejón sin salida.

La culpa de todo era de Hempnell, aquel auténtico criadero de neurosis, donde ser la esposa de un miembro del claustro era una de las peores situaciones posibles. Él debió haberse dado cuenta de ello mucho antes, para tomar las medidas adecuadas. Pero ella había sabido fingir demasiado bien. Uno casi nunca se daba cuenta de que las mujeres se tomaban muy en serio aquellas intrigas de la Facultad, porque vivían sumergidas en ellas, mientras los maridos podían hallar refugio en su mundo frío y medido de las matemáticas, la microbiología o lo que fuese.

Norman sonrió. Hacia el final, Tansy había dejado escapar una idea curiosa, la de que Evelyn Sawtelle, la mujer de Harold Gunnison y la anciana señora Carr, se dedicaban también a la magia, e incluso a la de la variedad negra y perniciosa. ¡Lo que, conociéndolas, no resultaba demasiado difícil de creer, por cierto! Un buen escritor satírico habría sacado gran partido de tal idea. Bastaba con prolongarla un paso más, y pintar a la mayoría de las mujeres como brujas pendientes únicamente del éxito social, dedicadas a una guerra salvaje de maleficios y contramaleficios, mientras sus maridos, engañados por las apariencias, vivían ingenuamente dedicados a sus asuntos. Pues bien, ¿acaso no había escrito Barrie su trabajo *Lo que sabe toda mujer* para demostrar que los hombres nunca se dan cuenta de que las responsables de sus éxitos son las mujeres? En tales condiciones de ceguera, ¿sería capaz algún hombre de darse cuenta de que su mujer utilizaba la brujería para alcanzar los fines ambicionados?

La sonrisa de Norman se trocó en una mueca. Acababa de recordar que no era sólo una idea curiosa, ya que Tansy realmente había creído, o creído a medias, en tales cosas. Se mordió los labios, contrariado. Sin duda se presentarían más ocasiones así de desagradables, momentos en que los recuerdos le gastarían una mala pasada. Después de lo ocurrido aquella noche, sería inevitable.

Lo peor, sin embargo, había pasado ya.

Alargó la mano para acariciar a *Totem*, que, hipnotizada, no apartaba los ojos de los rescoldos.

—Hora de irnos a la cama, vieja gata. Deben ser las doce. No…, la una y cuarto.

Cuando hubo guardado de nuevo el reloj en el bolsillo, los dedos de su mano izquierda exploraron el cierre al otro extremo de la cadena.

Sopesó el corazón de oro, regalo de Tansy. ¿Quizá pesaba un poco más de lo previsible, atendiendo al grueso de sus dos mitades? Abrió la tapa con la uña del pulgar. No se veía la manera de explorar el hueco detrás de la fotografía de Tansy sin romperla, así que después de un instante de titubeo, sacó con cuidado el retrato utilizando la punta de un lápiz.

Detrás de la foto apareció una especie de escapulario diminuto, con envoltorio de franela finísima.

Muy propio de una mujer, se le ocurrió en seguida la idea desconfiada, eso de ceder por completo en apariencia, pero guardándose una cosa escondida. O tal vez era que no se había acordado.

Furioso, arrojó el paquete a la chimenea. La fotografía voló también al fuego, cayó sobre los rescoldos y prendió antes de que él consiguiera pescarla. Durante un segundo vio cómo se hinchaba y ennegrecía el rostro de Tansy.

El escapulario tardó más en arder; la superficie de la tela se llenó de chispitas amarillas, hasta que prendió, y entonces despidió una llama incierta, de unos diez centímetros.

Al mismo tiempo él sintió un escalofrío, pese a que los rescoldos daban todavía bastante calor. La habitación pareció oscurecerse y Norman notó un rumor sordo en los oídos, como si se hubiera puesto en marcha un motor bajo tierra. Tuvo la sensación de estar repentinamente desnudo y desarmado frente a una potencia desconocida y amenazadora.

*Totem* se había vuelto y miraba con atención hacia las sombras del rincón más lejano. Con un bufido, se apartó de un salto y huyó de la habitación.

Norman se dio cuenta de que estaba temblando. Una reacción nerviosa, se dijo. Era la resaca de los acontecimientos del día.

La llama se extinguió y el lecho de rescoldos quedó oscuro y frío. De improviso, el timbre del teléfono empezó a sonar estridentemente.

—¿Profesor Saylor? Supongo que no imaginaba que volvería a tener noticias mías, ¿verdad? Pues bien, el motivo de mi llamada es que yo siempre he sido partidario de decirles a las personas, sin importar quiénes sean, lo que opino…, que es más de lo que puede decirse de muchos.

Norman apartó el auricular de su oreja. Las palabras, aunque algo confusas, respondían a lo que podía tomarse por el comienzo de una llamada, pero el tono lo desmentía; se habría necesitado al menos media hora de indecisión para que alguien se alzase a tales niveles de histerismo y… sí, la descripción era apropiada…, de furor irracional.

—Lo que quería decirle, Saylor, es esto: que no voy a dejar que las cosas queden así. No voy a permitir que nadie me eche de Hempnell. ¡Voy a exigir una revisión de mis notas, y usted ya sabe por qué!

Norman reconoció la voz. Acudió a su mente la imagen de una cara pálida y anormalmente estrecha, de labios abultados y ojos protuberantes, todo ello coronado por un gran mechón de pelo rojo. Le interrumpió:

—Oiga, Jennings. Si pensó que las calificaciones no eran justas, ¿por qué no presentó su reclamación hace dos meses, cuando se las dieron?

—¿Por qué? Pues porque usted mismo me puso la venda en los ojos. ¡El gran demócrata profesor Saylor! Hasta después no me di cuenta de que no me había prestado ninguna atención, de que me hizo quedar mal o me dejó de lado durante las lecciones, de que basó los exámenes en preguntas con trampa, sacadas de las clases a las que no pude asistir, de que discriminaba contra mí por causa de las posturas políticas de mi padre y porque no soy su modelo de alumno como ese Bronstein. Hasta entonces no supe que…

—Sea razonable, Jennings. Este año tiene suspendidos otros dos cursos, además del mío.

—Sí, porque usted hizo correr la voz y predispuso a los demás contra mí para que opinaran lo mismo que usted. Usted lo organizó todo…

—¿Y viene a decirme que hasta ahora no se había dado cuenta?

—Así es. Se me ocurrió de pronto, mientras estaba pensándolo. ¡Ah! Usted ha sido muy listo. Usted ha logrado que yo comiera de su mano, que no me preocupase de nada. Y consiguió meterme miedo. Pero tan pronto como empecé a desconfiar, vi todo el plan claro como la luz del día. Todo encajaba, todo le apuntaba a usted, ¡todo!

—¿Incluso el hecho de haber sido expulsado de otros dos colegios antes de ir a parar a Hempnell?

—¿Lo ve? Sabía que tenía un prejuicio contra mí desde el primer momento.

Norman le interrumpió en tono de fatiga:

—No voy a seguir escuchándole, Jennings. Si tiene algo que reclamar, hable con el decano Gunnison.

—¿Está diciéndome que no piensa tomar ninguna medida?

—Justamente, eso he dicho.

—¿Es su última palabra?

—Definitivamente.

—Muy bien, Saylor. Pues yo voy a decirle algo. ¡Mucho ojo conmigo! ¡Se lo advierto, Saylor! ¡Mucho cuidado!

Se oyó un «clic» al otro lado de la línea. Norman colgó con precaución y maldijo a los padres de Theodore Jennings. No sólo porque fuesen hipócritas, reaccionarios, vanidosos y altaneros, sino porque se empeñaban, por orgullo, en que siguiera una carrera universitaria aquel hijo suyo hipersensible, egocéntrico, parlanchín, ligeramente subnormal y tan estrecho de mente como ellos mismos, aunque desde luego, ni con mucho tan habilidoso. Y maldijo al inepto presidente Pollard, siempre

tan dispuesto a inclinarse ante la riqueza y la influencia política, por admitir a aquel muchacho en Hempnell sabiendo perfectamente que estaba condenado a fracasar.

Norman cubrió la chimenea, apagó las luces de la sala y se dirigió hacia la habitación guiándose por la claridad amarillenta procedente del pasillo.

De nuevo sonó el teléfono. Norman se quedó contemplando el aparato con cierto asombro antes de descolgar.

—¿Diga? —No hubo contestación. Aguardó unos instantes, y luego repitió—. ¿Diga?

Nada. Estaba a punto de colgar cuando creyó advertir el ruido de una respiración irregular, excitada, jadeante.

—¿Quién es? —preguntó con impaciencia—. Aquí el profesor Saylor. ¡Diga!

Seguía oyéndose lo que según las apariencias era un jadeo, y nada más.

De súbito, el pequeño misterio negro del auricular emitió una sola palabra, enunciada despacio y con dificultad por una voz grave que sin embargo rezumaba una intimidad casi increíble:

—¡Cariño!

Norman tragó saliva. No reconoció la voz en absoluto. Pero antes de que se le ocurriese alguna cosa que decir, la voz continuó con un poco más de soltura, pero siempre en el mismo tono:

—¡Oh, Norman! Cómo me alegro de haberme atrevido a hablar, aunque tú nunca hayas querido decirme nada. Estoy dispuesta ahora, cariño. Ven a mí.

—¿De veras? —intentó ganar tiempo Norman, sorprendido.

De pronto la voz le pareció conocida, no por su tono pero si por el ritmo y modulación de las frases.

—Ven a mí, amor mío. Ven a mí y llévame a algún sitio donde podamos estar a solas. Solos tú y yo. Quiero ser tuya. Quiero ser tu esclava, que me sometas y hagas conmigo todo lo que se te antoje.

Norman ardía en deseos de soltar la carcajada, pero al mismo tiempo le latía un poco más fuerte el corazón. Demasiado bueno para ser cierto. Además le pareció notar cierto matiz paródico. ¿Y si fuese una broma?

—Te hablo tumbada en la cama, sin nada de ropa, cariño. Hay una lamparita con pantalla rosa en la mesilla de noche. ¡Oh, llévame a una isla tropical desierta y hagamos el amor apasionadamente! Yo te haré daño, y tú me harás daño a mí. Y luego nadaremos bajo la luz de la luna, y caerán sobre nosotros los pétalos blancos de las

flores.

Sí, en efecto, era una broma, no podía ser otra cosa, decidió él (sintiéndolo un poco, en el fondo). Y de pronto se le ocurrió que sólo conocía a una persona que fuese capaz de gastar semejante broma.

—Ven, Norman, y llévame contigo a un lugar oscuro —continuó la voz.

—Sí, lo haré —contestó él en tono alegre—. Y cuando hayamos hecho el amor apasionadamente, encenderé la luz y te diré: «¿No te da vergüenza, Mona Utell?».

—¿Mona? —replicó la voz, súbitamente chillona—. ¿Qué Mona?

—Sí, Mona —corroboro él entre risas—. Eres la única actriz a la que conozco, o, mejor dicho, la única mujer a la que conozco capaz de representar tan a la perfección esa verriondez obscena. ¿Y si hubiese contestado Tansy al teléfono, qué? ¿Habrías imitado a Humphrey Bogart? ¿Qué tal Nueva York? ¿Cómo va la fiesta? ¿Qué estáis bebiendo?

—¿Bebiendo? Norman, ¿no sabes quién soy?

—Claro que sí. Tú eres Mona Utell —pero ya no estaba tan seguro; el prolongar demasiado las bromas no era la especialidad de Mona, y la voz desconocida, con su aura exasperante de intimidad, sonaba cada vez más estridente.

—¿De veras no me conoces?

—Pues no, supongo que no —dijo él con cierta acritud, que hacía eco al tono con que había sido formulada la pregunta.

—¿De verdad?

Norman intuyó que aquellas dos palabras armaban el disparador de una explosión emocional, pero no le importó, y tiró del gatillo contestando con impaciencia:

—¡No!

—¡Bestia! ¡Cerdo! ¡Después de todo lo que me hiciste! ¡Después de excitarme a propósito desnudándome cientos de veces con la mirada!

—¿Que yo…?

—¡Verriondez obscena! ¡Asqueroso… maestro de escuela! ¡Lárgate con tu Mona! ¡Lárgate con la tonta de tu mujer! ¡Iros al infierno los tres!

Una vez más Norman se halló escuchando un teléfono muerto. Colgó con una sonrisa irónica. ¡Ah, la vida tranquila del profesor provinciano! Trató de adivinar qué mujer era aquélla que albergaba tal pasión secreta hacia él, pero estas cogitaciones no conducían a ninguna parte. En realidad, al principio creía haber acertado con Mona Utell, por ser ésta la única conocida capaz de poner una conferencia desde Nueva

York para gastar una broma, con tal de animar una fiesta después de la última función.

Pero, en tal caso, la broma habría terminado de otra manera, porque a Mona le gustaba que se celebrasen sus ocurrencias.

A lo mejor la bromista había sido otra persona.

O quizá hablaba en serio… Se encogió de hombros. ¡Qué absurdo! Tendría que contárselo a Tansy. Eso la divertiría. Con estos pensamientos, se encaminó de nuevo a la habitación.

Sólo entonces recordó lo sucedido durante la tarde. Distraído por aquellas dos llamadas sorpresivas, había acabado por olvidarlo.

Cuando llegó ante la puerta de la habitación, se volvió todavía para mirar el teléfono. En la casa reinaba un gran silencio.

Entonces se le ocurrió pensar que según cómo se mirase, y por la forma en que se habían producido, aquellas dos llamadas suponían una coincidencia bastante desagradable.

Sin embargo, una mente científica estaba obligada a reaccionar con un saludable desdén frente a las coincidencias.

Oyó la respiración regular y tranquila de Tansy.

Apagó la luz del pasillo y fue a acostarse.

# 4

La mañana siguiente, cuando Norman dobló la última esquina antes de llegar a Hempnell, reparó con inusual sorpresa en lo falso que era el gótico del colegio. Curiosamente, se le ocurrió que los techos de aquella arquitectura recargada en realidad albergaban muy poco interés hacia la ciencia, y una excesiva preocupación por los salarios escasos y la carga sofocante de las tareas administrativas. Y por parte del alumnado, muy poca pasión por aprender y demasiada pasión… a secas, aunque ésta de un género imitativo, estimulado por la publicidad y aprendido en la películas. A lo mejor era eso, precisamente, lo que simbolizaba aquella arquitectura grisácea y extravagante, incluso en los viejos tiempos monacales, cuando las bóvedas y los contrafuertes aún tenían una funcionalidad auténtica.

A excepción de un par de figuras huidizas, los atrios estaban desiertos; faltaba un par de minutos para que los estudiantes salieran de la capilla y derramaran por todas partes una oleada de prendas de lana y chaquetas de vivos colores.

Un camión de reparto dobló la esquina con fuerte chirrido de frenos mientras Norman se disponía a cruzar la calle. Dio un paso atrás y regresó a la acera con un estremecimiento de disgusto. En aquel mundo intoxicado por la gasolina, los automóviles corrientes aún le parecían tolerables; en cambio los vehículos pesados, con sus implicaciones de gigantismo malsano, no sabía por qué le causaban un cierto espanto irracional.

Cuando echó una ojeada rápida antes de cruzar de nuevo, Norman creyó ver por el rabillo del ojo a una estudiante que le seguía y que llegaba tarde a la función religiosa o había optado por prescindir totalmente de ella. En seguida se dio cuenta de que era la señora Carr, por lo que aguardó a que se reuniera con él.

El error era explicable, pues, aunque seguramente no tendría menos de setenta años y el cabello plateado, la decana del claustro femenino representaba una notable

juventud en figura y ademanes. Caminaba con presteza, casi se diría que con agilidad. Se necesitaba una segunda ojeada para caer en la cuenta de la flacidez del cuello y la red de profundas arrugas, y comprender que aquella delgadez no era juvenil, sino la característica de la ancianidad. No afectaba modales juveniles, ni coquetería (o, en todo caso, ésta muy sutil y disimulada), sino más bien una avidez, un ansia de juventud, de frescor, de lozanía, tan intensa que sin duda habría influido hasta en las células y las tensiones eléctricas de su organismo.

Hay un culto a la juventud en los claustros de nuestras instituciones de enseñanza, pensó Norman, una manifestación especial de la gran idolatría norteamericana, una necesidad casi vampiresca de alimentarse de sensaciones intensas y juveniles…

La llegada de la señora Carr puso fin a sus meditaciones.

—¿Cómo se encuentra Tansy? —preguntó, tan solícita que Norman hubo de preguntarse por un instante si la decana tendría otras antenas para enterarse de la vida íntima de los demás miembros de la Facultad, aparte de las que generalmente se le suponían.

Pero fue sólo un instante. Al fin y al cabo, si alguna marca de fábrica tenía la decana, ésta era precisamente la obsequiosidad.

—La echamos en falta durante la última reunión de esposas —continuó la señora Carr—. ¡Es tan alegre! Y, en estos tiempos que corren, tenemos mucha necesidad de personas alegres.

El sol frío de la mañana arrancaba reflejos a los gruesos cristales de sus gafas y echaba una claridad pálida sobre las coloradas mejillas de la anciana, que apoyó una mano en el brazo del hombre:

—En Hempnell se aprecia a Tansy, profesor Saylor.

Norman estuvo a punto de contestar: «Y dígame, ¿por qué no iban a apreciarla?», pero lo cambió en el último instante y replicó:

—Creo que eso demuestra su buen juicio.

Su humor sardónico se debía a que recordaba cómo diez años antes, la señora Carr había sido una de las abanderadas más activas de la campaña contra «Esos Saylor y su influencia inmoral».

La carcajada argentina de la señora Carr quedó flotando en el aire helado.

—Debo asistir a mi reunión de estudiantes —dijo—. Pero no olvide que en Hempnell se le aprecia a usted también, profesor Saylor.

Se quedó mirándola mientras ella se alejaba a paso vivo, y se preguntó si aquella

última observación podía indicar una insospechada mejora en sus posibilidades de hacerse con la cátedra vacante en el Departamento de Sociología. Luego enfiló hacia el pabellón Morton.

Cuando hubo subido la escalera hasta su despacho, oyó el teléfono. Era Thompson, el encargado de las relaciones públicas en Hempnell…, casi la única función administrativa que se había considerado demasiado esencial como para confiarla a un simple profesor.

El saludo de Thompson fue excepcionalmente afable. Como siempre, Norman evocó en su imaginación a un personaje que habría sido mucho más feliz como vendedor de jabones. Se habría necesitado un psicoanalista, pensó, para descubrir qué extraña obsesión retenía a Thompson en las lindes del mundo universitario. Es sabido que eso les sucede a muchos que habrían estado bastante mejor empleados como estrellas de la venta.

—Un asunto bastante delicado —estaba diciendo Thompson. Los asuntos delicados eran uno de sus puntos fuertes—. Acabo de recibir una llamada de uno de nuestros fideicomisarios. A lo que parece, se ha enterado de una historia muy extraña, cuya fuente no ha querido revelar, en la que aparecen implicados usted y la señora Saylor. Se dice que durante las pasadas vacaciones de Navidad, en Nueva York, asistieron ustedes a una fiesta celebrada por no sé qué gentes del teatro, unos personajes famosos pero de vida… ¡ejem…!, demasiado alegre. No ha querido decir con claridad lo que ocurrió, pero al parecer la fiesta fue la comidilla de toda Nueva York. En realidad se cuentan cosas bastante increíbles, como que se organizó una función improvisada en un club nocturno, y no sé qué de una toga académica y una… ¡ejem…!, bailarina de *strip-tease*. Le prometí que haría averiguaciones. Pero, naturalmente, he pensado que…, y me preguntaba si usted…

—¿Lo desmentiría todo? Lo siento, pero no sería sincero. La historia es verdadera en sus lineas generales.

—¡Ah…!, comprendo. Bien, pues no hay más que hablar —respondió valerosamente Thompson al cabo de unos instantes—. Supuse que debía ponerle a usted al corriente. El fideicomisario… Fenner… estaba que echaba humo, y me endosó una conferencia sobre cómo esa gente del teatro no hace más que escandalizar con sus juergas y sus divorcios.

—Tiene razón en lo primero, pero no en lo segundo. Mona y Welby Utell están muy unidos. A su manera, naturalmente. Gente simpática. Algún día se los presentaré.

—¿Eh…? ¡Ah, sí! Sería interesante, claro —replicó Thompson—. Hasta la vista.

Sonó el timbre llamando a clase. Norman dejó de manosear el pequeño puñal de obsidiana que le servía de abrecartas, alejó el sillón del escritorio y se reclinó, algo irritado por aquel último síntoma de la política de «correveidile» que imperaba en Hempnell. No porque él hubiese tratado de ocultar lo de aquella fiesta de los Utell, que en efecto había sido bastante más alocada de lo previsto. Pero no la había comentado con nadie del colegio, lo que hubiera sido arrojar piedras al propio tejado; sin embargo, hete aquí que al cabo de unos meses se había sabido de todos modos.

Desde la posición en que se hallaba, la coronación del tejado del pabellón Estrey cortaba en diagonal perfecta el recuadro de su ventana. En el alero, un dragón de cemento parecía congelado en el instante de bajar. Por décima vez aquella mañana necesitó recordarse a sí mismo que lo sucedido la pasada noche había ocurrido realmente. No era fácil. Y sin embargo, si se miraba bien, la recaída de Tansy en el medievalismo no era mucho más extraña que la arquitectura de Hempnell, pródiga en gárgolas y otros monstruos fabulosos destinados a espantar los malos espíritus. El timbre sonó por segunda vez y Norman se puso en pie.

Los alumnos de su clase de «sociedades primitivas» interrumpieron sus charlas cuando él entró. Hizo salir a uno de ellos para que explicase la importancia de los lazos de parentesco en la organización tribal, y luego dedicó cinco minutos a organizar sus ideas y a tomar nota mentalmente de los que llegaban tarde o faltaban a clase. Cuando la explicación, apoyada con diagramas genealógicos en la pizarra, se hizo tan complicada que Bronstein, el talento de la clase, empezó a dar muestras de querer intervenir, organizó un turno de preguntas y comentarios, con lo que consiguió poner en marcha entre los estudiantes una discusión de las que hacen época.

Por último echó su cuarto a espadas el delegado de curso, un tipo muy pagado de sí mismo que se sentaba en la segunda fila:

—Todas esas ideas acerca de la organización social estaban basadas en la ignorancia, la tradición y la superstición. Eso no ocurre en las sociedades modernas.

Era la ocasión que esperaba Norman. Intervino con entusiasmo y pulverizó al defensor de las sociedades modernas mediante una comparación, punto por punto, entre las fratrías y grupos de las «casas de solteros» de las tribus primitivas, incluyendo los detalles de las ceremonias de iniciación, que analizó con meticulosidad científica, y las costumbres actuales, observadas tal y como pudiera hacerlo un hipotético etnólogo procedente del planeta Marte. De paso trazó un audaz paralelismo

entre las hermandades estudiantiles femeninas y la reclusión de las muchachas durante la pubertad entre los primitivos.

El rato transcurrió agradablemente mientras él hallaba incontables ejemplos de primitivismo cultural, desde los rituales de la mesa hasta el sistema de pesos y medidas. Hasta el dormilón solitario de la última fila despertó y se puso a escuchar.

—Ciertamente, hemos introducido algunas innovaciones importantes, entre ellas el uso sistemático del método científico —afirmó en un momento dado— pero los fundamentos primitivos siguen ahí y dominan el patrón de nuestras vidas. Hemos modificado al mono antropoide para que habite los clubes nocturnos y los acorazados; ¿podíamos llegar a más?

El matrimonio y las costumbres prenupciales merecieron especial atención. Mientras Bronstein sonreía lleno de satisfacción, Norman trazó detalladas comparaciones de las costumbres actuales con el matrimonio por compra, el rapto de la novia y el matrimonio simbólico con una deidad. Demostró que el matrimonio a prueba no es una idea moderna, sino una costumbre de venerable antigüedad, practicada ya con éxito notable por los polinesios y otros.

En este instante se fijó en una cara roja y enfurruñada, al fondo de la clase: la de Gracine Pollard, la hija del presidente de Hempnell. Le miraba fijamente, afectando no darse cuenta de la curiosidad que suscitaba su indignación entre los circunstantes.

Automáticamente, pensó: «Ahora le faltará tiempo a esa pequeña neurótica para contarle a papá que el profesor Saylor hizo una apología del amor libre».

Desechó la idea y continuó la discusión como si nada, hasta que el timbre le puso término, indicando que había transcurrido la hora de clase.

Se sintió irritado consigo mismo, y apenas prestó atención a los comentarios entusiastas y a las preguntas de Bronstein y algunos otros alumnos.

Cuando regresó a su despacho encontró una nota del decano Harold Gunnison. Como no tenía clase durante la hora siguiente, se dispuso a cruzar el atrio en dirección al bloque administrativo, perseguido todavía por Bronstein, que estaba empeñado en explicarle una teoría de cosecha propia.

Norman se preguntaba por qué se habría destapado tan inoportunamente; en efecto, algunas de sus observaciones habían sido un poco crudas. Hacía mucho tiempo que había logrado ajustar sus actitudes en clase a la norma de Hempnell, aunque sin claudicar de su propia integridad intelectual; la desviación de aquella mañana no por trivial dejaba de preocuparle.

La señora Carr pasó de largo sin dirigirle la palabra, con la cara ligeramente vuelta, en flagrante corte. Instantes más tarde adivinaba una posible respuesta: en su distracción, había encendido un cigarrillo. Para colmo venía seguido todavía por Bronstein, evidentemente encantado de observar que un miembro del claustro rompía uno de los tabúes más firmes. A los profesores sólo les estaba permitido fumar en su tétrica sala de reuniones o, fuera de las horas lectivas, en sus despachos.

Frunció el ceño, pero siguió fumando. Estaba claro que los acontecimientos de la pasada noche le inquietaban más de lo que había querido confesarse a sí mismo. Aplastó la colilla con el tacón en la escalera de entrada al edificio administrativo.

Delante del primer despacho tropezó con la Gunnison, una señorona bastante maciza, aunque no por eso menos presumida.

—Menos mal que tenía bien agarrada mi cámara —gruñó ella, mientras se agachaba para recoger del suelo su abultado bolso—. No me gustaría tener que cambiar este objetivo. —Luego, echándose para atrás un mechón rebelde de pelo rojo, agregó—. Parece usted preocupado. ¿Cómo se encuentra Tansy?

Él murmuró una breve contestación y pasó de largo. Si alguna mujer merecía ser considerada una bruja, seguramente era aquélla. Vistiendo ropas caras, pero llevadas con poco garbo, mandona, altanera y grosera, dotada de sentido del humor pero a lo bestia, era capaz de pisotear al primero que se le pusiera por delante. En su presencia, incluso la autoridad de su marido parecía ridícula, cosa que no sucedía con nadie más.

Harold Gunnison colgó el teléfono e hizo seña a Norman de que entrase y cerrase la puerta.

—Es un asunto bastante delicado, Norman —empezó cejijunto.

El aludido se puso en guardia. Cuando Harold Gunnison decía que un asunto era delicado, a diferencia de Thompson, debía serlo sin duda. Él y Norman iban juntos a jugar al *squash* y se llevaban bastante bien. La única objeción seria que tenía Norman contra Gunnison era el vínculo de admiración mutua de este último con el presidente Pollard, en virtud del cual, los comentarios solemnes sobre las ideas políticas de Pollard y las exageraciones acerca de la amistad de éste con grandes personajes del país alternaban con ocasionales y rotundas recomendaciones para la oficina del decano.

Pero Harold había dicho «un asunto delicado». Norman se preparó a recibir una queja sobre algún comportamiento excéntrico, indiscreto o incluso delictivo por parte de Tansy. De súbito, ésta le había parecido la eventualidad más probable.

—¿La agencia de empleo para estudiantes le envió una chica que trabaja para usted? ¿Una tal Margaret van Nice?

Al instante Norman supo quién había sido la autora de la segunda llamada telefónica de la noche anterior. Guardó silencio unos segundos para disimular su sorpresa, y luego contestó:

—Sí, una chica bastante callada. La he puesto a trabajar en la multicopista. —Y agregó con una involuntaria nota de jovialidad—. Habla siempre en susurros.

—Pues bien, hace un rato ha tenido un ataque de histeria en el despacho de la señora Carr. Dijo que usted la había seducido, y a la señora Carr le faltó tiempo para venir a contármelo.

Norman contuvo el impulso de contarle lo de la conversación telefónica, y se limitó a decir:

—¿Ah, sí?

Gunnison frunció el ceño y le lanzó una ojeada sombría.

—Se sabe que ocurren cosas así. Incluso aquí, en Hempnell. Pero no esta vez —comentó Norman.

—Ya lo suponía, Norman.

—Claro. Por falta de oportunidades no habrá quedado. Estuvimos varias veces trabajando hasta muy tarde en el pabellón Morton.

Gunnison alargó la mano hacia un expediente.

—Por fortuna, tengo aquí una prueba psicotécnica de ella. Es casi una neurótica; padece un montón de complejos. Será preciso despachar el asunto con tacto.

—Quiero estar presente cuando me acuse. Cuanto antes —dijo Norman.

—Por supuesto. He concertado una entrevista en el despacho de la señora Carr a las cuatro de la tarde de hoy. Mientras tanto, la visitará la doctora Gardner. Eso servirá para tranquilizarla.

—A las cuatro —dijo Norman al tiempo que se ponía en pie—. ¿Asistirá usted?

—Desde luego. Lamento este asunto. Francamente, creo que la señora Carr ha sacado las cosas de quicio. Se dejó llevar por el pánico. Tengamos en cuenta que es una anciana.

En el antedespacho, Norman se detuvo a contemplar una vitrina donde Gunnison tenía expuestos algunos especímenes de sus investigaciones físico-químicas. En aquellos momentos exhibía unas gotas del príncipe Rupert y otras curiosidades de la tensión superficial. Malhumorado, contempló los glóbulos oscuros y brillantes con

sus colas rígidas y retorcidas, y leyó sin mucho interés el cartel en que se explicaba su obtención dejando caer gotas de vidrio fundido en aceite hirviendo. Se le ocurrió pensar que el colegio Hempnell se parecía bastante a una de aquellas gotas: si uno le pegaba un martillazo en la parte gruesa, sólo conseguiría dislocarse la muñeca; en cambio, un simple roce con la uña en la parte delgada habría bastado para que le estallase a uno en las narices.

Fantástico.

Curioseó luego los demás objetos, entre ellos un espejito que según el cartel correspondiente quedaría hecho polvo al menor roce o incluso bajo los efectos de un cambio súbito de temperatura.

En realidad no resultaba tan fantástico, si se miraba bien. En toda institución superorganizada, cargada de tensiones y, en cierto sentido, artificiosa, como aquella universidad provinciana, tendían a formarse puntos peligrosos. Y lo mismo podía decirse de un individuo o de una carrera profesional. Toca uno el punto sensible en la mente de una muchacha neurótica y se provoca una erupción de acusaciones insensatas. Pero también podía sucederle a una persona más equilibrada, como él mismo. Si alguien se dedicase a estudiarle en secreto, a buscar el filamento vulnerable con intención de clavarle la uña a la primera oportunidad…

El que empezaba a fantasear era él, se reprendió a sí mismo, y salió precipitadamente para dar su última clase de la mañana.

Al salir de ella se tropezó de bruces con Hervey Sawtelle.

El colega de departamento de Norman parecía la caricatura de un profesor universitario, trazada por un lápiz malintencionado. Era algo mayor que Norman, pero tenía el carácter de un septuagenario, o el de un adolescente acobardado. Iba siempre con prisas, cargado de tics nerviosos, y a veces portando dos carteras. Norman veía en él a una de tantas victimas de la vanidad intelectual. Seguramente, en sus tiempos de universitario, unos profesores arrogantes le hicieron creer a Hervey Sawtelle que era preciso saberlo todo acerca de todo, y conocer a todas las autoridades de todas las disciplinas, pasando por la música medieval, el cálculo diferencial y la lírica contemporánea; que debía ser capaz de suministrar una réplica entendida a cualquier género imaginable de observación intelectual, incluso las formuladas en lenguas muertas o en algún idioma extranjero; y que jamás, bajo ninguna circunstancia, debía preguntar nada. Ante el fracaso de sus frenéticos esfuerzos por llegar a ser mucho más que un Roger Bacon moderno, sin duda Hervey Sawtelle había adquirido la total

convicción de su propia insuficiencia intelectual, que procuraba ocultar, o tal vez olvidar, mediante una furibunda atención al detalle.

Todo esto se reflejaba en su rostro delgado y ajado, de labios finos y cejas alzadas, constantemente ensombrecido por continuas y cambiantes preocupaciones.

En aquellos momentos se manifestaba presa de una de sus habituales y fútiles excitaciones.

—¡Fíjese, Norman, qué cosa tan interesante! Estaba en los archivos esta mañana y me he tropezado con una antigua tesis doctoral… de mil novecientos treinta, por un autor desconocido para mí… y titulada *Superstición y neurosis.*

Mostró un vetusto original mecanografiado que, a ojos vistas, había envejecido sin ser abierto siquiera.

—El título es casi el mismo que el de usted, *Paralelismos entre superstición y neurosis*. Curiosa coincidencia, ¿eh? Creo que me lo llevaré esta tarde para hojearlo en casa.

Ambos caminaban en dirección a los comedores, por un pasillo atestado de estudiantes rientes y alborotadores que, a pesar de todo, no olvidaban cederles el paso como muestra de atención. Norman estudió con disimulo la expresión de Sawtelle. Posiblemente aquel loco habría recordado que su *Paralelismos* fue publicada en 1931, lo que podía dar lugar a feas sospechas de plagio. Sin embargo, Sawtelle exhibía los dientes en una sonrisa nerviosa, pero desprovista de malicia.

Tuvo el impulso de meter a Sawtelle en un rincón y contarle cómo aquel caso encerraba una historia mucho más extraña que una mera coincidencia, aunque no manchaba de ninguna manera la integridad profesional de Norman. Pero luego no le pareció el momento oportuno.

En su fuero interno, sin embargo, no podía negar que el incidente le preocupaba un poco. ¡Qué caramba! Hacía años que no se acordaba de aquel estúpido asunto de la tesis de Cunningham, asunto que había permanecido enterrado…, como una vulnerabilidad oculta que aguarda el roce de una uña a la primera ocasión.

Pero ¡qué tontería! No había nada que no pudiera explicarse perfectamente, lo mismo a Sawtelle que a cualquier otra persona, en momento y lugar más adecuados.

El cerebro de su interlocutor había retornado a sus ansiedades de costumbre.

—¿Sabe usted? Creo que va siendo hora de que nos reunamos para elaborar el programa de Ciencias Sociales del próximo curso. Aunque, por otra parte, supongo que sería más correcto esperar a que… —se interrumpió, embarazado.

—¿A que se decida quién de nosotros dos gana la cátedra titular del departamento? —concluyó Norman la frase iniciada por el otro—. No me parece necesario, puesto que seguiremos colaborando en cualquier caso.

—¡Naturalmente! No he querido insinuar…

En la escalera que conducía a los comedores se les reunieron otros miembros del profesorado. El repiqueteo ensordecedor de las bandejas procedente del comedor estudiantil quedaba atenuado en el santuario de los docentes, donde reinaba una animación más discreta.

Las conversaciones giraban alrededor de los viejos temas de costumbre, con una corriente añadida de especulaciones en cuanto a las reorganizaciones y aumentos de personal que el año próximo tal vez traería a Hempnell. Hubo alguna alusión a las ambiciones políticas del presidente Pollard, y Harold Gunnison reveló que cierto grupo político muy influyente trataba de convencer a aquél para que se presentase candidato a gobernador; el discreto silencio que se hizo en varios puntos de la mesa sirvió de comentario en cuanto a la opinión que merecía tal posibilidad. La nuez de Adán del profesor Sawtelle sufrió varios sobresaltos convulsivos cuando alguien mencionó de pasada la cuestión de la cátedra vacante en el departamento de sociología.

Norman consiguió mantener una charla bastante interesante con Holstrom, de Psicología, y se alegró de tener que enfrentarse a una tarde bien repleta de clases y reuniones hasta las cuatro. Él se sabía capaz de trabajar vez y media lo que un Sawtelle cualquiera, pero si tuviera que soportar la cuarta parte de las preocupaciones que aquel hombre…

Sin embargo la reunión de las cuatro resultó ser en cierto sentido una decepción. Pues apenas había puesto la mano sobre el pomo de la puerta de la oficina de la señora Carr, y como si su presencia hubiera sido el catalizador imprescindible, una voz estridente y lacrimosa exclamó:

—¡Sí, todo es mentira! ¡Me lo he inventado!

Gunnison estaba sentado cerca de la ventana, medio vuelto de espaldas y con los brazos cruzados; parecía un elefante medio aburrido, medio avergonzado. En el centro del despacho, derrumbada en un sillón, una criatura rubia de aspecto frágil, con arroyos de lágrimas en las delgadas mejillas y los hombros sacudidos de sollozos histéricos, estaba siendo consolada por la señora Carr, que le hablaba en voz baja.

—No sé por qué lo hice —confesó la muchacha, llorosa—. Estaba enamorada de

él, y él ni siquiera se había fijado en mí. Anoche quise matarme, pero luego se me ocurrió que sería mejor hacerle daño, o…

—Basta, Margaret. Debes controlarte —le advirtió la señora Carr, apoyando ambas manos en los hombros de la joven.

—Un momento, por favor —intervino Norman—. Señorita Van Nice…

Ella se volvió y le miró como si acabase de reparar en su presencia.

Norman hizo una pausa. Nadie se movió, y entonces él prosiguió:

—Anoche, señorita Van Nice, entre el momento en que decidió usted matarse y el momento en que decidió hacerme daño por el sistema que ya sabemos, ¿hizo usted alguna otra cosa? ¿No hizo por casualidad alguna llamada telefónica?

La chica no respondió, pero al cabo de unos momentos su cara mojada por el llanto empezó a cubrirse de rubor, que se extendió luego por el cuello hasta el escote; instantes más tarde, hasta los antebrazos se le habían puesto colorados.

Gunnison observó el fenómeno con alguna curiosidad.

La señora Carr la contemplaba con intensa atención, inclinada sobre ella. Por un momento, a Norman le pareció advertir algo inconfundiblemente venenoso en aquella mirada inquisitiva. Pero luego pensó que sería, sin duda, un efecto de los gruesos cristales de aumento de las gafas, que según cómo le ponían a la señora Carr ojos de pescado.

La muchacha no reaccionó al contacto de las manos de la señora Carr sobre sus hombros. Seguía mirando a Norman, ahora con expresión de infinita vergüenza y confusión.

—Está bien, no importa —dijo Norman, conciliador—. No se preocupe.

La expresión de la joven cambió por completo; apartando de un empujón a la señora Carr, se plantó de pie delante de Norman y le gritó:

—¡Le odio! ¡Oh, cómo le odio!

Salió del despacho en compañía de Gunnison, quien bostezó, meneó la cabeza y observó:

—Celebro poder darlo por concluido. Dicho sea de paso, la doctora Gardner no encontró ningún indicio de que le hubiese ocurrido algo.

—Aquí no hay ni un solo instante aburrido —comentó Norman en tono ausente.

—¡Ah! Se me olvidaba —prosiguió Gunnison, sacándose un rígido sobre blanco del bolsillo de la americana—. Es una nota para la señora Saylor, de parte de Hulda.

—Esta mañana me la he encontrado cuando salía del despacho de usted —replicó

Norman, ajeno todavía a lo que le estaban diciendo.

Algo más tarde, y de vuelta en Morton, Norman intentó concentrarse, pero le resultó bastante difícil. El dragón del tejado del pabellón Estrey distraía sus pensamientos. Era curioso lo que ocurría con detalles así. Uno pasaba años sin fijarse en ellos, hasta que de pronto llamaban tu atención. ¿Cuántas personas podrían describirle a uno los detalles arquitectónicos de sus lugares de trabajo? Seguramente no se encontraría a más de una entre diez. Él mismo, si le hubieran hablado del dragón veinticuatro horas antes, no habría sabido decir si existía o no.

Se asomó a la ventana para ver mejor aquel lagarto deforme, de figura grotescamente antropomorfa; su mente distraída recordó que en otro tiempo simbolizaban las almas de los difuntos, en su tránsito al mundo subterráneo. Debajo del dragón, asomando bajo el alero, aparecía una cabeza esculpida, perteneciente a la serie de famosos hombres de ciencia y matemáticos que decoraba el friso. Pudo leer el nombre «Galileo», pero no la inscripción breve que lo acompañaba.

Cuando se volvió para contestar al teléfono le pareció que se había hecho la oscuridad de pronto en la oficina.

—¿Saylor? Le llamo para decirle que sólo le doy de tiempo hasta mañana…

—Oiga, Jennings —le interrumpió Norman, cortante—. Anoche le colgué por gritarme al teléfono. Esas amenazas no van a servirle de nada.

La voz, cada vez más destemplada, continuó como si tal cosa:

—Le doy de tiempo hasta mañana para que revise sus calificaciones y consiga mi readmisión en Hempnell.

Luego la voz prorrumpió en una catarata de insultos obscenos, todavía perfectamente audible cuando Norman colgó.

Paranoico, según todos los síntomas.

Luego, de pronto, se quedo sentado, muy quieto.

A la una y veinte de la pasada madrugada, él había quemado un amuleto obviamente destinado a salvaguardarle de toda influencia malévola. La última de las «faenas» de Tansy.

Hacia la misma hora, Margaret van Nice decidía confesarle su malsana pasión, y Theodore Jennings le hacía responsable de una conspiración inexistente.

A la mañana siguiente, el hipócrita fideicomisario Fenner llamaba a Thompson para denunciar su asistencia a la fiesta de los Utell, y Harvey Sawtelle, rebuscando entre legajos polvorientos, descubría…

¡Tonterías!

Con un bufido rabioso y sarcástico, avergonzado de su propia credulidad, recogió su sombrero y se dispuso a emprender el regreso a casa.

# 5

Tansy estaba de un humor radiante y tan bonita como Norman no la había visto desde hacía meses. En dos ocasiones, cuando levantó la vista durante la cena, la sorprendió sonriendo en silencio.

Le entregó la nota de la señora Gunnison.

—La señora Carr me preguntó por ti. Me dio una ducha…, muy señorialmente, eso sí. Luego…

Se interrumpió cuando se disponía a contar lo del cigarrillo, y que la señora Carr le había negado el saludo, y toda la historia de Margaret van Nice. Luego se dijo que para qué preocupar a Tansy con unos incidentes que podían considerarse como puros casos de mala suerte. A saber qué interpretación les habría dado ella.

Tansy ojeó la nota y se la devolvió.

—Tiene el típico aroma de Hempnell, ¿no? —comentó.

Él leyó:

> Querida Tansy: ¿Dónde se mete usted? Este mes no la hemos visto en el campus más de una o dos veces. Si está ocupada en algo especialmente interesante, ¿por qué no nos lo cuenta? ¿Quiere asistir a mi té del próximo sábado, y podrá contármelo todo?
>
> Hulda
>
> P. S.: Confío en que no se le haya olvidado que el sábado siguiente debe llevar cuatro docenas de pastas a la recepción en honor de las esposas de ex alumnos.

—Suena bastante confuso, pero se adivina la diplomacia del garrote de la señora Gunnison. Hoy me pareció más desgarbada que nunca.

Tansy rió.

—Sin embargo, hemos estado bastante insociables durante las pasadas semanas. Creo que mañana por la noche los invitaré a una partida de bridge. Es una invitación algo precipitada, pero sé que normalmente no tienen compromiso los miércoles. ¿Y los Sawtelle?

—¿Es indispensable? ¿Con la marimandona de su mujer?

Tansy rió de nuevo.

—La verdad es que no sé cómo te las arreglarías sin mí. —Tras una pausa, agregó —. Temo que no te quedará otro remedio sino soportar a Evelyn. Al fin y al cabo, Harvey es el otro personaje importante de tu departamento y parece lógico que tengáis algún trato social. Para completar las dos mesas, invitaré también a los Carr.

—Tres esposas temibles —dijo Norman—. Si pueden tomarse como una muestra del promedio de lo que son las esposas de profesores, entonces he tenido mucha suerte contigo.

—A veces pienso lo mismo de los maridos de las esposas de profesores —replicó Tansy.

Mientras fumaban y tomaban el café, ella empezó, titubeante:

—Oye, Norm, he dicho que no quería hablar de lo de la pasada noche, pero ahora tengo una cosa que contarte.

Él asintió.

—Anoche no te lo dije, Norm, pero mientras quemábamos aquellas… cosas, yo estaba terriblemente asustada. Me dio la impresión de que estábamos abriendo brechas en unos muros que a mi me había costado años levantar, y de que nos quedábamos sin nada que nos defendiese de…

Él no replicó nada, sino que se limitó a guardar un profundo silencio.

—¡Ah! Es difícil de explicar, pero desde el primer momento en que empecé a… jugar con esas cosas, he sentido la presencia de una presión exterior. Un temor neurótico vago, parecido al que te dan a ti los camiones. Era como si algo tratase de irrumpir y abrirse paso hasta nosotros. Y yo tenía que combatirlo, oponerme a ese algo con mis… Venía a ser como esa prueba de fuerza que hacen los hombres a veces, cuando echan un pulso sobre un velador. Pero no era eso lo que quería contarte. Me fui a la cama muy deprimida y asustada. Aquellas presiones exteriores se cerraban

sobre mí, y yo no podía oponerme a ellas porque habíamos quemado todas nuestras defensas. Y luego, de pronto, mientras permanecía tumbada a oscuras, cerca de una hora después de haberme acostado sentí un alivio tremendo. La presión desapareció, como si yo hubiera emergido a la superficie después de haber estado ahogándome. Y entonces supe… que había superado mi locura. Por eso estoy tan contenta.

A Norman se le hizo difícil no confiarle a Tansy lo que estaba pensando. Era una coincidencia más, pero después de todo lo sucedido era también como si lloviese sobre mojado. Hacia la misma hora en que él había quemado el último fetiche y experimentado aquella sensación de pánico, Tansy se había liberado de sus angustias. ¡Para ir aprendiendo a formular teorías sobre las coincidencias!

—Porque ha sido como si hubiera estado loca —continuó ella—. No creo que haya muchas personas capaces de tomárselo como hiciste tú.

Él contestó:

—Tú no estabas loca…, y además ése es un término relativo, que puede aplicarse a cualquiera. Simplemente, te engañó la obstinación de la materia.

—¿La obstinación?

—Sí, como esos clavos que se empeñan en doblarse cuando uno quiere clavarlos, como si hubieran aguardado la oportunidad de hacerlo. O como cuando las máquinas se niegan a funcionar. La materia es una cosa muy extraña. Los grandes agregados obedecen a las leyes naturales, pero cuando uno desciende al nivel del átomo o del electrón individuales, sólo rigen las leyes de la casualidad, del azar…

La conversación había tomado un giro diferente del que a él le interesaba, por lo que se sintió aliviado cuando *Totem* saltó sobre la mesa poniendo fin a la discusión.

Al final resultó ser una de las veladas más agradables que pasaban desde hacía mucho tiempo.

Pero a la mañana siguiente, cuando llegó a Morton, Norman deseó no haber lanzado aquella idea de la «obstinación de la materia», que empezaba a obsesionarle, a tal punto que se sorprendía reparando en las trivialidades más insignificantes… como por ejemplo, la situación exacta de aquel estúpido dragón. Recordaba que el día anterior creyó haberlo visto exactamente en el centro del alero, pero ahora lo veía como dos tercios más abajo, y bastante cerca de la archivolta que coronaba la entrada del inútil pasaje gótico situado entre los pabellones Estrey y Morton. ¡A un supuesto hombre de ciencia, aunque no fuese más que un sociólogo, cabía exigirle mejores dotes de observación!

A las nueve en punto, el timbre del teléfono coincidió con el de la llamada a clase.

—¿Profesor Saylor? —la voz de Thompson sonaba en tono de disculpa—. Siento molestarle otra vez, pero acabo de recibir otra queja de uno de nuestros fideicomisarios. Es Liddell, esta vez, y se refiere a una conferencia improvisada que se le atribuye a usted, más o menos hacia las mismas fechas que esa… ¡ejem…!, fiesta, sobre el tema de «Lo que no marcha en la enseñanza universitaria».

—Bien, ¿y qué hay con eso? ¿No irá a decirme que todo marcha como la seda, o que el tema es tabú?

—No, no, no. Por supuesto que no. A lo que parece, el fideicomisario cree que apuntaba usted sus críticas contra Hempnell.

—Contra los colegios universitarios por el estilo de Hempnell, sí, pero no contra Hempnell en concreto.

—En efecto, y según parece, él opina que eso puede repercutir negativamente en la matriculación para el próximo curso. Ha mencionado que las palabras de usted fueron escuchadas por varios conocidos suyos que tienen hijos en edad estudiantil, y que recibieron una impresión desfavorable.

—Debe tratarse de personas demasiado susceptibles.

—Por lo visto, también cree que hizo usted una alusión despectiva a las… ¡ejem…!, actividades políticas del presidente Pollard.

—Lo siento, pero ahora tengo una clase que atender.

—De acuerdo —dijo Thompson, y colgó.

Norman hizo una mueca. ¡La obstinación de la materia, ciertamente, no era nada, comparada con la obstinación de las personas! Luego se puso en pie de un salto y corrió a su clase de «sociedades primitivas».

Gracine Pollard no estaba presente, observó con satisfacción sarcástica, mientras se preguntaba si la lección del día anterior habría sido demasiado para el enfermizo sentido de la decencia de su alumna. Incluso a las hijas de los presidentes les convenía escuchar alguna verdad de vez en cuando.

Sobre los demás, la lección del día anterior había ejercido un efecto marcadamente estimulante. Varios alumnos decidieron elegir temas relacionados con la misma para sus trabajos de fin de curso, y el delegado de curso se había resarcido de su derrota con el borrador de un artículo humorístico para el *Buffoon* de Hempnell sobre el significado primitivo de las novatadas en las hermandades estudiantiles. En conjunto tuvieron una sesión muy animada.

Después de la clase, Norman, que estaba de un humor magnífico, pensó que muchas personas no comprendían a los estudiantes universitarios. Por lo general se les consideraba peligrosamente rebeldes y radicales, y de moralidad escandalosamente experimental. En particular las clases bajas tendían a representárselos como monstruos de vagancia y perversión, posibles asesinos de niños y aficionados a la celebración de misas negras de diferentes estilos. En realidad él los veía más convencionales que muchos alumnos de instituto; en cuanto a la experiencia en actividades sexuales, le parecían bastante más atrasados que el conjunto de los jóvenes que no habían pasado de la escuela elemental.

En vez de pedir la palabra con osadía en clase para emitir pronunciamientos rebeldes, eran mucho más dados a la adulación hipócrita, deseosos de manifestarse únicamente en el sentido que más pudiese agradar al profesor. ¡No había que temer que se desmandasen! Muy al contrario, era preciso abrirles los ojos poco a poco, hacerles olvidar los tabúes de la familia y la estrechez mental de una infancia demasiado protegida. Y cómo se complicaban estos problemas, necesitados más que nunca de soluciones, cuando se vivía en una época de evidente interinidad moral, cuando la lealtad patriótica y la fidelidad a la familia se disolvían en favor de otras lealtades más amplias y otros amores…, o en favor de una insolidaridad feroz y selvática, del caos fomentado por el terror atómico, si el espíritu humano se dejaba encerrar, menoscabar y empequeñecer por los egoísmos y los temores tradicionales.

La opinión pública también tenía una percepción errónea en cuanto al profesorado universitario, gente por lo común más bien timorata y demasiado susceptible a la desaprobación social. El que algunos, a pesar de todo, se atrevieran a pronunciar en voz alta sus opiniones, era tanto más meritorio.

Todo lo cual, por supuesto, reflejaba la resistencia de la sociedad a dejar de contemplar a los maestros, no como educadores sino como una especie de vírgenes vestales que sacrificaran sus vidas en el altar de la respetabilidad, alojados en edificios tétricos de necesidad y juzgados con arreglo a códigos morales mucho más estrictos que los que se aplicaban a los hombres de negocios y a las amas de casa, por ejemplo. Y dentro de aquel carácter de vírgenes vestales, la virginidad asumía mucha más importancia que la conservación de la débil llama de curiosidad imaginativa y de sincero afán intelectual. En realidad, a la opinión pública le importaba bien poco que dicha llama pudiese llegar a apagarse, con tal de que los enseñantes permaneciesen recluidos en sus templos: petrificados, amargados, pero inviolados testigos de que

alguien, no se sabía muy bien dónde, mantenía enhiesta la bandera de los valores morales.

Sardónico, Norman pensó: «¡Pero cómo! ¡Si en realidad quieren que seamos brujos y brujas, aunque de una variedad inofensiva! ¡Y pensar que se lo he prohibido a Tansy!».

La ironía de la situación le arrancó una sonrisa.

Su buen humor duró hasta después de la última clase de la tarde, hasta que se tropezó con los Sawtelle delante del pabellón Morton.

Evelyn Sawtelle era una esnob y una falsa intelectual. Entre otras ficciones, mantenía la de haber sacrificado una gran carrera escénica cuando se casó con Hervey. En realidad, pese a sus intrigas, jamás había logrado alcanzar la dirección del grupo teatral de Hempnell y tuvo que conformarse con un cargo secundario en el departamento de declamación. Tenía modales afectados y vestía con cierta ostentación, lo que combinado con su cara chupada y sus ojos y cabellos negros, pero vulgares, evocaba a esas criaturas insignificantes que a veces podemos encontrar en los vestíbulos durante los entreactos de las funciones de ballet o de los conciertos.

Lejos de ser una bohemia, en realidad Evelyn Sawtelle era, de entre las esposas del profesorado de Hempnell, una de las más inclinadas a preocuparse de las minucias del convencionalismo y del prestigio social. Pero debido a su incompetencia general, dicha preocupación no se expresaba en una mayor atención a las exigencias del tacto, sino todo lo contrario.

Tenía dominado por completo a su marido, al que dirigía a modo de empresaria, torpemente, con excesivo celo, pero no sin una cierta eficacia basada en la tozudez.

—Hoy he almorzado con Henrietta…, con la señora Pollard, quiero decir —le anunció a Norman, como si acabara de ser recibida por la familia real.

—Escuche, Norman… —empezó Hervey, muy excitado, exhibiendo su portafolios.

—Tuvimos una charla muy interesante —le interrumpió su mujer—. Y también hablamos de usted. Parece ser que Gracine ha interpretado mal algunas de las cosas que dijo usted en clase. ¡Es una niña tan sensible!

«Una niña idiota, querrás decir», corrigió mentalmente Norman pero para no parecer descortés murmuró:

—¿Ah, sí?

—Nuestra querida Henrietta estaba indecisa en cuanto a cómo tratar esa cuestión,

aunque naturalmente es una persona muy abierta, una mentalidad cosmopolita. Sólo lo he mencionado porque pensé que a usted le gustaría saberlo. Al fin y al cabo, importa mucho no dar pie a interpretaciones equivocadas acerca del departamento, ¿verdad, Hervey? —concluyó en tono imperioso.

—¿Qué has dicho, querida? ¡Ah, sí, sí! Oiga, Norman, quiero hablarle de esa tesis que le enseñaba ayer. ¡Es un caso bien extraordinario! Figúrese que sus argumentos principales son casi los mismos que los del libro de usted Un sorprendente ejemplo de dos investigadores independientes que llegan a la misma conclusión. Como lo de Darwin y Wallace, o lo…

—No me habías contado nada de esto, querido —intervino su mujer.

Le fastidió tener que dar la explicación en presencia de la señora Sawtelle, pero no había más remedio.

—Siento tener que cambiar una intrigante coincidencia científica por una historia más bien sórdida, Hervey. Ocurrió en mil novecientos veintinueve, el primer año que estuve aquí como profesor no numerario. Un licenciado llamado Cunningham se apropió mis ideas, que yo había compartido con él por amistad, y las incorporó a su tesis doctoral. Mi trabajo sobre las supersticiones y las neurosis era un proyecto entonces, y luego enfermé de pulmonía durante dos meses, por lo que no pude leer su tesis hasta después de que le dieran el doctorado.

Sawtelle parpadeó. Su rostro asumió la usual expresión preocupada. Los ojos negros y redondos como botones de la señora Sawtelle expresaron una vaga decepción, como si le hubiese agradado leer la tesis, entretenerse con cada uno de sus párrafos y dar libre juego a todas sus sospechas antes de escuchar la explicación.

—Me enfadé mucho, y tuve la intención de denunciar el caso —continuó Norman — pero luego me enteré de que había fallecido. Hubo ciertas insinuaciones de suicidio. Era un tipo desequilibrado. No sé cómo se figuró que podía pasar desapercibido aquel hurto de ideas. En todo caso decidí no hacer nada, por consideración hacia la familia. De lo contrario les habría dado un motivo para pensar que efectivamente había sido un suicidio, ¿comprende?

La señora Sawtelle le miró, incrédula.

—Pero, Norman, ¿cree que eso fue prudente? —comentó Sawtelle en tono de ansiedad—. Lo de guardar silencio, quiero decir. ¿No corría usted un peligro? En cuanto a su reputación académica, quiero decir.

La señora Sawtelle mudó repentinamente de actitud.

—Devuelve esa cosa a los archivos, Hervey, y no hablemos más del asunto —ordenó, tajante. Luego le dirigió a Norman una sonrisa socarrona—. Olvidaba que tengo una sorpresa para usted. Acompáñeme a la cabina de sonido y se la enseñaré. No le llevará más de un minuto. Ven con nosotros, Hervey.

Norman no halló ninguna excusa que oponer, de manera que acompañó a los Sawtelle hasta el local del departamento de declamación, al otro extremo del Morton, mientras se preguntaba cómo dicho departamento pudo encontrar utilidad en una persona de voz tan nasal y afectada como Evelyn Sawtelle, por más que fuese la esposa de un profesor y una comediante fracasada.

La cabina de sonido estaba en penumbra y silenciosa, ya que se trataba de un cajón robusto de paredes insonorizadas y ventanas de doble cristal. La señora Sawtelle sacó un disco del archivo y lo puso en uno de los tres tocadiscos, tras lo cual ajustó algunos botones. Norman dio un respingo. Por un instante creyó que se abalanzaba un camión sobre la cabina, a punto de derribar las paredes. Luego, el ruido abominable que salía de los altavoces se convirtió en un aullido o sollozo pulsante, que evocaba el del viento cuando azota una casa aislada. Sin embargo, este otro ruido suscitó un recuerdo menos habitual en la agitada memoria de Norman.

La señora Sawtelle se acercó precipitadamente y dio vueltas a los mandos.

—Ha habido una equivocación —explicó—. Esto es no sé qué pieza de música contemporánea. Enciende la luz, Hervey. Aquí está el disco que buscaba.

Y lo puso en otro tocadiscos.

—Fuera lo que fuese, sonaba horrible —comentó su marido.

Norman logró identificarlo en su memoria. Era un primitivo instrumento de arco de los indígenas australianos, que conocía gracias a una demostración de un colega. El sonido se obtenía excitando una tabla arqueada por acción de una cuerda, y los aborígenes lo usaban en sus rogativas de lluvia.

—… en estos tiempos de equívoco y de lucha, si deliberadamente o por descuido echamos en olvido que toda palabra y todo pensamiento deben referirse a cosas existentes en el mundo real, si permitimos que las referencias a lo irreal y a lo inexistente vayan insinuándose en nuestras mentes…

Nuevo sobresalto para Norman: era su propia voz la que salía de los altavoces, fuertemente amplificada, y tuvo una extraña sensación de salto atrás en el tiempo.

—¿Sorprendido? —le preguntó Evelyn Sawtelle en tono burlón—. Es parte de la conferencia sobre semántica que dio usted a los estudiantes la semana pasada.

Recordará que habíamos instalado un micrófono en el atril…, usted debió creer que servía para el sistema de megafonía de la sala… Hicimos una grabación oculta, como las llamamos aquí. Ahí fue donde se editó.

Apuntó con un ademán al más pesado de los tres platos, montado además sobre una base de cemento, que servía para confeccionar los discos originales. Sus manos volaban sobre los mandos.

—Aquí podemos hacer muchas cosas —siguió explicando—. Mezclar sonidos de todas clases, voces y músicas, y…

—… recordad que las palabras pueden hacer daño, y lo que es más sorprendente, las palabras más perniciosas son las que aluden a cosas que no existen. Por qué…

Norman no lograba fingir que la sorpresa le hiciese gracia. Sabía que el motivo de ello no era más racional que el temor del salvaje a que alguien se entere de su nombre secreto, pero de todas maneras seguía sin gustarle que Evelyn Sawtelle se dedicase a jugar con su voz. Lo mismo que sus ojos hundidos, de brillo apagado, aquella actividad sugería una afición a espiar las debilidades ocultas de los demás.

Y luego Norman se sobresaltó involuntariamente por tercera vez, porque en aquel momento salió del amplificador, mezclado con su propia voz, el rugido del arco primitivo con su diabólico parecido a la aproximación de un camión pesado.

—¡Ay! Otra vez me he equivocado —intervino en seguida Evelyn Sawtelle, mientras daba manotazos a los botones—. ¡He mezclado la hermosa voz de usted con esa música horrible! —Hizo una mueca y agregó—. De todas maneras, profesor Saylor, y tal como acababa usted de decir, los ruidos no pueden hacernos daño.

Norman no se molestó en corregir aquella tergiversación de sus palabras, bien típica de su interlocutora. La contempló durante unos momentos con curiosidad. Estaba de pie delante de él, con las manos a la espalda. Su marido, con la nariz estremecida por un tic nervioso, contemplaba distraídamente los tocadiscos e hizo ademán de rozar uno de los platos con el dedo.

—No, no pueden —dijo con cierta sorna. Y luego se excusó sin más contemplaciones—. Bien, gracias por la demostración.

—Hasta esta noche —dijo ella todavía.

Parecía como si dijera: «No va a librarse tan pronto de mí».

«Cómo detesto a esa mujer», se dijo Norman mientras enfilaba a paso rápido por el corredor a oscuras hacia la salida.

De vuelta en su despacho, dedicó una hora larga a poner al día sus notas. Luego,

cuando se levantó para encender la luz, su mirada se dirigió casualmente hacia la ventana.

Al cabo de unos segundos se volvió precipitadamente y corrió al armario en busca de sus prismáticos.

Para gastar una broma semejante, era necesario que alguien tuviese un sentido del humor muy retorcido.

Inspeccionó con atención las uniones entre el cemento y las tejas, sobre todo en la parte de las garras, buscando las grietas reveladoras; pero no pudo ver ninguna, lo que de todos modos habría sido difícil bajo la débil claridad amarillenta del crepúsculo.

El dragón de cemento se encontraba ahora al borde del alero, como si quisiera mudarse a Morton reptando sobre la archivolta del pasadizo.

Alzó los prismáticos para observar la cabeza del engendro, calva y esquemática como una calavera mal acabada. Luego, una idea súbita le hizo bajarlos hacia la fila de cabezas esculpidas. Los enfocó hacia Galileo y leyó la inscripción en letra pequeña que no había podido descifrar la primera vez.

*«Eppur si muove».*

Las palabras que según la tradición murmuró Galileo cuando la Inquisición le obligó a renegar de su afirmación de que la Tierra giraba alrededor del Sol.

«Y sin embargo, se mueve».

Oyó un crujido del entarimado a sus espaldas, y se volvió con rapidez.

Junto a su escritorio, un joven pálido como la cera, de espeso cabello rojo y con ojos saltones que parecían de alabastro, empuñaba en la derecha, con los nudillos blanqueados por la tensión, una pistola deportiva del 22.

Norman se le acercó, desviándose un poco hacia la derecha.

El delgado cañón del arma se alzó hacia él.

—Hola, Jennings —dijo Norman—. Estás readmitido. Te he puesto un sobresaliente en todas las asignaturas.

El cañón titubeó y Norman fue por él.

El tiro salió por debajo del brazo izquierdo de Norman y taladró el cristal de la ventana.

La pistola cayó al suelo y el cuerpo enclenque de Jennings se derrumbó como un saco. Cuando Norman lo alzó a fuerza de brazos y lo sentó en el sillón, Jennings empezó a sollozar convulsivamente.

Norman recogió la pistola tomándola por el cañón, la encerró en un cajón y se

guardó la llave en el bolsillo. Luego descolgó el auricular del teléfono y marcó un número interior. La comunicación se estableció en seguida.

—¿Gunnison?

—¿Eh? Me pilla usted a punto de salir.

—Los padres de Theodore Jennings viven cerca del colegio, ¿verdad? Ya sabe a quién me refiero, el fulano a quien suspendimos el curso pasado.

—Así es. ¿Qué pasa?

—Llámelos y que vengan en seguida. Y que les acompañe el médico. Ha intentado pegarme un tiro. Sí, el médico de ellos. No, no hay ningún herido. Por favor, dése prisa.

Norman colgó. Jennings seguía llorando, presa de un ataque de nervios. Norman le contempló con repugnancia durante unos momentos, y luego le palmeó la espalda.

Una hora más tarde, Gunnison estaba sentado en aquel mismo sillón y lanzaba un suspiro de alivio.

—Menos mal que han admitido que está maduro para el manicomio —comentó—. Ha sido una atención por parte de usted el no querer llamar a la policía. Incidentes así perjudican a la reputación del colegio.

Norman sonrió con aire fatigado.

—Casi todo perjudica la reputación del colegio. Pero, evidentemente, ese muchacho está loco de atar. Y por supuesto, entiendo que Pollard quiera guardar las mayores consideraciones para con los Jennings, por las relaciones y la influencia política que tienen.

Gunnison asintió. Encendieron cigarrillos y fumaron en silencio. Norman pensó que la vida real era muy diferente de las novelas policiacas, donde un atentado siempre es motivo de gran alboroto, de numerosos telefonazos y de un revuelo de investigadores oficiales y extraoficiales. Mientras que allí, por haber ocurrido en una región de la realidad donde la respetabilidad primaba por encima del sensacionalismo, resultaba muy fácil echarle tierra y olvidarlo en seguida.

Gunnison consultó su reloj.

—He de darme prisa. Son casi las siete, y estamos invitados en casa de usted a las ocho.

Pero no daba muestras de querer marcharse, sino que se entretuvo en inspeccionar el agujero del cristal.

—¿Le importaría no mencionar este suceso a Tansy? —rogó Norman—. No

quiero preocuparla.

Gunnison asintió.

—Lo mejor será no mencionárselo a nadie.

Luego hizo un ademán hacia la ventana.

—Es uno de los animales favoritos de mi mujer —observó en tono de broma.

Norman vio que el dedo apuntaba al dragón de cemento, que en aquellos momentos se recortaba a la luz de las farolas del paseo.

—Me refiero a que tiene una docena de retratos de él. Se ha especializado en Hempnell. Creo que no ha dejado curiosidad arquitectónica por fotografiar aquí. Ése es uno de sus favoritos —rió—. Normalmente es el marido el que suele esconderse a oscuras en el cuarto de revelado, pero no en nuestra familia. Y eso que el químico soy yo.

De súbito, el cerebro sobrecargado de Norman se sobresaltó al recordar el instrumento de reclamo de los aborígenes australianos, y captó inmediatamente la analogía entre la grabación de aquel sonido y la foto de un dragón.

En seguida puso tapadera a la serie de preguntas fantásticas que le habría gustado plantear a Gunnison.

—¡Vámonos! —se limitó a decir—. Será lo mejor.

Gunnison se sorprendió un poco ante la aspereza de su tono.

—¿Querría llevarme a casa? —preguntó Norman con voz algo más natural—. Me he dejado el coche en el garaje.

—Cómo no —replicó Gunnison.

Después de apagar las luces, Norman se volvió un instante y miró hacia la ventana, recordando el rótulo.

*«Eppur si muove.»*

# 6

Apenas habían quitado de la mesa los platos de una apresurada cena, cuando se oyó la primera llamada a la campanilla de la puerta. Con alivio por parte de Norman, Tansy había aceptado sin profundizar demasiado sus explicaciones bastante torpes acerca de los motivos por los que llegaba tan tarde a casa. Su serenidad de los dos últimos días era un poco sorprendente, sin embargo. Por lo general ella era mucho más aguda y más curiosa. Aunque, por supuesto, él había procurado ocultarle los acontecimientos inquietantes, y se felicitaba, en realidad, de encontrarla con los nervios tan en forma.

—¡Querida! ¡Hace siglos que no nos veíamos! —la señora Carr abrazó a Tansy con enorme efusión—. ¿Cómo está usted? ¿Cómo está usted?

Tanta curiosidad resultaba peculiarmente insistente y algo incisiva. Norman la echó a cuenta de la típica afectación hempnelliana.

—¡Ay, querida! Me parece que se me ha metido una mota en el ojo —continuó la señora Carr—. ¡Qué viento!

—Vendaval —dijo el profesor Carr, del departamento de matemáticas, ingenuamente satisfecho por haber acertado con la palabra precisa.

Era un hombre bajito, de mejillas coloradas, con perilla y bigote canosos: un sabio tan inocente y distraído como siempre se suele describir a los profesores universitarios. Parecía residir permanentemente en un paraíso particular de números trascendentes y transfinitos, rodeado de los jeroglíficos de la lógica simbólica, que manipulaba con habilidad reconocida entre matemáticos a escala nacional. Aunque los inventores de tales jeroglíficos hubieran sido Russell y Whitehead, Carr era el campeón entre los prestidigitadores capaces de trasponer y trastocar aquellos símbolos exasperantes y arcanos y exprimirles todo su significado.

—Parece que ya salió —dijo la señora Carr, apartando con un ademán el pañuelo ofrecido por Tansy y haciendo rodar a modo de ensayo sus ojos, que parecieron

desagradablemente desnudos hasta que volvió a ponerse sus gruesas gafas.

—¡Ah! Deben ser los demás —comentó al oír de nuevo la campanilla—. ¿No es maravilloso que todo el mundo sea tan puntual en Hempnell?

Mientras se encaminaba hacia la puerta para abrir, Norman imaginó por un instante absurdo que alguien tocaba un arco aborigen australiano, hasta que se dio cuenta de que debía ser el rugido del viento, empeñado en hacer honor a la descripción del profesor Carr.

Al abrir, por poco se tropieza con las formas angulosas de Evelyn Sawtelle, los faldones de cuyo abrigo negro azotaban sus piernas por efecto de la ventolera, y se quedó viendo de cerca el rostro no menos anguloso, con sus ojos como diminutos botones negros.

—Déjenos entrar, o nos meterá el viento de un empujón —dijo.

Como la mayoría de sus intentos de bromear o decir algo ingenioso, éste también falló, quizá por culpa del tono excesivamente brusco.

Entró llevando de remolque a su Hervey, y enfiló hacia Tansy.

—¿Cómo estás, querida? ¿Qué se ha hecho de tu persona en todos esos días?

Una vez más Norman se sobresaltó al escuchar el tono y la ambigüedad de la pregunta. Por un momento se preguntó si aquella mujer habría logrado enterarse de las excentricidades de Tansy y de su crisis reciente. Pero no; lo que sucedía era que la señora Sawtelle tenía el vicio de escucharse así misma, y por eso sus dichos sonaban a falso.

Hubo un revoloteo de saludos. *Totem* maulló indignada y salió corriendo para esquivar aquella barahúnda de humanos. La voz de la señora Carr descollaba sobre todas, chillando como una adolescente:

—¡Ay, profesor Sawtelle, quiero que sepa cuánto hemos apreciado su conferencia sobre urbanismo! ¡Ha sido verdaderamente significativa!

Sawtelle se deshizo en agradecimientos.

Norman pensó: «Así que ahora el favorito para la cátedra es él».

El profesor Carr se había encaminado derecho hacia las mesas de bridge y manoseaba las cartas con aire pensativo.

—He estudiado las matemáticas de la operación de barajar —empezó con aire animado cuando se acercó Norman—. Se entiende que hay que mezclar las cartas para que el reparto de las suertes sea puramente aleatorio, y sin embargo no sucede así.

Rompió el envoltorio de una baraja nueva y desplegó los naipes.

—De fábrica vienen clasificadas por palos, trece tréboles, trece corazones, y así sucesivamente. Supongamos ahora que yo las barajo perfectamente, es decir, que las divido en dos montones iguales y mezclo las cartas del uno con las del otro, una a una.

Intentó la demostración, pero los naipes se le escapaban de las manos.

—No importa; no es tan difícil como parece —continuó en tono amigable—. Algunos jugadores lo hacen siempre que quieren, con la rapidez del rayo. Pero no es ésa la cuestión. Supongamos que mezclo perfectamente una baraja nueva, dos veces seguidas. En esas condiciones, y sin importar cómo se corte, cada jugador recibiría las trece cartas de un solo palo…, acontecimiento que, si hubiese de regirse por las solas leyes del azar, no se produciría sino una de cada ciento cincuenta y ocho mil millones de veces…, y eso para una sola mano, no digamos ya para las cuatro.

Norman asintió, y Carr sonrió satisfechísimo.

—Es sólo un ejemplo. A lo que voy es a lo que sigue: lo que llamamos impropiamente azar, en realidad es la resultante de varios factores muy bien definidos, en especial la manera de jugar las bazas y los hábitos de los jugadores a la hora de barajar.

Tal como lo contaba, parecía tan importante como la Teoría de la Relatividad.

—Algunas noches se reparten manos muy triviales; otras noches aparecen juegos completamente anómalos: casi todas las cartas de un mismo palo reunidas en una sola mano, o faltando todas, y cosas por el estilo. A veces los honores se empeñan en favorecer, digamos, a norte y sur. Otras veces, a este y oeste. ¿Azar? ¿Suerte? ¡Nada de eso! Es el resultado de unas causas conocidas. Algunos jugadores muy avezados incluso se sirven de ese principio para adivinar la situación probable de los triunfos. Recuerdan cómo se jugaron los descartes en la ronda anterior, se fijan en cómo se han reunido de nuevo los naipes y cómo los hábitos del que baraja desordenan las cartas. Luego interpretan esa información de acuerdo con lo que van diciendo los jugadores durante la subasta, cuando vuelve a utilizarse ese mazo. ¡Caramba! En realidad es relativamente sencillo…, o puede serlo para un experto, como en el caso de esos ajedrecistas que juegan a ciegas. Por supuesto, un jugador de bridge verdaderamente hábil debería…

La mente de Norman se había salido por una tangente: ¿Y si se aplicase el mismo principio a otras cosas, aparte del bridge? Supongamos que las coincidencias y otros sucesos fortuitos no sean en realidad tan fortuitos como parecen. Que existan

individuos dotados de una aptitud especial para jugar sus bazas y prever lo que puede ocurrir. Pero ésa sería una idea bastante obvia…, nada que justificase el estremecimiento que él acababa de sentir.

—¿Por qué tardarán tanto los Gunnison? —decía el profesor Carr—. Podríamos empezar con una sola mesa. Quizá nos dé tiempo para terminar una manga.

Un nuevo toque de la campanilla puso fin a las dudas.

Gunnison traía cara de haber cenado demasiado de prisa, y Hulda parecía bastante contrariada.

—Hemos tenido que darnos mucha prisa —rezongó cuando Norman le abrió la puerta.

Lo mismo que las otras dos mujeres, apenas hizo caso de él y dedicó todos sus saludos a Tansy. Lo que le hizo sentirse vagamente incómodo, recordando cómo durante su primera época en Hempnell, las visitas de los colegas le habían parecido un agobio para los nervios. Tansy parecía en desventaja, inerme, en contraste con los modales agresivos que exhibían las otras tres.

Se dijo que no había nada de particular en eso. Era lo normal en las esposas de los profesores de Hempnell. Se comportaban como si pasaran todas las noches conspirando para envenenar a cuantos pudieran interponerse entre sus maridos y la poltrona del presidente.

Mientras que Tansy… Pero eso se parecía más a lo que había hecho Tansy, o a lo que ella dijo que hacían las demás. Y que ella no lo hacía, sino que sólo… Dándose cuenta de que sus pensamientos empezaban a girar en círculos cada vez más embrollados, procuró desentenderse.

Echaron a suertes las parejas.

Por lo visto, los naipes andaban empeñados en suministrar un ejemplo de las teorías expuestas por Carr. Las manos aparecían repartidas con una uniformidad poco habitual. Ninguna serie larga de un mismo palo; todas eran distribuciones tipo 4-4-3-2 y 4-3-3-3. Se perdía una baza, se ganaban dos; se ganaba una, se perdían dos.

Después de la segunda manga, Norman recurrió a su remedio secreto contra el aburrimiento: el juego de «descubrir al primitivo». Era un juego que se jugaba a solas, en secreto, un mero ejercicio para la imaginación de un etnólogo. Se trataba de fingir que las personas que le rodeaban a uno eran indígenas de una raza salvaje, y de imaginar cómo se manifestarían sus caracteres en esas condiciones.

Aquella noche empezaba a salirle casi demasiado bien.

En cuanto a los hombres, nada extraordinario. Gunnison, por supuesto, sería un próspero jefe de clan. Tal vez un poco más grueso que en la realidad, y rodeado de hembras, pero afligido por una esposa principal celosa y vengativa, preparada siempre para atacar. Carr podría ser el canastero del poblado…, un anciano ágil todavía, con sonriente cara de simio, cuyos dedos entretejerían los mimbres con arreglo a complicadas matrices matemáticas. Sawtelle, naturalmente, sería el chivo emisario de la tribu, la víctima de incesantes bromas pesadas.

Pero ¿y las mujeres?

La señora Gunnison, por ejemplo, en aquellos momentos su pareja de juego. El cabello rojo, sí, pero poblado de abalorios de cobre. Cabía suponer que sería, si acaso, todavía más fornida, una verdadera montaña de mujer, más fuerte que la mayoría de los hombres de la tribu, y muy capaz de esgrimir una jabalina o una porra. Con la misma mirada brutal, pero con el labio inferior más salido, en una mueca más abiertamente desdeñosa y dominadora. No era difícil imaginar lo que sería capaz de hacerles a las infelices muchachas que tuvieran la desgracia de gustar demasiado a su marido. O cómo le aleccionaría sobre la política de la tribu cuando estuvieran a solas en su cabaña. O cómo rugiría su vozarrón al entonar las melopeas con que las mujeres despedirían a los hombres cuando éstos emprendieran el sendero de la guerra.

Luego la señora Sawtelle y la señora Carr, que habían pasado a integrar la primera mesa junto con él mismo y la señora Gunnison. Primero la señora Sawtelle; era preciso imaginarla más delgada, escarificar las flacas mejillas con tatuajes ornamentales, y tatuar asimismo la espalda. Una bruja, más amargante que la quinina debido a la insuficiencia de su marido. Imaginar sus imprecaciones delante de un fetiche asaeteado de espinas. Imaginar sus aullidos frenéticos durante el acto de arrancarle la cabeza al gallo…

—Se ha saltado usted el turno, Norman —aseveró la señora Gunnison.

—Disculpen.

Y la señora Carr. Arrugarla un poco más. Dejarle sólo un par de mechones de pelo sobre la apergaminada calva. Quitarle las gafas, dejándola cegata. Imaginarla mirando sin ver, enseñando la sonrisa desdentada y notando el aire con sus garras. Una vieja *squaw* bondadosa e inofensiva, que reuniría a su alrededor a los niños de la tribu (¡siempre aquella eterna sed de juventud!) para contarles las antiguas leyendas. Pero su mandíbula todavía sería capaz de cerrarse como una trampa de acero, y las garras de sus manos serían hábiles en el arte de aplicar el veneno a las puntas de las flechas,

y no necesitaría los ojos para ver, en realidad, porque estaría dotada de otros sentidos, y hasta el guerrero más valiente se pondría nervioso si se diera cuenta de que ella se fijaba demasiado en él.

—Están muy callados los sabios de la primera mesa —comentó Gunnison con una carcajada—. Debe haberse puesto difícil la partida.

Tres brujas empeñadas en propulsar a sus maridos hacia lo más alto de la jerarquía tribal.

Desde el pasillo a oscuras, al otro extremo de la habitación, *Totem* contemplaba la escena con curiosidad, como sopesando alguna posibilidad parecida.

En cambio, Norman no veía cómo encajar a Tansy en aquel cuadro. Podía imaginar cambios físicos, como el cabello lleno de grasa, unos aros grandes en las orejas y un símbolo pintado en la frente. Pero no lograba representársela como perteneciente a la misma tribu. En su imaginación sería una forastera, una cautiva, contemplada con odio y desconfianza por las demás. O tal vez una mujer de la misma tribu, sí, pero que hubiese cometido una infracción y perdido la amistad de las demás mujeres. Una sacerdotisa que hubiese violado un tabú. Una bruja que hubiese renunciado a la brujería.

De súbito, su radio de visión se estrechó hasta fijarse en el bloc de la puntuación. Mientras la señora Carr meditaba un descarte, Evelyn Sawtelle dibujaba palotes, distraída. Primero dibujó un monigote con los brazos levantados y tres o cuatro bolas o pelotas por encima de la cabeza, como si fuese un malabarista. Luego dibujó una reina, según daban a entender la falda y la corona. A continuación dibujó una torre con almenas. En seguida hizo unos palotes en forma de L invertida, de la que colgaba un monigote: una horca. Por último, una especie de vehículo, esquematizado por un rectángulo con dos ruedas, a punto de atropellar a un hombre que alzaba los brazos espantado.

Sólo cinco dibujos. Pero Norman sabía que cuatro de ellos tenían relación con algún tipo de conocimiento poco usual, que él guardaba en algún rincón de su mente. Una ojeada al juego del muerto le dio la clave.

Naipes.

Pero aquel conocimiento databa de la historia antigua de los naipes, cuando la baraja estaba saturada de magia, cuando existía un Caballero entre el Valet y la Reina, cuando los palos eran espadas, bastos, copas y oros y además había en la baraja veintidós cartas especiales de tarot, o adivinatorias, de las que actualmente sólo

subsiste el Loco o comodín.

¿Cómo era posible que Evelyn Sawtelle supiera de una cosa tan esotérica como los naipes del tarot, y que los conociese tan a fondo que fuese capaz de dibujarlos de memoria? ¿La estúpida, la afectada, la convencional Evelyn Sawtelle? Era increíble. Pero, en efecto, las cuatro cartas que había dibujado eran el Juglar, la Emperatriz, la Torre y el Ahorcado.

En lo tocante al quinto dibujo, el del hombre y el vehículo, no encajaba. ¿El Carro? ¿La víctima fanatizada, aunque rebelde en el último instante, arrojada bajo las ruedas del inmenso altar rodante de Juggernaut? Un punto más, si era cierto, a favor de la erudición esotérica de la estúpida Evelyn Sawtelle.

De súbito tuvo otra idea. Él mismo y un camión. Un camión enorme. Eso era lo que significaba la quinta figura.

Pero ¿cómo podía estar enterada Evelyn Sawtelle de su fobia favorita?

La miró fijamente. Ella tachó los dibujos con el lápiz y le dirigió una mirada sombría.

La señora Gunnison se inclinó hacia adelante, moviendo los labios como si contara mentalmente los triunfos que tenía en la mano.

La señora Carr sonrió e inició el carteo. Fuera, el viento aullaba y se alzó de nuevo hasta un rugido intermitente, como ocurriera al principio de la velada.

Norman dejó escapar de repente una risa ahogada, por lo que las tres mujeres se quedaron mirándole. ¡Qué estúpido había sido! Obsesionado con lo de la brujería, no se había dado cuenta de que Evelyn Sawtelle sólo había dibujado un niño jugando con una pelota (el niño que ella nunca tuvo), una reina (ella misma), una torre (el cargo de su marido como jefe del Departamento de Sociología, o quizá otro todavía más poderoso), un ahorcado (la impotencia de Hervey, ¡eso sí que era una idea!). El hombre asustado y el camión simbolizaban la propia energía sexual de la mujer, que horrorizaba y aplastaba a Hervey.

Norman rió de nuevo, lo que le valió miradas reprobatorias por parte de las tres mujeres.

Y, sin embargo, se dijo, continuando sus especulaciones anteriores y dando un giro cada vez más sombrío a lo que no era, al principio, sino una diversión particular, ¿por qué no?

Tres mujeres, tres brujas que utilizaban la magia, lo mismo que había pretendido Tansy, para fomentar la carrera de sus maridos y la propia.

Y que utilizaban los conocimientos especiales de sus maridos para modernizar sus prácticas mágicas. Desconfiadas y preocupadas al advertir que Tansy había abandonado los conjuros, temerosas de que hubiese descubierto otros mucho más poderosos y estuviera dispuesta a utilizarlos.

Y Tansy…, súbitamente inerme, quizá inconsciente del cambio que se había operado en la actitud de sus adversarias, porque al prescindir de la magia habría perdido su capacidad para captar lo sobrenatural, su «intuición femenina».

¿Por qué no prolongar la idea un paso más? A lo peor, todas las mujeres eran lo mismo. Guardianas de antiguas prácticas y tradiciones de la humanidad, entre ellas la de la brujería. Participantes ocultas en las luchas de sus maridos, entre bastidores, con las armas de la magia. Custodios del secreto, cuando alguna que otra vez se viesen descubiertas lo excusarían todo como debilidad y afición femenina a las modas supersticiosas.

Más del cincuenta por ciento de la raza humana, dedicado todavía al cultivo secreto de la nigromancia.

¿Por qué no?

—Su turno, Norman —le advirtió la señora Sawtelle amablemente.

—Parece como si tuviera usted la mente ocupada en otra cosa —observó la señora Gunnison.

—¿Cómo le va por ahí, Norm? —preguntó Gunnison desde la otra mesa—. ¡No permita que le apabullen esas mujeres!

¿Apabullado? Norman volvió a la realidad con un sobresalto. En efecto, casi lo habían conseguido. Y todo porque la imaginación humana era un instrumento sumamente inadecuado, como lo sería una regla de goma. Calculó que si él se descartaba de su rey, con ello quizá permitiría que la señora Gunnison se desprendiese de la reina y abriese el juego a picos.

Cuando la señora Carr ganó la baza con el as, Norman creyó advertir una sonrisa críptica en sus labios.

Concluida la manga, Tansy fue a la cocina para servir un tentempié, y Norman se reunió con ella.

—¿Has visto cómo te mira? —le dijo ella en voz baja—. A veces pienso que esa zorra está enamorada de ti.

—¿Te refieres a Evelyn? —ironizó él.

—Claro que no. Me refiero a la señora Carr. En su fuero íntimo es todavía una

seductora. ¿Nunca te has fijado en cómo devora con los ojos a los estudiantes, como si lamentara no ser joven de aspecto?

Norman recordó que había pensado lo mismo aquella mañana.

Tansy continuó:

—No voy a decir que me considere halagada cuando me mira a mí de esa manera. Al contrario, me da escalofríos.

Norman asintió.

—Me recuerda a la Bruja Mala… —se interrumpió sin concluir la frase.

—¿La del cuento de Blancanieves? Sí. Ahora será mejor que salgas de la cocina, antes de que entren a recordarnos que ése no es el lugar apropiado para un hempnelliano.

Cuando regresó al salón, se había entablado la acostumbrada conversación sobre los asuntos del colegio.

—Estuve con Pollard hoy —comentaba Gunnison, mientras se servía una porción de tarta—. Me contó que mañana se reúne con los fideicomisarios para decidir, entre otras cosas, acerca de la cátedra de sociología.

Hervey Sawtelle se atragantó y estuvo a punto de volcar su tazón de chocolate.

Norman sorprendió la ojeada rencorosa que le dedicaba la señora Sawtelle. Ella recompuso en seguida el semblante y murmuró:

—Qué interesante.

Él sonrió. Esa clase de odio sí podía entenderlo bien, sin necesidad de recurrir a interpretaciones mágicas.

Fue a la cocina en busca de un vaso de agua para la señora Carr. Al salir se tropezó con la señora Gunnison, que salía del dormitorio al tiempo que deslizaba en su voluminoso bolso una libreta encuadernada en piel. Le recordó el diario de Tansy. Pensó que sería una agenda o algo parecido.

*Totem* salió detrás de ella, con un bufido, mientras esquivaba los pies de la mujer.

—Aborrezco los gatos —dijo sin ambages la señora Gunnison, pasando de largo.

El profesor Carr organizaba una última manga: los hombres en una mesa, las mujeres en otra.

—Es una barbaridad —guiñó el ojo Tansy—. Lo que pasa es que usted no cree que las mujeres sepamos realmente jugar al bridge.

—Al contrario, querida, creo que juegan ustedes muy bien —replicó Carr, totalmente en serio—. Pero confieso que a veces prefiero jugar entre hombres. Me

resulta más fácil adivinar lo que piensan. Con las mujeres, en cambio, todavía me confundo.

—Así debe ser, cariño —remachó la señora Carr, provocando una carcajada general.

De pronto las cartas empezaron a distribuirse de manera extravagante; salían unas manos rarísimas, como si la partida hubiese entrado en una fase de locura. Norman no lograba concentrarse y Sawtelle se mostraba un compañero de juego más torpe que de costumbre.

Estaba pendiente de la conversación de la otra mesa. Su imaginación rebelde se empeñaba en hallar sentidos ocultos en los comentarios más inocentes.

—Normalmente tiene usted unas manos maravillosas, Tansy, pero no esta noche, por lo visto —decía la señora Carr.

Pero ¿y si se refería a las manos para coser amuletos en saquitos de franela?

—¡Bah! Desgraciada en el juego…, ya sabe.

¿Cómo se completaba esa observación de la señora Sawtelle? ¿Afortunada en el amor? ¿Afortunada en brujería? ¡Qué idea tan idiota!

—Ha lanzado usted dos envites psíquicos seguidos, Tansy. Cuidado. Va a perder el contrato.

¿Qué significaba lo de «envites psíquicos» en el lenguaje de la señora Gunnison? ¿Una especie de farol en materia de brujería? ¿Una advertencia para que abandonase los conjuros?

La señora Carr murmuró con voz muy dulce:

—Me pregunto si no tendrá usted una mano magnífica esta vez, querida, y nos está haciendo el pase del muerto.

Una regla de goma. Eso era lo malo de la imaginación. Medido con una regla de goma, un elefante no sería más grande que un ratón, y una curva sería lo mismo que una recta. Intentó concentrarse en la defensa de su contrato.

—Parece interesante la partida de las chicas —comentó Gunnison con cierto énfasis.

Gunnison y Carr ganaron un inacabable *rubber* de dos mil puntos; muy satisfechos, siguieron comentando la jugada mientras todos estaban en pie dispuestos a marcharse.

Norman recordó la pregunta que deseaba hacerle a la señora Gunnison y dijo:

—Harold me ha contado que tiene usted muchas fotografías de ese dragón de

cemento, o lo que sea, que hay en el tejado de Estrey. Queda enfrente de mi ventana.

Ella le miró un instante y luego asintió:

—Creo que traigo una aquí. La tomé hace poco menos de un año.

Él contempló la foto y experimentó una especie de estremecimiento retrospectivo. Era absurdo. La figura no estaba en el centro del tejado, ni cerca del alero, sino casi arriba, cerca de la coronación. ¿Qué ocurría allí? ¿Una broma pesada, prolongada durante varios días, o semanas? O… su mente se le negaba como un caballo rebelde. Y sin embargo… *«Eppur si muove»*.

—El viento llora como un ánima perdida —dijo la señora Carr, arrebujándose en su abrigo mientras Norman abría la puerta.

—Será un ánima muy charlatana…, la de una mujer, seguramente —se burló su marido.

Cuando todos se hubieron marchado, Tansy le rodeó la cintura con el brazo.

—Debo estar haciéndome vieja. Esta noche he jugado mucho más flojo que de costumbre. Ni siquiera me ha molestado el coqueteo infernal de la vieja Carr. Por una vez me han parecido casi humanos.

Norman bajó la mirada para contemplarla con atención. Sonreía beatíficamente. *Totem* salió de su escondrijo y se frotó contra las piernas de su ama.

Haciendo un esfuerzo, Norman asintió y dijo:

—Sí, es verdad. Pero… ¡ese chocolate! ¡Por Dios, vamos a tomar una copa!

# 7

Reinaban las sombras por todas partes, y bajo los pies de Norman el suelo estaba blando e inseguro. El temible rugido estridente que parecía durar desde los mismos comienzos de la eternidad le estremecía hasta los huesos. Pero no era bastante para ahogar aquella voz monótona, desagradable e inexpresiva que le ordenaba hacer algo… de lo que no estaba muy seguro en qué consistía, sólo que suponía hacerse daño a sí mismo, y eso que entendía la voz con tanta claridad como si alguien estuviese hablando dentro de su propio cráneo. Trató de alejarse de la dirección hacia la que aquella voz le inducía a dirigirse, pero unas manos poderosas le empujaban en sentido contrario. Quiso mirar por encima del hombro para mirar lo que, como sabía, era más corpulento que él mismo, pero no se atrevió. Las sombras eran debidas a las grandes nubes que cruzaban a toda velocidad y que por momentos adoptaban la forma de rostros gigantescos que le contemplaban, tras los cuales ondeaban enormes masas de cabellos, rostros de cuencas vacías y negras, y labios abultados, codiciosos.

No podía hacer lo que le ordenaba la voz. Y al mismo tiempo, no podía dejar de hacerlo. Luchaba con desesperación. El sonido aumentó hasta convertirse en un fragor que hacía retemblar la tierra. Las nubes se convirtieron en un torrente de negrura que lo inundaba todo.

Y de pronto se mezcló la habitación con el otro paisaje, y haciendo un ímprobo esfuerzo consiguió despertar.

Pasándose la mano por la cara hinchada de sueño, intentó recordar, sin conseguirlo, qué era lo que le mandaba la voz. Aún le retumbaban los oídos.

Una débil claridad crepuscular entraba a través de las cortinas. El reloj señalaba las ocho menos cuarto.

Tansy estaba todavía enroscada en la cama, con un brazo fuera de la manta. Una sonrisa le distendía los labios y le arrugaba la nariz.

Norman salió de la cama con cuidado. Su pie desnudo tropezó con un clavo que se había salido del entarimado. Conteniendo un gruñido furioso, se levantó cojeando.

Por primera vez en muchos meses, se hizo una carnicería al afeitarse. Por dos veces la hoja nueva resbaló bruscamente a un lado y le arrancó finas tiras de piel. Furioso, contempló en el espejo su semblante pálido y manchado de rojo; aplicó de nuevo la hoja a la mandíbula, con más precaución, pero esta vez apretó demasiado y se hizo un tercer corte.

Cuando regresó a la cocina el agua hervía ya; al verterla en la cafetera, se desprendió por completo el vetusto mango de la cacerola y recibió algunas salpicaduras en los tobillos desnudos. La gata *Totem* esquivó el diluvio y luego regresó con muchas precauciones a su tazón de leche. Norman lanzó unas cuantas maldiciones y luego sonrió. ¿Cómo era aquello que le había contado a Tansy sobre la tozudez de la materia? Como para corroborar su teoría mediante un ridículo ejemplo final, durante el desayuno se mordió la lengua mientras comía una pasta. ¿La obstinación de la materia? Seria mejor decir la obstinación del sistema nervioso humano. Se daba cuenta de que le había quedado, quizá como resaca de la pesadilla, una sensación de inquietud, sumamente molesta, como la del que cruzando unas aguas pantanosas advierte un bulto grande que se acerca a nado.

Dicha sensación fue transformándose en otra de rabia sorda, por lo visto, pues mientras se apresuraba en dirección al pabellón Morton se sintió más que nunca en guerra con el orden establecido, y, sobre todo, con las instituciones de enseñanza. La vieja impaciencia estudiantil frente a las hipocresías y a los compromisos de la sociedad civilizada desbordaba los diques y muros de contención alzados por el realismo de la madurez. Menuda vida para un hombre, la de dedicarse a desarrollar las mentes inmaduras de unos mocosos algo crecidos, y considerarse afortunado si en todo un curso aparecía un solo alumno medianamente prometedor. Jugar al bridge con un grupo de viejas arpías. Servir de niñera para histéricos incompetentes como aquel Hervey Sawtelle. Hacer la reverencia a las mil y una reglas y tradiciones imbéciles de un colegio universitario de segunda categoría. Y todo eso, ¿para qué?

Nubes de formas irregulares cruzaban con celeridad, presagiando lluvia. Le recordaron las de su pesadilla, y sintió el impulso infantil de gritar su desafío a aquellas caras que le miraban desde el cielo.

Pasó un camión, despacio, que trajo a su memoria el garabato de Evelyn Sawtelle sobre el bloc de la partida. Lo siguió con los ojos y cuando se volvió, se encontró con

la señora Carr.

—Se ha cortado usted —dijo ella con amable solicitud, mientras le lanzaba una mirada penetrante a través de sus gafas.

—Así es.

—¡Qué mala suerte!

Ni siquiera se molestó en mostrarse de acuerdo. Pasaron juntos bajo el portal entre Estrey y Morton. Desde abajo se divisaba justamente el morro del dragón asomando sobre la canaleta del alero de Estrey.

—Quería decirle, profesor Saylor, que lamento ese asunto de Margaret van Nice, sólo que ayer no encontré el momento adecuado para hacerlo. Siento mucho que se viera usted obligado a un careo. ¡Qué acusación tan repugnante! Imagino cómo debió sentirse usted.

Él hizo una mueca malhumorada, que ella no supo interpretar, puesto que siguió insistiendo:

—Por supuesto, jamás pensé que usted hubiera hecho nada incorrecto, pero el caso fue que creí que debía haber algo en lo que contaba esa muchacha. ¡Lo explicaba con tanto lujo de detalles! —agregó, mirándole con curiosidad. Sus ojos, abultados por los cristales de las gafas, parecían los de un búho—. Realmente, profesor Saylor, algunas de las chicas que hoy día nos traen a Hempnell son terribles. No entiendo de dónde sacan esas ideas tan obscenas.

—¿Le gustaría saberlo?

Ella le miró sin comprender, más parecida que nunca a un búho perdido en la claridad del día.

—Las toman de una sociedad que se empeña en estimular y al mismo tiempo inhibir uno de los instintos más fundamentales. En una palabra, las sacan de la sucia imaginación de ciertos adultos —la informó sin rodeos.

—¡Caramba, profesor Saylor! Pero ¿qué…?

—Aquí en Hempnell hay muchas chicas cuya mentalidad sería mucho más sana si se les permitiera tener amoríos reales, en vez de reducirlas a los imaginarios. Aunque buena parte de ellas, como es natural, han logrado agenciárselos a su gusto.

Aún tuvo la satisfacción de escuchar el jadeo de sorpresa de su interlocutora, antes de meterse abruptamente en Morton. Notaba una agradable aceleración de su pulso y enfiló hacia su despacho con los labios apretados. En seguida descolgó el teléfono y marcó un número interior.

—¿Thompson? Aquí Saylor… Tengo un par de noticias para usted.

—¿Ah, sí? Diga, diga —respondió Thompson con ansiedad, en el tono de quien prepara lápiz y papel para tomar nota.

—En primer lugar, el tema de mi próxima conferencia en la asociación de madres de alumnos, dentro de quince días: «El estudiante universitario y las relaciones prematrimoniales». La segunda, que mis amigos actores, los Utell, tienen previsto actuar en esta ciudad para esas mismas fechas, y pienso invitarles aquí oficialmente.

—Pero… —evidentemente, había soltado el lápiz como si fuese un atizador de chimenea al rojo.

—Eso es todo, Thompson. Otra vez quizá pueda ofrecer algo más interesante. Hasta la vista.

Notó una punzada en la mano. Se había cortado en un dedo con su abrecartas de obsidiana. Una vez más la sangre manchaba aquel puñal de piedra volcánica que en otro tiempo habría servido para los sacrificios o para las escarificaciones rituales. Rebuscó torpemente su escritorio en busca de una tira de esparadrapo. El cajón donde solía guardarlas estaba cerrado con llave. Lo abrió y se encontró con el revólver de pequeño calibre que le había quitado a Theodore Jennings. Sonó el timbre llamando a clase. Cerró el cajón otra vez, dando vuelta a la llave, arrancó una tira de su pañuelo y se vendó provisionalmente la herida.

Mientras corría por el pasillo, el alumno Bronstein salió a su encuentro.

—Esta mañana haremos campaña a favor de usted, doctor Saylor —anunció muy contento en voz baja.

—¿A qué se refiere?

Bronstein sonrió como quien está en el secreto del asunto.

—Una chica que trabaja en la oficina del presidente nos dijo que hoy se decide lo de la cátedra de sociología. Confiamos en que por esta vez los viejos buitres den una muestra de sentido común.

Algo picado en su dignidad académica, Norman replicó:

—En todo caso, yo acataré cualquier decisión que se tome.

Bronstein acusó la censura.

—Naturalmente, no he querido dar a entender que…

—Naturalmente.

En seguida lamentó el tono cortante de sus respuestas. ¿Por qué diablos tenía que censurar a un estudiante, como si los fideicomisarios hubieran de ser reverenciados a

título de representantes de no se sabía qué deidad? ¿Por qué disimular que él mismo despreciaba a la mitad de sus colegas? El furor que creía haber dominado resurgió con violencia redoblada. Movido por un impulso súbito e irresistible, arrojó a un lado las notas que había tomado para la lección, y se puso a explicarles a sus alumnos qué opinaba exactamente del mundo entero y de Hempnell en particular. ¡De todos modos no tardarían en averiguarlo por sí mismos!

Al cabo de un cuarto de hora se interrumpió de súbito en medio de una frase en la que hablaba de «ancianas de mente sucia, en quienes la codicia de prestigio social ha alcanzado la magnitud de una perversión». Ya no recordaba ni la mitad de las cosas que había dicho. Escrutó los semblantes de sus alumnos. Muchos parecían excitados, aunque sorprendidos, y otros, los menos, se mostraban escandalizados. Gracine Pollard le miraba con incredulidad. ¡Pues sí! Se acordó de que había expuesto un análisis exacto, aunque no muy piadoso, de las ambiciones políticas de cierto presidente de colegio universitario…, que no podía ser otro sino Randolph Pollard. Y luego se había metido con el condenado asunto de las relaciones prematrimoniales, y había dicho dos o tres picardías de tono bastante subido. Y había…

Explotado. Como una gota del príncipe Rupert.

Concluyó con media docena de lugares comunes bastante flojos, aun dándose cuenta de que no venían a cuento, porque las caras de sus oyentes reflejaron todavía más asombro.

Pero la clase quedaba muy lejos de sus preocupaciones. Un escalofrío se apoderaba de su organismo, empezando por la base del cráneo, y todo por culpa de unas palabras que acababan de imprimirse en su mente.

Decían: «Una uña acaba de arañar un filamento psíquico».

Meneó la cabeza como si quisiera borrar aquellas palabras. La frase perdió nitidez y desapareció.

Quedaba media hora de clase, pero él no pensaba en otra cosa sino en irse. Propuso un ejercicio sorpresa, escribió en la pizarra dos preguntas y salió del aula. Una vez en su despacho se dio cuenta de que su dedo sangraba otra vez y había empapado la venda. Recordó que incluso había manchado de sangre la tiza.

También había sangre seca en el puñal de obsidiana. Contuvo el impulso de tocarlo, y se quedó sentado mirando su escritorio.

Todo venía de aquella aberración de Tansy con la brujería, se dijo. Le había trastornado mucho más de lo que, al principio, había querido reconocer. Se había

dado demasiada prisa en quitársela de la cabeza cuanto antes. Y por lo visto, Tansy también se daba mucha prisa en olvidarla. Una persona no se libraba tan fácilmente de una obsesión. Sería preciso que lo discutieran juntos, tantas veces como fuese necesario, o aquella preocupación acabaría por enquistarse.

Pero ¡en qué pensaba! Tansy estaba tan feliz y tranquila desde hacía tres días, que sin duda sería una equivocación querer sacar a relucir otra vez el asunto.

Sin embargo, ¿cómo habría superado tan pronto una obsesión tan seria? No era normal. Recordaba haberla visto sonreír en sueños. Pero no era Tansy la que se comportaba de un modo anormal, sino él mismo. Como si estuviese aojado… ¡pero qué necedad! Había permitido que le alterase los nervios aquel grupo de mujeres estúpidas e intrigantes, aquella manada de viejos dragones…

Sus ojos se volvieron al instante hacia la ventana, pero entonces el teléfono reclamó su atención.

—¿Profesor Saylor…? Tengo un recado del doctor Pollard. ¿Le importaría pasarse por el despacho del doctor? ¿Le va bien esta tarde a las cuatro…? Gracias.

Se reclinó en el asiento, sonriendo. Al menos, pensó, la cátedra de sociología era suya.

El día se fue nublando y las nubes se hicieron cada vez más oscuras y más bajas. Los estudiantes cruzaban los patios a paso ligero. Pero la tormenta se demoró hasta las cuatro.

Gruesas gotas de lluvia empezaron a salpicar los polvorientos escalones cuando él logró refugiarse bajo el pórtico del edificio administrativo. Los truenos retumbaban como si alguien arrastrase sobre las nubes muchos kilómetros cuadrados de chapa de acero. Se volvió a mirar. Los relámpagos recortaban contra el cielo el perfil de los tejados y torreones góticos. De nuevo rodó el trueno hasta definirse en un estampido que conmovió las paredes. Recordó que se había dejado una ventana abierta en el despacho. Pero no tenía allí nada que pudiera estropearse con el remojón.

El viento barrió el atrio con rugido ululante y sordo. La voz monocorde que le hablaba tenía calidades muy similares.

—¿No es una bonita tormenta?

Por una vez, Evelyn Sawtelle sonreía, lo que produjo en sus rasgos fisionómicos un efecto muy sorprendente, como si un caballo hubiese aprendido súbitamente a guiñar el ojo.

—¿Está usted al corriente de la noticia, supongo? —continuó ella—. Lo de

Hervey.

El aludido, oculto hasta ese momento a espaldas de su mujer, hizo acto de presencia. Sonreía con aire avergonzado. Murmuró unas palabras que se llevó la tormenta y alargó la mano al tuntún, como si estuviera en la cola de una recepción.

Norman adivinó lo que ocurría. Hizo un esfuerzo, y agarró la mano ofrecida justo cuando el otro iba a retirarla, desairado.

—Le felicito, colega —fue lo único que dijo.

—Estoy muy orgullosa de Hervey —anunció Evelyn, posesiva, como si hablase de un muchacho que acabara de ganar un premio de buena conducta.

Su mirada se fijó en la mano de Norman.

—¡Oh, pero si se ha hecho un corte en la mano! —la sonrisita parecía ya un rasgo permanente de su cara.

El viento aullaba con rabia creciente.

—Vámonos, Hervey —y salió cara a la tormenta, como si ésta existiese.

Hervey se quedó mirándola, sorprendido. Luego murmuró una disculpa ininteligible, agitó una vez más la mano de Norman arriba y abajo y corrió, obediente, detrás de su mujer.

Norman los siguió con la mirada. Por algún motivo le impresionaba, y no agradablemente por cierto, la autoridad con que Evelyn Sawtelle cruzaba al raso desafiando la cortina de agua, mojándose ella y su marido, sin otra finalidad que la de satisfacer alguna extraña obstinación. Se veía que Hervey intentaba disuadirla y no lo conseguía. El aparato eléctrico de la tormenta era intimidante, pero no pudo distinguir ninguna reacción en el extraño rostro anguloso de la mujer. Una vez más Norman tuvo en su fuero interno la vaga conciencia de una emoción explosiva y extraña.

¿De manera que aquel perrillo faldero iba a ser, en adelante, el que determinase la política educativa del Departamento de Sociología? Entonces, ¿para qué le llamaba Pollard a él, para darle el pésame?

Casi una hora después salía del despacho de Pollard dando un portazo y preguntándose por qué no había presentado su dimisión allí mismo. ¡Para ser interrogado sobre sus actos como si fuese un crío, a instigación evidente de murmuradores del género de Thompson, de la señora Carr y de Gracine Pollard! ¡Para tener que escuchar una sarta de necedades acerca de sus «actitudes» y del «espíritu de Hempnell», e incluso insinuaciones veladas acerca de su «código moral»!

Al menos había replicado golpe por golpe, en vez de limitarse a encajar, y había

forzado acentos de confusión en aquella voz engolada y teatral, además de conseguir que se alzasen más de una vez, sorprendidas, aquellas pobladas cejas.

No tuvo más remedio que pasar por delante de la oficina del decano. La señora Gunnison estaba en la puerta. Como una enorme babosa, resbaladiza y de gruesa piel, pensó, mientras observaba las medias arrugadas en los tobillos y el bolso repleto como un talego, con la inevitable cámara colgando a un lado.

—¡Sí! ¡Me he cortado! —exclamó al observar la dirección de la mirada de ella.

Aún tenía la voz ronca del desahogo que se había concedido en el despacho de Pollard. Luego recordó otra cosa, y no se detuvo ni un instante a sopesar sus palabras.

—Señora Gunnison, anoche cogió usted el diario de mi mujer…, sería por equivocación. ¿Tiene la bondad de devolvérmelo?

—Es usted el que está equivocado —replicó ella en tono de indulgencia.

—Vi que se lo guardaba al salir del dormitorio.

Los ojos de ella se convirtieron en dos rendijas.

—Entonces, lo lógico sería que lo hubiera mencionado ayer noche. Está usted desbordado, Norman. Lo comprendo —añadió, con un ademán hacia el despacho de Pollard—. La decepción debe haber sido fuerte.

—¡Le digo que me devuelva ese diario!

—Y yo le digo que será mejor que vaya a curarse ese corte —replicó ella sin dejarse impresionar—. Me parece que no está muy bien vendado, y además la herida sangra. Las infecciones pueden ser muy peligrosas.

Él giró sobre sus talones y se alejó. Al llegar frente a la puerta vio en el cristal, atenuado, el reflejo de su adversaria, que sonreía.

Una vez fuera, Norman se miró la mano. Se le había abierto el corte, como era natural, cuando aporreó el escritorio de Pollard. Apretó más la venda.

La tempestad se había disipado, y hacia el oeste, por debajo del cortinón de nubes, asomaban unos rayos de sol, que arrancaron espléndidos reflejos a los tejados y a las ventanas de las buhardillas. Los árboles se desprendían de su carga sobrante de lluvia, y el campus estaba desierto. Unas carcajadas procedentes del dormitorio de las chicas, con su retintín algo agrio, se grabaron sobre el silencio. Él se encogió de hombros, como para sacudirse los restos de mal humor, y dejó que sus sentidos se empapasen de la belleza de la escena.

Se alabó a sí mismo por ser capaz de gozar del instante, lo que le parecía un signo evidente de madurez.

Intentó contemplarla como lo haría un pintor, fijándose en los tonos y en los matices, en busca del rosa pálido o del verde, ocultos en las zonas sombreadas. Una cosa sí cabía decir en favor de la arquitectura gótica, y era que el ojo podía pasar complacido de unos a otros adornos tallados en la piedra, por caprichosos que fuesen. Por ejemplo, aquellos remates de puro estilo flamígero en la torre del pabellón Estrey… Y luego, de pronto, la luz del sol se volvió más fría que el hielo, los tejados de Hempnell se asemejaron al techo del infierno y las lejanas risas cristalinas le sonaron como burla indecente de unos enemigos. Sin darse cuenta y procurando alejarse de Morton cuanto antes, salió del sendero y enfiló a través de la hierba mojada, pese a que aún le quedaba por recorrer más de la mitad del campus.

Para qué volver a la oficina, intentó convencerse a sí mismo. Un largo rodeo sólo para recoger un par de notas, que tranquilamente podían esperar hasta el día siguiente. ¿Y por qué no emprender un camino distinto para regresar a casa esta tarde? ¿Qué necesidad tenía de tomar la vía directa que obligaba a pasar por el portal entre Estrey y Morton, después de recorrer el oscuro pasadizo? ¿Por qué…?

Haciendo un esfuerzo, se obligó a contemplar la ventana abierta de su despacho. Estaba vacío, como era de esperar. La otra cosa que creía haber visto debió de ser una mancha de la retina, y la imaginación había hecho lo demás, como cuando una sombra que se desliza por el suelo se convierte en una araña.

O quizá una persiana azotada por el viento.

Pero una sombra difícilmente se arrastraría por la cornisa, debajo de las ventanas, y una ilusión óptica no se movería tan despacio ni mantendría una forma tan definida.

Y además, aquella cosa se había detenido a mirar adentro antes de dejarse caer. Como un…, como un…

Por supuesto, era absurdo. Y desde luego no había motivo para preocuparse por aquellas notas ni para molestarse en ir a cerrar la ventana. Seria como ceder a un temor sin motivo. Hubo un murmullo de truenos lejanos.

Como un lagarto muy grande, pero con el color y la textura de la piedra.

# 8

«… Y en adelante se considera que su alma está en cierto modo entretejida en la piedra. De tal manera que si ésta se rompe, es mal presagio para él; dicen que cuando el trueno hiere la piedra, quienquiera que sea el dueño de ella pronto morirá…».

Inútil. Su mirada vagabundeaba sin ver la espesa tipografía. Dejó a un lado el volumen de *La rama dorada* y se reclinó en el asiento. Desde algún punto lejano, hacia el este, rodaban todavía los truenos, apenas audibles. Pero el sillón y el contacto familiar del cuero difundían una sensación de seguridad y distanciamiento.

Trató de analizar, a modo de mero ejercicio intelectual, cómo se interpretarían desde la mentalidad mágica las coincidencias y las desgracias de los últimos días.

El dragón de cemento sería un caso claro de magia simpática. La señora Gunnison lo habría animado por medio de sus fotografías: el viejo truco de hacer cosas sobre la imagen para influir sobre un objeto distante, como cuando clavaban alfileres en una figura de cera. A lo mejor había reunido una serie de fotografías para aparentar la filmación de un movimiento. O tal vez habría logrado tomar una foto del interior de su despacho, para graparla con otra del dragón. Murmurando al mismo tiempo las fórmulas conjuratorias apropiadas, naturalmente. O lo que sería más sencillo, dejar caer una foto del dragón en un bolsillo suyo. Empezó a sopesar las diversas posibilidades, hasta que cayó en la cuenta de que aquello no era más que un ejercicio intelectual, una diversión especulativa para un cerebro fatigado.

Pero era necesario seguirla hasta el fondo. Agotado el tema de la señora Gunnison, quedaba lo de Evelyn Sawtelle. Sus grabaciones del reclamo aborigen, de notable eficacia en los encantamientos para conjurar la lluvia, explicaban la ventolera de la pasada noche y la tempestad reciente… ambas en asociación con la presencia de los Sawtelle. Y además él había soñado algo parecido…, cuyo simple recuerdo hizo que frunciera el ceño con disgusto.

Oyó que Tansy llamaba a Totem desde el porche de atrás y al mismo tiempo repicaba con la escudilla de la gata.

Sería preciso poner en otra categoría las diversas autolesiones de la jornada. El cuchillo de obsidiana. La hoja de afeitar. El mango de la cacerola. El clavo en el suelo. La cerilla con que acababa de quemarse los dedos minutos antes.

Era posible que alguien hubiese lanzado un conjuro sobre la hoja de afeitar, para que actuase como aquellas espadas o hachas encantadas que herían a su portador. Quizá alguien había hurtado unos momentos el puñal de obsidiana manchado de sangre para luego dejarlo caer en el agua, a fin de conseguir con ello que la herida no dejase de sangrar, de acuerdo con una superstición muy arraigada.

Un perro trotaba por la acera de enfrente; se oían con claridad las pisadas. Tansy estaba llamando todavía a *Totem*.

Quizá un brujo le había ordenado destruirse a sí mismo centímetro a centímetro…, o milímetro a milímetro, considerando los efectos de la hoja de afeitar. Lo que explicaba de la manera más simple aquella racha de acciones autodestructivas. Eso era lo que le ordenaba la voz fantasmal de su sueño.

El perro cruzó la calle; se escuchaba el roce de sus uñas sobre el asfalto.

Los diagramas de naipes del tarot esbozados por la señora Sawtelle se interpretarían como un mecanismo mágico de control. Los palotes que representaban al hombre a punto de ser atropellado por el camión adquirían implicaciones amenazantes si se explicaban a la luz de su propia y antigua fobia irracional.

En realidad no parecía un perro; era más bien como si el chico del vecino se llevase a casa un objeto pesado, arrastrándolo por el suelo a tirones. El chico del vecino dedicaba casi todo su tiempo libre a coleccionar trastos que encontraba.

—*¡Totem! ¡Totem!* —Seguido de—: Muy bien, pues quédate en la calle si lo prefieres.

Y la puerta se cerró de golpe.

Por último, aquel acongojante «sentido de una presencia» a sus espaldas. Más alta que él mismo, con las manos dispuestas para hacer presa en él. Pero cuando se volvía a mirar por encima del hombro, le esquivaba y no se dejaba ver. Algo parecido había ocurrido también durante el sueño…, el origen, tal vez, de aquella voz sorda. Y en tal caso…

Perdió la paciencia. ¡Vaya un ejercicio intelectual, sí! ¡Para subnormales! Aplastó la colilla del cigarrillo.

—Bien, pues yo ya he cumplido. Esa gata se ha quedado sin cenar. Me cansé de llamarla.

Tansy se sentó sobre el brazo del sillón y rodeó los hombros de Norman.

—¿Cómo van las cosas?

—Regular —replicó él en tono jovial.

—¿Y la cátedra?

—La ganó Sawtelle.

Tansy se desahogó con abundantes maldiciones, que escuchó complacido, notando que le aliviaban a él también.

—¿Quizá preferirías volver a los conjuros? —y se mordió enseguida el labio por haber dicho tal cosa, pues ciertamente no era su intención.

Ella le contempló con curiosidad.

—¿Qué has querido decir con eso?

—Sólo era una broma.

—¿Estás seguro? Sé que has estado preocupado por mí estos últimos días, desde que lo descubriste. Preguntándote si me habría vuelto neurótica por completo, y vigilando por si se manifestaban otros síntomas. No, querido, no quieras negarlo. Era lo más natural. Yo ya sabía que desconfiarías de mí durante una temporada. Con tus conocimientos de psiquiatría, resultaba increíble que alguien pudiera librarse tan fácilmente de una obsesión. Y yo estaba tan contenta por haberme salvado de todo eso, que no me preocuparon demasiado tus sospechas. Sabía que acabarían por desvanecerse.

—¡Pero, querida, te prometo sinceramente que no he desconfiado de ti! —protestó él—. Quizá debí desconfiar, pero no lo hice.

La mirada de los ojos verdes de ella era enigmática.

—Entonces, ¿por qué estás preocupado? —preguntó con mucho énfasis.

—Por nada. Estoy tranquilo —respondió, sabiendo que era preciso andar con pies de plomo.

Ella meneó la cabeza.

—No es verdad. Estás preocupado. ¡Ah! No creas que no me doy cuenta de que tienes en la cabeza cosas que no quieres contarme.

Él alzó la mirada, sorprendido.

Ella asintió.

—Lo de la cátedra. Y eso de las amenazas de uno de los estudiantes. Y lo de esa

chica, la Van Nice. ¿Acaso te figuraste que los de Hempnell iban a desperdiciar la oportunidad de repetirme tan sabrosos chismes? —sonrió brevemente cuando él hizo un ademán de protesta—. No, ya sé que tú no eres de los que se dedican a seducir operadoras de multicopista, por ninfómanas que sean. —Y luego prosiguió en tono más serio—. Todos éstos son asuntos de poca entidad, y te bastas tú solo para resolverlos. No me hablaste de ellos porque temías que pudieran hacerme recaer en mis prácticas protectoras. ¿Tengo razón o no?

—Sí.

—Pero adivino que hay algo más importante que te preocupa. Ayer y hoy me ha parecido que deseabas pedirme ayuda, y que no te atrevías a hacerlo.

Él guardó silencio un instante, como si necesitara sopesar las palabras de su contestación. En realidad se dedicaba a escrutar las facciones de ella, procurando interpretar el sentido exacto de cada mohín y de cada cambio de expresión de los ojos. Parecía muy tranquila, pero él intuyó que eso no era sino una máscara. Pese a cuanto estaba diciendo, debía estar aún muy cerca de recaer en su obsesión. Bastaría el más pequeño empujón, por ejemplo una palabra mal meditada por parte de él… ¿Cómo diablos se había dejado enredar en sus propios problemas y en aquellas proyecciones ridículas de su imaginación enfermiza? Allí, a un palmo escaso, tenía lo único que realmente importaba: la mente que se alejaba detrás de aquella frente lisa y de aquellos ojos claros, de color gris verdoso. Su obligación consistía en mantener apartadas de aquella mente las ideas ridículas del género que él se había dedicado a cultivar durante los últimos días.

—A decir verdad, sí estaba preocupado por ti. Pero pensé que no debía decírtelo para no perjudicar tu confianza en ti misma. Quizá haya sido un error, puesto que de todos modos te has dado cuenta…, pero al principio me pareció lo mejor. No obstante, en vista de tu estado de ánimo, ahora no creo que te haga daño saberlo.

Mientras iba diciendo estas palabras se sorprendió de lo fácil que resultaba convencer con mentiras a una persona amada. Pero ella no cedió en seguida.

—¿De veras? —preguntó—. Todavía tengo la sensación de que hay algo más.

De súbito ella sonrió y se abandonó en sus brazos.

—Debe ser la herencia de los MacKnight…, mis antepasados escoceses, ¿sabes? —dijo, riendo—. Somos muy tozudos. Monomaniacos. Cuando nos emperramos en una cosa, nos emperramos, pero cuando lo dejamos, lo hacemos de una vez por todas. Como lo de mi tío abuelo Peter, ya sabes, el que colgó los hábitos de pastor

presbiteriano y renegó del cristianismo el día que consideró suficientemente demostrada, a su entender, la inexistencia de Dios. A los setenta y dos años, ¡fígúrate!

Se oyó retumbar un trueno lejano y prolongado. Volvió de nuevo la tormenta.

—Bien, pues me alegro de haber sido el único motivo de tu preocupación —continuó ella—. No deja de ser halagador para mí, y me gusta.

Sonreía, feliz, y sin embargo su mirada conservaba algo enigmático, como si se reservase alguna cosa. Norman todavía estaba felicitándose de su éxito, cuando se le ocurrió pensar que podían ser dos los jugadores en aquella partida de la mentira. Quizá ella se callaba algo para no preocuparle con sus propios temores, más negros. A lo mejor estaba siendo más sutil que él. No tenía ningún motivo para sospecharlo, pero…

—¿Por qué no tomamos unas copas, mientras decidimos si vas a dejar Hempnell o no después de este curso para ir en busca de horizontes más amplios? —propuso ella.

Él asintió. Ella desapareció hacia la otra parte de la sala, que tenía forma de L.

Y sin embargo, era posible vivir durante quince años con una persona amada, sin saber lo que se ocultaba detrás de sus ojos.

Oyó ruido de vasos al otro lado, y el sonido reconfortante de una botella al colocarla sobre el cristal.

Luego, en coincidencia con un trueno de la tormenta, pero mucho más cerca, un aullido animal, estremecedor, que se extinguió cortado en seco antes de que Norman hubiera tenido siquiera tiempo para ponerse en pie.

Mientras doblaba el ángulo del salón vio que Tansy se le había adelantado y salía por la puerta de la cocina.

Las luces de la casa vecina arrojaban algo de claridad sobre el patio, lo que les dejó ver el cuerpo de *Totem* caído sobre el cemento, con la cabeza aplastada.

De la garganta de Tansy brotó un ruido, ahogado en seguida, y que podía ser un jadeo, un sollozo o una exclamación de rabia.

A la débil claridad apenas se veía otra cosa sino el pequeño cadáver. Norman se acercó de manera que ocultó con los pies dos marcas que habían quedado en el piso de cemento, al lado de los restos de la gata. Podían ser debidas al choque de un ladrillo o de un pedrusco, quizá el objeto que había matado a *Totem*, pero su situación relativa era tan sugerente, que no quiso que la imaginación de Tansy tuviese una oportunidad de fijarse en ellas.

Ella alzó el rostro. No parecía muy conmocionada.

—Será mejor que entres —dijo él.

—¿Vas a…?

—Sí —asintió.

Ella se detuvo a mitad de la escalera.

—Quienquiera que haya sido, es una canallada.

—Sí.

Ella entró, dejando la puerta abierta. Al poco volvió a salir y puso sobre la barandilla del porche un retal de una manta. Luego entró de nuevo y cerró la puerta a su espalda.

Él envolvió el cadáver de la gata y entró en el garaje para recoger la azada. No perdió el tiempo en buscar ningún ladrillo, ni pedrusco ni otro proyectil semejante. Ni se entretuvo en examinar de cerca las profundas pisadas que le parecía haber visto en la hierba, al otro lado del patio.

Los relámpagos de la tormenta empezaban a remitir, cuando hincó por primera vez la azada en la tierra blanda, junto a la verja de atrás. Procuró centrarse en la faena y trabajó sin descanso, pero también sin una precipitación que hubiera sido inútil. Cuando hubo aplanado la última palada de tierra y emprendió el regreso a casa, los destellos estaban más cerca y los intervalos de oscuridad entre cada uno y el siguiente lo sumían todo en la negrura más intensa. El viento azotó las hojas de los árboles.

No se daba ninguna prisa. ¡Qué importaba que el relámpago le revelase, frente a la casa, los vagos contornos de un perro grande! En el vecindario vivían varios perros grandes. Pero no eran fieros. *Totem* no había sido muerta por ningún perro.

Con movimientos calmosos, devolvió la azada a su lugar en el garaje y regresó a la casa. No fue hasta que se halló dentro y se volvió a mirar a través de la puerta de la cocina, cuando perdió por un momento el control de sus pensamientos.

A la luz de un relámpago más cercano que los anteriores había visto que el perro se acercaba a la esquina de la casa. Fue sólo un instante. Un perro color cemento, que andaba con las patas rígidas. Norman cerró con rapidez la puerta y corrió el pestillo.

Luego se acordó de que las ventanas de su estudio habían quedado abiertas. Sería preciso ir a cerrarlas. En seguida.

No fuese a entrar la lluvia.

# 9

Norman regresó al salón procurando mantener un semblante sereno. Tansy estaba sentada en una silla, un poco inclinada hacia adelante, con una expresión profunda y melancólica en sus ojos. Sus dedos jugaban distraídamente con un cabo de hilo.

Él encendió un cigarrillo procurando no hacer ruido.

—¿Quieres esa copa ahora? —preguntó, procurando no hablar con demasiada aspereza ni tampoco en un tono excesivamente jovial.

—No, gracias. Tómala tú —respondió ella sin dejar de anudar y desanudar el hilo.

Él regresó a su asiento y volvió a su libro. Desde el sillón podía observarla discretamente.

Ahora que ya no tenía que cavar ninguna tumba ni realizar ningún otro trabajo corporal, le resultaba imposible seguir vedando el libre curso a sus pensamientos. Pero al menos podía encerrarlos en un reducido círculo aislado dentro de su propio cerebro, sin que afectasen a la expresión de su rostro ni a la orientación de sus demás ideas, que convergían hacia Tansy con afán protector.

«La brujería existe —decían aquellos pensamientos confinados—. Algo que estaba en un tejado ha sido conjurado y anda suelto. Las mujeres son brujas que luchan en favor de sus maridos. Y Tansy también lo ha sido. Para protegerte a ti. Pero tú le prohibiste que continuara».

«En ese caso —se apresuraba él a replicar, dentro de aquel círculo cerrado de su fuero interno— ¿cómo es que Tansy no se da cuenta de lo que ocurre? Es innegable que se comporta como si estuviera muy tranquila y feliz».

«¿Estás seguro de que no se da cuenta o empieza a dársela? —le contestaban sus pensamientos—. Además, al perder sus instrumentos de magia seguramente ha quedado privada de su sensibilidad para ejercerla. Es como el científico, que sin sus instrumentos, el microscopio o el telescopio, sería tan incapaz de ver el virus de la

fiebre tifoidea o los satélites de Marte como cualquier salvaje, o peor aún, ya que los sentidos naturales de ese científico probablemente serían inferiores a los de un salvaje».

Y los pensamientos aprisionados zumbaban con violencia dentro de su cráneo, como abejas que quisieran escapar de una colmena volcada.

—Norman —dijo súbitamente Tansy, sin mirarle—. Tú encontraste y quemaste la «faena» que escondí en tu reloj de bolsillo, ¿verdad?

Él meditó la respuesta un segundo.

—Sí —dijo, como no dándole importancia.

—Te aseguro que la había olvidado. ¡Eran tantas!

Él volvió una página y luego otra. Se oyó un trueno muy fuerte, y las gotas de lluvia empezaron a repicar en el tejado.

—Y también quemaste el diario, ¿verdad, Norman? Tenías razón, naturalmente. Lo guardé porque contenía, no los lugares en donde estaban los conjuros sino las fórmulas de éstos. Por eso me dije, siguiendo una lógica un poco retorcida, que no tenía importancia. Pero ¿de veras lo quemaste?

Esta vez la respuesta fue bastante más difícil. Era como si, en un juego peligroso de adivinanzas, Tansy hubiese tocado un punto «caliente, caliente». Los pensamientos confinados en la esfera zumbaron triunfalmente: «Ahora el diario lo tiene la señora Gunnison y así se ha enterado de todos los hechizos defensivos de Tansy». Prefirió mentir:

—Sí, lo quemé. Lo siento, pero creí que…

—Claro, claro —le interrumpió Tansy—. Hiciste bien.

Sus dedos seguían jugando con el hilo cada vez más de prisa, sin volverse a mirarle.

Los rayos revelaban destello del tramo de calle y de los árboles a través de la ventana. El rumor de la lluvia se convirtió en un tamborileo fuerte y, sin embargo, a él se le antojaba que oía ruido de pisadas sobre la acera. ¡Qué ridículo! Los rumores del viento y de la lluvia ahogaban cualquier sonido exterior.

Su mirada se fijó en las figuras que anudaba y desanudaba Tansy con su trozo de hilo. Hacía nudos complicados, que parecían fuertes pero luego se deshacían con un simple tirón hábil. Recordó que Tansy había estudiado con mucho interés el juego «de cunas» de los indios, y también recordó el uso que hacen de los nudos algunos pueblos primitivos para atar o soltar los vientos, retener a una persona amada,

perjudicar a un enemigo lejano e inhibir o desencadenar procesos físicos o fisiológicos de todas clases. Y cómo los Hados tejían los destinos de los humanos. Le agradó contemplar las figuras que ella anudaba y los movimientos rítmicos necesarios para hacerlo. Los nudos parecían infundir una sensación de seguridad, hasta el instante en que se deshacían.

—Norman —habló ella, esta vez en tono preocupado, rápido—. ¿De qué era esa fotografía que le pediste a Hulda Gunnison que te enseñase anoche?

Sintió una breve oleada de pánico. ¡Si eso no era acercarse a lo «caliente, caliente»…! El juego alcanzaba la fase en que hay que advertir «¡que te estás quemando!».

Y luego escuchó el pesado «clomp, clomp» sobre las planchas del porche delantero, como si alguien explorase la pared de la casa. La esfera de los pensamientos extraños empezaba a ejercer una fuerza centrífuga irresistible. Sintió que su razón amenazaba derrumbarse entre el asalto exterior y el interior. Con movimientos muy lentos, dejó caer la ceniza de su cigarrillo en el cenicero.

—Era una fotografía del tejado de Estrey —dijo con naturalidad—. Gunnison me contó que Hulda había tomado muchas fotos de ese género, y quise ver una muestra.

—Había una especie de bicho ahí, ¿no?

Los nudos se formaban y deshacían con rapidez vertiginosa. De súbito se le antojó que ahí se estaba manipulando algo más que un cabo de hilo, y que se ataba y desataba algo más que el aire. Como si los nudos creasen de algún modo una influencia, como si una corriente eléctrica, al recorrer aquellos hilos entrecruzados, pudiese crear un complicado campo magnético.

—No —respondió él con risa fingida—. Excepto si consideramos como tales uno o dos dragones de cemento.

Observó el hilo que se retorcía; a veces parecía brillar como si alguna de las hebras fuese metálica.

Si un hilo o cuerda corriente, utilizado mágicamente, servía para controlar los vientos, ¿de qué serviría un cordoncillo parcialmente metálico? ¿Para controlar el rayo?

El trueno retumbaba una y otra vez, ensordecedor. El rayo tal vez había caído en el vecindario. Tansy no movió un músculo.

—Éste ha sido de órdago —empezó a decir Norman.

Luego, mientras el trueno se disipaba en mil ecos cada vez más lejanos y la lluvia

amainaba por un instante, oyó el ruido de algo muy pesado que saltaba en el porche de delante, como queriendo alcanzar el gran ventanal resguardado.

Norman se puso en pie y se atrevió a dar unos pasos hacia la ventana, fingiendo acercarse a contemplar la tormenta. Cuando pasó junto a la silla de Tansy vio que los dedos de ésta creaban con gran celeridad un extraño nudo que semejaba una flor, cuyos pétalos eran siete bucles de hilo. La mirada de ella era la de una persona en trance. Entonces él se interpuso entre ella y la ventana, como para protegerla.

El destello siguiente le dejó ver lo que ya sabía que estaba allí, agazapado delante de la ventana, la cabeza esquemática y pelada como una calavera que el escultor hubiese dejado a medio terminar.

En el instante de oscuridad que se hizo después, la esfera de los pensamientos extraños se dilató instantáneamente y pasó a ocupar todo su cerebro.

Miró a su espalda. Las manos de Tansy estaban inmóviles ahora, y mantenía entre ellas el curioso nudo de los siete bucles.

Justo en el momento en que él se volvía, las manos tiraron con fuerza y el hilo se tensó con siete chasquidos…, pero los bucles resistieron.

Al mismo tiempo la calle se iluminó como en pleno día; la franja blanca del rayo partió el gran olmo que se alzaba enfrente y luego se dividió en varios ramales que cruzaron la calle a ras de suelo y fueron a converger hacia la ventana y el bulto de piedra que se alzaba hacia la misma.

Luego…, un brillo cegador, y un cosquilleo eléctrico que recorrió todo su cuerpo.

En su retina abrasada, sin embargo, quedaba impreso el recorrido incandescente del rayo cuyas múltiples derivaciones, al correr hacia la forma pétrea, se habían reunido alrededor de ella como encerradas en un séptuple nudo.

La esfera de las ideas ajenas estalló dentro de su cerebro y se desvaneció sin dejar rastro.

Su carcajada angustiosa, incontrolable, resonó sobre los últimos ecos del estampido titánico, tremendo, del trueno. De un tirón abrió la ventana de par en par, y luego corrió a hacerse con una linterna y alumbró hacia fuera.

—¡Mira, Tansy! —exclamó sin dejar de reír como un maníaco—. ¡Mira lo que han hecho esos estudiantes chiflados! ¡Habrán sido los de la hermandad estudiantil, seguro, porque me burlé de ellos en clase! ¡Mira lo que han traído del campus hasta nuestro jardín! Qué barbaridad… Mañana tendremos que llamar al ayuntamiento para que se lo lleven.

La lluvia le mojó la cara. Se advertía un olor sulfuroso, metálico. Ella le tocó el hombro. Seguía con la mirada ausente, inexpresiva, de sonámbula.

Estaba allí, apoyado contra la pared, macizo e inerte como sólo puede parecerlo la materia inorgánica. En algunos lugares el cemento estaba como chamuscado y fundido.

—¡Y para rematar la coincidencia, le ha caído el rayo! —exclamó.

Obedeciendo a un impulso, sacó la mano por la ventana y lo tocó. Al contacto con la superficie áspera y dura, caliente todavía por el impacto del rayo, su risa murió.

—*Eppur si muove* —murmuró en voz tan baja que seguramente ni siquiera fue oída por Tansy, que estaba a su lado— *Eppur si muove.*

# 10

El semblante con que se presentó Norman al día siguiente en Hempnell venía a ser bastante parecido al de un soldado víctima de la fatiga de la batalla. Había tenido un sueño largo y pesado, pero salió de él con aspecto de estupefacción y de fatiga, como si estuviera cerca del agotamiento nervioso. Y lo estaba. Incluso Harold Gunnison se dio cuenta.

—No es nada —explicó Norman—. Me siento cansado, eso es todo.

Gunnison sonrió, incrédulo.

—Trabaja usted demasiado. Es contraproducente para la eficacia. Sus tareas no van a sufrir ningún cambio porque las alimente sólo ocho horas al día. —Y luego agregó con aparente irrelevancia—. Los fideicomisarios son una gentuza extraña, y en ciertos sentidos Pollard es más político que educador. Pero sabe recaudar fondos, y los presidentes sirven para eso.

Norman agradeció la discreta manera de darle el pésame por la pérdida de la cátedra de sociología, tanto más porque sabía que a Harold le costaba mucho criticar a Pollard en ningún sentido. Pero se sentía tan lejos de Gunnison como de las hordas estudiantiles de ropas multicolores que invadían los pasillos formando grupos parlanchines por todas partes. Como si entre ellos y él mediase una pared de vidrio ligeramente velado. Su única finalidad, y ni siquiera ésta percibida claramente, era la de prolongar aquel estado de fatiga y evitar cualquier reflexión sobre los acontecimientos de la noche anterior.

Los pensamientos son peligrosos, se decía, y los pensamientos contrarios a toda ciencia, a todo sentido común, a toda inteligencia civilizada, son los más peligrosos de todos. Notaba su presencia aquí y allá, en su cerebro, como bolsas de veneno, inofensivas en tanto que permanecieran enquistadas y no se le ocurriese a uno pincharlas.

Una de ellas le era más conocida que las demás. Era la que le había acompañado durante la noche pasada, en el momento álgido de la tormenta. Agradecía vagamente que no fuera capaz de mirar dentro de ella.

Otro de aquellos quistes mentales guardaba relación con Tansy, que se había mostrado muy alegre y olvidadiza por la mañana.

Otro, y de los más grandes, se hallaba tan sumergido en su mente que apenas percibía un pequeño sector de aquella superficie globulosa. Sabía que se relacionaba con una emoción desconocida, furiosa y destructiva que había conocido el día anterior, y aun más de una vez, dentro de sí mismo, y sabía que bajo ningún pretexto convenía despertarla. Notaba su pulso lento y rítmico, como la respiración de un monstruo que durmiera oculto bajo el fango.

Otro tenía que ver con «manos»…, manos enguantadas de franela.

Otro más, diminuto pero notable, guardaba cierta relación con unos naipes.

Y había muchos, muchos más.

Su situación era como la del héroe legendario que se veía obligado a cruzar un pasillo largo y estrecho sin tocar ni una sola vez las paredes envenenadas, dotadas de una atracción mórbida.

Sabía que no podía evitar por tiempo indefinido el contacto con esos quistes mentales, pero confiaba en que, mientras tanto, encogieran y acabaran por desaparecer.

El tiempo acompañaba a su humor embotado, letárgico. No se había presentado la ola de frío que cabía esperar después de la tormenta, sino un casi anticipo del verano. La falta de asistencia a las clases aumentó súbitamente, y los que asistían no prestaban atención, y manifestaban otros síntomas de fiebre primaveral.

Sólo Bronstein parecía animado. Norman observó que se llevaba a sus demás alumnos en grupos de dos y de tres, y que les hablaba con ardor. No tardó en descubrir que se trataba de pasar un pliego de firmas para oponerse al nombramiento de Sawtelle. Intentó disuadirle, pero Bronstein no le hizo caso; sin embargo no parecía que tuviera mucho éxito en su empresa de reclutar a los demás estudiantes.

La lección de Norman fue desmayada. Se limitó a convertir sus notas en expresiones verbales exactas, pero con un mínimo de esfuerzo mental. Vio moverse metódicamente los lápices que tomaban notas, o al azar los de los distraídos que iniciaban intrincados dibujos. Dos chicas intentaban retratar el perfil del guapo delegado de curso, sentado en la segunda fila. Vio cómo se arrugaban las frentes

cuando los alumnos trataban de captar el hilo de su discurso y cómo se alisaban de nuevo al perder el interés.

Mientras tanto, su propia mente derivaba por senderos desviados, demasiado fantásticos e irracionales para merecer el nombre de pensamientos, ya que eran meras series de palabras, como en un test psicológico de asociación libre.

Una de estas pistas se enfiló al recordar el conocido epigrama acerca de que una lección era el proceso por el cual el contenido de los apuntes del profesor se transfería a los apuntes de los alumnos sin pasar por el cerebro de éstos ni por el de aquél.

Esto le hizo pensar en la multicopista, y ésta le llevó a Margaret van Nice. Theodore Jennings. La pistola. La ventana. Galileo. Desplazamiento… (Pero no…, ¡fuera con eso! ¡Territorio prohibido!).

La ensoñación diurna volvió sobre sus pasos y emprendió un sendero diferente. Jennings. Gunnison. Pollard. El Presidente. El Emperador. La Emperatriz. El Juglar. La Torre. El Ahorcado. (¡Alto! No sigas por ese camino).

Mientras pasaban las aburridas horas, las ensoñaciones adquirieron un tono cada vez más uniforme.

Pistola. Cuchillo. Corte. Cristal roto. Clavo. Tétanos.

Después de la última lección se refugió en su despacho y se entretuvo en pequeñas tareas, que no llegaron a distraerle lo suficiente. Las ensoñaciones continuaban y no le dejaban en paz.

Guerra. Cadáveres destrozados. Mutilaciones. Asesinato. Cuerda. Ahorcado. (¡Quita allá, otra vez!). Gases. Pistola. Veneno.

Imágenes de sangre, de daño físico.

Y sintió con más fuerza la lenta respiración pulsátil del monstruo en las profundidades de su mente, soñando pesadillas de sangrientas carnicerías de las que pronto despertaría para levantarse pesadamente de entre el fango. Y él no podría hacer nada para impedirlo. Era como si bajo una costra reseca y anodina respirasen las aguas corrompidas de un pantano, empujando imperceptiblemente la delgada corteza, acercándose cada vez más al instante en que todo reventaría en una vasta erupción de barros putrefactos.

Durante el regreso a casa Norman se encontró con el señor Carr.

—Buenas tardes, Norman —saludó el anciano caballero, alzando el sombrero de paja para enjugarse la frente, prolongada hacia atrás en una notable calvicie.

—Buenas tardes, Linthicum —respondió Norman, pero su mente se hallaba

ocupada en especular cómo, si un hombre se dejase crecer la uña del pulgar y la afilase con cuidado, podría abrirse las venas de la muñeca y morir.

El señor Carr se secó la sotabarba con el pañuelo.

—Lo pasé muy bien durante la partida de bridge —dijo—. ¿Qué le parece si echamos unas mangas el próximo jueves, mientras las señoras asisten a su reunión? Podríamos formar pareja, y jugar bajo el sistema Culbertson. ¡Estoy harto de jugar la convención Blackwood! —concluyó en tono quejumbroso.

Norman asintió, pero estaba pensando en cómo algunos hombres aprendieron a tragarse la propia lengua, en caso necesario, para morir ahogados. Trató de contenerse. Aquéllas eran especulaciones más propias de un campo de concentración. Las visiones de muerte acudían sin cesar a su cerebro y se sustituían unas a otras. Sintió que las pulsaciones de la bicha agazapada debajo de sus pensamientos adquirían una intensidad casi insoportable. El señor Carr se despidió con una inclinación de cabeza, y se alejó. Norman apretó el paso, como si las paredes del corredor envenenado empezasen a juntarse sobre el héroe legendario y fuese preciso alcanzar pronto la salida, por si acababan uniéndose del todo para aplastarlo.

Por el rabillo del ojo divisó a una de sus alumnas que le miraba con asombro, o mejor dicho, parecía mirar algo a sus espaldas. Pasó de largo.

Salió a la avenida y se encontró con el semáforo en rojo. Se detuvo en el bordillo. Un enorme camión rojo se acercaba al cruce a bastante velocidad.

Y entonces supo lo que iba a ocurrir y que no sería capaz de impedirlo.

Esperaría a que el camión estuviera muy cerca, y entonces se arrojaría bajo las ruedas. Fin del pasadizo.

Éste y no otro era el significado del quinto dibujo, el del tarot que se apartaba de la tradición.

La Emperatriz. El Juglar… El camión estaba muy cerca. La Torre… El semáforo había cambiado pero no parecía que el camión fuese a detenerse. El Ahorcado…

No fue sino cuando ya estaba inclinado hacia adelante, con los músculos de las piernas en tensión, que oyó la vocecilla sorda que le hablaba al oído, la voz monótona y sin embargo terriblemente sarcástica de sus pesadillas: «Ahora no, sino dentro de dos semanas por lo menos. Espera otras dos semanas».

Recobró el equilibrio. El camión pasó con rugido atronador. Se volvió para mirar por encima del hombro, primero hacia arriba, luego a su alrededor. Nadie, excepto un muchachito negro y un anciano bastante andrajoso que llevaba una bolsa de la

compra. Ninguno de los dos estaba cerca de él. Un estremecimiento recorrió su espina dorsal.

Alucinaciones, naturalmente, se dijo. Aquella voz procedía de su propio cráneo. Sin embargo, sus ojos iban con desconfianza de un lado a otro, registrando hasta el aire en busca de pistas acerca de lo invisible, mientras cruzaba la calle y continuaba el camino a casa. Llegó dispuesto a servirse un trago más que generoso. Curiosamente, Tansy había dejado las botellas sobre el aparador. Llenó un vaso ancho y se bebió de un solo trago el whisky con soda. Luego se sirvió otro, tomó un sorbo y se quedó mirando el vaso con aire dubitativo.

En ese instante oyó que un coche se detenía delante de la casa, y momentos después entró Tansy, portando un paquete. Sonreía y tenía el rostro un poco encendido. Con un suspiro de alivio, dejó el paquete a un lado y se apartó de la cara unos mechones rebeldes.

—¡Uf! ¡Qué día tan pesado! Supuse que tendrías ganas de tomar un trago. ¡Eh!, déjame apurar el tuyo.

Bebió de su vaso hasta no dejar más que el hielo.

—Bien, ahora somos hermanos de sangre, o algo parecido. Sírvete otro.

—Era el segundo —explicó él.

—¡Ah, caramba! ¿Así que no he conseguido engañarte? —Se sentó en el borde de la mesa y agitó el dedo en gesto de advertencia—. Usted lo que necesita es un poco de descanso. O un poco de diversión, no sabría decir cuál de las dos cosas. A lo mejor, ambas a la vez. Pues bien, éste es mi plan. Voy a preparar una cena fría, unos bocadillos, y cuando anochezca nos subimos en Oscar y nos vamos a dar un paseo por la colina. Hace años que no lo hacemos. ¿Qué le parecería eso, señor?

Titubeó. Con la ayuda del licor, sus pensamientos iban a la deriva: la mitad de su mente, angustiada todavía por las alucinaciones que acababa de sufrir, con la descorazonadora sugestión de unos impulsos suicidas desconocidos hasta entonces y de… no se sabía muy bien qué. La otra mitad empezaba a contagiarse de la alegría de Tansy.

Ella alargó la mano y le pellizcó la nariz.

—¿Qué hay?

—De acuerdo —dijo él.

—¡Ah! Podrías poner un poco más de entusiasmo —se bajó de la mesa para dirigirse a la cocina, pero antes se volvió y dijo en tono intencionado por encima del

hombro—. Pero eso ya vendrá después.

Estaba provocadoramente bonita. No parecía haber cambiado en quince años. Aunque la viese cien veces siempre le parecería igual que la primera vez.

Sintiéndose medio tranquilo, o por lo menos distraído, se dejó caer en el sillón. Al hacerlo, un objeto duro le hizo daño en el muslo. Se incorporó en seguida, llevándose la mano al bolsillo del pantalón, y sacó el revólver de Theodore Jennings.

Lo contempló con espanto, ya que no recordaba haberlo sacado del cajón de su oficina. Luego, tras una rápida ojeada a la cocina, corrió al aparador, abrió el primer cajón de abajo y escondió el arma debajo de unos manteles.

Cuando estuvieron a punto los bocadillos, él leía el periódico de la tarde. Había encontrado una gacetilla local interesante al pie de la quinta página.

*«Cualquier esfuerzo que sea necesario para gastar una buena broma vale la pena. Al menos eso es lo que dice, a lo que parece, un grupo de alumnos de Hempnell aún no identificados. No sabemos lo que habrá opinado esta mañana, en cambio, el profesor Norman Saylor, cuando al mirar por la ventana se encontró con que habían dejado en medio de su jardín una gárgola de piedra que debe pesar sus buenos ciento cincuenta kilos. Ésta fue sustraída del tejado de uno de los pabellones universitarios, y todavía no se sabe cómo lograron desprenderla, bajarla del tejado y transportarla hasta el domicilio del profesor Saylor.*

*»Interrogado acerca de esta gamberrada, el presidente Randolph Pollard nos ha contestado con gran sentido del humor: "La atribuyo a que nuestro programa de educación física infunde en nuestros pupilos extraordinarias reservas de vigor y energía".*

*»En el momento de realizar estas declaraciones el presidente Pollard se disponía a salir hacia el Lion's Club para pronunciar una conferencia sobre "El Gran Hempnell: el Colegio y la Administración local" (véase un resumen de esta alocución en la página 1)"».*

Estaban, desde luego, como cabía esperar, las características inexactitudes, ya que no se trataba de una gárgola. Las gárgolas eran caños esculpidos por donde se evacuaba el agua de lluvia de los tejados. Y tampoco mencionaba para nada la caída del rayo. El periodista seguramente la habría omitido porque no encajaba en ninguno de los patrones convencionales utilizados para una crónica supuestamente no

convencional. ¡Y eso que dicen que a los periódicos les gustan las coincidencias! En este caso se les habían pasado por alto unas cuantas, y no pequeñas.

Y por último, el detalle familiar de convertir el tema en pretexto para hacer propaganda en favor del Departamento de Educación Física. Era preciso admitir que la oficina de publicidad de Hempnell, aunque no excesivamente sutil, se mostraba eficaz a su manera.

Tansy le quitó el periódico de las manos.

—El mundo puede esperar —dijo—. Toma un mordisco de mi bocadillo.

# 11

Era ya casi de noche cuando emprendieron la excursión a la colina. Norman conducía con cuidado, tomándose su tiempo en los cruces. La alegría de Tansy aún no calaba lo suficiente, pero mantenía en jaque la otra mitad de sus pensamientos.

Ella sonreía con misterio. Se había puesto un vestido sport blanco y parecía una de sus alumnas.

—Yo podría ser una bruja y llevarte a un aquelarre, a celebrar un Sabbat privado.

Norman tuvo un sobresalto. Luego se apresuró a recordarse a sí mismo que cuando ella hablaba así era para quitar importancia, valerosamente, a su comportamiento anterior. Por nada del mundo hubiese querido que ella adivinase la otra mitad de sus pensamientos.

Que nunca supiera lo preocupado que estaba consigo mismo.

Las luces de la ciudad quedaron atrás. A poco menos de un kilómetro, torció para entrar en el camino que remontaba la colina. Estaba lleno de baches, mucho más que la última vez que habían pasado por allí, según creía recordar. ¿Fue diez años atrás? Los árboles, más corpulentos que entonces, rozaban el parabrisas con sus ramas bajas.

El calvero de la cima estaba bañado de claridad lunar.

Tansy señaló la luna llena, que acababa de salir:

—¡Fíjate! Lo calculé con toda exactitud. Pero ¿dónde están los demás? Antes había siempre dos o tres coches por aquí… ¡y en una noche como ésta!

Él detuvo el coche cerca del borde.

—Las modas cambian en rincones para enamorados como en todo lo demás. Hemos recorrido un sendero anticuado.

—¡Siempre el sociólogo!

—Sí, supongo que sí. A lo mejor descubrió este sitio la señora Carr, y ahora los estudiantes han tenido que trasladar sus actividades más lejos.

Ella apoyó la cabeza sobre el hombro de Norman. Éste apagó los faros y la luna dibujó suaves sombras.

—Hacíamos esto a menudo en Gorham —murmuró Tansy—. Cuando yo asistía a tus clases, y tú eras el adjunto joven, tan serio y formal. Hasta que descubrí que no eras tan diferente de los demás muchachos…, sólo mejor, ¿te acuerdas?

Él asintió y le tomó la mano. Al mirar hacia abajo, hacia la ciudad, vio el campus, con sus potentes focos destinados a ahuyentar las parejas de los rincones oscuros. Los edificios góticos, cegadoramente iluminados, parecían simbolizar en aquellos momentos un mundo aislado de rivalidades intelectuales y de tradicionalismo intransigente, un mundo al que en aquel instante se sentía totalmente ajeno.

—Me pregunto si será por esto que nos odian tanto —se le escapó casi sin pensarlo.

—¿A quién te refieres? —preguntó ella, aunque en tono perezoso.

—Me refiero al resto del claustro, o por lo menos a la mayoría de ellos. ¿Será porque somos capaces de hacer cosas como ésta?

Ella se echó a reír.

—¡Ah! ¿Empiezas a despertar? La verdad, no lo hacemos tan a menudo, ¿sabes?

Él continuaba con su idea.

—Es un mundo diabólicamente competitivo y envidioso. En una institución, la rivalidad puede llegar a ser odiosa, porque es un universo cerrado, ¿no te parece?

—Hace años que lo soporto —se limitó a decir ella.

—Es todo muy mezquino, por supuesto, pero muchas veces los cuidados mezquinos llegan a pesar más que los verdaderamente importantes. Así es la escala de la mente humana.

Mientras contemplaba a Hempnell trataba de imaginar el volumen de mala fe y de envidia que, inevitablemente, habría acumulado él mismo en su fuero interno. Sintió un ligero escalofrío que le puso la piel de gallina, al darse cuenta del giro que empezaban a tomar otra vez sus pensamientos. La parte oscura de su mente se le desmandaba.

—¡Eh, filósofo!, toma un trago —le invitó Tansy, ofreciéndole un plateado frasco de petaca que él reconoció en seguida.

—No pensé que la guardaras todavía después de tantos años.

—Sí. ¿Te acuerdas de la primera vez que te ofrecí un trago con ella? Me parece que estabas un poco escandalizado.

—Pero acepté el trago.

—¡Hum! Pues acéptalo ahora también.

Lo hizo, y fue como tragar fuego y pimienta a la vez. Aquello le traía otros recuerdos, recuerdos de aquellos años locos de la prohibición, de Gorham y de Nueva Inglaterra.

—¿Aguardiente?

—Griego. Dame un poco.

Los recuerdos inundaron la mitad oscura de su mente, que desapareció bajo las oleadas. Contempló el cabello liso de Tansy y sus ojos inundados de luz de luna. «Desde luego, es una bruja —pensó, de buen humor—. Una Lilith. Una Ishtar. Voy a tener que decírselo».

—¿Recuerdas aquella vez que tuvimos que dejarnos caer ladera abajo, en Gorham, para escapar del vigilante de noche? ¡Vaya escándalo, si nos hubieran descubierto!

—¡Ah, sí! ¿Y aquella otra que…?

Cuando emprendieron el camino de regreso, la luna había subido como una hora más en el cielo. Condujo despacio. No había por qué reiterar las prácticas más imprudentes de la época de la prohibición. Un camión pasó en dirección contraria. «Dos semanas más». ¡Qué tontería! ¿Quién creía ser él, para andar oyendo voces? ¿Una especie de Juana de Arco?

Estaba alegre. Quiso contarle a Tansy todas aquellas cosas ridículas que había imaginado durante los últimos días, para burlarse ambos de ellas. Sería un bonito cuento de terror. Había una razón por la cual seria mejor no contarlo, pero le parecía en aquellos momentos una razón insignificante, que era parte y fragmento de aquella vida hempnelliana deforme, retorcida y excesivamente cautelosa, de la que resultaba aconsejable evadirse más a menudo. A fin de cuentas, ¿de qué servía pasarse la vida callando tal cosa, y luego tal otra, para que nadie pudiera darse por ofendido?

Así que cuando entraron en la sala y Tansy se dejó caer en el sofá, él empezó:

—¿Sabes una cosa, Tansy? Es sobre el asunto ese de la brujería. Quería contarte…

Le pilló totalmente desprevenido la fuerza, real o irreal, que le golpeó en ese momento. Un segundo después, se vio sentado en el sofá, totalmente lúcido; el mundo exterior era una presión helada sobre sus sentidos, el interior una esfera donde giraban frenéticamente los pensamientos extraños, y el futuro un corredor largo y oscuro que aún tardaría dos semanas en atravesar.

Era como si una zarpa enorme y callosa se hubiese abatido brutalmente sobre su

boca, y otra hubiese caído sobre sus hombros, para darle una fuerte sacudida y derribarle en el asiento.

¿Como si…?

Miró a su alrededor, inseguro.

Tal vez si existían esas «manos».

Por lo visto, Tansy no se había dado cuenta de nada. Su rostro era un óvalo blanco en medio de la penumbra. Tarareaba una cancioncilla y seguramente no había oído las últimas palabras de él.

Se puso en pie y caminó, temblándole las rodillas, hasta el comedor, donde se sirvió un trago. De paso encendió las luces.

¿Así que no podía contárselo a Tansy ni a nadie, por más que él mismo desease hacerlo? He aquí por qué no hay testimonios de auténticas víctimas de la hechicería, se dijo, perdido por unos instantes el dominio de sus pensamientos. Y por qué no escapaban nunca, aun teniendo medios para hacerlo. No era por falta de voluntad. Era que se las vigilaba. Como el gángster al que sacan de un lujoso club nocturno invitándole a dar un paseo en coche. Él se despide de sus parlanchines acompañantes, entre grandes risas, y se detiene para saludar a los conocidos y piropear a las chicas, pero no olvida que le siguen esos muchachos de bufandas blancas y de gatillo fácil, con la mano derecha sumergida en los bolsillos de sus abrigos negros con cuello forrado de terciopelo. Para qué morir en seguida. Mejor seguir el juego, por si se presenta una oportunidad.

Pero aquello sólo pasaba en las novelas y en las películas. Como lo de las zarpas callosas.

Hizo un saludo ante su imagen en el espejo del aparador.

—Le presento al profesor Saylor, distinguido etnólogo y creyente convencido en la existencia real de la brujería —dijo.

Pero la cara que le miraba no manifestaba desdén, sino miedo.

Se sirvió un vaso más, llenó otro para Tansy y regresó a la sala.

—Como cosa rara —decía Tansy—, te recuerdo que no has estado bebido desde la pasada Navidad.

Sonrió. Emborracharse, eso era justo lo que haría el gángster de su película. Olvidar durante unos instantes que estaba atrapado por el Gran Jefe. Y no era mala idea.

Poco a poco retornó el estado de ánimo que les había llevado a la colina, aunque

en tono menor y melancólico al principio. Charlaron, pusieron discos antiguos, se contaron chistes lo bastante antiguos como para ponerse de moda otra vez. Tansy aporreó el piano y cantaron un popurrí extravagante de canciones populares, himnos religiosos, himnos nacionales, marchas revolucionarias y sindicalistas, *blues*, Brahms, Schubert… con moderación al principio, y luego a grito pelado.

Recuerdos.

Y siguieron bebiendo.

Pero en todo instante los pensamientos extraños seguían hirviendo en la mente de Norman, rodando como dentro de una bola de cristal. La bebida le permitía contemplarlos desapasionadamente, sin que se le rebelase el sentido común. Con la obstinación de la embriaguez, su espíritu de erudito empezó a reunir pruebas de hechicería tomadas de los cuatro puntos cardinales.

Por ejemplo, ¿podía ser probable que todos los impulsos autodestructivos derivasen de la brujería? Esos impulsos universales estaban en contradicción directa, sin embargo, con los instintos de conservación y de supervivencia. Para explicarlos, la fantasía de Poe había ideado el «impulso de lo perverso», y los psicoanalistas recurrían a complicadas hipótesis sobre la «pulsión de muerte». ¡Cuánto más sencillo sería echarlos en la cuenta de unas fuerzas malignas, ajenas al individuo, y que operaban por medios todavía desconocidos y, en consecuencia, calificados de sobrenaturales!

Sus experiencias de los dos días pasados podían dividirse en dos categorías. En la primera se situarían aquellas desgracias naturales y aquellos antagonismos contra los que le habían protegido hasta entonces los amuletos de Tansy. El atentado fallido de Theodore Jennings probablemente podía clasificarse en esa categoría. Sin duda Jennings era un psicópata, y habría actuado mucho antes, de no habérselo impedido la magia de Tansy. Pero tan pronto como desapareció esa cortina protectora, tan pronto como el mismo Norman hubo quemado la última «faena», la idea surgió en la mente de Jennings como una flor incubada en el invernadero. El mismo Jennings lo había admitido: «Se me acaba de ocurrir mientras estaba pensándolo».

La acusación de Margaret van Nice, el súbito interés de Thompson hacia las actividades de su vida privada y el descubrimiento casual de la tesis de Cunningham por parte de Sawtelle también figuraban en la misma categoría, sin duda.

La otra categoría era la de la magia activa y maligna, dirigida contra él expresamente.

—Un penique por tus pensamientos —dijo Tansy, mirándole por encima del vaso.

—Me acordaba de la fiesta de las pasadas Navidades —contestó él afectando tranquilidad, pero con voz algo balbuciente— y de cómo Welby se puso a cuatro patas fingiendo ser un sanbernardo, cubierto con la alfombra de piel de oso y con la botella de whisky colgada del cuello. Pensaba en cómo las mejores bromas parecen tan necias cuando se recuerdan luego fríamente. Pero vale más comportarse como un necio que como un respetable hipócrita.

Sintió una especie de orgullo infantil por haber sabido resistir la tentación de confesar. Al observar a Tansy, tan pronto creía ver una auténtica bruja, como una posible neurótica, que debía ser protegida a toda costa con el fin de evitar sugestiones peligrosas. Bajo los efectos del alcohol, las dos mitades de su cerebro parecían funcionar con independencia, sin que ninguna de las dos tuviese dominio sobre la otra.

A ratos empezaba a perder la noción de los hechos, y cuando recobraba su lucidez, los raciocinios seguían encadenándose con exagerada solemnidad científica.

Mientras ambos cantaban a pleno pulmón las sollozantes notas de *St James Infirmary*, él pensaba: «¿Acaso no es posible que todas las mujeres sean brujas? Ellas son las intuitivas, las tradicionalistas, las irracionales. Para empezar, todas son supersticiosas. Y como en el caso de Tansy, seguramente la mayoría de ellas no tienen la certeza de si funcionan o no sus hechizos en realidad».

Habían retirado la alfombra y bailaban al compás de *Chloe*. En un momento dado Tansy se había cambiado y se había puesto la túnica rosa de las fiestas.

Él pensaba: «En la segunda categoría, pongamos el dragón del pabellón Estrey. Animado de un alma humana o no, infundida en el mismo por la señora Gunnison, y controlado por medio de las fotografías. Pongamos también el puñal de obsidiana, los vientos obedientes y el camión ubicuo».

Estaba sonando una grabación del *Bolero* de Ravel y él marcaba el ritmo con el puño.

Y pensaba: «Los hombres de negocios compran títulos obedeciendo a los consejos de los futurólogos, los artistas de cine orientan su carrera por los cálculos de la numerología, la mitad de los gobiernos del mundo tienen astrólogos en nómina, la publicidad representa continuos prodigios y milagros, y el noventa por ciento del arte moderno es, simplemente, un remedo de antiguas prácticas mágicas, que ha tomado sus formas de los hechiceros aborígenes, y sus contenidos de las modernas doctrinas

teosóficas».

Contempló a Tansy mientras ella cantaba con voz ronca los *St Louis Blues*. Era verdad lo que siempre afirmaba Welby, que ella poseía un verdadero talento teatral. Habría sido una buena cantante.

Y pensaba: «Tansy detuvo al dragón de Estrey con sus nudos. Pero no será fácil que vuelva a conseguirlo, porque ahora la señora Gunnison tiene su recetario de fórmulas y podrá idear nuevos sistemas para vencerla».

Compartieron un combinado que le habría abrasado la garganta, si no la tuviera ya insensibilizada, y sin darse cuenta se bebió él la mayor parte.

Pensaba: «El dibujo del hombre atropellado por el camión es la clave de todo un grupo de hechizos. En sus orígenes, los naipes, como todas las formas del arte, eran instrumentos mágicos. El propósito de esos hechizos no es otro sino el de acabar conmigo. El arco australiano funciona como amplificador. La cosa invisible que se oculta a mis espaldas, el ser de la voz monótona y de las zarpas pesadas, es un guardián que me vigila para que no me aparte de la senda prevista. Corredor estrecho. Dos semanas más».

Lo más extraño era que tales pensamientos no le resultaban del todo desagradables. Había en ellos una belleza primitiva, fatídica, intoxicante, un vértigo mortal pero irresistible. Poseían la fascinación de lo imposible e increíble. Le abrían perspectivas inimaginables. Y aunque le aterrorizasen, no podía evitar su atracción fatal, comparable a las visiones producidas por alguna droga ilícita. Tenían el encanto de un pecado inédito y de una blasfemia definitiva. Norman comprendió entonces por qué los adeptos a las prácticas de la magia negra eran capaces de arrostrar cualquier peligro antes que abandonarlas.

En su embriaguez se sentía seguro. El alcohol había desintegrado su mente reduciéndola a las partículas mínimas, y éstas no albergaban temor porque sabían que no podían ser atacadas, lo mismo que no se destruyen los átomos de un hombre por la acción de la bala que lo mata.

Pero reinaba entre aquellas partículas una loca confusión. La razón empezaba a claudicar.

Él y Tansy estaban el uno en brazos del otro.

Tansy le preguntaba con insistencia, provocativamente:

—¿Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío?

La pregunta despertó una sospecha en su mente, pero no pudo definirla con

claridad. Algo le hizo pensar que aquellas palabras ocultaban una trampa, pero ¿qué trampa? No conseguía centrar sus pensamientos.

Ella estaba diciendo, y sonaba como palabras sacadas de la Biblia:

—… Y yo he bebido de tu copa y tú has bebido de la mía…

Su rostro era un óvalo borroso en el que destacaban los ojos como gemas opacas.

—¿Todo lo que tienes es mío? ¿Me lo das sin reservas y de acuerdo con tu libre albedrío?

Una celada, en alguna parte.

Pero la voz era irresistiblemente provocadora, como una caricia.

—¿Todo lo tuyo es mío? Dilo, Norman, aunque sólo sea una vez. Por favor.

Él la amaba, naturalmente. Más que a ninguna otra cosa en el mundo. Atrajo hacia sí el rostro borroso e intentó besar los ojos nublados.

—Sí…, sí…, todo —dijo sin pensarlo más.

Y entonces su mente claudicó por completo y cayó en un océano insondable de oscuridad, donde todo era paz y silencio.

# 12

El resplandor del sol trazaba un brillante dibujo sobre la persiana color crema y se filtraban algunos rayos que inundaban el dormitorio como un líquido frío y resplandeciente. Fuera se oía el gárrulo piar de un coro de pajarillos. Norman cerró de nuevo los ojos y se estiró con voluptuosidad.

Iba siendo hora, pensó, de comenzar a escribir aquel artículo para *The American Anthropologist.* Y todavía le quedaba la revisión de su *Manual de etnología*. Sobraba tiempo, pero sería mejor despachar el trabajo cuanto antes. También tendría que hablar muy seriamente con Bronstein sobre la tesis de éste. El muchacho tenía algunas ideas buenas, pero necesitaba que se le orientase. Y luego estaba lo de la conferencia para las madres de alumnos. Puesto que era obligado contarles algo, más valía que fuese algo útil…

Con los ojos cerrados todavía, gozaba de esa sensación, la más agradable de todas, que experimenta el hombre que holgazanea cuando tiene pendiente un trabajo que le gusta y que sabe hacer bien, pero que no corre ninguna prisa.

El día era demasiado bueno como para perderse la partida de golf. Sería cuestión de averiguar qué planes tenía Gunnison. Por otra parte, en toda la primavera, él y Tansy aún no habían salido al campo. Se lo propondría durante el desayuno. Los desayunos del sábado por la mañana eran todo un acontecimiento. Sin duda estaba ya preparándolo. Le pareció que una buena ducha serviría para abrirle el apetito. Debía ser bastante tarde ya.

Abrió un ojo y miró el reloj de pared. ¿Las doce y treinta y cinco? Pero ¿a qué hora se había acostado la noche anterior? ¿Qué estuvo haciendo?

Los recuerdos de los pasados días acudieron como disparados por un resorte y con tal celeridad, que llegó a experimentar algunas palpitaciones. Sin embargo, ahora aquellos recuerdos eran diferentes; desde el primer momento le parecieron increíbles e

irreales. Le parecía estar leyendo un historial clínico muy detallado de otra persona, una persona que albergaba muchas ideas extrañas sobre la brujería, el suicidio, las persecuciones y otras muchas cosas. Tales recuerdos no casaban con su actual bienestar, y lo más curioso era que no lo alteraban en modo alguno.

Registró con diligencia su mente en busca de rastros de temor a lo sobrenatural de la sensación de estar siendo vigilado o controlado, de monstruosos impulsos autodestructivos. No logró descubrir, ni siquiera sugerirse a sí mismo, el más mínimo asomo de esas emociones. Cualquiera que fuese su origen eran ya cosa del pasado, inalcanzables excepto para la memoria intelectual. «¡Esferas de pensamiento extraño!». Hasta la misma idea era ridícula. Y sin embargo, no se sabía cómo, todo aquello había sucedido. Algo había acontecido en realidad.

Sus primeros movimientos le habían llevado automáticamente a la ducha. Mientras se enjabonaba y dejaba correr sobre su cuerpo torrentes de agua caliente, se preguntó si no sería mejor hablar con Holstrom, el cátedro de psicología, o visitar la consulta de un buen psiquiatra. ¡Las contorsiones mentales sufridas durante los pasados días, sin duda suministrarían material para todo un tratado! Pero aquella mañana se encontraba tan bien, que resultaba insostenible la noción de ningún desarreglo mental serio. No, lo sucedido había sido, únicamente, uno de esos raros espasmos de irracionalidad que pueden sobrevenirle a cualquiera, por razonable que uno sea… o precisamente por ser demasiado razonable: como un desahogo de la morbosidad largamente reprimida. Era una lástima haber preocupado a Tansy con ello, aunque el origen de todo hubiera sido aquel brote de un complejo de brujería por parte de ella, felizmente superado ya. ¡Y pensar que fue ella quien hizo todo lo posible por animarle, la noche anterior, cuando debía haber sido al revés! Norman se hizo el propósito de resarcirla cuanto antes.

Se afeitó fácilmente y con placer. La maquinilla se comportaba a la perfección.

Mientras terminaba de vestirse, le asaltó una duda. Una vez más rebuscó en su mente, con los ojos cerrados como quien trata de captar un sonido casi inaudible.

Nada. Ni el menor residuo de temores morbosos.

Silbando, empujó la puerta de la cocina.

No se veía nada del desayuno, sólo varios platos sin lavar junto a la fregadera, botellas vacías y una cubitera llena de agua turbia.

—¡Tansy! ¡Tansy! —llamó.

Recorrió la casa con el vago temor de que ella hubiera caído en cualquier parte sin llegar a acostarse en la cama. Ambos habían bebido como esponjas la noche pasada.

Salió al garaje y comprobó que el coche todavía estaba allí. A lo mejor había salido a comprar antes de hacer el desayuno. Pero cuando regresó a la casa, la búsqueda empezó a tomar un carácter febril.

Al mirar en el estudio por segunda vez, observó el tintero volcado y junto a él un trozo de papel, a dos dedos de la mancha de tinta ya casi seca. Poco había faltado para que el mensaje quedara emborronado por completo.

Eran unos garabatos hechos con precipitación (por dos veces la plumilla había perforado el papel) y el mensaje quedaba interrumpido dejando una frase a medias, pero indudablemente estaba escrito en letra de Tansy.

> Aprovecho que ahora no me vigila. No comprendí que sería demasiado fuerte para mí. ¡No quedan dos semanas, sino dos días! No trates de seguirme. Nuestra única oportunidad es que hagas exactamente lo que te digo. Toma cuatro trozos de diez centímetros de…

Su mirada exploró la mancha de tinta derramada y vio, junto a ésta, la huella inconfundible de la palma de una mano. Involuntariamente, su imaginación creó una escena. Tansy estaba escribiendo a toda prisa, desesperada, al tiempo que lanzaba rápidas ojeadas por encima del hombro; pero entonces eso se había dado cuenta de lo que hacía y de un zarpazo le había arrebatado la pluma. Recordó el peso de aquellas grandes manos callosas y se estremeció. Y luego… ella había reunido sus cuatro cosas, procurando no hacer ruido (aunque seguramente él tampoco habría despertado), y había salido a la calle. Y si se hubiera tropezado con alguna persona conocida, seguramente habría charlado y reído alegremente, sin olvidar que eso estaba a su espalda, atento a cualquier falso movimiento, a cualquier tentativa de huida.

Y había desaparecido.

Deseó echarse a la calle y gritar el nombre de Tansy.

Pero la mancha de tinta estaba casi seca, con los rebordes brillantes. Aquel tintero había sido volcado hacía bastantes horas.

¿Adónde habría ido de madrugada?

A cualquier parte, a dondequiera que terminase para ella el corredor estrecho y largo, no ya de dos semanas sino de sólo dos días.

En un súbito destello de lucidez comprendió el porqué. De no haber estado borracho la noche anterior, lo habría comprendido antes.

Uno de los tipos de conjuro más antiguos y mejor establecidos en todo el mundo: el de la transferencia del mal. Es lo que hace el sanador cuando transfiere la enfermedad a una piedra, a un enemigo, o a sí mismo…, si se considera más preparado para soportarla. Ella había cargado con la maldición dirigida contra él, la había asumido. La noche pasada compartió su copa y su comida. Utilizó mil trucos para fundirse con él. ¡Estaba todo tan claro! Hizo un esfuerzo de memoria para recordar aquellas últimas palabras de ella: «¿Todo lo que tienes es mío? ¿Todo lo tuyo es mío?».

Se refería a la maldición lanzada contra él.

Y él había contestado «Sí».

Pero… ¡un momento! ¿A qué género de ideas se estaba dejando arrastrar? Alzó los ojos para contemplar los anaqueles llenos de libros sobriamente encuadernados. ¡Cómo! ¡Pues no estaba creyéndose aquella basura con la que había tenido la debilidad de jugar durante los pasados días…, y justamente ahora que se presentaba una situación más seria! No, en todo aquello no existía nada sobrenatural…, ningún «eso», ningún guardián, excepto en las ficciones neuróticas de él y de ella. Lo que sí había ocurrido era que él mismo le había sugerido todas aquellas estupideces, que le había revelado los engendros de su imaginación morbosa. Seguramente debió hablar necedades mientras estaba bebido. ¡Todos aquellos temores infantiles! Lo cual actuó sobre la naturaleza sugestionable de ella, ya propensa a creer en brujerías, hasta que se le ocurrió la idea de realizar la transferencia del mal, y se convenció a sí misma de que la transferencia realmente había ocurrido. Y entonces salió huyendo, sólo Dios sabía adónde.

Lo que no era poco problema.

Involuntariamente releyó el mensaje garabateado en el papel, y se preguntó: «Cuatro trozos de diez centímetros… ¿de qué?».

Hubo una breve llamada a la campanilla de la puerta, y él fue a mirar en el buzón. Había una carta. Rasgó el sobre. La dirección venía escrita a lápiz y estaba emborronada, pero reconoció la letra, pese a estar tan temblorosa e irregular que tardó bastante rato en descifrar el mensaje, que continuaba una frase interrumpida y concluía en otra que también había quedado sin terminar.

> … cuerda, un trozo de tripa, un pedacito de platino o de iridio, una piedra imán y una aguja de fonógrafo que sólo haya tocado la *Novena Sonata* de Scriabin. Luego atarás…

¡Cuerda! ¡Naturalmente!

Eso era todo. Una continuación del primer mensaje, con su extraña fórmula. ¿Se habría convencido realmente a sí misma de que estaba siendo vigilada por un guardián y que sólo podía comunicarse durante los raros momentos de supuesta distracción de éste? Pero él ya sabía la respuesta. El que padece una obsesión se convence de cualquier cosa, por absurda que sea.

Observó el matasellos. Correspondía a una población situada varios kilómetros al este de Hempnell. No recordaba que conociesen a nadie allí; ni siquiera habían visitado la población jamás. Su primera intención fue correr al coche y encaminarse allá. Pero ¿qué haría una vez se encontrase en aquel lugar?

Alzó la mirada otra vez. Estaba sonando el teléfono. Era Evelyn Sawtelle.

—¿Es usted, Norman? Por favor, dígale a Tansy que se ponga. Quiero hablar con ella.

—Lo siento, pero ha salido.

La contestación no pareció sorprender a Evelyn Sawtelle, porque replicó en seguida:

—¿Dónde está? Tengo necesidad de hablar con ella.

Meditó la respuesta un instante.

—Está en el campo, de visita en casa de unos amigos. ¿Quiere que le transmita algún mensaje?

—No. He de hablar con Tansy. ¿Qué número de teléfono tienen sus amigos?

—¡No tienen teléfono! —dijo él, molesto.

—¿No? En fin, no importa demasiado.

Parecía extrañamente complacida, como si se alegrase de haberle irritado.

—Volveré a llamar. Ahora tengo prisa. Hervey está muy atareado con sus nuevas responsabilidades. Adiós.

Colgó. Pero… ¿qué diablos…? De pronto se le ocurrió una explicación. Era posible que alguien hubiese visto a Tansy salir de la ciudad, y Evelyn Sawtelle, olfateando la posibilidad de algún tipo de escándalo, trataba de hacer averiguaciones. Quizá Tansy llevaba una maleta.

Registró el tocador de Tansy. La maleta pequeña había desaparecido. Los cajones estaban abiertos. Por lo visto había reunido sus cosas a toda prisa. ¿Y el dinero? Buscó en su cartera. Estaba vacía. Habían volado cuarenta y tantos dólares.

Se podía viajar muy lejos con cuarenta dólares. La ilegibilidad del mensaje sugería

que pudo haber sido escrito a bordo de un tren o de un autobús.

Norman pasó varias horas de angustia. Comprobó los horarios de los transportes y así se enteró de que pasaban varias líneas de tren y de autobús por la población desde donde Tansy había enviado la carta. Fue a las estaciones e hizo preguntas discretas, pero sin éxito alguno.

Pensó en todo lo que normalmente hay que hacer cuando desaparece una persona, pero se contuvo. ¿Qué podía decir? «Señores, mi esposa ha abandonado el domicilio conyugal. Padece la obsesión de que…». ¿Y si a causa de su denuncia la localizaban y la interrogaban en su estado mental presente, o la sometían a un examen médico, antes de que él consiguiera localizarla?

No, aquél era un problema que tendría que capear él solo. Pero si no descubría pronto su paradero, quizá no tendría más remedio que acudir a la policía, aunque fuese necesario inventarse alguna historia para disimular los hechos.

Ella había escrito «dos días». Si de veras creía que estaba condenada a morir antes de dos días, ¿no podía ocurrir que tal creencia fuese suficiente?

Atardecía cuando regresó a casa, luchando contra la quimérica esperanza de que tal vez ella hubiera regresado durante la ausencia de él. Se encontró con el recadero que regresaba a su coche. Norman estacionó el suyo al lado y preguntó:

—¿Hay algo a nombre de Saylor?

—Sí, señor. Está en el buzón.

Esta vez el mensaje era más largo, pero no menos difícil de leer.

> Por fin tiene su atención en otra parte. Si controlo mis emociones le cuesta más leer en mis pensamientos. Pero me ha sido muy difícil enviar la otra carta. Es necesario que hagas lo que te diga, Norman. Los dos días terminan el lunes por la noche. Luego, será la bahía. Debes seguir todas mis instrucciones. Después atarás las cuatro cuerdas haciendo un nudo de punto de aguja, un nudo corredizo, una cabeza de turco y un nudo cuadrado. Con la tripa haz un falso lazo. Seguidamente añade…

Se fijó en el matasellos. El lugar estaba a más de doscientos kilómetros más al este, y no sobre la línea del ferrocarril, según creía recordar. Eso sin duda reduciría considerablemente las posibilidades.

Una palabra de la carta se repetía en su mente, como un tema musical reiterado

una y otra vez hasta hacerse insoportable.

La bahía. Bahía. Bahía. Bahía.

Entonces acudió el recuerdo de una tarde calurosa, años atrás. Fue poco antes de casarse. Estaban sentados en el extremo de un vetusto embarcadero. Recordó el olor a salitre y a pescado, y los maderos despintados y desvencijados.

—Es curioso —había dicho ella, con la mirada perdida en las verdes aguas—, pero siempre pensé que acabaría ahí abajo. No es que tenga miedo. Soy buena nadadora. Pero desde que era niña solía mirar esta bahía, unas veces verde, otras gris, otras azul, blanqueada por la resaca en ocasiones, o bañada por la luz de la luna, o velada por la niebla… y pensaba: «Tansy, algún día serás de la bahía, pero antes han de pasar muchos años». Curioso, ¿no?

Y él se había reído y la había abrazado con fuerza, y las aguas verdes siguieron lamiendo los pilotes recubiertas de algas.

En aquella oportunidad visitaban a la familia de Tansy, cuando aún vivía el padre de ella, en su casa cerca de Bayport, sobre la orilla meridional de la bahía de Nueva York.

Para ella el corredor estrecho terminaba en la bahía, a medianoche del día siguiente.

Hacia allí se habría encaminado, sin duda.

Hizo varias llamadas, primero a las compañías de autobuses, luego a las ferroviarias y aéreas. No pudo conseguir pasaje para el avión, pero el tren de la noche le llevaría a Jersey City una hora antes de la llegada del autobús que debió tomar ella, según lo que dedujo por los lugares y las horas de los matasellos.

Así supo que le sobraba tiempo para recoger algunas cosas y cobrar un cheque antes de encaminarse a la estación.

Desplegó sobre la mesa las tres notas de ella, una escrita a pluma, dos a lápiz. Releyó la fórmula, absurda e incompleta.

Frunció el ceño. ¿Despreciaría un científico ninguna posibilidad, aunque sólo fuese una entre un millón? El comandante de un ejército cercado, ¿desdeñaría una estratagema sólo porque ésta no figurase en los manuales? Lo que decía allí parecía puro delirio; un día antes quizá habría podido significar algo para él emocionalmente, pero en aquel momento no le veía ningún sentido. En cambio, en la noche del día siguiente podía representar una fantástica y última oportunidad.

Pero… ¿entrar en componendas con la magia?

«Es necesario que hagas lo que te diga, Norman». No era posible pasar por alto semejantes palabras.

Al fin y al cabo, aquellos objetos quizá le serían útiles para tranquilizarla, si la hallaba en condiciones próximas a la locura.

Fue a la cocina y encontró un ovillo de cuerda.

Luego rebuscó en su propio armario, y cortó las dos cuerdas centrales de su raqueta de *squash*. Puesto que eran de tripa, servirían.

La chimenea no había sido limpiada desde la quema de los amuletos encontrados en el tocador de Tansy. Rebuscó entre las cenizas hasta encontrar un pedrusco ennegrecido que atraía una aguja de acero: la piedra imán.

Buscó el disco de la *Novena Sonata* de Scriabin y puso en marcha el fonógrafo, después de montar una aguja nueva. Consultó el reloj de pulsera y paseó por la habitación, nervioso. Poco a poco la música fue apoderándose de él. No era una música agradable. Había en ella algo reiterativo y exasperante, con su línea melódica grave, caracterizada por los continuos cambios de figuras rítmicas, y sus comentarios ornamentales que recorrían toda la extensión del teclado en agudos. Atacaba los nervios.

Entonces empezó a recordar las cosas que se contaban de ella. ¿No le había dicho Tansy que Scriabin calificó de «misa negra» a su *Novena Sonata*, y que llegó a tenerle tanta antipatía que se negaba a interpretarla? Scriabin, que fue inventor de un órgano de colores, que quiso traducir el misticismo a la música y que murió de una rara infección en el labio. Un ruso de semblante ingenuo, con un gran mostacho retorcido. Pasaron por su mente algunas expresiones críticas que Tansy le había citado: «La venenosa *Novena Sonata*…, la pieza de música más pérfida jamás compuesta…». ¡Qué ridiculeces! ¿Desde cuándo la música es otra cosa sino una agrupación abstracta de sonidos?

Y sin embargo, al escuchar la pieza uno podía llegar a otra conclusión bastante distinta.

La melodía se aceleraba cada vez más. El amable segundo tema iba quedando progresivamente infectado, distorsionado, hasta convertirse en una música ronca y discordante, en una verdadera marcha de los condenados, que se cortaba bruscamente después de alcanzar el límite de lo insoportable. Luego volvía en los tonos graves el primer tema, y concluía con una nota suave, pero todavía discordante.

Desmontó la aguja y la guardó en un sobre que empaquetó con el resto de sus

cosas. Sólo entonces se preguntó por qué, si sólo había reunido aquellas cosas para seguir la corriente a Tansy, se había molestado en estrenar la aguja con la *Novena Sonata*; indudablemente una aguja nueva habría servido igual. Se encogió de hombros.

Tras dudarlo unos instantes, arrancó de la enciclopedia una lámina donde se ilustraban los principales tipos de nudos.

El timbre del teléfono le detuvo cuando se disponía a salir.

—¡Ah, profesor Saylor! ¿Le importaría decirle a Tansy que se ponga?

El tono de la señora Carr era sumamente amable.

Le repitió lo que le había dicho a la señora Sawtelle.

—Celebro que se haya tomado un reposo en el campo —dijo la señora Carr—. ¿Sabe una cosa, profesor Saylor? Creo que Tansy no presentaba muy buen aspecto últimamente. Me tenía un poco preocupada. ¿Está usted seguro de que se encuentra bien?

En ese instante, y sin previa advertencia, intervino otra voz.

—¿Qué es eso de controlarme? ¿Acaso crees que soy una criatura? ¡Sé muy bien lo que me hago!

—¡Cállate! —dijo la señora Carr con energía, y luego prosiguió en su tono más dulce—. Habrá sido un cruce de la línea. Hasta la vista, profesor Saylor.

Y colgó. Norman frunció el ceño. La voz intrusa le había sonado notablemente parecida a la de Evelyn Sawtelle.

Recogió su maleta y salió.

# 13

El conductor de autobús que le indicaron a Norman en Jersey City era un tipo de hombros gruesos y ojos soñolientos, pero inteligentes. Estaba apoyado contra la pared, fumándose un cigarrillo.

—Sí, creo que la he llevado —dijo después de pensarlo un momento—. Una mujer guapa, más bien menuda. Vestía traje gris y llevaba un broche de plata como el que usted dice. Y una maleta de piel de cerdo. Me pareció como si fuese a visitar a un pariente enfermo o accidentado, por ejemplo.

Norman contuvo su impaciencia. Por culpa de un retraso de hora y media a la salida de Jersey City, su tren, en vez de adelantarse al autobús, había llegado veinte minutos más tarde.

—Si fuese posible, me gustaría averiguar en qué dirección continuó viaje cuando se apeó del autobús. El de la taquilla dice que no sabe nada —explicó.

El conductor contempló a Norman, pero no dijo: «¿Y qué falta le hace saberlo?», lo cual era de agradecer. Por lo visto había decidido que Norman era persona de fiar. Replicó:

—Sale de aquí un autobús local que hace el servicio de la costa. No estoy seguro, jefe, pero pudo tomarlo.

—¿Tiene parada en Bayport?

El conductor asintió.

—¿Cuánto rato hace que salió?

—Unos veinte minutos.

—¿Cómo podría llegar antes a Bayport? ¿Y si tomara un taxi?

—Con el tiempo justo. Si se aviene a pagar la carrera y el retorno, y añade un poco de propina… supongo que Alec podría llevarle.

Señaló con un ademán hacia un taxi estacionado junto a la estación.

—Pero recuerde, jefe, que no estoy seguro de que ella lo tomase.

—Es suficiente. Muchas gracias.

Bajo el resplandor de las farolas, los ojos zorrunos de Alec se mostraban más curiosos que los del conductor del autobús. Pero no hizo ningún comentario.

—Lo conseguiremos, pero no andamos sobrados de tiempo. Suba, rápido —dijo, optimista.

La carretera de la costa cruzaba por largos tramos desiertos, flanqueados de cañas y matojos. De vez en cuando llegaba hasta los oídos de Norman el rumor sibilante del cañaveral agitado por el viento, y hasta su olfato, entre los hedores químicos de las industrias, el salitre de las aguas estancadas de la marisma, cruzadas por largas pasarelas bajas de tablones. El olor típico de la bahía.

Fuera desfilaban los vagos perfiles de las fábricas, las refinerías petroquímicas y alguna que otra casa aislada.

Adelantaron a tres o cuatro autobuses, sin que Alec hiciera ningún comentario. Tenía toda su atención puesta en la carretera.

Al cabo de bastante rato dijo:

—Debe ser ése.

Una constelación de luces rojas y verdes desaparecía detrás de un cambio de rasante, por delante de ellos.

—Faltarán unos cinco kilómetros para llegar a Bayport —continuó el taxista—. ¿Qué hago?

—Me basta con que lleguemos a Bayport antes que ella, y me deje usted en la estación del autobús.

—De acuerdo.

Adelantaron al autobús y se situaron en su carril. Las ventanillas estaban demasiado altas como para que Norman pudiera distinguir a ninguno de los viajeros; además llevaba las luces interiores apagadas.

Cuando hubieron adelantado, Alec corroboró:

—Es éste, no cabe duda.

La estación del autobús de Bayport servía también como depósito del ferrocarril. Norman recordaba vagamente la plataforma de planchas mal trabadas y la ceniza acumulada entre ella y las vías del ferrocarril. El depósito le pareció más pequeño y mugriento que en sus recuerdos, aunque el edificio aún lucía su recargada ornamentación, procedente de las épocas en que Bayport era lugar de veraneo de los

neoyorquinos ricos. Las ventanas del depósito se hallaban a oscuras, pero delante del mismo estaban aparcados varios coches y un taxi de la población; varios grupos de hombres charlaban en voz baja y había un par de soldados, que Norman supuso procedentes de Fort Monmouth o del cercano Sandy Hook.

Tuvo tiempo para olfatear el aire salino, con sus leves relentes, no del todo desagradables, a pescado. Entonces llegó el autobús.

Los pasajeros empezaron a apearse, mirando a su alrededor en busca de las personas que debían acudir a recibirlos.

Tansy fue la tercera. Miraba al frente y llevaba la maleta de piel de cerdo.

—¡Tansy! —llamó él.

Ella no se volvió. Advirtió que tenía una gran mancha negra en la mano derecha, y recordó el tintero volcado sobre la mesa de su estudio.

—¡Tansy! ¡Tansy!

Ella pasó de largo, tan cerca que le rozó con la manga.

—¿Qué te pasa, Tansy?

Se volvió y corrió tras ella, que iba derecha hacia el taxi. Norman se dio cuenta del silencio que se había hecho alrededor y de las miradas curiosas y poco amigables que le seguían, lo que tuvo la virtud de enfurecerle.

Ella no aminoró el paso. La agarró por el codo y la obligó a volverse. Oyó murmullos de desaprobación a sus espaldas.

—¡Deja de comportarte de esta manera, Tansy! ¡Por favor!

Las facciones de ella carecían de expresión, y le miró sin dar muestras de reconocerle.

Norman perdió los estribos. Las tensiones acumuladas en su ánimo querían estallar. La sujetó por ambos codos y la sacudió. Ella seguía totalmente pasiva, sin hacer el menor caso de él. Semejaba el perfecto retrato de la aristócrata que soporta impasible la brutalidad de un desconocido. Si se hubiera debatido entre gritos, quizá los espectadores no habrían intervenido.

Le apartaron de un empujón.

—¡Déjala en paz!

—¿Quién te has creído que eres?

Ella se quedó inmóvil, sin perder su irritante compostura. Observó que se le caía de la mano un pedazo de papel. Después sus miradas se cruzaron un instante y creyó ver en sus ojos una expresión de miedo. Luego sintió como una ligera sacudida, como

si algo hubiera pasado de los ojos de ella a los suyos, y al mismo tiempo un cosquilleo en el cuero cabelludo, mientras veía alzarse detrás de Tansy (pero fue sólo un instante) una forma oscura, irregular, mucho más alta que ella, de hombros caídos, grandes zarpas extendidas y ojos que relucían tenuemente.

Pero sólo fue un segundo. Ella se volvió y Norman vio que estaba sola. Se le ocurrió pensar que a lo mejor la sombra que proyectaba sobre los tablones de la pared había crecido súbitamente, aunque la situación de la lámpara no lo justificaba. Luego los hombres que le sujetaban le obligaron a volverse, y la perdió de vista.

Aturdido (porque la alucinación que acababa de sufrir no consentía la vecindad de otras emociones) oyó que le interpelaban.

—Ganas me dan de partirle la cara —dijo uno.

—Como quieras —replicó él con voz apagada—. Aprovecha, que tengo las manos sujetas.

Oyó la voz de Alec.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? —la voz de Alec sonaba cautelosa, pero no hostil; era como si estuviera pensando: «Es mi cliente, pero no le conozco de nada».

Uno de los soldados dijo:

—¿Dónde está la señora? Puesto que no se ha quejado…

—Sí. ¿Dónde está?

—Subió en el taxi de Jake y se largó —informó otro.

—A lo mejor tiene motivos para lo que hizo —dijo el soldado.

Norman se dio cuenta de que la actitud del grupo había cambiado. Uno de los que le sujetaban replicó:

—¡Nadie tiene derecho a tratar así a una señora!

Pero el otro aflojó un poco y le preguntó a Norman:

—¿Qué me dice? ¿Tenía algún motivo?

—Lo tengo, pero es cosa mía.

Una mujer de voz chillona intervino:

—¡Mucho ruido para nada!

A lo que otro de los espectadores apostilló, sardónico:

—¡Para que aprendas a meterte en líos de familia…!

De mala gana, sus aprehensores le soltaron.

—Pero no olvides que si ella se hubiera quedado por aquí y se hubiera quejado, ¡te parto la cara! —dijo el más beligerante de los dos.

—En ese caso, de acuerdo —admitió Norman, cuyos ojos buscaban el trozo de papel. Y añadió preguntando al azar—. ¿Podría alguien decirme qué señas le dio al taxista?

Uno o dos menearon la cabeza; los demás no hicieron caso de la pregunta. Sus sentimientos hacia él no habían cambiado tanto como para inducirles a colaborar. Lo más probable era que, con el revuelo, nadie se hubiera fijado.

El grupo se dispersó en silencio. Los comentarios sobre lo sucedido no comenzaron hasta que los participantes se vieron lo bastante lejos. Casi todos los coches se pusieron en marcha y se alejaron, mientras los soldados se encaminaban hacia los bancos situados delante del depósito, para seguir esperando su autobús o su tren. Norman se quedó a solas con Alec.

Halló el pedazo de papel caído junto a una de las rendijas entre los viejos maderos de la plataforma. Un poco más y habría desaparecido por entero. Se lo llevó al taxi y lo inspeccionó. Oyó que Alec decía:

—Bien, ¿adónde vamos ahora?

Consultó el reloj. Las diez treinta y cinco. Faltaba menos de hora y media hasta medianoche. Indudablemente, podía hacer muchas cosas para tratar de encontrar a Tansy, pero no todas al mismo tiempo. Los pensamientos le acudían con lentitud, casi dolorosamente, como si aquella cosa horrible que había creído ver detrás de Tansy le hubiese afectado el cerebro.

Contempló los barracones que le rodeaban. Las farolas del depósito mostraban todavía, en la mitad orientada al mar, rastros de la pintura negra con que habían sido camufladas durante la época de la guerra. En una calle cercana se veían señales de actividad. Inspeccionó el pedazo de papel.

Pensó en Tansy, haciendo un verdadero esfuerzo. Era cuestión de determinar lo que pudiera ser más conveniente para ella, lo que le dictase su lealtad profunda hacia ella como lo más indicado en aquellos momentos. Naturalmente, podía dedicarse a recorrer la costa, siguiendo las vías del ferrocarril, aunque sólo Dios sabía adónde habría ido ella con el taxi. Quizá podría localizar el viejo embarcadero donde solían nadar en otros tiempos, y esperarla allí. O esperar el regreso del taxi, para hacerse conducir al mismo lugar donde hubiese ido ella. O acudir a la policía para que le ayudasen a buscarla, si lograba convencerlos de que su mujer estaba a punto de suicidarse.

Pero también pensó en otras cosas. Pensó en que Tansy había confesado prácticas

de brujería, en cómo él había quemado hasta el último de todos sus «trucos», en las inesperadas llamadas de Theodore Jennings y de Margaret van Nice, en la racha de mala fe y de revelaciones inoportunas con que había chocado en el colegio. Pensó en el estúpido atentado de Jennings, en la grabaciones de un primitivo instrumento aborigen usado para conjurar la lluvia, en la fotografía de un dragón y en unos palotes que representaban cartas del tarot. Pensó en la muerte de la gata *Totem*, en el rayo de siete puntas, en sus propios ataques de propensión a accidentarse o a jugar con ideas suicidas. Pensó en sus alucinaciones, cuando estaba bebido y creyó que alguien le agarraba del hombro y le impedía hablar. Recordó la más reciente, la que creyó ver detrás de Tansy. Lo pensó muy detenidamente. Luego releyó el pedazo de papel.

Había tomado una decisión. Y dirigiéndose a Alec, dijo:

—Supongo que habrá algún hotel en el centro. Lléveme allá.

# 14

La luna del escaparate decía «Eagle Hotel» en letras doradas con ribetes negros; al fondo se veía la recepción, estrecha y desangelada, con media docena de sillones vacíos.

Dio orden a Alec de que esperase, y tomó habitación para la noche. El recepcionista era un anciano que llevaba una chaqueta azul reluciente. Al firmar en el registro, Norman vio que no había llegado nadie más aquella noche. Subió su maleta a la habitación y regresó en seguida al mostrador.

—Hace diez años que no pasaba por aquí —le dijo al recepcionista—. Creo que había un cementerio como a medio kilómetro, yendo en dirección opuesta a la de la bahía.

El del hotel abrió de par en par los ojos soñolientos.

—¿El cementerio de Bayport? A tres calles de aquí, y luego una a la izquierda y un poco más allá. Pero… —hizo una vaga mueca de perplejidad.

—Gracias —concluyó Norman.

Lo pensó un instante y despidió a Alec, que se embolsó el dinero, muy aliviado al ver que no se requerían más sus servicios. Norman echó a andar por la avenida principal en dirección contraria al mar.

Después de la primera bocacalle ya no vio más comercios. La ciudad terminaba allí; la mayoría de las casas estaban a oscuras, y después de doblar a la izquierda tampoco había alumbrado público.

La verja del cementerio estaba cerrada con candado. Exploró la tapia, andando sobre cascotes, procurando no hacer ruido, hasta que se tropezó con un árbol cuyas ramas inferiores le parecieron suficientemente gruesas para soportar su peso. Logró subirse a horcajadas en la tapia y luego se descolgó cautelosamente al otro lado.

Reinaba la oscuridad más completa. Oyó un rumor, como si su presencia hubiera

espantado a alguna bestezuela, y orientándose más por el tacto que por la vista localizó una lápida. Era delgada, de superficie áspera y de base cubierta de musgo. Estaba torcida, y él calculó que seria de mediados del siglo pasado por lo menos. Cavó en la tierra con la mano y llenó un sobre que traía en el bolsillo.

Luego saltó de nuevo la tapia y aterrizó sobre los cascotes con un estrépito que le pareció ensordecedor. Pero la calle estaba tan desierta como antes.

Mientras regresaba al hotel contempló el cielo, localizó la Estrella Polar y calculó la orientación de su cuarto.

Al pasar por la recepción notó los ojos del viejo clavados con curiosidad en su persona.

Su habitación estaba a oscuras. Por la ventana abierta entraban bocanadas de aire salitroso. Cerró la puerta con llave, cerró la ventana y encendió la luz, una bombilla de techo que reveló toda la desnudez de la desvencijada habitación. El teléfono sobre la mesilla era el único detalle moderno.

Sacó el sobre del bolsillo y lo sopesó. Sus labios se distendieron en una sonrisa peculiarmente amarga. A continuación releyó el pedazo de papel que se había escapado de las manos de Tansy.

> … un puñado de tierra de cementerio y lo envolverás todo en una pieza de franela, haciendo todos los nudos a izquierdas. Mándale que me detenga. Mándale que me reúna contigo.

Tierra de cementerio. Eso era lo que había encontrado en el tocador de Tansy. Así había comenzado todo. Ahora se dedicaba a robarla él mismo.

Consultó el reloj. Las once y veinte.

Despejó la mesilla y la colocó en el centro de la habitación. Con su cortaplumas hizo una marca en el lado que miraba al este. «A izquierdas» significaba «en sentido contrario al del movimiento del sol», es decir volteando de oeste a este.

Dispuso los ingredientes necesarios sobre la mesilla, recortó del dobladillo de su bata un cuadrado de franela, y unió los cuatro fragmentos de la nota de Tansy, siempre con el rictus amargo en el semblante.

Leídas correlativamente, las frases significativas de la nota decían:

> Toma cuatro trozos de diez centímetros de cuerda, un trozo de tripa, un pedacito de platino o de iridio, una piedra imán y una aguja de fonógrafo que sólo haya tocado la *Novena*

*Sonata* de Scriabin. Luego atarás las cuatro cuerdas haciendo un nudo de punto de aguja, un nudo corredizo, una cabeza de turco y un nudo cuadrado. Con la tripa haz un falso lazo. Luego añade un puñado de tierra de cementerio y lo envolverás todo en una pieza de franela, haciendo todos los nudos a izquierdas. Mándale que me detenga. Mándale que me reúna contigo.

En líneas generales era parecido a cientos de formulas para las «bolsas del truco» de los negros, según sabía por sus referencias. La aguja de fonógrafo, los nudos y uno o dos detalles más eran adiciones «blancas», evidentemente.

Y todo ello se situaba al mismo nivel que las operaciones mentales de un niño o de un adulto neurótico cuando pisan (o evitan) con exactitud religiosa las grietas entre las baldosas de la acera.

Fuera, un reloj dio la campanada de la media.

Norman continuó sentado, contemplando su pequeño bazar. No sabía cómo abordar la empresa. Habría sido distinto, se dijo, si se tratase de un juego o de una apuesta, o si él fuese una de esas mentalidades que gustan de alucinarse con el morbo de lo sobrenatural, uno de ésos que cultivan la magia porque es cosa de la Edad Media y porque los manuscritos miniados «hacen bonito». En cambio, tomárselo muy en serio, abrir la mente a la superstición deliberadamente… era ponerse de parte de las fuerzas retrógradas, de los que desearían retrotraer el mundo a las eras tenebrosas y eliminar de la ecuación social el factor «ciencia».

Pero él había visto aquello detrás de Tansy. Por supuesto, había sido una alucinación. Pero cuando las alucinaciones empiezan a comportarse como realidades y se ven respaldadas por una extraordinaria serie de coincidencias, incluso el científico ha de enfrentarse a la posibilidad de tener que tratarlas como realidades. Y cuando las alucinaciones suponen una amenaza física directa para uno, así como para sus seres queridos…

No. Era algo más que eso. Le obligaba la fe hacia una persona amada. Tomó el primer trozo de cuerda y unió los extremos haciendo un nudo de labor.

Cuando abordó la cabeza de turco, tuvo que consultar la página que había arrancado del diccionario. Tras un par de intentos fallidos lo consiguió.

Pero cuando le tocó hacer el nudo cuadrado, sus dedos se negaron a obedecerle. Era un nudo fácil, pero por mucho que lo intentaba no conseguía que se pareciese al

de la ilustración. Se le bañó la frente de sudor. «Está demasiado cerrada esta habitación —se dijo—, y vengo acalorado de la calle». Se le antojaba que tenía la yema de los dedos recubierta de callos de un centímetro de grueso por lo menos. Los cabos de hilo se le escapaban. Recordó la agilidad con que Tansy los trenzaba y destrenzaba.

Las once cuarenta y uno. La aguja de fonógrafo empezó a rodar sobre la mesa. Dejó caer el hilo y apoyó la aguja contra su estilográfica, para que dejase de rodar. Luego siguió peleando con el nudo.

Por un momento creyó que se había equivocado y la había emprendido con la cuerda de tripa, tan rígido y difícil de manejar le pareció el bramante.

«Es increíble lo que el nerviosismo puede hacerle a uno», se dijo a sí mismo.

Tenía la boca seca y tragaba saliva con dificultad.

Por último, y sin apartar los ojos de la figura e imitándola paso a paso, logró hacer un nudo cuadrado. Al mismo tiempo le parecía tener entre los dedos algo distinto de una cuerda, como si fuese necesario vencer una gran inercia. Justo en el momento de acabar sintió el cosquilleo de un escalofrío, como el del inicio de la fiebre, y le pareció que la luz flaqueaba un poco. Fatiga visual, se dijo.

La aguja de fonógrafo se había puesto a rodar en sentido contrario, cada vez más de prisa. Quiso atraparla de un manotazo, falló, repitió el intento y la pilló cuando estaba a punto de caerse de la mesilla.

Como un tablero de Ouija, se dijo. Uno procura mantener perfectamente inmóviles los dedos, rozando la plancheta. En consecuencia, se acumulan tensiones musculares. Y sin que intervenga en apariencia la voluntad humana, la plancheta empieza a moverse sobre sus tres patitas y se desplaza de una letra a otra. Lo mismo sucedía allí. Por la tensión de sus nervios y sus músculos le resultaba difícil hacer los nudos, y obedeciendo a una tendencia universal, él proyectaba la dificultad sobre la cuerda. Y era la presión de sus codos y rodillas lo que inclinaba la mesilla inconscientemente.

Entre sus dedos la aguja de fonógrafo parecía vibrar, como si fuese una pieza diminuta de una gran máquina. Se producía incluso la leve sugestión de una descarga eléctrica. Sin que viniese a cuento, resonaron de pronto en su mente los torturados acordes de la *Novena Sonata*. ¡Tonterías! La sensación de hormigueo en los dedos, a veces dolorosamente intensa, es un síntoma bien conocido de nerviosismo extremo. Pero su garganta estaba muy seca, y su resoplido desdeñoso le salió bastante ahogado.

Clavó la aguja en el trozo de franela para mayor seguridad.

Las once cuarenta y siete. Cuando se hizo con la tripa le temblaban los dedos como si hubiera trepado a pulso por una soga de treinta metros. El material parecía normal, y sin embargo estaba viscoso al tacto, como si acabasen de sacarlo del vientre del animal para darle forma. Por instantes tuvo la sensación de un olor acre, casi metálico, que disfrazaba el salitre procedente de la bahía. Alucinaciones táctiles y olfativas para acompañar a las visuales y auditivas, se dijo a sí mismo, porque aún seguía oyendo la melodía de la *Novena Sonata*.

Sabía cómo hacer un falso lazo inverso y aunque debía serle fácil, porque la tripa no estaba tan rígida como hubiera sido de esperar, notó la presencia de otras fuerzas que intervenían en la manipulación, o de voluntades ajenas que intentaban dar órdenes a sus dedos; la guita se doblaba en nudos de todas clases, excepto el bucle que intentaba. Presa de una fatiga anormal, le dolían las manos y le pesaban los párpados. Trabajaba venciendo una inercia enorme, una inercia aplastante. Recordó que Tansy, aquella noche en que le confesó sus prácticas de hechicería le había contado:

—En todo conjuro funciona una ley de acción y reacción…, es como el culatazo de un arma de fuego.

Las once cincuenta y dos.

Haciendo un gran esfuerzo procuró canalizar su energía mental, y dirigir su atención exclusivamente a la confección del nudo. Sus dedos entumecidos empezaron a moverse obedeciendo a un ritmo extraño, a la cadencia de la *Novena Sonata* en *piuvivo*. El nudo quedó hecho.

La luz eléctrica acusó un marcado descenso de la tensión; el filamento daba apenas un brillo rojizo. Ceguera histérica, se dijo a sí mismo; en las poblaciones pequeñas, además ya se sabe, la red eléctrica suele fallar más a menudo. Sintió un frío terrible, a tal punto que creía ver la proyección de su propio aliento. Y un silencio tremendo, también. Como ruido de fondo, el latido acelerado de su propio corazón, que también parecía obedecer al martilleo sostenido, obsesivo, de la música.

Después, en un segundo de lucidez diabólica, paralizante, supo que aquello era brujería: no una manipulación de ridículos implementos medievales, no un fácil juego de manos, sino una lucha fatigosa, extenuante, por mantener el dominio sobre las fuerzas, una vez conjuradas, de las cuales los objetos manipulados eran sólo símbolos. Al otro lado de las paredes de la habitación y de los límites de su cerebro, al otro lado

de los muros impalpables de su energía mental, adversarios poderosos concentraban sus recursos, terriblemente expectantes, espiando el primer falso movimiento que les permitiese irrumpir contra él y aplastarle.

No podía creerlo. Y no lo creía. Pero, en cierto sentido, necesitaba hacerlo.

La única cuestión era si sería capaz de mantener el control.

Las once cincuenta y siete. Empezó a reunir los objetos sobre el trozo de franela. La aguja saltó para adherirse a la piedra imán, llevándose la tela en la que estaba prendida, y eso que la distancia había sido de más de treinta centímetros. Tomó una pulgarada de tierra de cementerio. Las partículas le hacían cosquillas entre el índice y el pulgar como si cada una de ellas hubiera sido un gusanillo. Se daba cuenta de que faltaba algo. Buscó la fórmula a tientas. La corriente de aire quería llevarse los papeles que estaban sobre la mesa. Sintió que las fuerzas exteriores, envalentonadas, empujaban para irrumpir, quizá porque se daban cuenta de que él flaqueaba. Echó mano de los papeles y logró impedir que volasen. Al acercarse reparó en las palabras «platino o iridio». Clavó el plumín de la estilográfica en la mesa, lo rompió y sumó la parte metálica a los demás objetos.

Sentado en el lado de la mesilla opuesto al que tenía la muesca que indicaba el este, apoyó ambas manos en el borde del tablero para contener el temblor. Le castañeteaban los dientes. La habitación estaba casi a oscuras, aunque se colaba a través de la persiana una claridad azulada poco explicable teniendo en cuenta que el alumbrado de aquella calle seguramente no sería de lámparas de vapor de mercurio.

De súbito, la pieza de franela empezó a enrollarse como una tira de gelatina puesta a calentar; giraba de este a oeste, en el sentido del sol.

Se precipitó sobre ella de un salto y la desplegó antes de que se hubiese cerrado por completo. En sus manos entumecidas le pesó como si fuera de metal, mientras la forzaba a plegarse en sentido contrario.

El silencio era cada vez más denso. Ni siquiera oía ya las palpitaciones de su propio corazón. Sabía que algo esperaba, con una concentración tremenda, a que él enunciara la orden, y que ese algo deseaba al mismo tiempo, con avidez todavía más terrible, que él no fuese capaz de formular dicha orden.

Desde algún lugar se oyeron las campanadas de un reloj que daba la hora…, ¿o no era un reloj, sino el sonido oculto del tiempo? Nueve… diez… once… doce.

La lengua se le pegaba al paladar. Se ahogaba, se le venían encima las paredes de la habitación.

Al fin consiguió articular con voz ronca:

—Detén a Tansy. Tráela aquí.

Norman sintió que la habitación temblaba, que el piso se deformaba y alzaba debajo de sus pies como si Nueva Jersey acabase de convertirse en el epicentro de un terremoto. La oscuridad se hizo total. La mesa, o quién sabía qué fuerzas que hacían erupción en la mesa, se alzaba para golpearle. Se notó empujado contra algo blando.

Al instante las fuerzas desaparecieron. La tensión quedó reemplazada por una gran relajación, retornaron la luz y el sonido, y él se halló tendido boca arriba sobre la cama. Sobre la mesilla, un pequeño envoltorio de franela, ya desprovisto de toda importancia.

Norman estaba aturdido, como si le hubieran drogado o despertara después de una gran orgía. No tenía ganas de hacer nada, ni experimentaba emoción alguna.

Exteriormente, nada había cambiado. Incluso su cerebro fatigado regresaba al automatismo de la racionalidad, al intento poco agradecido de explicar lo ocurrido desde puntos de vista científicos, mediante una complicada red de especulaciones en las que se entretejían las psicosis, las alucinaciones y una serie de coincidencias improbables.

En su fuero interno, sin embargo, sí había cambiado algo, y nunca más volvería a ser el mismo.

Así transcurrió bastante rato.

Oyó pasos en la escalera y luego en el descansillo. Hacían un ruido como «chap-chap», como si alguien anduviera con los zapatos empapados de agua.

Los pasos se detuvieron ante su puerta.

Cruzó la habitación, dio vuelta a la llave y abrió.

Le colgaba un alga del broche de plata. El traje gris parecía negro, porque venía chorreando agua, excepto en donde había empezado ya a secarse y descubría manchas blancas de sal. Traía consigo el olor de la bahía. En el tobillo, sobre la media arrugada, traía enrollada otra alga.

Un pequeño charco de agua empezaba a formarse alrededor de los estropeados zapatos.

Los ojos de él siguieron las huellas mojadas hasta el comienzo del descansillo. En el último escalón, con un pie en el rellano, el viejo de la recepción portaba una pequeña maleta de piel de cerdo, también manchada de agua.

—¿Qué significa esto? —graznó al ver que Norman le miraba—. Usted no dijo

que estuviera esperando a su esposa. ¡Mírela! Tiene pinta de haberse arrojado a la bahía. No queremos que pase nada raro en este hotel, ¿sabe?

—No pasa nada —dijo Norman, demorando el momento de mirar al rostro de ella —. Disculpe que no le haya avisado. ¿Quiere darme la maleta?

—El año pasado hubo un suicidio —estaba diciendo el recepcionista, sin darse cuenta, por lo visto, de que pensaba en voz alta—. No es conveniente para el hotel.

Interrumpió el soliloquio, miró a Norman y se acercó, sin saber muy bien qué hacer. Cuando se halló a un par de pasos de distancia se detuvo, dejó la maleta en el suelo, giró sobre sus talones y se alejó a toda prisa.

De mala gana, Norman alzó la mirada hasta enfrentarse con la de su mujer.

Tenía el rostro muy pálido, sin expresión, los labios azulados, el pelo aplastado contra las mejillas. Un grueso mechón le cruzaba un ojo y se le pegaba al cuello. El otro ojo le miraba sin dar muestras de reconocerle. Y no alzó la mano para apartar el mechón de cabello.

El dobladillo de la falda goteaba agua.

Los labios se entreabrieron. La voz sonó con monótono murmullo de agua:

—Demasiado tarde —dijo—. Tardaste un minuto más de la cuenta.

# 15

Volvían por tercera vez a la misma cuestión. Norman tuvo la enloquecedora certeza de estar siguiendo a un robot que recorría incesantemente un amplio círculo y que se empeñaba en pisar siempre las mismas briznas de hierba a cada vuelta.

Desesperado, y aun a sabiendas de que no iba a adelantar nada, repitió una vez más su pregunta:

—Pero ¿cómo puedes estar inconsciente y saber al mismo tiempo que lo estás? Si tu mente se halla en blanco, no es posible que te des cuenta de que tu mente se halla en blanco.

Las manecillas del reloj se acercaban a las tres de la madrugada. El relente que acompañaba a la bajamar nocturna invadía la triste habitación del hotel. Tansy estaba sentada, muy erguida. Llevaba la bata de Norman y sus zapatillas de fieltro, y se había envuelto las piernas con una sábana y la cabeza con una toalla de baño. Con tal atuendo lo normal sería que pareciera una niña y quizá ingenuamente atractiva. Pero no sucedía así. Quien desenrollase la toalla con que se envolvía la cabeza habría descubierto que le faltaba la tapa del cráneo y que dentro no había nada, se le antojaba a Norman cada vez que cometía la equivocación de mirarla cara a cara.

Los labios lívidos se entreabrieron.

—No sé nada. Sólo hablo. Me han robado el alma. Pero mi voz es una función de mi cuerpo.

Ni siquiera podría decirse que tal explicación fuese pronunciada en tono paciente, ya que la voz carecía por completo de tono. Enunciaba las palabras con claridad, pero sin poner más énfasis en ninguna. Sonaba como el ruido monocorde de una máquina.

En realidad no tenía ninguna intención de martillear con sus preguntas aquella figura rígida y digna de lástima, pero le parecía que era necesario intentar que saltase una chispa de vida a aquel rostro, más inexpresivo que una máscara. Quería encontrar

un punto de apoyo lógico, para que su propia mente comenzase a funcionar con eficacia.

—Pero, Tansy, si puedes hablar de tu situación actual será que te das cuenta de ella. ¡Estás aquí, en esta habitación, conmigo!

La cabeza enturbantada se meneó de nuevo como la de un autómata.

—Aquí no hay nada más que un cuerpo. «Yo» no está aquí.

La mente de él quiso corregir «estoy» en vez de «está», pero advirtió de pronto, con un movimiento de pánico, que no había ningún error gramatical.

—¿Quieres decir que no ves ni oyes, que todo es oscuridad a tu alrededor? —preguntó.

Nuevo movimiento mecánico de cabeza, que equivalía a una convicción más absoluta que la protesta más encendida.

—Mi cuerpo ve y oye perfectamente. No ha sufrido ninguna lesión. Funciona en todos sus detalles. Pero no hay nada más. Ni siquiera la oscuridad.

Su cerebro fatigado, moviéndose a tientas, recordó las teorías de la psicología conductista y su axioma básico de que la conducta humana puede explicarse por entero y satisfactoriamente sin aludir a la conciencia para nada, o mejor dicho, sin postular en absoluto que exista una conciencia. Allí estaba la demostración perfecta. Y sin embargo, no tan perfecta al fin y al cabo, porque los movimientos de aquel cuerpo carecían de todos aquellos pequeños detalles individuales que componen eso que llamamos la personalidad. El fruncimiento de las cejas de Tansy cuando reflexionaba sobre alguna cuestión difícil. El conocido pliegue de los labios cuando algo la halagaba o divertía. Todo había desaparecido; incluso la triple sacudida de la cabeza, acompañada de un ligero fruncimiento de la nariz, había quedado reemplazada por un «no» monótono emitido por la voz de un robot.

Sus órganos sensoriales todavía reaccionaban ante los estímulos. Enviaban impulsos al cerebro, donde eran procesados y convertidos en otros impulsos que accionaban las glándulas y los músculos, incluso los órganos motores del habla. Pero nada más. Ninguno de esos caprichos intangibles que atribuimos a la conciencia flotaba sobre la red de la actividad nerviosa del córtex. Lo que confería un estilo (el estilo de Tansy y de nadie más) a cada movimiento y a cada expresión del cuerpo, había desaparecido. Quedaba sólo la organización fisiológica, sin ningún rastro o indicación de personalidad. Ni siquiera un alma enloquecida o idiota (sí, ¿por qué no emplear el término vulgar, puesto que estaba provisto de un significado bien concreto

en aquellos momentos?) asomaba a aquellos ojos de color gris verdoso, que parpadeaban a intervalos uniformes, con regularidad maquinal, pero sólo para lubricar la córnea y no obedeciendo a ningún tipo de emoción.

Sintió como una especie de alivio, dentro del mal, una vez se vio capaz de representarse el estado de Tansy en términos definidos. Pero tal representación, en sí misma… Recordó una antigua noticia de prensa sobre un anciano que había guardado durante muchos años, en su habitación, el cadáver de su mujer amada, fallecida de una enfermedad incurable. Mediante la cera y otros medios había logrado mantener el cuerpo en asombroso estado de conservación, y luego se dijo que hablaba con ella día y noche, convencido de que algún día conseguiría reanimarla por completo…, hasta que lo descubrieron y se la quitaron para enterrarla.

Hizo una brusca mueca. ¡Maldición! ¿Por qué dejaba que su mente se entretuviera en tal género de anécdotas extravagantes, cuando era evidente que Tansy padecía un estado nervioso poco habitual, un autoengaño de una especie extraña?, se dijo.

¿Evidente?

¿Anécdotas extravagantes?

—Oye, Tansy —dijo—. Si has perdido el alma, ¿cómo no estás muerta?

—Por lo general el alma permanece con nosotros hasta el fin, incapaz de escapar, y desaparece o muere cuando muere el cuerpo —respondió la voz en palabras tan exactamente vocalizadas como el compás de un metrónomo—. Pero El Que Camina a Mi Espalda tiraba de la mía. Luego las aguas verdes me oprimieron la cara. Supe que era medianoche y que habías fracasado. En ese momento de desesperanza, El Que Camina a Mi Espalda logró arrebatarme mi alma. En el mismo instante, los brazos de Tu Agente me rodearon y me elevaron hasta el aire libre. Mi alma todavía estaba lo bastante cerca como para advertir lo sucedido, pero no tanto como para poder regresar. Esa doble angustia fue el último recuerdo que ella dejó en mi cerebro. Tu Agente y El Que Camina a Mi Espalda concluyeron que ambos habían conseguido lo que venían a buscar, así que no hubo lucha entre ellos.

El retrato que estas palabras crearon en la mente de Norman fue tan sorprendentemente vívido, que parecía mentira que hubieran sido pronunciadas por una simple máquina fisiológica. Y sin embargo, sólo una simple máquina fisiológica sería capaz de hablar con indiferencia tan completa.

—¿No hay nada que te conmueva? —preguntó bruscamente, en voz alta, atenazado por un espasmo insoportable de horror al vacío que advertía en los ojos de

ella—. ¿No te queda ni una sola emoción?

—Sí. Una —movió la cabeza el robot, esta vez con ademán afirmativo; por primera vez hubo un sentimiento, un atisbo de motivación. La punta de la lengua humedeció con ansia los pálidos labios—. Quiero mi alma.

Él contuvo el aliento. Había logrado despertar una sensación en ella, pero no se alegraba de ello. Había sido un movimiento animal, un tropismo como el del gusano que se retuerce y se vuelve ansiosamente hacia la luz del sol.

—Quiero mi alma —repitió la voz mecánica, lo que desgarró las emociones de Norman más de lo que hubiera hecho un acento patético o suplicante—. En el último segundo, y aunque ya no podía regresar, mi alma implantó en mi esa única emoción. Sabía lo que le esperaba. Sabía que se le puede hacer mucho daño a un alma, y tenía mucho miedo.

—¿Dónde crees que está tu alma ahora? —masculló Norman entre dientes.

—Ella la tiene. La mujer de los ojos pequeños y mortecinos.

Se quedó mirándola. En su interior, algo crecía, y él supo que era la rabia, sin importarle, de momento, si aquella rabia era racional o no.

—¿Evelyn Sawtelle? —preguntó con voz ahogada.

—Sí, pero no es prudente pronunciar el nombre.

Su mano se tendió en seguida hacia el teléfono. Necesitaba hacer algo definitivo, o perdería por completo el dominio de sí mismo.

Al cabo de un rato logró despertar al recepcionista y que le comunicara con la central.

—Sí, señor —corroboró la telefonista con voz cantarina. Hempnell 1284, y quiere usted hablar personalmente con la señora Evelyn Sawtelle…, ¿no es así, señor? Cuelgue, por favor. Tardaré un rato en conseguir la comunicación.

—Quiero mi alma. Quiero ver a esa mujer. Quiero ir a Hempnell.

Una vez había despertado aquel afán ciego en la criatura que estaba frente a él, nada podía contenerlo. Parecía una aguja de gramófono, atrapada siempre en el mismo surco de un disco rayado, o un juguete mecánico al que es preciso empujar para que pueda salir de un rincón.

—Iremos. Volveremos a Hempnell de todos modos —dijo él, procurando controlar su respiración angustiada.

—Es preciso que vaya en seguida. Mi ropa se ha empapado de agua. Que venga la camarera a limpiarla y plancharla.

Con movimientos pausados y regulares, se puso en pie y se encaminó hacia el teléfono.

—Pero si son las tres de la madrugada, Tansy —objetó él, involuntariamente—. ¿Cómo quieres que venga la camarera a estas horas?

—Necesito que me lave y me planche la ropa. He de regresar a Hempnell en seguida.

Parecían las palabras de una de esas mujeres obstinadas y engreídas, acostumbradas a que todo se haga según su voluntad. Pero hubo en ellas menos entonación que si fueran las de una sonámbula.

Siguió andando hacia el teléfono. Norman no sabía qué hacer, pero cuando ella se acercó, se apartó de su camino, estrechándose contra el borde de la cama.

—Suponiendo que tengan camarera, no vendrá a esta hora —dijo.

Ella volvió hacia él su rostro indiferente.

—La camarera será una mujer. Vendrá en cuanto yo le hable. —Luego se puso a hablar con el recepcionista—. ¿Hay camarera en el hotel…? Envíela a mi habitación… Pues despiértela… No, no puedo esperar a mañana… La necesito en seguida… No puedo decirle el motivo… Muchas gracias.

Pasó largo rato antes de que volviera a sonar el timbre. Era fácil imaginar la voz soñolienta y malhumorada que contestaba al otro lado.

—¿Es la camarera…? Venga a la habitación número treinta y siete —casi pudo escuchar la contestación indignada. Luego—. ¿No oye mi voz? ¿No se da cuenta del estado en que me encuentro…? Sí… En seguida, por favor.

Y colgó.

—Tansy… —empezó él; al mirarla otra vez, se sintió de nuevo en la necesidad de introducir un preámbulo para ganar tiempo, aunque no había sido ésa su intención—. ¿Me oyes? ¿Puedes contestar a mis preguntas?

—Puedo contestar. Hace tres horas que no hago otra cosa.

Pero (acudió en seguida la fatigada lógica) si recordaba lo sucedido durante las últimas tres horas, entonces…, sin duda… Y sin embargo, ¿qué es la memoria, sino una pista grabada en el sistema nervioso? Puede explicarse la memoria sin postular para nada una conciencia.

«¡Deja de golpearte la cabeza contra la pared, estúpido! —le interpeló otra voz interior—. ¿No has visto sus ojos? ¡Adelante con ello!».

—Oye, Tansy. Cuando aseguras que Evelyn Sawtelle tiene tu alma, ¿qué quieres

decir?

—Eso, justamente.

—¿No significa que ella, y también la señora Carr y la señora Gunnison, tienen sobre ti un poder psicológico, que te tienen en una especie de servidumbre emocional?

—No.

—Pero tu alma…

—Es mi alma.

Aborrecía verse obligado a mencionar el tema, pero no quedaba más remedio.

—Tansy, ¿crees que Evelyn Sawtelle es una bruja y que ha realizado prácticas de hechicería como las que ensayaste tú?

—Sí.

—¿Y la señora Carr y la señora Gunnison?

—Ellas también.

—¿Quieres decir que estás convencida de que ellas hacen las cosas que tú hiciste…, echar conjuros y confeccionar amuletos, y utilizar los conocimientos especiales de sus maridos, todo ello para protegerlos y hacerles prosperar en su carrera?

—Y más aún.

—¿Qué significa eso?

—Que practican la magia negra, y no sólo la blanca. No les importa hacer daño, atormentar ni matar.

—¿Por qué son diferentes en esa manera?

—Las brujas son como otras personas. Están las mojigatas, las egocéntricas, las que se engañan a sí mismas y creen que sus fines justifican cualquier medio.

—¿Crees que las tres colaboran contra ti?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me odian.

—¿Por qué?

—En parte por ti, y porque tus progresos podrían perjudicar a sus maridos y a ellas mismas. Pero hay algo que les importa más. Me odian porque saben que mis principios son distintos de los de ellas. Intuyen que, aunque procure acatar las apariencias, en el fondo no soy esclava de la respetabilidad, las brujas, ¿sabes?, rinden

pleitesía a los mismos ídolos que el resto de la gente. Me temen porque no me he plegado a las normas de Hempnell. Aunque la señora Carr tiene además otro motivo, me parece.

—Tansy… —empezó él, titubeante—. Tansy, ¿crees que es posible la coincidencia de que esas tres mujeres sean brujas?

—Es posible.

Hubo un silencio en la habitación, mientras Norman pensaba en los síntomas de la paranoia. Luego continuó con esfuerzo:

—Pero ¿no ves lo que eso implica, Tansy? La idea de que todas las mujeres son brujas.

—Sí.

—Pero cómo se te ocurre…

—¡Chist! —el siseo fue tan inexpresivo como el escape del vapor de un radiador, pero bastó para acallar a Norman—. Ya viene.

—¿Quién viene?

—La camarera. Escóndete y te haré una demostración.

—¿Que me esconda?

—Sí.

Ella se le acercó y él retrocedió involuntariamente. Su mano rozó la puerta.

—¿En el armario? —preguntó, humedeciéndose los labios.

Norman oyó pisadas en el pasillo. Dudó un momento y frunció el ceño, pero luego hizo lo que ella le pedía.

—Dejaré la puerta entreabierta —propuso—. Mira, así.

Hubo un movimiento afirmativo del autómata.

Llamaron a la puerta. Pasos de Tansy y el ruido de la puerta al abrirse.

—¿Es usted la señora que ha llamado?

En contra de lo que él había imaginado, era la voz de una mujer joven. Hablaba con algo de ahogo, como si tuviera que tragar saliva.

—Sí. Quiero que me lave y planche algunas prendas. Están empapadas de agua salada. Las he colgado en el baño. Pase a recogerlas.

La camarera pasó por delante de la rendija. Cuando transcurriera un par de años sería gorda, pero de momento aún se conservaba bonita, aunque traía el rostro hinchado de sueño. Se había puesto el vestido, pero andaba en zapatillas e iba despeinada.

—Tenga cuidado con el vestido. Es de lana —se oyó la voz de Tansy, tan inexpresiva como cuando hablaba con él—. Lo necesito para dentro de una hora.

Norman casi esperaba oír alguna protesta contra exigencia tan abusiva, pero no hubo ninguna. La chica dijo:

—Muy bien, señora.

Y salió en seguida del baño con las prendas dobladas apresuradamente, como si tuviera prisa por salir antes de que volvieran a dirigirle la palabra.

—Espera un momento, muchacha. Quiero hacerte una pregunta.

La voz sonó algo más fuerte esta vez. Fue el único cambio, pero el efecto imperativo pareció extraordinario.

La camarera se paró, indecisa, y en seguida se volvió, aunque de mala gana, con lo que Norman pudo verle la cara. No veía a Tansy, en cambio, oculta por la puerta del armario, pero pudo observar cómo aparecía el miedo en las facciones abotargadas por el sueño.

—¿Sí, señora? —logró articular.

Hubo una pausa notablemente larga. Por el modo en que la muchacha se encogía cada vez más y sostenía las prendas mojadas sobre el pecho, Norman adivinó que Tansy estaba mirándola fijamente.

Por último dijo:

—¿Verdad que tú conoces El Camino para Hacer Cosas? ¿Las Ceremonias para Conseguir y Conservar?

Norman habría jurado que la camarera se estremeció al escuchar la segunda frase. Pero ella se limitó a menear la cabeza con rapidez, y balbuceó:

—No, señora. Yo… no sé de qué me habla.

—¿Quieres decir que no has aprendido cómo lograr Que se Cumplan los Deseos? ¿Que no sabes echar conjuros, ni hechizar? ¿Que desconoces el Arte?

Esta vez el «no» fue casi inaudible. La chica procuraba apartar la mirada, y no lo conseguía.

—Pues yo creo que mientes.

La muchacha se debatía, angustiada, con las manos febrilmente cruzadas sobre el pecho. Norman quiso salir para poner fin al suplicio, pero la curiosidad pudo más.

Por fin se quebró la resistencia de la camarera.

—Perdone la señora, pero de esas cosas no se habla.

—Conmigo puedes hablar. ¿Qué Procedimientos utilizas?

La perplejidad de la muchacha ante esta palabra culta parecía sincera.

—No sé nada de eso, señora. No hago mucho. Cuando mi novio estuvo en el ejército hice algunas cosas para evitar que sufriese un accidente, y también un hechizo para que no anduviera con otras mujeres. Y sé curar algunas enfermedades. Honradamente, no sé mucho, señora. Y no sale bien siempre. Algunas cosas no sé cómo conseguirlas.

La confesión se convertía en un torrente incontenible.

—Muy bien. ¿Dónde aprendiste a hacerlo?

—Algunas cosas las aprendí de mamá cuando niña. Y otras de la señora Neidel, que tenía unos deténte bala de su abuela, de cuando alguien de la familia estuvo en no sé qué guerra de Europa. Pero la mayoría de las mujeres no quieren contar nada. Algunos trucos los he inventado yo sola, y los pruebo de diferentes maneras hasta que sale bien. No se lo dirá a nadie la señora, ¿verdad?

—No. Ahora, mírame. ¿Qué ha pasado conmigo?

—De verdad que no lo sé, señora. No me obligue a decirlo.

La repugnancia y el terror de la doncella eran tan auténticos, que Norman sintió una oleada de indignación contra Tansy. Luego recordó que el ser que estaba al otro lado de la puerta era tan ajeno a la crueldad como a la amabilidad.

—Quiero que me lo digas.

—No sé cómo decirlo, señora. Pero usted…, usted está muerta —de improviso se arrojó a los pies de Tansy—. ¡Oh, por favor, por favor! ¡No me robe el alma, por favor!

—No voy a robar tu alma. Saldrías ganando en el trato. Ahora puedes irte.

—¡Gracias, gracias! —la muchacha recogió apresuradamente las prendas, que habían caído al suelo—. Tendrá su ropa enseguida, se lo juro.

Y salió corriendo. Sólo entonces se dio cuenta Norman de que tenía los músculos rígidos y acalambrados, pese a los escasos minutos que había durado su espionaje. La figura ensabanada y enturbantada había regresado exactamente a la misma postura de antes, con las manos en el regazo y la cara vuelta hacia el lugar por donde había desaparecido la camarera.

—Si sabías todo eso —se limitó a preguntar él, con la mente todavía en trance por lo que acababa de presenciar—, ¿por qué la semana pasada permitiste que te impidiera continuar?

—En toda mujer hay dos aspectos —parecía una momia en el acto de revelar una

sabiduría ancestral—. El uno es racional, como los hombres. El otro es el que sabe las cosas. Los hombres son seres artificialmente aislados, como islas en un océano de magia, a quienes defienden su racionalidad y las artes de sus mujeres. Este aislamiento les confiere más fuerza en el pensamiento y en la acción, pero la mujer sabe. Quizá las mujeres podrían regir el mundo abiertamente, pero no quieren el trabajo ni la responsabilidad. Además los hombres podrían, en ese caso, llegar a superarlas en la práctica del Arte. Incluso así hay algunos hombres brujos, pero son pocos. La semana pasada sospechaba muchas cosas que no te dije. Pero el lado racional predominaba en mí, así como mi deseo de estar cerca de ti en todos los sentidos. Como tantas otras mujeres, no estaba segura. Y cuando destruí mis fetiches y mis amuletos, quedé temporalmente ciega para la hechicería. Como la persona habituada a grandes dosis de droga, las pequeñas dosis no ejercían ningún efecto sobre mi. La racionalidad predominaba. Disfruté varios días de seguridad engañosa. Luego, la misma racionalidad me sirvió para darme cuenta de que estabas siendo víctima de maniobras de brujería. Y durante mi viaje hasta aquí he aprendido mucho. Sobre todo, de lo que ha dejado escapar El Que Camina a Mi Espalda. —Hizo una pausa y añadió, con la astucia ingenua de una criatura—: ¿Regresamos a Hempnell ahora?

Sonó el teléfono. Era el recepcionista, tan agitado que apenas se le entendía. Amenazaba con llamar a la policía y con echarlos de la habitación. Para tranquilizarle, Norman tuvo que prometer que bajaba en seguida a hablar con él.

El viejo le esperaba al pie de la escalera.

—Oiga, señor —empezó, meneando el índice—. Quiero saber lo que pasa aquí. Sissy acaba de salir de la habitación de ustedes blanca como el papel. No ha querido decirme nada, pero temblaba de pies a cabeza. Sissy es mi sobrina nieta. Yo le conseguí este trabajo, y soy responsable de ella. Toda la vida he trabajado en hoteles y sé lo que pasa. Y sé la clase de gente que va a los hoteles, a veces hombres y mujeres juntos, y las cosas que intentan hacer con las chicas jóvenes. —Hizo una pausa y prosiguió—. No es que le acuse de nada, señor, pero ha sido muy rara la llegada de su mujer aquí. Cuando llamó para que subiera Sissy creí que estaba enferma, o algo así. Pero si está enferma, ¿por qué no llaman al médico? ¿Y qué hacen levantados a las cuatro de la madrugada? La señora Thompson, su vecina de habitación, ha llamado para quejarse de que estaban hablando, no en voz alta, pero que le daba miedo. Tengo derecho a saber lo que pasa aquí.

Norman hizo uso de su tono profesoral para desmontar una tras otra todas las

aprensiones del viejo, hasta conseguir que parecieran totalmente insustanciales. La postura de dignidad hizo su efecto. Tras algunos gruñidos finales, el hombre se dejó convencer. Mientras Norman regresaba a la habitación, él volvió a su mostrador.

Cuando alcanzó el segundo rellano, oyó el timbre del teléfono, que cesó en el momento en que él enfilaba el pasillo hacia su habitación.

Cuando abrió, Tansy estaba junto a la cama y hablaba por teléfono. La negrura mate del auricular, curvado de boca a oreja, subrayaba la palidez de los labios y las mejillas, así como la blancura de la toalla.

—Soy Tansy Saylor —decía en tono monocorde—. Quiero mi alma. —Una pausa —. ¿Me oyes, Evelyn? Soy Tansy Saylor. Quiero mi alma.

Había olvidado por completo la llamada que hiciera en un momento de furor absurdo. Ya no recordaba lo que se proponía decir.

Un sollozo ahogado salía del auricular, y Tansy hablaba para vencerlo.

—Soy Tansy Saylor. Quiero mi alma.

Dio un paso adelante. El sollozo aumentó de volumen y se convirtió en un aullido, en el que se mezclaba una especie de chirrido intermitente.

Alargó la mano para hacerse con el teléfono. Pero en ese instante, Tansy se dio la vuelta y pasó algo raro con el auricular.

Cuando un objeto inanimado empieza a comportarse como si tuviera vida, existe siempre la posibilidad del ilusionismo. Hay un truco, por ejemplo, que consiste en manipular un lápiz y hacer ver que se dobla como si fuese de goma. Y Tansy tenía el auricular en la mano y giraba sobre sí misma con tanta rapidez que no podía uno estar seguro de lo que veía.

No obstante, lo que Norman creyó ver fue que el auricular se doblaba de súbito y se retorcía como un grueso gusano negro, que se adhirió a la piel y se metió en la mandíbula y el cuello de Tansy, justo debajo de la oreja. Y junto con el aullido creyó escuchar un ruido apagado de succión.

Reaccionó inmediata, involuntaria y sorprendentemente. Dejándose caer de rodillas, agarró el cable del teléfono y lo arrancó de la pared. Saltaron chispas violáceas del cable arrancado; el extremo suelto azotó su antebrazo y se enrolló en él como una serpiente herida. A Norman le pareció que por un instante apretaba espasmódicamente sus bucles, y luego la tensión desapareció. Se lo arrancó del brazo con un gesto de pánico y lo arrojó al suelo; luego se puso en pie.

El auricular caído en el suelo parecía totalmente banal ahora. Le dio un leve

puntapié. Se oyó un «plof» ahogado y el macizo objeto resbaló sobre el suelo un par de palmos. Norman se agachó y después de titubear un instante lo rozó con el dedo. Le pareció tan duro y rígido como habría sido de esperar.

Miró a Tansy. Estaba de pie en el mismo lugar que antes, inmóvil. Su expresión no demostraba ni el menor asomo de miedo. Con la indiferencia de una máquina, alzó una mano y se frotó despacio la mejilla y el cuello. En la comisura de la boca aparecieron unas gotas de sangre.

Por supuesto, era posible que se hubiera golpeado con el auricular en los dientes y se hubiera partido un labio.

Pero él había visto…

Y también era posible que hubiera agitado con rapidez el auricular de manera que pareciese flexible.

Pero no era eso lo que le había parecido a él. Lo que él había visto… era imposible.

Sin embargo, habían sucedido ya demasiadas cosas «imposibles».

Y la que estaba al otro lado de la línea era Evelyn Sawtelle, porque él había escuchado el sonido del arco australiano. En eso, desde luego, no hubo nada sobrenatural. Si se hubiese acercado el micrófono a un altavoz mientras se reproducía la grabación amplificada del instrumento aborigen, habría sonado exactamente de esa manera. En esto no podía haber error alguno: era un hecho, y debía de tenerse en cuenta.

Estas reflexiones le dieron el asidero emocional que necesitaba: el furor. Casi le espantó la tremenda oleada de rabia que le invadió al pensar en la mujer de los ojos pequeños y mortecinos. Por un instante se sintió como el inquisidor que acaba de dar con la prueba irrefutable de un pernicioso acto de brujería. Pasaron por su mente visiones del potro de tortura, de la rueda y de la bota de tornillo. Luego desaparecieron aquellas fantasmagorías medievales, pero la rabia permaneció en su ánimo como telón de fondo.

Aún sin saber exactamente lo que había ocurrido con Tansy, sabía que las responsables eran Evelyn Sawtelle, Hulda Gunnison y Flora Carr. Le habían dado demasiadas pruebas con sus acciones, y éstas también eran otros tantos hechos a tener en cuenta. Bien influyeran sobre la mente de Tansy por medio de una sutil, diabólica e increíble campaña de sugestión, o por cualquier otro medio indescriptible, ellas eran las responsables.

No se podía luchar en su contra por medios psiquiátricos ni legales. Lo sucedido durante los pasados días era algo que sólo él, precisamente, estaba en condiciones de creer o de comprender. Tendría que luchar solo, y empleando contra ellas sus mismas armas, sus mismos medios.

Sería preciso actuar en todo momento como si creyera de verdad en esos medios.

Tansy había dejado de frotarse el rostro, y se relamía la sangre seca del labio.

—¿Nos vamos a Hempnell ya?

—¡Sí!

# 16

El traqueteo rítmico del tren era como una canción de cuna de la Era de la Máquina. Norman escuchó el resoplido de la locomotora. La campiña verde, inmensa, hirviente de calor, desfilaba por la ventanilla del compartimiento bañado en la claridad solar del mediodía. Las granjas y sus ganados parecían adormecidos. A él también le habría gustado echar una siestecita, pero sabía que no iba a ser capaz. En cuanto a ella…, por lo visto, no dormía nunca.

—Quiero pasar revista a algunos detalles —dijo él—. Interrúmpeme si te parece que digo algo equivocado o que no entiendas.

Por el rabillo del ojo vio que la figura sentada entre él y la ventanilla asentía con un solo movimiento de cabeza.

Se le ocurrió pensar que era un poco terrible aquella adaptabilidad que le permitía acostumbrarse incluso a un estado como… el de ella, de manera que, transcurridos apenas un día y medio, podía utilizarla como si fuera una máquina pensante y demandarle sus recuerdos y sus reacciones más o menos como podría uno ordenarle a un criado que ponga determinado disco en el fonógrafo.

Al mismo tiempo, sabía que para hacer soportable la intimidad iba a necesitar un control absoluto de sus propios pensamientos y acciones…, como el hábito, recién adquirido, de no mirarla jamás de frente. Le consolaba un poco la idea de que el estado presente de ella sin duda sería pasajero. Pero cuando se le ocurría pensar en lo que podía suponer toda una vida compartiendo mesa y cama con aquella frialdad, con aquella negrura interior, con aquel vacío…

La gente también notaba una diferencia, en efecto. Como aquellas multitudes a través de las cuales tuvieron que abrirse paso en Nueva York, el día anterior. No se sabía por qué, los transeúntes se apartaban para no encontrarse con ella, y él se dio cuenta de que más de uno se volvía para mirarles, con una expresión mezcla de

curiosidad y de temor. Y cuando aquella mujer se echo a gritar… Menos mal que lograron confundirse pronto entre la muchedumbre.

La breve detención en Nueva York le había dado tiempo para una reflexión de urgencia. Pero se alegraba de que la noche pasada hubiera transcurrido ya. El compartimiento del Pullman parecía un refugio íntimo.

¿Qué era lo que advertía la gente? Si se miraba de cerca, la gruesa capa de cosméticos no lograba ocultar aquella palidez mortal, sino que, por el contrario, formaba con ella un contraste grotesco y estremecedor; además los polvos no disimulaban por completo el feo hematoma del labio. Pero el velo ayudaba un poco, y era necesario fijarse bien: los cosméticos equivalían prácticamente al maquillaje de una actriz de teatro. ¿No se fijarían más bien en su manera de andar, o en el modo en que le colgaban las ropas? Porque últimamente iba vestida que parecía un espantapájaros, sin que fuese posible explicar la razón. ¿O quizá se daban cuenta de otra cosa, en la línea de lo que había dicho la camarera de Bayport?

Se le ocurrió que estaba entregándose a divagaciones porque no tenía ganas de abordar la tarea desagradable que se había impuesto, desagradable sobre todo porque le parecía falsa…, o tal vez porque era demasiado auténtica.

—La magia es una ciencia práctica —se apresuró a comenzar; hablaba a la pared, como si estuviera dictando—. No hay el menor parecido entre una fórmula física y una fórmula mágica, aunque las dos lleven el mismo nombre. La primera describe, por medio de escuetos símbolos matemáticos, una relación de causa a efecto, en el plano más general. En la magia, en cambio, una fórmula es una manera de lograr que ocurra algo. Siempre tiene en cuenta las motivaciones o los deseos de la persona que invoca esa fórmula, bien sean de codicia, de amor, de venganza, o cualesquiera otros. Mientras que, en física, el experimento es fundamentalmente independiente del experimentador. En una palabra, apenas se ha dado una magia pura que pudiera compararse con la ciencia pura. Esta distinción entre física y magia no es más que una casualidad histórica. La física comenzó como una especie de magia también…, como pueden testimoniarlo la alquimia y la matemática mística de Pitágoras. Y la física moderna, en último término, es tan práctica como la magia, aunque posea una superestructura teórica de la que la magia carece. La magia podría adquirir una superestructura semejante si se realizasen investigaciones de magia pura, estudiando las fórmulas mágicas y sus correlaciones para diferentes épocas y personas con el propósito de llegar a derivar unas fórmulas esenciales que pudieran expresarse

mediante símbolos matemáticos, y que serían de aplicación general. Pero la mayoría de los que practican la magia están pendientes sobre todo de los resultados, así que no se han ocupado de la teoría.

»Sin embargo, y así como las investigaciones en ciencias puras han conducido, a fin de cuentas, y aparentemente por casualidad, a resultados de inmensa importancia práctica, así también las investigaciones en magia pura quizá prometerían resultados similares. En efecto, los trabajos de Rhine en Duke se han aproximado mucho a la magia pura, cuando buscaban pruebas de la clarividencia, la adivinación y la telepatía, con sus investigaciones sobre la comunicación directa entre todas las mentes, sobre su capacidad para influirse entre sí casi al instante y aun hallándose en lugares opuestos de la Tierra.

Hizo una pausa y luego continuó:

—La materia de la magia es similar a la de la física, en el sentido de que maneja ciertas fuerzas y ciertos materiales, si bien éstos…

—Yo creo que es más similar a la psicología —le interrumpió la voz.

—¿Cómo es eso? —respondió él, sin apartar los ojos de la pared.

—Porque versa sobre cómo controlar a otros seres, darles órdenes y obligarles a realizar ciertas acciones.

—Bien. Es una idea muy sugestiva. Afortunadamente, las fórmulas pueden considerarse válidas siempre que se disponga de una referencia clara, aunque desconozcamos la naturaleza exacta de las entidades a que se refieren. El físico, por ejemplo, no necesita ser capaz de dar una descripción visual del átomo, suponiendo que la noción de apariencia visual sea aplicable al átomo, lo que es dudoso. De manera similar, el hechicero no necesita ser capaz de describir el aspecto y la naturaleza de las entidades a las que invoca; de ahí las referencias comunes de la literatura mágica a horrores indescriptibles e innominados. Pero la prueba queda suficientemente bien establecida. Muchas fuerzas impersonales en apariencia, si se analizan lo suficiente, acaban por asemejarse bastante a la personalidad. Y no sería descabellado decir que para describir el comportamiento del electrón, con todos sus caprichos y sus impulsos, necesitaríamos una ciencia similar a la psicología; aunque los electrones obedezcan a leyes relativamente sencillas cuando se presentan en gran número, lo mismo que los seres humanos cuando consideramos las grandes multitudes.

»Algo parecido puede afirmarse de las entidades básicas de la magia, y con más

motivo todavía. En parte, ésa es la razón de que los procesos mágicos sean tan irregulares y peligrosos. Por eso también resulta fácil impedir su eficacia cuando la supuesta víctima está en guardia; así tus fórmulas han quedado reducidas a la insignificancia, que sepamos, desde que la señora Gunnison se apoderó de tus notas.

Norman se extrañaba del tono de sus propias palabras, pero aquella postura de sequedad científica le era indispensable para poder seguir funcionando; sabía que, si bajaba la guardia aunque sólo fuera un instante, le invadiría la confusión mental más absoluta.

—Queda una consideración, que es de la máxima importancia —se apresuró a continuar—. La magia es una ciencia que por lo visto guarda una marcada dependencia con respecto a su ambiente, esto es, a la situación del mundo y a las condiciones generales del cosmos en cada momento dado. La geometría euclidiana, por ejemplo, es útil en la Tierra, pero en las grandes profundidades del espacio resulta más práctica una geometría no euclidiana. Lo mismo se cumple para la magia, pero en medida mucho más importante. Las fórmulas básicas no explícitas de la magia cambian, al parecer, con el paso del tiempo, y exigen una redefinición frecuente… aunque cabe concebir la posibilidad de descubrir unas fórmulas maestras, que serían las que rigen ese cambio.

»Según algunas especulaciones, las leyes de la física también experimentan un cambio evolutivo similar, aunque, si es cierto que evolucionan, deben hacerlo mucho más lentamente que las de la magia. Se cree, por ejemplo, que la velocidad de la luz puede variar poco a poco, en función de su envejecimiento. Es natural que las leyes de la magia evolucionen con más rapidez, ya que ésta depende de un contacto entre el mundo material y otro nivel diferente de la realidad…, y ese contacto es complicado y puede estar sujeto a rápidas variaciones.

»Tomemos la astrología, por ejemplo. En el decurso de varios milenios, y debido a la precesión de los equinoccios, el Sol recorre de manera diferente las constelaciones, es decir, los signos del zodíaco, durante las distintas estaciones del año. Y así nosotros decimos que una persona que ha nacido, pongamos por caso, el veintidós de marzo, es del signo de Aries, cuando en realidad el Sol estaba en el signo de Piscis el día en que nació. Al no haberse tomado en consideración este cambio desde la época en que fueron descubiertas por primera vez las fórmulas de la astrología, éstas han quedado obsoletas y carecen de validez para…

—En mi opinión —intervino la voz, como un fonógrafo puesto en marcha de

repente—, la astrología apenas ha tenido nunca validez. Es una de las muchas supuestas ciencias que han venido confundiéndose con la magia y que le han servido de escaparate. Ésa es mi opinión.

—Supongo que así es, lo cual ayudaría a explicar el descrédito de la propia magia como ciencia explícita, que es a lo que voy. Supongamos que las fórmulas básicas de la física, como las tres leyes newtonianas del movimiento, hubieran cambiado varias veces durante los últimos milenios. Ello habría dificultado sobremanera el descubrimiento de cualquier ley física en cualquier época, ya que los mismos experimentos habrían dado resultados diferentes en distintas épocas. Pero esto es lo que sucede con la magia, lo que explica por qué la misma pasa por largos períodos de descrédito, durante los cuales repugna a la mente racional. Es como lo que decía el viejo Carr sobre la distribución de las cartas en el bridge. Interviene un gran número de factores cósmicos, y cuando éstos se han barajado unas cuantas veces, las leyes de la magia cambian. Un ojo avezado logra detectar esos cambios, pero se necesita una experimentación continua, del tipo de error y nuevo ensayo, para que las groseras fórmulas prácticas de la magia mantengan un cierto grado de eficacia, especialmente si consideramos que las fórmulas básicas o maestras no han sido descubiertas nunca. Tomemos un ejemplo concreto, la fórmula que yo mismo utilicé el domingo pasado. En ella son evidentes las huellas de una revisión reciente. Por ejemplo, ¿qué decía la fórmula original, no revisada, en lugar de la aguja de fonógrafo?

—Un silbato de madera de sauce, hecho de una manera determinada y que sólo hubiera sido tocado una vez —respondió la voz.

—¿Y el trozo de platino o iridio?

—La fórmula original hablaba de una pieza de plata, pero los metales pesados resultan mejor. En cambio el plomo resultó absolutamente ineficaz. Lo ensayé una vez. Por lo visto, era demasiado diferente de la plata en otros aspectos.

—Justamente. Experimentación a través del error y el nuevo ensayo. Además, y en ausencia de una investigación metódica, nunca podemos estar seguros de que todos los ingredientes de una fórmula mágica sean esenciales para su eficacia. En este sentido podría ser útil una comparación entre las fórmulas mágicas de distintos países o distintos pueblos, lo que demostraría cuáles son los ingredientes comunes a todas ellas y por tanto, los supuestamente esenciales, y cuáles los no esenciales.

Hubo una llamada discreta a la puerta. Norman pronunció algunas palabras, y la figura se cubrió con su velo y se volvió hacia la ventanilla, como si le hubiera

interesado de pronto el paisaje. Entonces él abrió la puerta.

Era el almuerzo, que venía tan retrasado como el desayuno. Y venía con un aspecto nuevo, color café en vez de ébano. Evidentemente, el primer camarero, que había mostrado síntomas de creciente nerviosismo en sus anteriores viajes al compartimiento, había decidido traspasar a otro el servicio y la propina.

Norman observó las reacciones del recién llegado con una mezcla de curiosidad e impaciencia. Podía adivinar la mayoría de ellas. Primero, una mirada rápida e inquisitiva que, sin hacer caso de él, se fijaba en la figura sentada. Norman calculó que a aquellas horas se habrían convertido en el misterio número uno del tren. Luego una ojeada más larga, de reojo, en el momento de desplegar la mesita, terminando con los ojos muy abiertos. Casi podía verse cómo la carne color café se ponía de gallina. Y después de eso, únicamente breves miradas furtivas, involuntarias, acompañadas de un malestar creciente, que se revelaba en el manejo torpe de platos y cubiertos. Por último, una sonrisa demasiado complaciente y una retirada precipitada.

Sólo una vez intervino Norman, y fue para colocar los cuchillos y los tenedores a noventa grados de su posición habitual.

La comida era muy sencilla, casi ascética. La mirada de Norman no cruzó al otro lado de la mesa mientras comían. Había algo peor que una avidez animal en aquella manera metódica de alimentarse. Después del almuerzo se reclinó en el asiento y quiso encender un cigarrillo, pero…

—¿No se te olvida algo? —preguntó la figura, aunque sin ningún énfasis especial.

Se puso en pie y recogió todas las sobras de la comida para guardarlas en una caja de cartón, que cubrió con una servilleta que le había servido para limpiar los platos, guardándolo todo en su maleta junto con un sobre que contenía trocitos de sus propias uñas. El espectáculo de los platos limpios había sido uno de los detalles que alteraron al primer camarero, pero Norman estaba firmemente decidido a respetar con escrupulosidad todos los tabúes que Tansy quisiera imponer.

Así que recogía sobras de comida, vigilaba que ningún cuchillo ni objeto punzante apuntase hacia él ni hacia su compañera, procuraba dormir con la cabeza orientada hacia la locomotora y hacia su punto de destino, y acataba otras muchas normas secundarias. Lo de comer en el compartimiento también respondía a otro tabú, pero en realidad se justificaba por más de un motivo.

Consultó su reloj de pulsera. Sólo faltaba media hora para llegar a Hempnell. No se había dado cuenta de que estaban tan cerca. A medida que entraban en la comarca

se notaba una débil resistencia, casi física, atmosférica, como si el aire se espesara. Y su mente luchaba con gran número de problemas aún pendientes de consideración.

Volviéndose intencionadamente de espaldas, preguntó:

—De acuerdo con los mitos, las almas pueden quedar aprisionadas de muchas maneras, en una caja, en un nudo, en un animal, en una piedra. ¿Tienes alguna idea a ese respecto?

Como temía, aquella pregunta en concreto no produjo sino la respuesta habitual. Las palabras con que fue formulada tenían la misma insistencia monótona que la primera vez:

—Quiero mi alma.

Apretó los puños, juntos en el regazo. Por eso había evitado la pregunta hasta ese momento. Pero era necesario saber más, siempre que fuese posible.

—Pero ¿dónde tendremos que buscarla, exactamente?

—Quiero mi alma.

—Sí —respondió él, procurando dominar la voz—. Pero ¿dónde se oculta? Sería útil saberlo.

Hubo una pausa bastante larga. Luego el robot dijo, en una buena imitación del propio tono profesoral de Norman:

—El medio ambiente del alma es el cerebro humano. Si se encuentra en libertad, ella busca ese medio inmediatamente. Podríamos decir que el alma y el cuerpo son dos criaturas separadas, pero que viven unidas por una relación simbiótica tan íntima y estrecha, que normalmente las percibimos como un solo ser. La intimidad de ese contacto incluso parece haber aumentado a través de los siglos. En efecto, cuando muere el cuerpo que ocupa, por lo general el alma no logra escapar y, al parecer, muere también. Pero a veces, el alma queda divorciada por vía sobrenatural del cuerpo que ocupaba. Entonces, si se le impide retornar a su propio cuerpo, se siente irresistiblemente atraída hacia otro, sin importarle si éste posee ya un alma. Y así, el alma robada por lo general vive prisionera en el cerebro de su captor, y se ve forzada a ver y sentir, en completa intimidad, las acciones de la otra alma. En eso consiste, quizá, su tormento principal.

Norman sintió el cuero cabelludo y la frente perlados de gotitas de sudor. Su voz no tembló, pero habló con torpeza y pesadez inhabituales cuando preguntó:

—¿Cómo es Evelyn Sawtelle?

La respuesta sonó como la lectura oficial de un expediente policíaco.

—Vive dominada por el afán de prestigio social. Dedica la mayor parte de su tiempo a intentos fracasados de darse tono. Alberga ideas románticas acerca de sí misma, pero como es demasiado ambiciosa como para tener ninguna probabilidad de realización, cae en la mojigatería y en el rigor moralista. Cree que su matrimonio fue un error, y siempre teme que su marido pierda el terreno que ella ha ganado para él. Por su falta de seguridad en sí misma, es propensa a las acciones maliciosas y a las crueldades súbitas e inmotivadas. En el momento presente, tiene mucho miedo y vive constantemente en guardia. Por eso tenía preparada su magia cuando recibió la llamada telefónica.

—¿Y la señora Gunnison? ¿Qué opinas de ella? —preguntó Norman.

—Es una mujer vigorosa, dotada de fuertes apetitos. Es buena ama de casa y buena anfitriona, pero esas actividades apenas consumen una mínima parte de sus energías. Hubiera sido feliz como dueña y señora de un feudo medieval. Ha nacido para ser una tirana; es lo único que le gusta. Muchos de sus apetitos no pueden satisfacerse en nuestra sociedad actual, pero hoy día, no obstante, encuentra desahogo por caminos desviados. Las chicas que han servido en casa de los Gunnison han contado algunas historias, pero no muchas, y siempre con gran cautela, porque ella es implacable con quienes la traicionan o amenazan de alguna manera su seguridad.

—¿Y la señora Carr?

—De ella, poco hay que decir. Es convencional, y domina a su esposo con diplomacia, mientras cultiva una imagen externa de amabilidad y bondad. Pero tiene hambre de juventud. Creo que no descubrió la brujería hasta su mediana edad, y por ello está profundamente frustrada. Desconozco sus móviles más íntimos. Es curioso, pero apenas deja ver su mente en el plano superficial.

Norman asintió; a continuación se armó de valor para preguntar:

—¿Cuántas fórmulas conoces que sirvan para recobrar un alma robada? —inquirió hablando muy de prisa.

—Muy pocas. Tenía muchas de esas fórmulas anotadas en el diario que robó la señora Gunnison, pues había presentido que podrían serme útiles como salvaguardia contra cualquier posible ataque. Pero ahora no las recuerdo, y además no creo que sirvieran. No las había ensayado, y según mi experiencia ninguna fórmula funciona al primer intento. Siempre es preciso perfeccionarlas a través de los ensayos.

—Pero si fuese posible compararlas para descubrir la fórmula maestra en que todas se fundan, ¿entonces…?

—Quizá.

Llamaron a la puerta. Era el mozo de equipajes, que venía por las maletas.

—Llegamos a Hempnell dentro de cinco minutos, señor. ¿Quiere que le cepille el traje?

Norman le dio propina, pero declinó el servicio. Y le dijo también que prefería cargar él mismo con sus maletas. El mozo se despidió con una sonrisa nerviosa.

Norman se acercó a la ventanilla. De momento no vio sino el muro gris junto a la cuneta y las sombras oscuras de los árboles que pasaban de largo. Pero luego el muro desapareció y se abrió un amplio panorama, mientras la vía iniciaba una gran curva al pie de la colina.

Era un valle boscoso, con escasos cultivos; los árboles parecían querer invadir la ciudad, a la que disminuían. Desde aquel punto de vista hasta parecía pequeña, aunque los edificios del colegio destacaban con fría distinción. Incluso creyó divisar la ventana de su despacho.

Aquellas torres grises y frías, aquellos tejados oscuros, parecían intrusiones de otro mundo más antiguo, y de pronto sintió que le latía el corazón como si acabara de divisar la fortaleza del enemigo.

# 17

Dominando el impulso de andar furtivamente, Norman dobló la esquina en dirección a Morton, cuadró los hombros y se obligó a pasear la mirada por el campus. Lo que más le chocó fue, precisamente, el ambiente de absoluta tranquilidad. No era que hubiese esperado conscientemente hallar en Hempnell un hedor físico a corrupción, o señales manifiestas de estar inficionado por la neurosis íntima…, o de lo que fuese aquello contra lo que luchaba. Pero tampoco era normal aquella estampa de salud: los pequeños grupos de estudiantes que regresaban a las habitaciones o a la máquina de refrescos de su club, la fila de muchachas vestidas de blanco para asistir a la clase de tenis, la atmósfera riente y acogedora de los amplios paseos, todo ello le chocaba mentalmente, como si tal panorama pretendiera convencerle de su propio desvarío.

«No te engañes —le dijeron sus pensamientos—. Algunas de esas muchachas que ríen ya están contagiadas, en cierto sentido. Sus muy respetables señoras mamás les habrán proporcionado ya delicadas insinuaciones sobre las numerosas maneras poco habituales de conseguir Que Se Cumplan los Deseos. Ellas ya saben que la neurosis es mucho más de lo que se explica en los manuales de psiquiatría, y que los textos de la teoría económica ni siquiera han rozado la superficie de la Magia del Dinero. Y ciertamente, no son fórmulas químicas lo que memorizan cuando se quedan con la mirada distraída, mientras sorben sus refrescos o charlan acerca de sus novios».

Enfiló hacia Morton y subió con paso ágil por la escalinata.

Pero no estaba agotada todavía su capacidad para la sorpresa, como comprendió al ver un grupo de estudiantes que salía del aula que estaba al fondo del corredor de la tercera planta. Miró su reloj y se dio cuenta de que era una de sus propias clases, dispersándose después de haber esperado diez minutos, el habitual plazo de gracia para el profesor que llegaba tarde. Eso estaba dentro del orden, se recordó a sí mismo; él era el profesor Saylor, un hombre que tenía sus clases, sus reuniones de profesores

y otras muchas obligaciones, se dijo mientras procuraba ocultarse en un recodo antes de que advirtieran su presencia.

Tras aguardar un par de minutos, entró en su despacho. No se veía nada anormal, pero prefirió moverse con precaución, atento a la aparición de algún objeto insospechado, y no metió la mano en ningún cajón sin detenerse antes a inspeccionar cuidadosamente su contenido.

En el pequeño montón del correo halló un mensaje importante. Era del despacho de Pollard y consistía en una ominosa invitación a presentarse, hacia mediados de la semana, a una reunión con los fideicomisarios. Sonrió con rabia ante la nueva prueba de que su propia carrera seguía cuesta abajo.

A continuación se puso a retirar metódicamente ciertos documentos de su archivo, con los que llenó su portafolio, e hizo un legajo con los que sobraron.

Tras una última ojeada a su alrededor, que le sirvió para comprobar que el dragón del pabellón Estrey no había sido devuelto a su posición original en el tejado, cualquiera que ésta hubiera sido, salió.

Cuando se disponía a bajar por la escalera se tropezó con la señora Gunnison.

Consciente de ir con ambos brazos pesadamente cargados, al principio no reparó en la mujer.

—Menos mal que le encuentro —empezó ella sin más preámbulo—. Harold no ha dejado piedra por remover. ¿Dónde se han metido ustedes?

De súbito se dio cuenta de que estaba frente a su vieja y deslenguada conocida. Con sentimientos mezclados de alivio y frustración, comprendió que la guerra en que se veía metido era un asunto necesariamente clandestino, y que las relaciones exteriores debían continuar sin ningún cambio aparente. En vista de lo cual, se embarcó en una explicación acerca de cómo Tansy y él, mientras pasaban el fin de semana en el campo con unos amigos, habían sufrido una ligera intoxicación alimentaria, y que sin duda se habría perdido el mensaje enviado por él a Hempnell. Esta mentira largamente meditada tenía la ventaja de suministrar, tanto una explicación del aspecto de Tansy, en caso de que fuese vista por alguien, como una excusa para él mismo, pues en caso de que se le censurase el abandono de sus deberes académicos siempre podría alegar una recaída.

No esperaba que la señora Gunnison le creyese, pero de todos modos la explicación tenía que ser lógica.

Ella escuchó la historia sin hacer ningún comentario, expresó su condolencia y

pasó en seguida a lo suyo:

—No deje de comunicarse con Harold. Creo que tiene que ver con esa reunión de fideicomisarios a la que debe asistir usted. Y recuerde que Harold le aprecia. Adiós.

Él se quedó mirándola, intrigado, mientras ella se alejaba a grandes zancadas. Cosa extraña, en el último instante le había parecido captar una nota de amistad sincera en su actitud, a tal punto que casi dudó de que fuese la señora Gunnison quien le había mirado con tanta simpatía.

Pero tenía asuntos urgentes de que ocuparse. Una vez fuera del campus, corrió hacia el callejón donde tenía estacionado su automóvil. Sin apenas una mirada de reojo hacia la figura inmóvil que ocupaba el asiento delantero, arrancó y se dirigió a casa de los Sawtelle.

Era una casa más grande de lo necesario para una pareja sin hijos, y el césped de la parte delantera presentaba un aspecto sumamente convencional. Pero en algunos lugares la hierba amarilleaba, y los macizos de flores, alineados como soldados en un desfile, aparecían descuidados.

—Espera aquí, y no salgas del coche bajo ninguna circunstancia —dijo.

Con sorpresa, vio que Hervey salía a recibirle. Tenía profundos círculos morados alrededor de sus ojos siempre preocupados, y se mostraba más agitado de lo habitual.

—¡Cuánto me alegro de que haya venido usted! —exclamó mientras tiraba del brazo de Norman para que entrase—. No sé cómo me las voy a arreglar, ahora que han caído sobre mis hombros las responsabilidades del departamento. Estuve a punto de presentar la dimisión. Tendré que buscarme un suplente, ¡y mañana hay que presentar el plan del curso próximo! Pase a mi estudio, por favor.

Cruzaron un salón enorme, amueblado con lujo pero poco acogedor, y entraron en un camaranchón que se alumbraba por un solo ventanuco estrecho.

—Estoy desesperado. No me atrevo a salir de casa desde el sábado pasado por la noche, cuando Evelyn fue atacada.

—¡Cómo!

—¿No está enterado? —se detuvo, mirando a Norman con asombro.

Incluso allí había intentado pasear de arriba abajo, aunque no lo consentían las dimensiones del cuarto.

—¡Pero si ha salido en los periódicos y todo! —prosiguió—. Ya me extrañó que no llamaran ustedes ni vinieran a visitarnos. Yo llamé varias veces a su casa y a su despacho, pero usted estaba ilocalizable. Evelyn no se ha levantado de la cama desde

el sábado y se pone histérica con sólo hablarle de salir. Ahora duerme, a Dios gracias.

Norman repitió la excusa preparada, abreviándola, pues tenía interés en que la conversación retornase a lo sucedido el sábado por la noche. Mientras contaba otra vez lo de su intoxicación, su mente había saltado a Bayport y a la conferencia que él le había puesto a Evelyn Sawtelle. Sólo que entonces le había parecido que Evelyn era la atacante, y no la atacada. Venía dispuesto a enfrentarse con ella, pero…

—¡Qué negra suerte la mía! —se lamentó Sawtelle cuando Norman hubo concluido su relato—. Mi primera semana en el cargo, ¡y cunde el caos en el departamento! No digo que la culpa sea de usted, por supuesto. Y el joven Stackpole ha pillado la gripe.

—Ya nos las arreglaremos —dijo Norman—. Siéntese y cuénteme lo de Evelyn.

Sawtelle despejó de no muy buena gana una esquina de su escritorio para poder sentarse en ella, lanzando gruñidos de contrariedad a medida que se tropezaba con papeles que por lo visto eran de asuntos urgentes.

—Sucedió hacia las cuatro de la madrugada del sábado —empezó, sin dejar de rebuscar entre los expedientes, distraído—. Me despertó un grito terrible. Evelyn no estaba en su cama. El pasillo se hallaba a oscuras, pero pude escuchar unos ruidos como de lucha en la planta baja. Como si anduvieran a golpes y a tropezones con los muebles… —De súbito alzó la cabeza—. ¿Qué ha sido eso? Me ha parecido escuchar pasos en el recibidor —antes de que Norman pudiera decir nada, continuó—. ¡Bah! Son mis nervios. Los tengo alterados desde ese día. Pues bien, me armé de un objeto, es decir de un jarrón, y bajé a ver qué pasaba. Entonces los ruidos cesaron. Yo registré todas las habitaciones, encendiendo de paso la luz en todas ellas. En el cuarto ropero hallé a Evelyn tendida en el suelo, inconsciente, con unos hematomas horrorosos en el cuello y alrededor de la boca. A su lado estaba el teléfono…, lo tenemos allí porque así le resulta más cómodo a Evelyn. Me puse frenético. Llamé al médico y a la policía. Cuando Evelyn volvió en sí, pudo contarnos lo que había ocurrido, aunque estaba tremendamente conmocionada. A lo que parece, sonó el teléfono y ella bajó a oscuras, sin despertarme a mí. Justo cuando había descolgado, un hombre salió del escondite y la atacó. Lucharon… ¡Ah…!, cuando lo pienso, me vuelvo loco… Él era más fuerte y la estranguló hasta dejarla inconsciente.

En su excitación, Sawtelle hizo una pelota con un papel que tenía entre las manos; luego, al darse cuenta de lo que acababa de hacer, intentó alisarlo.

—Gracias a Dios, entonces se me ocurrió a mí bajar, y el intruso seguramente

huyó. El médico no encontró otras lesiones, aparte de los hematomas. Dijo que jamás había visto nada parecido. La policía cree que después de penetrar en la casa, el atracador llamó a la Telefónica para solicitar que le devolvieran la llamada…, diciendo que el teléfono no funcionaba bien o algo por el estilo…, con el fin de que sonara el timbre y de que bajase alguien, para tenderle la trampa. Lo que nadie sabe, en cambio, es cómo consiguió entrar, porque todas las puertas y ventana estaban perfectamente cerradas. Seguramente fui yo mismo quien olvidó cerrar con llave la puerta principal antes de acostarnos… ¡Soy tan imperdonablemente despistado! La policía cree que fue un atracador o un maníaco sexual, pero yo creo que además era un loco. Porque dejó una bandeja de plata en el suelo, y dos de nuestros tenedores de plata retorcidos de una manera extraña, y otras cosas raras. Y debió poner en marcha el fonógrafo en el ropero, porque estaba abierto y el plato daba vueltas, y en el suelo, hecho pedazos, uno de esos discos que graba Evelyn para sus clases de declamación.

Norman, estupefacto, contempló a su tembloroso jefe de departamento, pero detrás de su mirada ausente, el cerebro trabajaba a toda velocidad. Lo primero que se le ocurrió fue que allí tenía la confirmación física de que había sido el arco australiano lo que él escuchó por el auricular del teléfono en Bayport: ¿qué otra cosa podía significar el disco roto? Y también confirmaba que Evelyn Sawtelle practicaba los rituales mágicos, lo mismo que Tansy, pues así lo daban a entender la bandeja y los tenedores de plata y las demás «cosas raras». Asimismo significaba que Evelyn esperaba que la llamasen, porque de otra manera, ¿cómo se le ocurriría tener preparados aquellos objetos?

Pero luego sus pensamientos volvieron a lo que había dicho Sawtelle acerca de las lesiones sufridas por su mujer…, aquellos hematomas que según la descripción eran idénticos a los que Tansy se había infligido a sí misma o había recibido, no se sabía cómo, por causa de un teléfono. Los mismos moretones, los mismos instrumentos posibles, sugerían un mundo sombrío en donde la magia negra, contrarrestada, se volvía contra su autora, o en donde los planes para intimidar a otra persona por medio de una fingida magia negra se volvían contra la mente culpable y psicótica de quien los urdiese.

—Es culpa mía —repetía Sawtelle, desconsolado, mientras tiraba maquinalmente de su corbata.

Norman recordó que Sawtelle siempre se consideraba culpable cuando algo perjudicaba a Evelyn, o simplemente la enfadaba.

—¡Debí despertar antes! Debí ser yo quien acudiera al teléfono. ¡Cuando pienso en esa pobre criatura, tan delicada, andando a oscuras al encuentro del enemigo emboscado…! ¡Ah, y para colmo, lo del departamento! Le aseguro que estoy fuera de mí. La pobre Evelyn ha quedado tan asustada que no lo creería usted.

Y tiraba de la corbata con tanto afán que casi se estranguló con ella y se vio obligado a aflojarse el nudo en seguida.

—Le digo que no he conseguido pegar ojo —continuó cuando se hubo repuesto un poco—. Si la señora Gunnison no hubiese tenido la amabilidad de visitarla ayer y acompañarla durante un par de horas, no sé cómo me las habría arreglado. Evelyn tiene tanto miedo, que no quiere que la deje a solas… ¡Dios mío…!

Norman no supo de quién era la voz que había lanzado aquel aullido de agonía, y le pareció que Sawtelle tampoco lo sabía, pero en todo caso había salido del piso superior. Sawtelle gritó:

—¡Ya decía yo que había oído pasos! ¡Ha vuelto! —y salió corriendo del estudio.

Norman le siguió, súbitamente consciente de otro temor de naturaleza muy distinta, que se halló confirmado cuando, al echar una ojeada por la ventana del salón, vio que no había nadie en su coche.

Corrió escalera arriba, adelantó a Sawtelle y fue el primero en plantarse en el dormitorio. Sawtelle tropezó con él; casi sollozaba de miedo y de nerviosismo.

No era, en absoluto, lo que había creído Norman.

Envuelta en una manta de color rosa, Evelyn Sawtelle se había retirado al lado de la cama más próximo a la pared. Le castañeteaban los dientes y tenía la cara lívida.

Tansy estaba de pie al lado de la cama. Durante un segundo, las esperanzas de Norman renacieron. Pero luego vio los ojos de ella y la esperanza se extinguió con la misma celeridad. Ella se había quitado el velo. Con la gruesa capa de cosméticos, las mejillas pintadas de carmín y los labios espesamente maquillados, parecía una estatua que alguien hubiera cubierto de pinturas obscenas, una figura grotesca y absurda sobre aquel fondo de ridículas cortinas de color rosa. Pero era una estatua ávida.

Sawtelle entró gritando:

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —al ver a Tansy, agregó—. No sabía que estuviera usted aquí ¿Cómo ha entrado? ¡Le ha dado un susto!

La estatua habló, y el aplomo de su voz cortó las protestas:

—¡Oh, no! No la he asustado. ¿Te he asustado, Evelyn?

Evelyn Sawtelle miraba a Tansy con los ojos dilatados, llenos de un terror abyecto.

Le temblaba todavía la mandíbula, y sin embargo negó:

—No, Tansy no… me ha asustado. Estábamos hablando… y entonces… creí oír un ruido.

—¿Sólo un ruido, querida? —inquirió Sawtelle.

—Sí, como de pasos… unas pisadas muy sigilosas en el pasillo.

No apartaba los ojos de Tansy, quien se limitó a asentir con la cabeza cuando ella hubo terminado.

Norman acompañó a Sawtelle en un inútil, aunque muy melodramático registro de toda la planta superior. Cuando regresaron, Evelyn estaba a solas.

—Tansy ha regresado al coche —anunció con voz débil—. Supongo que lo de los pasos fueron imaginaciones mías.

Pero cuando Norman se despidió todavía tenía la mirada aterrorizada, y apenas hacía caso de su marido, que andaba empeñado en arreglar las mantas y ahuecarle la almohada.

Tansy estaba sentada en el coche y miraba hacia el frente. Norman pudo darse cuenta de que aquel cuerpo seguía dominado por un único afán. La pregunta era obligada.

—Ella no tiene mi alma —fue la respuesta—. La interrogué a fondo. Y como prueba última y definitiva, le di un abrazo. Entonces fue cuando gritó. Le dan mucho miedo los muertos.

—¿Qué te dijo?

—Dijo que había venido una persona y le había quitado mi alma. Alguien que no confiaba mucho en ella, y que deseaba mi alma para tenerla como rehén, y por otros motivos. La señora Gunnison.

Los nudillos de Norman se volvieron blancos mientras apretaba las manos sobre el volante. Recordaba la equívoca mirada cordial de la señora Gunnison.

# 18

El despacho del profesor Carr parecía un intento de reducir la anarquía del mundo material a la pureza virginal de la geometría. Las paredes no muy espaciosas ilustraban, enmarcados, tres dibujos de las secciones cónicas. Sobre la librería donde se alineaban los delgados lomos dorados de las principales colecciones matemáticas, se veían dos maquetas de superficies complicadas, hechas de plata alemana y alambre de acero. El paraguas medio desplegado que estaba en un rincón parecía otra de tales maquetas. Y la superficie del pequeño escritorio, entre el propio Carr y Norman, aparecía totalmente despejada, a excepción de cinco hojas de papel cubiertas de símbolos. El delgado y pálido dedo de Carr apuntaba a la primera hoja.

—Sí —dijo—. Éstas son ecuaciones válidas en lógica simbólica.

A Norman ya le parecía que lo eran, pero necesitaba que se lo confirmase un matemático, pues no había quedado del todo satisfecho con su rápido repaso a los *Principia Mathematica.*

—Las mayúsculas representan clases de entidades, y las minúsculas relaciones —aventuró.

—Así es —Carr se sobaba el pellejo del cuello, debajo de la perilla blanca—. Pero ¿qué clase de entidades y de relaciones representan?

—Usted podría operar con estas ecuaciones, ¿no es cierto?, con independencia de los valores representados por cada símbolo.

—Indudablemente, y los resultados de las operaciones serían válidos tanto si los símbolos se refieren a manzanas como si son barcos de guerra, ideas poéticas o signos del zodiaco. En la hipótesis, como es lógico, de que las referencias originales entre entidad y símbolo se hubiesen establecido correctamente.

—Así pues, éste es mi problema —cortó Norman la curiosidad del matemático—. En esta primera página hay diecisiete ecuaciones. Tal como se han escrito, parecen

totalmente distintas. Pero yo me pregunto si no existirá una ecuación simplificada a la que puedan reducirse las otras diecisiete, cancelando operaciones y términos superfluos. En las otras cuatro páginas se plantean más problemas de este género.

—¡Hum! —el profesor Carr se hizo con un lápiz y su mirada empezó a escrutar la primera hoja, pero luego se detuvo—. Debo confesar que me gustaría saber a qué entidades se refieren. —A lo que agregó con ingenuidad—. No sabía que se hubiese intentado aplicar la lógica simbólica a los estudios sociológicos.

Norman traía preparada una explicación:

—Para ser franco con usted, Linthicum, debo confesarle que estoy madurando una teoría original, bastante excéntrica, y me he prometido a mí mismo que no la comentaré hasta saber si vale la pena proseguir por ese camino o no.

Carr sonrió con aire de complicidad.

—Creo que entiendo su postura —dijo—. Todavía recuerdo las desastrosas consecuencias que suscitó mi anuncio de que había logrado la trisección de un ángulo cualquiera. Por supuesto, eso sucedió cuando estaba todavía en séptimo de la escuela elemental —se apresuró a aclarar. Y luego agregó con orgullo—: Sin embargo, le hice pasar un mal cuarto de hora a mi profesor.

Al cabo de un rato volvió a insistir con curiosidad infantil:

—Sin embargo, me tienen intrigado estos símbolos. Tal como se han escrito podrían referirse a cualquier cosa.

—Lo siento —dijo Norman—. Quizá sea demasiado pedir…

—En absoluto, en absoluto.

Esgrimiendo el lápiz, Carr volvió a ojear el papel. Algo le había llamado la atención.

—¡Hum! Muy interesante. No lo había visto antes.

Y el lápiz empezó a correr sobre el papel, tachando términos y escribiendo rápidamente nuevas ecuaciones. Apareció una arruga profunda entre las canosas cejas del profesor y al cabo de unos momentos estaba totalmente absorto en su tarea.

Conteniendo un suspiro de alivio, Norman se arrellanó en su asiento. Estaba cansado, y le ardían los ojos. Aquellas cinco hojas representaban veinte horas de trabajo ininterrumpido: la noche del martes, y la mañana y parte de la tarde del miércoles. Aun así, no lo habría conseguido sin la ayuda de Tansy, que tomaba notas al dictado. Norman se había dado cuenta de que podía confiar por completo en su eficacia invariable y maquinal.

Medio aturdido, vio que los ágiles dedos del anciano cubrían de ecuaciones reducidas una hoja nueva. Aquellos movimientos rápidos y ordenados subrayaban la quietud monástica y serena del pequeño despacho.

Norman consideró que era bien extraño el verse obligado a fingir que creía en la magia negra para poder vencer el dominio ejercido por tres mujeres supersticiosas y psicóticas sobre la mente de su esposa, y más extraño aún el tener que recurrir a la ciencia moderna de la lógica simbólica y ponerla al servicio de aquella supuesta creencia. ¡Usar de la lógica simbólica para despejar las contradicciones y las ambigüedades de las fórmulas de la hechicería tradicional! ¿Qué habría dicho el viejo Carr si hubiera sabido a qué «entidades» aludían en realidad aquellas ecuaciones?

Y, sin embargo, también se había visto obligado a invocar el prestigio de las matemáticas superiores para convencer a Tansy de que él sería capaz de lanzar un conjuro lo bastante potente como para superar a sus enemigas. Y todo ello, bien mirado, entraba en las mejores tradiciones de la brujería. Los hechiceros siempre han procurado incorporar a sus sistemas, por razones de prestigio, las informaciones más recientes de la ciencia. Pues, ¿qué era la brujería en realidad, sino una lucha por el prestigio en los dominios del misticismo, y qué era un brujo, sino una persona que había alcanzado un ascendiente ilegítimo sobre las mentes de sus contemporáneos?

Y qué panorama tan cómico (a su mente fatigada y próxima a la histeria, en aquellos momentos todo le parecía risible): una mujer, creyente en la brujería, empujada a la locura por otras tres mujeres que tal vez creían de verdad en la brujería o tal vez no. Y un marido que no creía en absoluto, pero que para oponerse a tales planes se veía obligado a fingir que sí lo hacía y había decidido comportarse en todos los extremos como si verdaderamente creyera en ella.

O bien, pensó, medio adormecido por el silencio y por la agradable sencillez matemática del ambiente que le rodeaba, y que le traía visiones del espacio absoluto y del infinito, ¿por qué no prescindir de todas aquellas racionalizaciones forzadas y admitir que Tansy tenía algo que podía llamarse un alma, y que ésta había sido robada por la bruja delgada llamada Evelyn Sawtelle, y nuevamente robada por la bruja gorda Hulda Gunnison, y que él mismo estaba buscando efectivamente un truco mágico que pudiera…?

Volvió en si con un sobresalto, y retornó al mundo de las realidades racionales. Carr empujaba hacia él una hoja de papel, y se puso en seguida a trabajar con las demás que le había presentado Norman.

—¿Ha descubierto ya las primeras ecuaciones básicas? —preguntó con incredulidad.

Carr pareció contrariado por la interrupción.

—Claro. Por supuesto. —El lápiz se había puesto de nuevo en marcha, pero se detuvo mientras Carr le lanzaba a Norman una ojeada que éste no acertó a interpretar —. Sí, es la que está al pie de la página, la más breve. A decir verdad, cuando comencé no estaba seguro de que existiese una solución, pero, a lo que parece, esas entidades y relaciones de usted tienen sentido, cualquiera que éste sea.

Y retornó a su trabajo. Norman se estremeció al contemplar la ecuación definitiva y se preguntó qué podría significar. Para saberlo necesitaba consultar sus notas sobre los códigos, y no se atrevía a hacerlo en presencia del otro.

—Ahora me arrepiento de haberle dado tanto trabajo —se excusó con torpeza.

Carr ni siquiera le miró.

—Qué va, qué va. Si es un pasatiempo para mí. Siempre he tenido una peculiar afición a resolver este tipo de problemas.

Las sombras del atardecer se alargaban. Norman encendió la luz, lo que le fue agradecido por el profesor Carr con un ademán rápido y preocupado. El lápiz no descansaba. Norman había recibido ya tres hojas más y Carr se hallaba dando fin a la última cuando se abrió la puerta.

—Pero ¿qué haces, Linthicum? —dijo una voz suavísima, con apenas un leve acento de reproche—. Llevo media hora esperándote abajo.

—Lo siento, querida —dijo el anciano, mirando el reloj y a su mujer—. Me he distraído y…

Entonces ella reparó en Norman.

—¡Ah! No me había dado cuenta de que tienes una visita. ¡Qué pensará el profesor Saylor! Le habré parecido una dictadora.

Y acompañó estas palabras con una sonrisa tan singular, que sin darse cuenta Norman repitió:

—Qué va, qué va —en el mismo tono que antes el profesor Carr.

—El profesor Saylor parece muy fatigado —observó ella, mirando con atención a Norman—. No estarás dándole la lata, Linthicum.

—¡Oh, no, querida! Al contrario. Soy yo quien hace todo el trabajo —explicó él.

Ella fue a colocarse detrás del escritorio y miró por encima del hombro de su esposo.

—¿Qué es eso? —preguntó como por cortesía.

—No lo sé —contestó, irguiéndose. Y con un guiño a Norman agregó—. Creo que estos símbolos significan que Norman está a punto de revolucionar la ciencia sociológica. Pero es un gran secreto. En todo caso, no tengo ni la menor idea de lo que representan. Estoy sirviendo de cerebro electrónico, como si dijéramos.

Con un ademán hacia Norman, como quien dice «con su permiso», la señora Carr tomó una de las hojas y la escrutó a través de los gruesos cristales de sus gafas. Decepcionada, por lo visto, al no ver más que un galimatías de símbolos, la dejó de nuevo sobre la mesa.

—No estoy fuerte en matemáticas —explicó—. Siempre fui muy mala alumna.

—Tonterías, Flora —objetó Carr—. Cuando vamos de compras, tú siempre haces la cuenta con más rapidez que yo. Nunca he conseguido ganarte.

—Eso no quiere decir nada —dijo la señora Carr, halagada.

—Termino en seguida advirtió él, mientras volvía a sus cálculos.

La señora Carr se dirigió a Norman, bajando la voz:

—¡Ah, profesor Saylor! ¿Tendría la bondad de transmitir un mensaje a Tansy? Dígale que está invitada a una partida de bridge mañana por la tarde… con Hulda Gunnison y Evelyn Sawtelle. Linthicum tiene una reunión.

—Con mucho gusto —dijo Norman—, pero es posible que Tansy no pueda asistir.

Y volvió a contar lo de la intoxicación.

—¡Oh, qué lástima! ¿Podría ir a verla? —dijo la señora Carr.

—Gracias, pero ya tenemos una persona que la acompaña —mintió Norman.

—Muy prudente —comentó la señora Carr, y una vez más contempló con atención a Norman, como queriendo indagar el origen de tanta prudencia.

Aquella mirada fija le incomodaba; era a la vez inquisitiva e ingenua. No le habría sorprendido en una alumna suya, en una jovencita, pero en aquella anciana…

Carr dejó el lápiz sobre el escritorio.

—Ya está. He terminado.

Reiterando su agradecimiento, Norman se guardó los papeles.

—De veras que no ha sido ninguna molestia —le dijo Carr—. Me ha proporcionado usted una tarde muy entretenida. Confieso que ha despertado mi curiosidad.

—A Linthicum le gustan todos los problemas matemáticos, sobre todo cuando se plantean como juegos —comento la señora Carr, y añadió en tono humorístico—. Una

vez incluso se entretuvo en tabular las carreras de caballos.

—¡Ejem…! ¡Sí…! Pero sólo como ejercicio de aplicación del cálculo de probabilidades —se apresuró a aclarar Carr, aunque sonriendo también, de buen humor.

Ella había puesto una mano sobre el hombro de su esposo, y éste alzó la suya para tocar la de su mujer. Frágiles pero cordiales, arrugados pero dueños todavía de cierto espíritu juvenil, parecían el perfecto retrato de un matrimonio anciano bien avenido.

—Les prometo que si consigo revolucionar la sociología, ustedes serán los primeros en saberlo —les dijo Norman, y se despidió.

Tan pronto como se vio a solas, consultó el código. «W» era la clave que identificaba la primera hoja; aunque creía recordar lo que significaba, lo releyó para asegurarse.

«W — Para devorar el alma de otra persona».

Así era, en efecto. Consultó la página nueva que contenía los cálculos del profesor Carr y descifró poco a poco la última ecuación.

«C — un trozo de perfil de cobre». Asintió. «T — enrollar en espiral a la derecha». Frunció el ceño. Creía que aquel factor habría quedado eliminado. Menos mal que se le había ocurrido consultar a un matemático para que simplificase las diecisiete ecuaciones, cada una de las cuales representaba un conjuro diferente para apoderarse de un alma: el zulú, el polinesio, el de los negros americanos, el de los indios americanos, y otros más, incluyendo fórmulas descubiertas recientemente y de las que constaba que habían sido utilizadas.

«A — amanita mortal». ¡Otra contrariedad! Iba a ser un poco difícil conseguir una seta venenosa. En fin, podía arreglárselas con otra fórmula, en caso necesario. Leyó dos hojas más: «V — para controlar el alma de otra persona», «Z — Para adormecer en un sueño profundo a los habitantes de una casa» y proceder a echarles un maleficio. En pocos instantes se aseguró de que los ingredientes no supusieran ninguna dificultad especial, aunque «Z» demandaba el empleo de una mano de muerto, y además era preciso arrojar tierra de cementerio sobre el tejado de la casa en cuestión. Seguramente conseguiría hacerse con una mano en el laboratorio de anatomía. Y luego…

Consciente de que le invadía una fatiga abrumadora y de la creciente repugnancia que le originaban tales fórmulas (que seguían pareciéndole más obscenas que ridículas), echó su silla hacia atrás. Y por primera vez desde que había entrado en su

casa miró hacia la figura que estaba junto a la ventana, sentada en la mecedora y con el rostro vuelto hacia el cristal, después de haber apartado las cortinas. No supo cuándo se habría sentado en la mecedora, pero una vez iniciado el movimiento lo mantenía automáticamente.

Sintió el súbito golpe de la nostalgia por Tansy, su manera de hablar, sus gestos, sus costumbres, sus manías divertidas… todos esos pequeños detalles que hacen de una persona algo real, humano y digno de ser amado: deseó recobrarlo todo en seguida, y la presencia de aquella muerta viviente, de aquella imitación o sombra de Tansy, hacía que la punzada de nostalgia resultase casi insoportable. ¿Y qué clase de hombre era él para andar perdiendo el tiempo con fórmulas ocultistas? ¿No se había dicho que «se le puede hacer mucho daño a un alma» y que las chicas de servicio en casa de los Gunnison contaban algunas cosas extrañas? ¡Su deber era ir derecho a casa de los Gunnison, enfrentarse con Hulda y plantearle las cosas claras de una vez por todas!

Inmediatamente contuvo su rabia. Tal iniciativa por su parte quizá supondría la ruina definitiva. No se podía pensar en enfrentarse cara a cara con quien retenía como rehén la propia consciencia, la mentalidad, el ser de la persona amada. No; lo había meditado una y otra vez, y su línea de acción estaba decidida. Era preciso luchar contra aquellas mujeres con sus propias armas; en aquellas fórmulas ocultistas, aunque le repugnasen, residía su mejor esperanza. Lo ocurrido era que acababa de recibir el habitual castigo por contemplar de frente ese rostro. Cambió intencionadamente de asiento para colocarse al otro lado de la mesa, dando la espalda a la ventana y a la mecedora.

Pero estaba intranquilo y tenía los músculos acalambrados por el cansancio; de momento no se veía con ánimos para continuar trabajando, y preguntó de sopetón:

—¿Por qué crees que todo se ha vuelto tan violento y mortífero de repente?

—Porque se alteró el Equilibrio —fue la respuesta, sin que se alterase lo más mínimo el balanceo rítmico de la mecedora.

—¿Qué significa eso? —hizo ademán de volverse, pero se contuvo a tiempo.

—Sucedió cuando abandoné las prácticas mágicas —continuó la irritante monotonía del balanceo.

—¿Por qué desembocó eso en un estallido de violencia?

—Porque alteró el Equilibrio.

—Sí, pero ¿cómo se explica el que unos ataques relativamente triviales se

convirtieran en otros mucho más graves y malintencionados?

El balanceo se interrumpió. No hubo respuesta. Pero él se dijo a sí mismo que ya sabía la respuesta que estaba formándose en la mente sin espíritu que tenía a su espalda. La guerra de hechicerías en que ella creía se asemejaba a una guerra de trincheras, a una batalla entre líneas fortificadas o al asedio de una plaza fuerte: así como el hormigón armado o las placas de acero contrarrestan los obuses, igualmente los conjuros protectores inutilizarían relativamente las fórmulas de ataque más violentas. Pero si se quita el hormigón armado o el blindaje… la bruja que ha renunciado a la brujería se encuentra en una especie de tierra de nadie.

De parecida manera, el temor al contraataque susceptible de ser lanzado desde una posición bien fortificada servia de poderoso factor disuasorio que evitaba las agresiones directas. Lo más lógico sería permanecer en las propias posiciones, lanzar alguna que otra escaramuza, y atacar sólo cuando el enemigo emprendiese algún movimiento imprudente. Por otra parte, se darían sin duda toda clase de tomas ocultas de rehenes, de alianzas secretas, todo lo cual pondría freno a la violencia.

La misma idea explicaba por qué la acción aparentemente pacífica de Tansy había alterado el Equilibrio. ¿Qué pensaría un país si, en medio de una guerra, el enemigo desguazase todos sus barcos y desmantelase todos sus aviones, ofreciéndose aparentemente indefenso a cualquier ataque? Para una mentalidad realista, sólo habría una posibilidad. A saber: que ese enemigo hubiera inventado un arma mucho más potente que los barcos de guerra o los aviones y que estuviese planeando un ofrecimiento de paz, el cual no sería sino una trampa. En tal coyuntura, la única solución sería la de atacar inmediatamente, con todos los recursos disponibles, antes de que dicho enemigo lograse ponerse a punto definitivamente y utilizar su arma secreta.

—Me parece que… —empezó a decir.

En ese instante, algo, quizá un silbido en el aire, o un leve crujido del piso bajo la gruesa alfombra u otra sensación aún más inmaterial, le obligó a volverse.

Con un encogimiento y una pirueta hacia un lado consiguió (por muy poco) apartar la cabeza de la trayectoria descendente del atizador de hierro, que fue lo primero que vio. Con un zumbido espantoso, la barra metálica se estrelló contra el respaldo de la silla, rompiendo el travesaño. Norman recibió el golpe de rebote en un hombro, que le quedó entumecido.

Sujetándose al tablero con la mano buena, buscó un punto de apoyo en la mesa y

giró sobre sí mismo, al tiempo que hacia otro movimiento de esquiva para eludir el segundo golpe.

«Aquello» estaba en el centro de la habitación, tras retroceder de un salto, como una gata, después de fallar el primer golpe. Con las piernas casi rígidas, pero perfectamente equilibrada, y descalza, pues para no hacer ruido se había quitado las zapatillas, que estaban junto a la mecedora. En la mano esgrimía el atizador, tomado con disimulo de al lado de la chimenea.

Había vida en el rostro ahora, pero era una vida que apretaba los dientes y los hacía crujir, que dilataba las narices al ritmo de la respiración, que rebufaba para apartarse los mechones de cabello de los ojos y que lanzaba chispas por los ojos, encendidos como carbones.

Con un gruñido ahogado, alzó el atizador y golpeó, no contra él sino hacia arriba, contra la araña del techo. La habitación quedó oscura como boca de lobo, ya que él había hecho poner cortinajes gruesos para evitar las ojeadas curiosas de los transeúntes.

Hubo un leve rumor de pasos. Él se hizo a un lado, pero de todas maneras el zumbido del hierro al cortar el aire se oyó peligrosamente cerca. Se oyó un ruido como si «aquello» hubiera tropezado con la mesa después de golpear; los papeles resbalaron y algunos cayeron al suelo. Luego se hizo el silencio y no se oyó sino el jadeo acelerado de una respiración parecida a la de una fiera.

Se acuclilló sobre la alfombra, mientras procuraba no mover un solo músculo y tendía el oído hacia el origen de aquella respiración. Abominable, pensó, la escasa eficacia del oído humano para localizar la dirección de donde provienen los sonidos. Primero el jadeo parecía proceder de un lugar y luego de otro, sin que se oyesen otros rumores que indicasen un cambio de posición; al final perdió la orientación por completo. Intentó recordar sus propios movimientos desde el momento en que se levantó de la mesa. Cuando se dejó caer sobre la alfombra se había desplazado, pero ¿hacia dónde? ¿Estaba mirando hacia la pared o de espaldas a ella? En su afán por evitar que nadie pudiera espiarles, había procurado aislar por completo aquella habitación, así como el dormitorio, y el aislamiento se evidenciaba eficaz. No se filtraba ni un átomo de claridad del alumbrado de la calle. De manera que él se encontraba sobre un espacio alfombrado, aparentemente inmenso, en un infinito sin paredes, limitado sólo por un techo bajo.

Y en algún otro lugar de aquel espacio estaba «aquello». ¿Sería capaz de ver y oír

mejor que él? ¿Conseguiría ver formas en las impresiones retinianas que para una Tansy en sus cabales habrían sido sólo negra oscuridad? ¿A qué esperaba? Prestó atención, pero ni siquiera se oía ya el jadeo agitado.

Aquella oscuridad podía ser la del suelo de una selva, techada por altos juncos entretejidos. La civilización quiere luz; cuando la luz se apaga, la civilización desaparece. Norman se veía rápidamente reducido al mismo nivel que «aquello»; a lo mejor había sido ésa su intención cuando rompió la lámpara. Podía ser la cámara más interior de alguna cueva primigenia, y el mismo Norman un hombre primitivo, sumido en las tinieblas de la ignorancia y presa de un terror abyecto frente a su compañera, en quien hubiese insuflado un demonio la hechicera de la tribu…, aquella mujer respondona, gruesa, de labio inferior desdeñoso y de mirar descarado, con el revuelto pelo rojo lleno de abalorios de cobre. ¿Sería preciso que echara mano de su hacha y tratase de aplastar al demonio rompiendo el cráneo en donde se albergaba? ¿No valía más ir en busca de la hechicera y estrangularla hasta que se viese obligada a retirar su demonio? Pero ¿cómo dominaría a su mujer mientras tanto? Si la tribu daba con ella, la matarían al instante, de acuerdo con las leyes; además, en aquellos momentos era él quien se veía en peligro de ser asesinado por el demonio.

Con las ideas casi tan confusas como las de aquel imaginario antepasado, Norman dio vueltas al problema, hasta que súbitamente comprendió a qué estaba esperando «aquello».

Tenía ya calambres en todos los músculos; la espalda golpeada, a medida que se pasaba el entumecimiento, le enviaba retortijones de dolor. No tardaría en hacer un movimiento involuntario. Y entonces «aquello» caería sobre él.

Alargó la mano con cautela. Dándose la vuelta despacio…, muy despacio…, localizó a tientas una mesita, sobre la que había un grueso libro. Lo tomó por el lomo con mucho cuidado, lo alzó y lo atrajo hacia sí. Los miembros empezaban a temblarle un poco, debido al esfuerzo por moverse en absoluto silencio.

Con un amplio movimiento, arrojó el libro hacia el centro de la habitación, de manera que cayese sobre la alfombra como a metro y medio de él. El ruido suscitó la reacción inmediata que había esperado. Al cabo de un segundo, él saltó en la misma dirección, confiando en inmovilizar «aquello». Pero era mucho más astuta de lo que él se figuraba. Sus brazos se cerraron alrededor de un pesado almohadón que había lanzado sobre el libro, y sólo la suerte le salvó cuando el atizador golpeó salvajemente la alfombra, junto a su cabeza.

Aferró el hierro a ciegas, y hubo un momento de lucha mientras trataba de arrebatarlo. Por último se halló trastabillando de espaldas mientras un ruido de pasos se alejaba hacia la parte trasera de la casa.

Los siguió hasta la cocina. Un cajón abierto con demasiada brusquedad cayó al suelo, con gran estrépito de cubiertos desparramados.

Pero en la cocina había alguna claridad, que le permitió divisar una silueta. Agarró por la muñeca el brazo alzado que esgrimía el cuchillo y luego tiró hacia sí, con lo que ambos cayeron al suelo.

Sintió contra el suyo el cuerpo caliente y tenso hasta el límite máximo del esfuerzo. Por un instante notó el frío de la hoja contra su mejilla, pero logró apartar en seguida el arma. Dobló las piernas para evitar los rodillazos. Su enemiga se levantó convulsivamente y mordió el brazo que le impedía usar el cuchillo. Norman notó cómo daba dentelladas tratando de atravesar la tela de la manga. Con su mano libre, trató de apartarla; la manga de la americana se desgarró, pero él había hecho presa en los cabellos y la forzó a abandonar la mordedura. «Aquello» dejó caer el cuchillo e intentó arañarle la cara. Él agarró los dedos que buscaban sus ojos y su nariz; su enemiga gruñó y le escupió. Poco a poco logró doblarle ambos brazos a la espalda, y con un esfuerzo supremo se puso en pie. Su garganta profería ruidos ahogados de rabia.

Dándose cuenta de que sus músculos casi no querían obedecerle ya, de puro fatigados, Norman sujetó las dos muñecas con una mano, y con la otra rebuscó en el armario de cocina, hasta que dio con un ovillo de cuerda.

# 19

—Creo que va en serio esta vez, Norm —dijo Harold Gunnison—. Fenner y Liddell quieren su cabeza.

Norman acercó el sillón, como si aquella discusión hubiera sido el verdadero motivo de su visita de aquella mañana. Gunnison prosiguió:

—Me parece que piensan desenterrar el asunto de Margaret van Nice, por aquello de que «Por el humo se sabe dónde está el fuego». Y puede que también quieran utilizar contra usted el caso de Theodore Jennings, diciendo que su «colapso nervioso» se agravó debido al trato injusto y a un exceso de severidad, etcétera. Por supuesto tiene usted defensas irrebatibles en ambos casos, pero el simple hecho de que se hable de tales asuntos puede impresionar desfavorablemente a los demás fideicomisarios. Y luego está lo de la conferencia sobre sexualidad que pretende pronunciar ante la asociación de madres de alumnos, y lo de la invitación a esos amigos suyos del teatro. Personalmente no tengo nada que objetar, Norm, pero ha elegido un mal momento.

Norman, conciliador, asintió. La señora Gunnison no podía tardar, porque la doncella le había dicho por teléfono que acababa de salir en dirección al despacho de su marido.

—Como es natural, estos casos por sí solos no serían suficientes —dijo Gunnison con semblante más serio y mirar más solemne de lo habitual en él—, pero dejan mal sabor de boca y podrían servir para empezar a meter cuña. Lo verdaderamente peligroso sería un ataque disimulado y concertado sobre la manera en que lleva usted las clases, sobre sus manifestaciones en público, y también, cómo no, sobre lo tocante a detalles triviales de su vida particular. Entonces podrían empezar a hablar de la necesidad de cortar por lo sano…, ya sabe usted a qué me refiero. —Hizo una pausa, y añadió—. Lo que me preocupa realmente es que Pollard no parece tan dispuesto a

defenderle. Cuando fui a decirle lo que opinaba del nombramiento de Sawtelle, él dijo que los fideicomisarios se lo habían impuesto. Es buena persona, pero es un político —agregó con un encogimiento de hombros, como si fuese del dominio público que la distinción entre políticos y educadores era algo que databa del paleolítico.

Norman contestó con un esfuerzo:

—Temo que le ofendí la semana pasada. Tuvimos una larga discusión, y perdí la paciencia.

Gunnison meneó la cabeza.

—Eso no sería explicación suficiente. Es capaz de tolerar un insulto. Si se pone en contra de usted será porque lo considera útil, o mejor dicho, oportuno… ¡cómo aborrezco esa palabra…!, para tener en cuenta a la opinión pública. Ya conoce usted su manera de gobernar el colegio; cada dos o tres años hay que arrojar a alguien a los lobos.

Norman apenas le escuchaba. Pensaba en el cuerpo de Tansy, tal como la había dejado: atada de pies y manos, con la mandíbula colgando y el aliento jadeante apestando a whisky, que le había obligado a beber con tal de adormecerla. Corría mucho riesgo, pero no veía otra manera de hacerlo. Aquella noche había pensado en algún momento llamar al médico, y quizá ingresaría en una clínica. Pero si lo hiciera, quizá perdería para siempre la oportunidad de restituir a Tansy a su verdadero ser. ¿Qué psiquiatra habría admitido la morbosa historia de una conspiración contra la salud mental de su esposa, conspiración que, sin embargo y como a él le constaba, existía? Por parecidas razones, no podía confiar en la ayuda de ningún amigo. No, la única posibilidad estaba en un rápido ataque contra la señora Gunnison. Aunque no fuese agradable pensar en titulares como «Esposa de un catedrático salvajemente torturada y hallada por su marido dentro de un armario».

—Es algo serio, Norman —repetía Gunnison—. Mi mujer también lo dice, y ella sabe un rato de esas cosas. Tiene psicología.

«¡Su mujer!», pensó Norman, siempre asintiendo con la cabeza.

—Lástima que el enfrentamiento se produzca ahora que viene usted atravesando una racha de mala suerte, con enfermedades y qué sé yo cuántas cosas más —continuó Gunnison, mientras contemplaba con cierta curiosidad la tira de esparadrapo que su interlocutor llevaba en la sien izquierda, y otra en la mejilla, cerca de la nariz.

Pero Norman no ofreció ninguna explicación. Gunnison se desentendió del tema y se arrellanó en su asiento antes de proseguir:

—Tengo la impresión de que hay algo que va mal, Norm. En otras circunstancias creo que se bastaría usted sobradamente para superar ese conflicto, ya que le considero uno de los dos o tres mejores elementos que tenemos, pero me parece que hay algo que no marcha desde hace bastante tiempo.

El ofrecimiento que insinuaba con aquellas palabras era más que obvio, y Norman sabía que la intención era amistosa. Tuvo un segundo de vacilación pero luego comprendió que no podía contarle a Gunnison ni siquiera una fracción de la verdad. Seria como llevar su problema ante un tribunal, y no se necesitaba un gran esfuerzo de imaginación (al contrario, pues casi alucinaba de puro agotamiento) para ver lo que eso supondría.

Era fácil imaginar a Tansy en el estrado de los testigos, incluso en su anterior condición no agresiva. ¿Dice usted, señora Taylor, que le han robado el alma separándola de su cuerpo? Sí. En ese caso, ¿estará consciente de la ausencia de su alma? No, señoría, no estoy consciente de nada. ¿Que no está consciente? ¿Será más cierto decir entonces que está inconsciente? Así es. No puedo ver ni oír. ¿Está diciendo con eso que ahora no me ve ni me oye a mí? En efecto. Pero ¿entonces…? Martillazo del juez. Si no cesa en seguida este alboroto, mandaré despejar la sala. O también a la señora Gunnison en el mismo estrado, y a él mismo suplicando al jurado: Mírenla bien, señoras y señores del jurado. ¡Vean esos ojos, se lo suplico! El alma de mi mujer está en ellos, ¡ojalá pudieran verla igual que yo!

—¿Qué le pasa a usted, Norm? —iba diciendo Gunnison.

El acento de sincera simpatía le tentó de nuevo, confusamente. Ebrio de sueño, hizo un esfuerzo por contestar algo.

Entonces entró la señora Gunnison.

—Hola —dijo—. Celebro verles reunidos al fin.

Enseguida contempló a Norman, casi condescendiente.

—No creo que haya pegado usted ojo en las últimas setenta y dos horas —anunció con su brusquedad acostumbrada—. ¿Y qué le ha pasado en la cara? ¿Se la arañó por fin esa gata de ustedes?

Gunnison soltó la carcajada, como solía ante las ocurrencias de su mujer.

—Qué mujer. Le gustan los perros. Odia a los gatos. Pero tiene razón. Necesita usted dormir, Norm.

Al verla y oírla, Norman despertó de súbito como si le hubieran puesto una bolsa de hielo en la frente. Ella sí tenía aspecto de dormir diez horas todas las noches, por lo

menos. Llevaba un traje sastre verde de muy buena calidad, que sentaba bien a su pelo rojo y casi le confería una especie de belleza salvaje. Enseñaba la combinación e iba con la chaqueta mal abrochada, pero en aquellos momentos, esos detalles le parecieron a Norman otros tantos privilegios de la prepotencia que se sitúa por encima de los escrúpulos vulgares del bien parecer. Excepcionalmente, no traía su eterno bolso tamaño saco. Al observarlo le dio un vuelco el corazón.

Sin atreverse a mirarla de frente. Se puso en pie.

—No se vaya, Norm. Tenemos mucho que hablar todavía —dijo Gunnison.

—Sí, ¿por qué no se queda? —le hizo eco la señora Gunnison.

—Disculpe. Iré a verle esta tarde, si dispone de un rato. O mañana por la mañana a más tardar.

—Sí, hágalo —dijo Gunnison, muy serio—. La reunión con los fideicomisarios es mañana por la tarde.

La señora Gunnison ocupó el asiento que él acababa de abandonar.

—Déle recuerdos a Tansy de mi parte, y dígale que la esperamos esta noche en casa de los Carr…, si se ha repuesto lo suficiente.

Norman asintió y salió en seguida, cerrando la puerta tras él.

Aún tenía la mano en el pomo cuando vio el gran bolso verde de la señora Gunnison sobre un escritorio del antedespacho. Estaba justo al lado de la vitrina donde se exhibían las gotas del príncipe Rupert y las demás curiosidades físicas. Su corazón dio un nuevo vuelco.

Había una muchacha en el antedespacho, una empleada. Norman se acercó a su mesa.

—Señorita Miller, ¿tendría la amabilidad de traer los expedientes de los alumnos que voy a decirle? —y acto seguido recitó media docena de nombres, por lo menos.

—Están en Secretaría, profesor Saylor —contestó ella, titubeando.

—Ya lo sé. Por favor, vaya a buscarlos. El doctor Gunnison y yo los necesitamos.

Obediente, ella tomó nota de los nombres.

Cuando se cerró la puerta, él abrió el cajón superior del escritorio, donde, como sabía, se encontraba la llave de la vitrina.

Pocos minutos después salió la señora Gunnison.

—Creí que había salido usted —dijo, y añadió en seguida, con su brutalidad habitual—. ¿Quiere que me vaya para hablar con Harold a solas?

Él no respondió, sino que se quedó con la mirada fija en la nariz de la mujer. Ella

recogió su bolso.

—En realidad no sé a qué viene tanto secreto —dijo—. Estoy enterada de los problemas de usted tanto como él…, o más, a decir verdad. Y para serle franca, lo suyo presenta mal cariz.

Hablaba ya con la arrogancia de quien ha vencido, y con una sonrisa de suficiencia.

Él seguía sin apartar los ojos de la nariz.

—Y no intente fingir que no está preocupado —continuó ella, visiblemente irritada por su obstinado silencio—. Porque a mí me consta que lo está. Y mañana Pollard le exigirá su dimisión. —Tras lo cual agregó—: ¿Qué mira?

—Nada —se apresuró a responder, apartando la mirada.

Con una mueca de incredulidad, ella sacó del bolso el espejo de mano, lo miró un instante con extrañeza y luego lo alzó para verse la cara.

A Norman le pareció que la segundera del reloj de pared acababa de inmovilizarse.

En voz baja, pero hablando muy de prisa y en tono de máxima indiferencia, a tal punto que la señora Gunnison ni siquiera se volvió, Norman dijo:

—Sé que ha robado usted el alma de mi esposa, señora Gunnison, y también sé cómo lo hizo. De eso de robar almas sé mucho ahora; por ejemplo, cuando uno se encuentra en una misma habitación que la persona cuya alma desea robar, y suponiendo que esa persona esté mirándose en un espejo, si casualmente el espejo se rompe mientras el reflejo de la persona se encuentra en él, entonces…

Con un leve chasquido apenas audible, el espejo que tenía en la mano la señora Gunnison se convirtió en una nubecilla de polvo iridiscente.

En el mismo instante le pareció a Norman como si hubiera caído un peso tremendo sobre su mente, una oscuridad tangible que oprimía sus propios pensamientos.

Un jadeo de sorpresa murió en los labios de la señora Gunnison. En su rostro nació poco a poco una expresión de estupor, debida al relajamiento de los músculos faciales.

Norman se acercó a la señora Gunnison y la tomó del brazo. Ella le miró un momento, sin expresión; todo su cuerpo flaqueaba. Avanzó un paso, y luego otro, mientras él decía:

—Acompáñeme. Es su única posibilidad.

Temblaba, sorprendido ante su propio éxito, mientras ambos salían al pasillo.

Cerca de la escalera salio a su encuentro la señorita Miller, que portaba un montón de fichas.

—Siento haberla molestado, pero ya no las necesitamos —le dijo—. Devuélvalas a Secretaría.

La muchacha asintió cortésmente, no sin un leve mohín de contrariedad y exclamó:

—¡Profesores!

Mientras sacaba del edificio administrativo a una señora Gunnison extraordinariamente dócil, Norman aún sentía aquella opresión mental para él desconocida, pues no lograba compararla con ninguna experiencia anterior.

De pronto la oscuridad se dividió, como se abren a veces las nubes de una tempestad para dejar paso a un rayo de sol, y dejó ver un haz de claridad rojiza. Sólo que aquellas nubes de tormenta estaban dentro de su propio cerebro, y la luz roja era de rabia impotente y terror abyecto. Sin embargo, no le resultaba totalmente desconocida.

La mente de Norman retrocedió con repugnancia y todo el panorama que le rodeaba pareció retemblar como alumbrado por un relámpago lejano.

Pensó: «Si fuese posible la existencia de una personalidad dividida, y que apareciese una grieta en el muro de separación entre dos conciencias distintas…».

Pero eso significaba la locura.

Al instante le azotó otro pensamiento… al recordar las palabras que había dicho Tansy en el compartimiento del tren: «El medio ambiente del alma es el cerebro humano».

Y más todavía: «Si se le impide retornar a su propio cuerpo, se siente irresistiblemente atraída hacia otro, sin importarle si éste posee ya un alma. Y así, el alma robada por lo general vive prisionera en el cerebro de su captor».

En aquel preciso instante, a través de la rendija abierta en la oscuridad, cabalgando sobre la marea de rabia incandescente que inundaba los centros de su cerebro, surgió un pensamiento inteligible, que sencillamente decía: «¡Imbécil! ¿Cómo lo has conseguido?». Pero tal pensamiento, lo mismo que el furor rojo, eran tan característicos de la señora Gunnison, que no tuvo más remedio que aceptar (sin importar si ello significaba que se había vuelto loco, o que había acabado por creer en la brujería) que la mente de la señora Gunnison estaba prisionera dentro de su propio cerebro y le hablaba a su propia mente.

Contempló unos instantes los rasgos inexpresivos de aquella mujer antes tan llena de vigor, a quien arrastraba a través del campus.

Por un momento le repugnó la idea de estar tocando con su mente la personalidad desnuda de otro ser.

Pero sólo fue un momento; en seguida (sin importarle si ello implicaba su propia locura o no) admitió por completo tal idea, y siguió avanzando a través del recinto universitario mientras continuaba el diálogo mental con la señora Gunnison.

La pregunta se repitió:

—¿Cómo lo conseguiste?

Sin darse cuenta, sus propios pensamientos respondieron:

—Con el espejo del príncipe Rupert que estaba en la vitrina. El calor de tu mano fue suficiente para romperlo. Yo lo envolví en mi pañuelo para sacarlo de ella y esconderlo en tu bolso. Según las creencias primitivas, el reflejo de una persona es su alma, o un vehículo de su alma. Si se rompe un espejo mientras te reflejas en él, tu alma queda retenida fuera de tu cuerpo.

En ausencia de la lentitud impuesta por los mecanismos del habla, este diálogo transcurría a la velocidad del rayo.

Al instante cruzó la rendija entre la oscuridad otro pensamiento de la señora Gunnison:

—¿Adónde vas con mi cuerpo?

—A mi casa.

—¿Para qué?

—Quiero el alma de mi mujer.

Hubo un largo silencio. La división en la oscuridad se cerró y al cabo de un rato volvió a abrirse.

—No puedes quitármela. Yo la tengo como tú tienes la mía. Pero mi alma no te deja verla, y la mía la retiene.

—No puedo quitártela. Pero puedo retener la tuya hasta que devuelvas la de mi mujer al cuerpo de ella.

—¿Y si me niego?

—Tu marido es un realista. No creerá lo que tu cuerpo le diga. Consultará a los mejores alienistas. Le dolerá mucho, pero acabará por encerrar tu cuerpo en un asilo.

Notó la sensación de derrota y sumisión, y también una especie de pánico, en la textura del pensamiento que le respondió, aunque éste no quisiera admitir su derrota

explícitamente.

—No serás capaz de retener mi alma. Tú la odias, te repugna. Tu alma no podrá soportarlo.

Luego, como confirmación inmediata de tal idea, salió por la rendija una exudación repelente, como un escupitajo. Sus repugnancias más íntimas fueron exploradas y reveladas en un instante. Norman apretó el paso, de tal manera que el bulto que arrastraba apenas lograba seguirle.

—Como el caso de Ann —volvieron los pensamientos de la señora Gunnison, no en palabras sino bajo la forma de recuerdo completo—. Ann entró a trabajar en mi casa hará unos ocho años. Era una rubia de aspecto frágil, pero bien capaz de trabajar día y noche. Muy sumisa de carácter, y propensa a toda clase de temores. ¿Sabías que se puede gobernar a la gente a través del miedo exclusivamente, sin un átomo de violencia real? Una palabra dura, una mirada severa…, todo se consigue por insinuación, no por lo que se diga de manera expresa. Poco a poco fui concentrando en mi persona toda la autoridad que habían tenido sobre ella su padre, su maestro y su confesor. Podía hacerla llorar con sólo mirarla de cierta manera, y que se echase a temblar de miedo con sólo presentarme en la puerta de su habitación. Podía obligarla a sostener en la mano los platos quemando y servir la mesa sin una sola protesta, y hacerla esperar mientras yo charlaba con Harold. Luego me divertía examinándole las manos.

De manera similar tuvo que soportar la historia de Clara y la de Milly, la de Mary y la de Ermengarde. No podía cerrar su propia mente para evitarlo, ni cerrar la rendija, aunque sí habría podido ampliarla si hubiera querido. Como una especie de medusa putrefacta, o como una planta carnívora y letal, el alma de ella se adhería a la suya y por momentos casi parecía que el prisionero fuese él.

—Después de ella vino Trudie. Me adoraba. Era una muchacha grandota, torpe y un poco tonta. Procedía de una aldea. Dedicaba muchas horas al cuidado de mi ropa. Yo le di ánimos por varios procedimientos, hasta conseguir que adorase los menores detalles de mi persona. Trudie vivía pendiente de un signo de mi favor. Al final habría sido capaz de hacer cualquier cosa por mi, lo que no dejaba de resultar divertido, porque al mismo tiempo seguía siendo muy corta, y tan tímida que se echaba a llorar de vergüenza por cualquier minucia.

Tan pronto como llegaron ante la puerta de su casa, el goteo de pensamientos obscenos cesó. La rendija se cerró dejando apenas un resquicio para espiar.

Condujo el cuerpo de la señora Gunnison hasta la puerta del tocador de Tansy, y apuntó con el índice hacía el bulto maniatado y envuelto en una sábana, que continuaba en el suelo tal como él lo había dejado, con los ojos cerrados, la mandíbula inerte y respirando con dificultad. Aquel espectáculo añadió a su mente otro peso más, que le aplastaba por dentro. Detrás de las cuencas de los ojos.

—Retira lo que ha entrado en ella por obra tuya —ordenó.

Hubo una pausa. Una araña negra salió de debajo de la falda de Tansy y corrió sobre la sábana. En el mismo instante en que él pensó, «Ahí va», su pie se adelantó y aplastó al bicho cuando éste escapaba por el suelo. En su mente oyó el comentario medio ahogado: «Su alma iba en busca de otro cuerpo. Ahora mi fiel King ya no cumplirá ningún encargo más para mí, ni dará vida a ningún cuerpo animal ni figura de madera o piedra. Tendré que buscarme otro perro».

—Devuelve lo que te llevaste —ordenó él.

Esta vez la pausa fue más larga y la rendija se cerró por completo.

La figura atada rebulló como si quisiera darse la vuelta. Los labios temblaron y la boca se cerró. Consciente tan sólo del peso tenebroso que le oprimía la mente, y en un estado de lucidez tan extrema que creyó escuchar incluso los latidos del corazón en el cuerpo de Tansy, se inclinó y cortó las ligaduras, para quitar luego los trapos en que le había envuelto las muñecas y los tobillos.

La cabeza rodaba, inerte, de un lado a otro. Los labios parecieron articular «Norman…». Los párpados temblaron y todo el cuerpo se estremeció. Y luego, en un solo instante glorioso, como si una flor se abriese por milagro en un segundo, la expresión retornó a las facciones, las manos antes lacias aferraron los hombros de Norman, y asomó a los ojos abiertos de par en par un alma lúcida, racional y valerosa.

Un instante después se alejó de su cerebro la oscuridad repelente que lo aprisionaba. La señora Gunnison giró sobre sus talones tras lanzarle una última mirada venenosa y derrotada. Entonces los brazos de él rodearon el cuerpo de Tansy y sus labios se unieron.

# 20

La puerta se cerró, y como si hubiera sido la señal que estaba esperando, Tansy le empujó suavemente mientras sus labios todavía devolvían el beso de él.

—No podremos atrevernos a ser felices, Norman —dijo—. No podemos atrevernos ni por un solo instante.

Una mirada confusa y aprensiva nublaba el afán que expresaban sus ojos, como si estuvieran viendo un muro gigantesco que ocultaba la luz del sol. Cuando respondió a sus preguntas sorprendidas lo hizo en voz baja, en un susurro, como si sólo mencionar el nombre pudiera ser peligroso.

—La señora Carr…

Le aferró los brazos con ambas manos, como poniendo énfasis en la gravedad del peligro.

—Tengo miedo, Norman. Tengo un miedo terrible. Por nosotros dos. Mi alma ha aprendido demasiado. Las cosas son muy distintas de lo que yo creía, mucho más graves. Y la señora Carr…

Sobre la mente de Norman se abatió una fatiga invencible. Le parecía insoportable que se rompiese tan pronto la sensación de alivio, apenas hallada. El deseo de fingir, al menos durante un rato, que las cosas volvían a lo racional y ordinario, se convertía en un ansia casi obsesiva. Contempló a Tansy, aturdido, como si viera en ella a un personaje de la pesadilla de un opiómano.

—Estás a salvo —contestó con cierta rudeza en la voz—. Yo he luchado por ti, he conseguido que volvieras, y voy a retenerte. No volverán a tocarte jamás, ninguna de ellas.

—¡Ay, Norman! —contestó ella bajando los ojos—. Sé que has sido valiente, y muy listo. Sé los riesgos que has corrido, los sacrificios que has hecho por mí…, como renunciar a toda una vida de racionalidad en el corto espacio de una semana, y

soportar la indecencia de los pensamientos desnudos de esa mujer. Y has derrotado a Evelyn Sawtelle y a la señora Gunnison con armas legales y en sus propios términos. Pero la señora Carr…

Las manos de Tansy le transmitieron su temblor:

—¡Ah! Ella consintió que las vencieras. Deseaba asustarlas y prefirió que te encargaras tú de ese trabajo. Pero ahora se ocupará ella personalmente.

—No, Tansy, no —repetía él, a falta de argumentos que aducir.

—Estás cansado. Pobre —dijo ella, adoptando de repente un aire solícito—. Voy a prepararte una copa.

Le pareció que no podía hacer otra cosa sino frotarse los ojos y parpadear, y menear la cabeza, hasta que ella regresó con la botella.

—Voy a cambiarme —dijo ella, mirándose el vestido desgarrado y sucio—. Luego hablaremos.

Norman se sirvió licor a palo seco, y luego repitió. Pero no le sirvió de estímulo. En vez de librarle de su somnolencia de opiómano, la empeoró aún más. Al cabo de un rato se puso en pie y, tambaleándose, se encaminó a la habitación.

Tansy se había puesto un vestido blanco de lana que siempre le había gustado pero que no usaba desde hacía bastante tiempo. Recordó que según decía ella había encogido y ya no le sentaba bien. Pero ahora se daba cuenta de que, con la alegría del retorno, se enorgullecía de su cuerpo juvenil y deseaba ver realzados sus encantos.

—Es como entrar en una casa nueva —aclaró, con una breve sonrisa que hizo desaparecer por unos momentos la expresión preocupada—. O, mejor dicho, como regresar a casa después de haber permanecido mucho tiempo fuera. Te sientes muy feliz, pero lo encuentras todo un poco raro hasta que te acostumbras otra vez.

Cuando ella lo mencionó, Norman se dio cuenta de que había en sus movimientos, sus gestos y sus expresiones una especie de incertidumbre, como los titubeos de una persona que convalece de una larga enfermedad y apenas acaba de abandonar la cama.

Se había peinado dejando el cabello suelto sobre los hombros, y esto añadido a que todavía iba descalza, le daba un aspecto aniñado que a él, incluso dentro de su estado de sonambulismo, le pareció muy seductor.

Traía una copa, pero ella se limitó a tomar un sorbo y la dejó a un lado.

—No, Norman —dijo—. Es necesario que hablemos. Tengo muchas cosas que contarte, y no andamos sobrados de tiempo.

Miró a su alrededor; durante unos momentos se fijaron en la puerta color crema que daba al tocador de Tansy. En seguida asintió pesadamente y se sentó en la cama. La sensación de sopor opiáceo se intensificaba, e incluso la voz curiosamente crispada de Tansy y sus gestos bruscos le parecían parte de la alucinación.

—La señora Carr siempre ha estado en el trasfondo de todo —empezó Tansy—. Fue ella quien asoció a la señora Gunnison y a Evelyn Sawtelle. Y este único detalle dice más que muchos discursos. Porque las mujeres siempre han guardado en secreto su magia, y han actuado a solas. Algunos conocimientos se transmiten de las mayores a las jóvenes, sobre todo de madres a hijas, pero aun así, con cuentagotas y con mucha desconfianza. La señora Gunnison no conoce otro caso de colaboración entre tres mujeres, como he llegado a saber mientras espiaba su alma. Y es un hecho de importancia revolucionaria, cuyas consecuencias para el futuro todavía no pueden preverse. Incluso ahora, apenas llego a intuir el alcance de las ambiciones de la señora Carr, pero las mismas implican una potenciación inmensa de sus poderes actuales. Lleva casi tres cuartos de siglo forjando sus planes.

Norman escuchó con pasividad aquellas grotescas afirmaciones, y tomó un trago de su segunda copa.

—Parece una anciana ingenua y un poco frívola, gazmoña pero inofensiva, aniñada pero moralista —continuó ella.

Norman se sobresaltó, pues sorprendió en el tono de voz de su mujer una nota de regocijo secreto, tan incongruente en aquella situación que acabó por achacarla a imaginaciones suyas. Cuando Tansy reanudó el hilo de su explicación, aquel matiz había desaparecido:

—Todo eso es parte de un disfraz, lo mismo que su voz suave y sus maneras campechanas. Es la actriz más hábil que ha existido jamás. En el fondo es dura como una piedra, fría donde la señora Gunnison hubiera perdido los estribos, y ascética donde la señora Gunnison se habría dejado esclavizar por las pasiones. Sin embargo, ella también tiene sus apetitos secretos. Es una gran admiradora de los puritanos de Massachusetts. A veces he tenido la extraña sensación de que planea resucitar en nuestra época, quién sabe por qué medios inimaginables, aquella comunidad que llamaban teocrática y donde pululaban las brujas. A las otras dos las domina por mediación del miedo. En cierto sentido apenas son más que discípulas suyas. Tú ya sabes algo de la señora Gunnison, de manera que comprenderás si te digo que la he visto encogerse de miedo por temor a haber ofendido a la señora Carr con una

palabrita de nada.

Norman apuró la segunda copa. Su mente quería huir de aquella nueva amenaza en vez de concentrarse sobre ella. Era preciso echarse un jarro de agua fría, se dijo de mala gana. Tansy le ofreció la copa sobrante.

—Por otra parte, el miedo de la señora Gunnison está justificado, porque la señora Carr tiene poderes tan nefastos, que jamás se ha visto obligada a hacer uso de ellos, pues le bastaba con la amenaza. Lo peor son sus ojos. Esos cristales gruesos de sus gafas… Posee la más poderosa de todas las armas sobrenaturales, la más temida y la que pretenden evitar más de la mitad de los conjuros protectores que existen. Esa arma tiene un nombre que se conoce en todo el mundo, a tal punto que se ha convertido en el hazmerreír de todos los escépticos. El mal de ojo. Con ella puede herir y arruinar. Con ella puede hacerse dueña del alma de otra persona mediante una simple mirada. Hasta ahora ha preferido permanecer en un segundo plano, porque deseaba castigar a las otras dos a causa de algunas pequeñas desobediencias, y obligarlas a implorar su ayuda. Pero ahora no dejará de actuar con celeridad, ya que ha podido distinguir en ti y en tu actividad un peligro para ella misma.

Hablaba con tanta rapidez que Norman comprendió que estaba, efectivamente, bajo la impresión de luchar contra el tiempo.

—Además tiene otro motivo, que subyace escondido en las tinieblas de su mente. Apenas me atrevo a mencionarlo, pero algunas veces la he sorprendido mientras estudiaba todos mis gestos y expresiones con una avidez muy extraña… —De súbito se interrumpió y se puso muy pálida—. Puedo sentirla ahora… Noto que viene por mí… Está rompiendo… ¡No! —gritó—. ¡No! ¡Eso no me obligarás a hacerlo! ¡No quiero…! ¡No quiero…!

Inopinadamente se puso de rodillas, aferrando sus piernas y sus manos.

—¡No permitas que me toque, Norman! —balbuceó como una criatura aterrorizada—. ¡No dejes que se acerque!

—No lo permitiré —afirmó él, volviendo en sí de pronto.

—¡Ah! No podrás detenerla… Viene hacia aquí, me dice… ¡en persona! Eso es porque te teme. Viene a llevarse mi alma otra vez. No puedo decirte lo que pretende, ¡es demasiado repulsivo!

Él la sujetó por los hombros.

—Dímelo, Tansy. ¿Qué es? —la urgió.

Ella alzó poco a poco su rostro lívido y asustado, hasta que sus miradas se

encontraron. Y sin apartar los ojos ni por un instante, susurró:

—Ya sabes cuánto envidia la juventud, Norman. Has visto sus modales ridículamente juveniles. Sabes que le gustaba rodearse de personas jóvenes, y alimentarse con su ingenuidad y su entusiasmo. La sed de juventud ha sido la pasión dominante de la señora Carr desde hace muchos lustros, Norman. Ha luchado contra la vejez y contra la muerte durante más tiempo del que tú imaginas, pues se halla más cerca de los noventa que de los setenta. Pero ahora empiezan a vencerla. No es que tema la muerte, pero sería capaz de cualquier cosa, Norman, ¡de cualquier cosa!, con tal de poseer un cuerpo joven. ¿Lo comprendes, Norman? Las otras querían mi alma, pero ella quiere mi cuerpo. ¿No te has fijado nunca en su manera de mirarte? Te desea, Norman. Esa anciana te desea, y quiere amarte por medio de mi cuerpo. Quiere poseer mi cuerpo y dejar mi alma aprisionada en esa vieja carcasa suya, atrapada en sus carnes decrépitas. Y ahora viene para hacerlo, ¡viene hacia aquí ahora!

Aturdido y horrorizado, él contempló los ojos dilatados, casi hipnóticos de ella.

—Es preciso que se lo impidas, Norman. Debes detenerla, y debes hacerlo de la única manera posible.

Y sin dejar de mirarle, Tansy se puso en pie y salió de la habitación.

Tal vez era cierto que había algo hipnótico en su mirada, alguna repercusión extraña de su mismo terror, pues le pareció a Norman que apenas había salido cuando ya estaba otra vez allí, poniendo en su mano un objeto esquinado y frío.

—Hazlo de prisa —le urgió—. Si titubeas aunque sólo sea un instante, si le das la menor oportunidad de fijar en ti su mirada… estarás perdido… y yo también, ¡para siempre! Es como la cobra que escupe su veneno a los ojos de la víctima. Prepárate, Norman. Está muy cerca.

Se oyó un rumor de pasos rápidos en la calle. Oyó como se abría la puerta de la casa. Tansy se apretó de pronto contra él haciéndole sentir el contacto de sus pechos. Los labios húmedos de ella buscaron los suyos. Él le devolvió el beso casi brutalmente, y ella susurró sin apartar apenas la boca:

—Hazlo pronto, cariño —y luego le dejó.

Las pisadas se oían en el pasillo. Norman alzó el revólver. Entonces se dio cuenta de que la habitación estaba casi a oscuras. Tansy había corrido las cortinas. La puerta de la habitación se abrió. Una figura delgada, vestida de gris, se recortó contra la claridad procedente del pasillo. Frente al punto de mira del cañón vio las facciones arrugadas, los gruesos cristales de las gafas. Su dedo se engarfió sobre el gatillo.

La cabeza canosa hizo un brusco ademán.

—¡Rápido, Norman! ¡Rápido! —insistió la voz a su espalda, ansiosa.

La figura gris no se apartó del umbral. El cañón del arma titubeó y entonces, de improviso, se volvió hacia la figura que estaba a su espalda.

—¡Norman!

# 21

Una brisa leve, intranquila, agitaba las hojas del roble que como robusto guardián se alzaba junto a la casita de los Carr. Bajo su sombra que lo dominaba todo destacaba la blancura de las paredes, una blancura tan perfecta y prístina, que los vecinos solían comentar con burla que seguramente la anciana salía en persona todas las noches, cuando los demás estaban durmiendo, para enjalbegarlas con un escobón de palo largo. Por todas partes destacaba la impresión de ancianidad pulcra, amorosamente cuidada. Incluso poseía un olor propio, como el de un viejo bargueño que un lobo de mar hubiese traído, cargado de especias, tras largos viajes por los mares de Oriente.

La casa daba al campus. Las muchachas pasaban por delante de ella cuando acudían a clase, y les traía recuerdos de tardes pasadas allí, sentadas en sillas de respaldo recto y exhibiendo sus mejores modales, mientras los leños chisporroteaban alegremente sobre la parrilla reluciente de la blanca chimenea. ¡La señora Carr era una viejecita tan ingenua y anticuada! Y más valía que fuese así de inocente, pues de esa manera se le podía tomar el pelo con más facilidad. En cuanto a ella, contaba las anécdotas más singulares e introducía en ellas divertídisimos equívocos involuntarios; por otra parte servía unos sabrosos pastelillos de jengibre con el té perfumado al cinamomo.

Un rayo de luz cayó sobre el pasillo y dibujó en el suelo las listas de la vieja persiana del porche. La puerta principal estaba entreabierta.

—Me voy, Flora —dijo en voz alta el profesor Carr—. Tus compañeras de partida tardan, ¿no?

—Estarán aquí pronto —resonó la voz argentina en el pasillo—. Hasta luego, Linthicum.

El profesor Carr cerró la puerta. Lástima tener que perderse la partida de bridge. Pero la tesis que iba a leer el joven Rayford sobre la teoría de los números primos

también prometía ser interesante, y no se podía tener todo a la vez. Sus pasos resonaron sobre los guijarros del sendero, flanqueado de flores blancas que parecían de encaje, hasta que salieron a la acera y murieron a lo lejos.

Un coche se detuvo en algún lugar detrás de la casa. Alguien alzó un objeto pesado y luego se oyeron pisadas lentas y titubeantes. La puerta de atrás se abrió y durante un momento, si alguien hubiera mirado habría podido distinguir a contraluz la silueta de un hombre cargado con un bulto pesado que bien podría haber sido una mujer atada y amordazada, sólo que era imposible que tales manejos misteriosos y sospechosos ocurriesen en casa de los Carr, como habría corroborado cualquier vecino. Luego la puerta se cerro y se hizo el silencio, mientras la brisa seguía jugando con las hojas del gran roble.

Un gran Studebaker negro frenó delante de la casa con gran despilfarro de neumáticos, y se apeó del mismo la señora Gunnison.

—Date prisa, Evelyn —urgió—. Otra vez llegamos tarde por tu culpa. Ya sabes que a ella no le gusta.

—Estoy dándome toda la prisa que puedo —se oyó la voz plañidera de su acompañante.

La puerta de nobles paneles se abrió de nuevo y el olor a especias se hizo más notable.

—Llegáis tarde, queridas —dijo la voz argentina, en tono divertido—. Pero os perdonaré por esta vez, porque tengo una sorpresa para vosotras. Pasad.

Siguieron a la frágil figura, acompañada del leve frufrú de sedas, hasta el salón. Junto a la mesa de bridge, que exhibía un tapete de ganchillo y dos fuentes de cristal llenas de pastas, estaba Norman Saylor. Su rostro, bajo la claridad confusa que arrojaban una lámpara y el fuego de la chimenea, estaba inexpresivo.

—Como Tansy no ha podido venir —continuó la señora Carr—, él se ha avenido a completar la mesa. ¿No es una bonita sorpresa, y un gran detalle por parte del profesor Saylor?

La señora Gunnison parecía recobrar poco a poco parte de su carácter indómito.

—No estoy muy segura de que me agrade la solución —dijo al fin.

—¿Desde cuándo importa lo que te agrade a ti o no? —replicó secamente la señora Carr, muy erguida—. ¡Sentaos!

Cuando todos hubieron tomado asiento alrededor de la mesa, la señora Carr desplegó una baraja, de la que separó algunos naipes, mientras iba diciendo con su

voz tan dulce y argentina como siempre:

—Aquí estáis vosotras dos, queridas —dijo, poniendo la una al lado de la otra la dama de diamantes y la de trébol. Y tras añadir al grupo el rey de corazones—. Éste es el profesor Saylor. Y ésta soy yo.

Con lo que echó sobre la mesa la reina de picas, de manera que cubriese las otras tres cartas.

—Aquí a un lado he dejado la dama de corazones, o sea a Tansy Saylor. Ahora me propongo hacer lo siguiente.

Abatió la dama de corazones sobre la de picas ocultándola por completo.

—¿Lo comprendéis? En fin, las cosas no son lo que parecen, y ninguna de vosotras dos es demasiado brillante. Lo comprenderéis en seguida. El profesor Saylor y yo acabamos de mantener una conversación muy interesante —prosiguió—. Sobre las actividades del profesor, ¿no es cierto, profesor Saylor?

El aludido asintió. La señora Carr siguió:

—Ha hecho algunos descubrimientos fascinantes. A lo que parece, hay leyes que gobiernan las cosas y nosotras, las mujeres, hemos estado jugando con ellas. Los hombres son muy hábiles para ciertos asuntos, ¿no os parece? Y ha tenido la amabilidad de explicarme esas leyes. No adiviináis hasta qué punto eso sirve para hacerlo todo más fácil… y más eficaz. ¡La eficacia es tan importante en estos tiempos…! Más aún, el profesor Saylor incluso me ha hecho un pequeño obsequio…, no voy a contaros en qué consiste, pero tiene algo que ver con vosotras dos, y con otra persona. No son regalos, porque yo me los habría quedado todos para mí. Y si alguna de vosotras hiciese alguna tontería, me daríais pie a quedarme con una parte de lo vuestro…, ya sabéis a qué parte me refiero. Por último, ahora mismo sucederá algo que va a permitirnos colaborar muy íntimamente en adelante, al profesor Saylor y a mí. Tan íntimamente como no podéis imaginar. Y vosotras tendréis que ayudar. Para eso os he llamado. Abra usted la puerta del comedor, Norman.

Era una puerta corrediza de tipo anticuado y de un blanco deslumbrador. Él la empujó poco a poco.

—Aquí está —dijo la señora Carr—. Os reservo muchas sorpresas para esta noche.

El cuerpo estaba atado a la silla. Por encima de la mordaza, los ojos de Tansy Saylor miraban a todos con odio impotente.

Evelyn Sawtelle se incorporó a medias con un grito ahogado.

—No hace falta que te pongas histérica, Evelyn —comentó la señora Carr en tono cortante—. Ahora hay un alma ahí dentro.

Evelyn Sawtelle se dejó caer de nuevo en la silla, con un temblor en los labios.

La señora Gunnison había palidecido, pero sacó la mandíbula y apoyó los codos sobre la mesa.

—No me gusta. Es demasiado peligroso —dijo.

—Ahora me veo en condiciones de correr un riesgo que hace una semana no habría asumido, querida —replicó dulcemente la señora Carr—. Tu ayuda y la de Evelyn son esenciales para mí en este asunto. Por supuesto, sois muy dueñas de no colaborar, si así lo preferís. Pero confío en que os hagáis cargo de las consecuencias.

La señora Gunnison bajó los ojos.

—De acuerdo pero, por favor, hagámoslo pronto.

—Soy una mujer muy anciana —empezó la señora Carr con sorna desesperante—, y amo mucho la vida. Para mí es muy triste pensar que la mía se aproxima a su fin. Y por razones que creo comprenderéis, me veo en la circunstancia de temer a la muerte un poco más que otras personas. Pero ahora me parece que volveré a experimentar todas aquellas cosas que una mujer anciana normalmente suele dar por perdidas para siempre. Las circunstancias poco corrientes de las últimas dos semanas han contribuido en no poca medida a preparar el terreno. También he podido contar con la ayuda del profesor Saylor. Y vosotras vais a ayudar también, queridas. Comprenderéis que para ello es necesario crear una cierta tensión, y sólo unas personas dotadas de la formación apropiada pueden hacerlo, y han de ser cuatro como mínimo. El profesor Saylor… ¡qué mente tan brillante…!, me ha explicado que viene a ser como acumular una tensión eléctrica, de manera que pueda saltar la chispa entre dos polos separados. Sólo que en este caso, la distancia entre los polos será la que va desde aquí, donde estoy sentada, hasta allá. —Con un ademán hacia la figura atada de pies y manos, prosiguió—. Y habrá dos chispas, y cuando todo haya concluido, la reina de corazones cubrirá exactamente a la reina de picas. Al mismo tiempo la reina de picas cubrirá exactamente a la reina de corazones. Como veis, queridas, esta noche hablaremos en la cuarta dimensión, es un hecho. Pero muchas veces las cosas que pueden verse no son las más importantes, ¿verdad?

—¡No podrás hacerlo! —exclamó la señora Gunnison—. ¡No conseguirás ocultar eternamente la verdad!

—¿Lo crees así? Bien, pues a mí me parece que el esfuerzo vale la pena. Deja que

te cuente lo que sucedería si la anciana señora Carr se empeñase en afirmar que ella es la joven Tansy Saylor. Creo que sabéis muy bien lo que ocurriría con esa vieja dama tan dulce e ingenua. Hay situaciones en que las leyes y las creencias de una sociedad incrédula pueden ser muy útiles. Puede empezar con el fuego, Norman. Yo les diré a ellas exactamente lo que deben hacer.

El aludido arrojó a las llamas un puñado de polvos, que lanzaron un resplandor verde al inflamarse y llenaron la estancia de un aroma acre y sofocante.

Y entonces… ¿quién sabe…?, quizá hubo un estremecimiento en el corazón del mundo, y un movimiento de corrientes imperceptibles en la oscuridad del vacío eterno. En la cara nocturna del planeta, un millón de mujeres rebulleron en sueños, intranquilas, y algunas despertaron espantadas por terrores innominados. En la cara diurna, otro millón de mujeres se pusieron nerviosas y sus mentes sufrieron la agitación desagradable de una alucinación desconocida; algunas se equivocaron en su trabajo y fue necesario sumar de nuevo alguna columna de números, o corregir la soldadura de un hilo eléctrico, o echar al desguace una pieza defectuosa, o mezclar otra vez el biberón del niño, mientras germinaban en sus cerebros, como champiñones en la oscuridad, las más extrañas sospechas. Y posiblemente un punto de gran pesadez logró aproximarse más a la superficie de la mole inmensa que lo sustentaba, a la manera de un centro de mesa que se desliza poco a poco hacia el borde, y ciertas criaturas, testigos de lo que estaba sucediendo, retornaron aterrorizadas al seno de las tinieblas. Entonces, ya cerca del borde mismo, el pesado centro se detuvo, la irregularidad de su movimiento desapareció y volvió a su punto originario y verdadero. Y quizá podríamos decir que las corrientes ya no alteraron más el vacío y que se restableció el Equilibrio.

Norman Saylor abrió las ventanas de par en par y la brisa barrió los últimos residuos del humo atosigante. Luego cortó las ataduras del bulto inmóvil y le quitó la mordaza. Al cabo de un rato ella se incorporó, y sin que nadie pronunciase una palabra, ambos abandonaron la estancia.

La figura envuelta en su vestido de seda gris permanecía sentada, con la cabeza baja, los hombros caídos y las flacas manos colgando inertes a lo largo de ambos costados.

Bajo el umbral y vuelta hacia el salón, la mujer a quien acababa de desatar Norman Saylor dijo:

—Sólo tengo una cosa más que deciros. Todo lo que os he contado antes era

completamente cierto, excepto una cosa…

La señora Gunnison alzó los ojos. Evelyn Sawtelle se volvió a medias en su asiento. La tercera no se movió.

—El alma de la señora Carr no ha sido transferida al cuerpo de Tansy Saylor hoy. Esto sucedió mucho antes…, cuando la señora Carr le robó el alma de Tansy Saylor a la señora Gunnison y luego ocupó el cuerpo aherrojado y exánime de Tansy Saylor, dejando el alma de ésta prisionera de su propio cuerpo de anciana… y condenada a ser asesinada por su propio esposo de acuerdo con los planes de la señora Carr. Porque ésta sabía que Tansy Saylor, presa de pánico, no pensaría en otra cosa sino en correr a su casa para reunirse con su marido. Y la señora Carr estaba bastante segura de que lograría persuadir a Norman Saylor para que diese muerte al cuerpo en donde estaba encerrado el alma de su mujer, en la creencia de que al hacerlo mataba a la señora Carr. Y eso habría sido el fin para el alma de Tansy Saylor. Usted, señora Gunnison, sabía que la señora Carr le había arrebatado el alma a Tansy Saylor, tal como usted hizo con Evelyn Sawtelle, y por razones similares. Hoy usted ha llegado a sospechar que las cosas no marchaban de acuerdo con las apariencias, pero no se ha atrevido a plantar cara. Y ahora, como consecuencia de lo que acabamos de hacer, con la ayuda de ustedes, el alma de la señora Carr ha vuelto al cuerpo de la señora Carr, y el alma de Tansy Saylor al cuerpo de Tansy Saylor. A mi cuerpo. Buenas noches, Evelyn. Buenas noches, Hulda. Buenas noches, Flora querida.

La puerta se cerró tras ambos y los guijarros del sendero crujieron bajo sus pies.

—¿Cómo lo supiste? —fue la primera pregunta de Tansy—. Cuando me presenté en la habitación, mirando a través de esas gafas horribles y sin aliento después de haber corrido a ciegas sin otro pensamiento sino el de encontrarte… ¿cómo te diste cuenta?

—En parte porque ella misma se traicionó al final —respondió él, pensativo—. Empezó a subrayar las palabras con ese énfasis exagerado suyo. Aunque con eso quizá no habría sido suficiente. Ha sido demasiado buena actriz. Debió estudiar todos tus gestos durante años. Y después de ver lo bien que has interpretado el papel de ella esta noche, sin apenas preparación, me admiro de haber sido capaz de adivinar sus planes.

—Pues entonces, ¿cómo lo conseguiste?

—En parte fue tu manera de subir corriendo la escalera…, no me pareció nada propia de la señora Carr. En parte por tu postura, pero lo principal fue ese movimiento de tu cabeza, ese triple ademán rápido. Es inconfundible. Entonces

comprendí todo lo demás.

—¿Crees que después de todo lo sucedido no volverás a dudar alguna vez de quién soy yo? —preguntó Tansy en voz baja.

—Supongo que sí —dijo muy en serio—. Pero siempre encontraré un medio para vencer mis dudas.

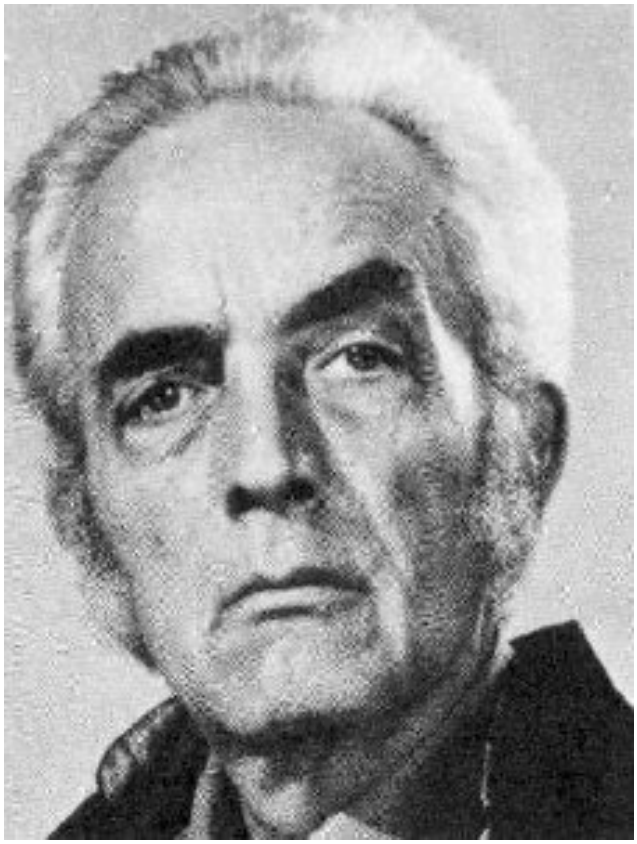
Se oyeron pasos en la oscuridad, y frente a ellos alguien les llamó en tono cordial:

—¡Eh, ustedes dos! —Era el señor Gunnison—. ¿Ya terminó la partida de bridge? Se me ocurrió acompañar a Linthicum y recoger a Hulda. ¿Sabe una cosa, Norman? Cuando terminó la lectura de la tesis, Pollard vino a contarme que había cambiado de opinión en cuanto al asunto que usted sabe. Por consejo suyo, los fideicomisarios han anulado la reunión.

—Ha sido una tesis muy interesante —comentó el señor Carr— y he tenido el honor de proponerle al doctorado una cuestión muy difícil. Que por cierto, celebro decirlo, resolvió a satisfacción de todos, con un poco de ayuda por mi parte para despejar un par de puntos secundarios. Pero lamento haberme perdido la partida de bridge. ¡Bah! Supongo que no sabré nunca si hubo alguna diferencia.

—Y lo más curioso —le dijo Tansy a Norman cuando ambos estuvieron lo bastante lejos— es que verdaderamente no lo sabrá nunca. —Y soltó una carcajada contagiosa, de puro alivio. Luego prosiguió—. Dime, querido, ¿crees sinceramente en todo esto, o lo has fingido únicamente por mí? ¿De veras piensas que rescataste el alma de tu mujer, que estaba prisionera en el cuerpo de otra? ¿O ya te has convencido a ti mismo, desde tu mentalidad científica, de que pasaste la última semana aparentando creer en la brujería para curar a tu mujer y a otras tres viejas locas, y para quitarles de la cabeza las supuestas sustituciones de personalidad y qué se yo cuántas cosas más?

—No lo sé —contestó Norman en voz baja, y tan serio como antes—. De veras, no lo sé.



FRITZ REUTER LEIBER JR. Nacido el 24 de diciembre de 1910, fue hijo de un notable actor shakesperiano y una actriz del cine mudo. Inclinado inicialmente hacia esos campos, intervino como actor en la compañía de su padre de 1934 a 1936, fecha en la que decidió asentarse como escritor. Aunque no olvidó su faceta de actor e intervino en pequeños papeles cinematográficos como en Camille (1937) junto a Greta Garbo y Robert Taylor. Su filmografía cuenta, al menos, con 5 o 6 de estos papeles.

Leiber se graduó en la Universidad de Chicago en Psicología y Fisiología, estudios que le ayudaron a pergeñar la estructura de alguna de sus historias, y, al mismo tiempo, siguió un Seminario sobre Teología General Episcopaliana. Llegó a ser sacerdote episcopaliano, ocupación que dejó al cabo de un año. Se le atribuye el mérito, que él mismo ni ha negado ni ha confirmado, de haber sido el primero en usar el término Espada y Brujería para describir el particular subgénero en el que abundan la hechicería y las aventuras de espadachines. También escribió cuentos y novelas sobre horrores insondables cuyo lugar común es poseer algo profundamente siniestro bajo la superficie de una apacible vida urbana. Sus influencias proceden de Shakespeare, Edgar Allen Poe, H. P. Lovecraft y M. R. James de quienes tomó alguno de sus temas. Y aunque su carrera de escritor experimentó muchos altibajos debido a su alcoholismo crónico, algo de lo cual habló y escribió abiertamente, logró publicar 40 libros.

El interés de Leiber por la literatura provino de su larga correspondencia con un íntimo amigo de universidad, Harry Fischer. Juntos, ambos desarrollaron unos personajes que constituían sus alter egos: El nórdico Fafhrd, un individuo larguirucho, alto, flexible, procedente del Norte (basado en Leiber), y el Ratonero Gris, vivaz (basado en Fischer). Leiber presentó los personajes por primera vez en una historia, *Adept gambit*, que serviría como molde de creaciones posteriores en un mundo de magia mística y constituirían la saga de Fafhrd y el Ratonero Gris, también conocida como Espada y Brujería. Uno de estos relatos, *Aciago encuentro en Lankhmar*, recibió el premio Hugo en 1971 y el Nebula en 1990.

A mediados de los 40 empezó a publicar en Astounding Science Fiction, y probablemente esto influyó en un viraje hacia la ciencia ficción. Desde entonces incluiría elementos de este género en sus novelas. Otro lado interesante de la literatura de Leiber es su preocupación por la amenaza del moderno horror urbano, de la vida en ciudad y su trama de terrores que gradualmente corrompen la psique. Un claro ejemplo de ello son sus relatos *La pistola automática*, donde nos presenta una pistola con vida propia, o *El fantasma del humo* cuyo eje principal son las tensiones que sufre un trabajador metropolitano sometido a gran presión. Ambos relatos se encuentran recopilados en la antología *Espectros de la noche*. Otros relatos destacables en este ámbito son *La chica de los ojos hambrientos* (*The girl with the hungry eyes*), *Estás solo* (*You're All Alone*), o los más tardíos *Fantasías terroríficas* (*Horrible Imaginings*), *Sus oscuros encantos* (*Black has its charms*) y el premiado *El botonista* (*The Button Moulder*).

Leiber también estaba fascinado con la idea de la mujer fatal y usó la brujería como una metáfora de la astucia femenina. Fruto de ello surgieron las novelas *Esposa hechicera*, de la que se han rodado dos películas, y *Nuestra señora de las tinieblas*, no sólo un homenaje para el género de horror sino la resolución natural de su trabajo previo.

En el campo de la ciencia ficción, destacan como sus mejores obras *Hágase la oscuridad*, cuyo argumento se centra en el derrocamiento de una dictadura religiosa que guarda celosamente sus conocimientos científicos para manipular a la gente, y *El planeta errante* ganadora del premio Hugo en 1965, donde Leiber explora con detenimiento las diversas reacciones de la gente ante la posibilidad de una muerte inminente. También, como no, destaca su serie sobre la *Guerra del Cambio*, escrita entre 1958 y 1965, donde se narran las luchas entre dos facciones, las arañas y las

serpientes, por controlar el universo, en una guerra a lo largo del tiempo y el espacio. Esta serie está formada por una recopilación de relatos, *Crónicas del Gran Tiempo* y una novela corta, *El Gran Tiempo*, que también fue premiada con el Hugo en 1958.

Leiber fue nombrado Gran Maestro Nebula de la Ciencia Ficción en 1981 y sus relatos *Voy a probar suerte*, *Nave de sombras*, el ya mencionado *Aciago encuentro en Lankhmar* y *¡Coge ese zeppelin!* recibieron tanto los premios Hugo como los Nebula. Leiber murió el 5 de septiembre de 1992 de muerte natural (certificada como «muerte por edad»), en el viaje de vuelta de una convención de ciencia ficción celebrada en Toronto.